



Biblioteca
Clásica
Española

JUAN CORTADA



DRPS
FA
539





Biblioteca
Clásica
Española

JUAN CORTADA

ARTICULOS
Escogidos

JUAN CORTADA

J. Vilaseca

70-34/2to
HBN

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

20

FL DRYS FA 10539

050 0767715

JUAN CORTADA



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.^a

JUAN CORTADA

ARTÍCULOS ESCOGIDOS

ENTRE LOS PUBLICADOS DEL AÑO 1838 AL 1868

CON LOS PSEUDÓNIMOS

ABÉN - ABULEMA Y BENJAMÍN

Coleccionados y con una biografía del autor

por

D. JUAN SARDÁ



BARCELONA

BIBLIOTECA «CLÁSICA ESPAÑOLA»

DANIEL CORTEZO Y C.^a - EDITORES

Calle de Pallars (Salón de San Juan)

1890



D. JUAN CORTADA

ALGUIEN discutirá tal vez el derecho de D. Juan Cortada á figurar en una Biblioteca *clásica*. Pero el sentido de este adjetivo es tan elástico, y tan diversas acepciones le da la práctica, que si el que discute aquel derecho ha de hallar argumentos para la negativa no han de faltarle para la afirmativa á su contradictor.

Cortada es un escritor moderno, contemporáneo, y como tal, para los que ven en la voz *clásico* un sinónimo de antiguo, Cortada no es un clásico. No es tampoco Cortada el maestro sin tacha en el manejo del idioma castellano, de tal suerte que su lenguaje pueda ser reputado por lenguaje tipo, de esos que fijan un momento en el proceso evolutivo de una lengua ó la perfeccionan y adelantan vaciando la pasta antigua y tradicional en el molde de las necesidades nuevas. Ni es en el género literario que cultivó, mejor dicho, en el género á que pertenecen los artículos coleccionados, un creador

ó un innovador en el alto sentido de la palabra, un creador ó un innovador como Larra, por ejemplo.

Mas con no ser esto, todavía quedan en sus artículos de costumbres y crítica social méritos bastantes para reputar á su autor por uno de los primeros entre los segundos; todavía se revela en ellos una personalidad de observador y una idiosincrasia de escritor asaz originales para que, sin forzar mucho la nota, quepa bautizarlos con el apelativo de que se trata y ofrecerlos al público como modelos apreciables en un género que, con haber sido muy cultivado en nuestros días, no anda tan sobrado de Cortadas que no merezcan éstos ser sacados del olvido.

¡Cuán pobre cosa, cuán deleznable, si bien se mira, la gloria literaria! ¡Todas las glorias! Á bien que pedir más á la distracción natural de las gentes, al aturdimiento que produce la exhibición continuada de nombres en nuestro siglo de la tinta de imprenta sería pedir un imposible y dar á la idea de gloria un alcance que la realidad de los hechos le niega. Así y todo, empero, el espíritu, propenso sin quererlo á pagar tributo á las banalidades corrientes, no sabe resistir, cuando se presentan casos como el de Cortada, la tentación de murmurar de las gentes por olvidadizas y de maldecir un poco de la gloria.

¿Quién ya hoy se acuerda en Barcelona de ABÉN-ABULEMA? ¿Quién de BENJAMÍN? ¿De ABÉN-ABULEMA que fué la delicia de nuestros padres y abuelos allá por los años del 39 al 41? ¿De BENJAMÍN que lo fué de nuestra misma generación cuasi, allá por los años del 59 al 68?

Pocos escritores han alcanzado popularidad mayor que Cortada, oculto detrás de aquellos dos pseudónimos, en Barcelona y en las regiones catalanas hasta donde se extiende la influencia de nuestra prensa diaria. Sus artículos de ABÉN-ABULEMA en el *Diario de Barcelona*, los de BENJAMÍN en *El Telégrafo* y en *La Imprenta* eran manjar sabroso que paladeaban con fruición nuestros padres en tertulias y corrillos y cafés, y daban pasto espiritual á una sociedad como la nuestra que, aunque sin las grandes comezónes intelectuales del libro ó del gran arte, se acordaba tal cual vez de que el cerebro ha sido dado para pensar, y buscaba en las páginas

del diario favorito algo que entretuviese un momento las actividades no del todo dormidas de aquella máquina que traía en la cabeza. Cortada, con su espíritu festivo, con su sátira *bon enfant*, con su dón de descubrir las superficialidades cómicas del suceso ó de la preocupación del día, con su verbosidad retozona y fácil le servía á la sociedad de nuestros padres un alimento de fácil digestión, y cuyo paladeo ni exigía extraordinaria tensión de facultades ni perturbaba con sugerencias demasiado vivaces la serenidad de su vida diaria un tanto y un bastante burguesa.

En este concepto Cortada puede y debe ser considerado con razón como el primer periodista de Barcelona en el género que cabe llamar de variedades; periodista que dejó vacante la herencia sin que todavía se haya presentado quien con títulos bastantes la recoja. Cortada improvisa: cualquier tema, la gacetilla más insignificante acerca del suceso del día, la preocupación pública momentánea, la solemnidad religiosa ó familiar coincidente, todo le sirve de punto de partida para llenar diez ó doce cuartillas y luego con ellas un par de páginas del periódico. No eleva su mirada á las alturas de la consideración filosófica, social ó moral del suceso ó del concepto buscando en él el trasunto específico y concreto de una ley. Ni la introduce, como bala explosiva que al estallar disgrega y muestra las interioridades ocultas, en el fondo del propio concepto y del propio suceso para descubrir en ellos la enfermedad del cuerpo social que como un síntoma los ofrece al observador perspicaz; no: ni va tan alto ni va tan hondo; glosa el tema, lo vuelve de todos lados, lo examina con la curiosidad de quien ve en él un juguete con el cual entretener el buen humor parlero de su equilibrada imaginación, y luego va diciendo cuanto se le ocurre, á medida que se le va ocurriendo, en una *causerie* fácil y agradableísima que entretiene y distrae un cuarto de hora de las cotidianas ocupaciones.

Así sus artículos son más interesantes para la historia de las costumbres externas de nuestra ciudad, las cuales se reflejan en ellos, particularmente en la serie ABÉN-ABULEMA, de un modo característico, que para la historia interna de nuestra civilización provincial. Y si ésta se trasluce en ellos

es sólo por reflejo indirecto, en cuanto, en la elección de temas, se vislumbra cuáles fuesen los que á nuestra sociedad principalmente preocupaban.

Un ejemplo. No sé lo que sucede en otros puntos de España, ó lo que sucedía allá por las décadas del 60 al 70. Pero en Barcelona, creo que más que en otras partes, los políticos de café y de trastienda se preocupaban muchísimo de política extranjera. Tengo este por un rasgo característico de nuestras costumbres políticas. ¿Débese ó debíase á influencia de las relaciones mercantiles, mayores aquí que en los demás puntos de España, entonces sobre todo? ¿Á la mediana compenetración de nuestro temperamento político con el temperamento predominante en la política española? Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el lector de periódicos solía comenzar la lectura por la sección telegráfica extranjera, lo cual explica, entre paréntesis, la popularidad que ha tenido siempre el *Diario de Barcelona*, y que las tertulias de café semejaban á menudo congresos de diplomáticos en los cuales con graciosa seriedad se cortaban del mapa de Europa patrones nuevos para las naciones europeas. Pues bien: este síndrome de nuestra inofensiva afección local se manifiesta por manera muy marcada en la predilección singular con que el BENJAMÍN de *El Telégrafo* y de *La Imprenta* trató del 59 al 68 los asuntos de política internacional. Del millar de artículos que publicó durante aquel período, acaso las tres cuartas partes correspondan á aquel grupo. Y es de ver la garbosa familiaridad con que trata día por día los graves sucesos que durante aquellos tiempos ocurrieron, y cómo la cuestión de Oriente, la de Méjico y la de la unidad italiana, que fueron el caballo de batalla de la política internacional, vuelven una vez y otra vez á aquellas páginas que si hoy se leen con mediano interés eran á la sazón comentadas y celebradas por nuestros Mornys y Metternichs. En este sentido digo que en los artículos de costumbres y de crítica salidos de la pluma de Benjamín y Abén-Abulema se refleja la historia interna de nuestros paisanos; sentido sólo relativo, choque por carambola; no choque inmediato, no sentido directo y trascendental. No era Cortada un observador, sino más bien un dibujante de costumbres. Era un discreteador más que un

satírico. Tal cual vez tienen vistas sus artículos al campo de Larra cuyas inimitables creaciones tanto habían de perturbar la imaginación de los escritores contemporáneos. Pero Cortada había nacido para morir viejo y tranquilo en el seno de los suyos, al paso que Larra para morir de triste muerte en el hervor de una juventud tempestuosa. Este fin explica las dos vidas, las dos literaturas. Y cuenta que no es exageración de panegirista comparar á Cortada con Larra, salvando siempre distancias, pues tiene Cortada talla suficiente en ciertos artículos para elevarse hasta muy cerca del pedestal de aquél. La colección que subsigue, á ratos, no me dejará mentir.

Y es que Cortada no podía ser un Larra porque Cortada era un optimista sin hiel. El espectáculo político, el espectáculo social le divertían buenamente, á la llana, no precisamente para hacerle soltar ruidosas carcajadas, sino sonrisas de filósofo de buena pasta que ha hecho su composición de lugar en la vida, que ambiciona poco, y que hasta en punto á gloria literaria se da por satisfecho con saber que el público dice: ¡Qué gracioso está hoy Abén-Abulema! ¡Qué gracioso Benjamín! ¡Qué dirá de esto Benjamín? ¡Qué dirá Abén-Abulema?

Y á fe que el público lo decía, y que el incienso de esa grata murmuración llegaba hasta el ídolo. En las colecciones del *Diario* del 39 al 41, en las del *Telégrafo é Imprenta* del 59 al 61 vese patente el testimonio de aquella sin igual popularidad. Las señoras que dirigen un asilo y proyectan un beneficio acuden á Cortada; los que solicitan una reforma urbana á Cortada; los que tienen quejas de la autoridad á Cortada; á Cortada los abonados al teatro que se pelean con la empresa; á Cortada todos, hasta el vecino á quien molesta con sus impertinencias el aprendiz de violín ó de piano del cuarto de enfrente. Á sus artículos contestan los agraviados con cartas, los satisfechos con plácemes, con súplicas los que esperan, con pestes los desahuciados. Por medio del periódico sostiene un diálogo continuado con el público, diálogo en el cual si lleva él la voz cantante, le da en cambio aquél el tema no pocas veces.

Hasta en sus artículos sobre lo que cupiera llamar tesis

sociales se pone en la *tessitura* de su público. Habla con frecuencia de las mujeres, del matrimonio, de la familia, pero trata generalmente estos asuntos en el tono zumbón y de buena sociedad en que los trata una persona que pasa por chistosa y lo es, en una tertulia de señoras en día de días. Cuatro ideas pseudo-atrevidas que hacen que la señora de la casa dé con el abanico en los nudillos del disertante, y las solteritas de la reunión quieran arrancarle los ojos porque les espanta los novios, y todos digan al salir: ¡y cómo nos hemos reído con Abén-Abulema! ese Benjamín siempre será el mismo hombre!

No quisiera que se tomasen estas líneas de la semblanza á mala parte ó á la que llaman parte cursi; no; es el buen sentido, es el sentido medio de un hombre que discreta bien y sabe conocer su público y se pone al diapason de los que han de leerle. ¿No es este un mérito real y positivo?

Por este mismo tenor escribe de política nacional ó de política extranjera. En balde sintió un momento la tentación política y aun llegó á ejercer la Diputación á Cortes por Tarragona, su patria, en las del 43 que proclamaron la mayoría de D.^a Isabel, y aun se trató de conferirle la jefatura política de esta Provincia, la cual rechazó. Cortada no sentía la vocación. Ni era un apasionado, ni era un convencido, ni era un traficante. Su temperamento burlón le impedía sentir los hervores de aquella generación de exaltados que se batía en las calles ó en los campos por una idea. El prurito escéptico que late en el fondo de todo espíritu crítico, crítico de costumbres ó de cualquier otro género de crítica, pues la crítica es análisis y la análisis se cimenta en la duda, le alejaba de las convicciones cerradas y dogmatizantes. Que no quiso comerciar ni medrar con la política lo demuestra el haberse apartado de ella después de unos primeros pasos, á pesar de tener condiciones de talento, aun del oratorio, para figurar y sobresalir en ella.

Trata la política en sus artículos por simple tangencia, de refilón, sin tomar partido por el uno ni por el otro, riéndose, aunque sin malicia, de todos, y explotando como uno de tantos temas las pequeñas miseriucas de ella para sus sátiras

ligeras. Su criterio es el criterio del hombre de su casa, que maldice de la política, aunque sin hiel y sin odio, porque le parece que sin las arterias y trapisondas de los políticos la cosa pública marcharía mejor. Por esto piensa que todos los políticos son peores. En este concepto su criterio encajaba también, me parece, en el criterio de su público en general, ya que entre nosotros, aun en las épocas de mayor exacerbación política, ha predominado en gran manera esa indiferencia gruñona ó quejadiza que hace de nuestra gente una gente por esencia refractaria á las grandes contiendas de los partidos. De modo que Cortada no satiriza á los unos por amor á los otros; trata los aspectos generales que ofrece la política desde puntos de vista también generales si bien caseros.

En política extranjera lo mismo, y en esto se diferenciase acaso de muchos de su público, ya que las disputas diplomático-cafeteras de que antes hablé provenían principalmente de que tal se ponía al lado de Rusia, cual al de Francia, el otro al de Turquía, al paso que él se mantenía indiferente bromeando sobre todas. La única pasión que se le nota es la de la ojeriza á Inglaterra. Y no es extraño en quien, patriota como él, hubo de sentirse indignado al ver como Inglaterra, celosa ya de siempre de su predominio en África, atascó solapadamente nuestros cañones después de Wad-Ras en el camino de Tánger. Á Inglaterra no la perdona, y en cuanto puede le echa su chinita, no con apóstrofes ni imprecaciones furibundas, sino con burlas las más sangrientas que consiente su pluma bonachona de raíz.

Á su predilección por los asuntos de política extranjera, predilección que manifestó, según he dicho, de un modo marcado en su campaña en *El Telégrafo* y *La Imprenta* con el pseudónimo de Benjamín, trajéronle sin duda las aficiones que desde muy temprano mostró por el estudio de la historia, aun antes de que las funciones especiales de profesor de ella en el Instituto de Barcelona se la convirtiesen en materia capital y obligada de su carrera. En la copiosa lista de sus obras, originales y traducidas, ocupa la historia el primer lugar. Ya en 1830, á la edad de 25 años, debuta con una traducción de la *Historia de las Vestales*. Del 33 al 40, en el pe-

riodo de la florescencia romántica, publica varias novelas históricas: *Tancredo en Asia*, *La Heredera de Sangumi*, *El Rapto de Doña Almodis*, *Lorenzo*, *El Bastardo de Entenza*, *El Templario y la villana*. En 1836 alterna la fecunda producción de tales novelas con la continuación del Compendio de Historia de España del P. Duchesne, y luego, al llegar el 40, emprende la publicación de una biblioteca histórica, traduciendo la de varias naciones y escribiendo originales la de España y de Portugal. Por aquella época, en 1845, entró á desempeñar interinamente la cátedra de Mitología é Historia de nuestra Universidad, que trocó más tarde por la de Geografía é Historia en el Instituto, de la cual no se despidió sino con la muerte.

Allí, allí estaba su verdadera vocación: la enseñanza. No era en Historia un erudito investigador de esos que en las lobregeces de archivos y crónicas descubren con perspicaz visión el punto de luz que ha de alumbrar los misterios del pasado. No era tampoco el filósofo que busca en los hechos la ley, y por medio de síntesis atrevidas abstrae del dato histórico la esencia metafísica de la vida humana en el tiempo y el espacio. No. Su vocación era más modesta: era la del popularizador, la del compendiador. De abí que sus libros de enseñanza, el *Compendio de Historia universal y particular de España*, por ejemplo, obra declarada de texto por el Consejo de Instrucción pública, merezcan ser presentados como modelos en su modesta pero provechosisima esfera. Cabría sin duda, y el tiempo vendrá de ello, un mayor predominio de la historia interna de las naciones, de sus costumbres y de las evoluciones de su espíritu, temas asimismo susceptibles de entrar en un compendio pedagógico. Pero en la época en que escribió Cortada, la historia política de los reyes y grandes era toda ó cuasi toda la historia. Cerníase todavía muy por las alturas la gran evolución de la historia, la historia por dentro, y era muy difícil, aún hoy lo es, compendiar los resultados de la honda investigación contemporánea en el libro desapasionado, imparcial, anti-sectario que reclaman las inteligencias adolescentes. En cambio, como libros de historia narrativa, eran en su tiempo un adelanto meritorio y sobrepujaban notoriamente á muchos de los que

la generación que ha venido después de Cortada ha recibido como alimento. La claridad y elegancia en la relación de los hechos, y el método de exposición rápida pero hincando en los sucesos capitales y característicos, pedían que no cayesen tan pronto en olvido aquellas obras como han caído merced á la avidez ó la necesidad de los nuevos profesores.

No sé si, ya que no le igualan en la lección escrita, igualan á Cortada en la lección oral estos sucesores; lo que no creo es que le aventajen. Tal vez la perspectiva de la distancia y el inexplicable prestigio que para los que ya maduramos tienen las impresiones é imágenes de la edad moza contribuyan á agrandar á mis ojos la figura de mi inolvidable catedrático de Geografía é Historia; mas yo no puedo recordar sin emoción entre penosa y agradable las horas que pasé embelesado en su cátedra oyéndole desarrollar con su palabra fácil, castiza, pronunciada con acento que le envidiara un castellano de cepa, el pintoresco panorama de las edades de la historia. Nuestras juveniles imaginaciones estaban pendientes de sus labios, sin que por un momento se nos ocurriese la idea siquiera de una de aquellas simpáticas travesuras tan propias de aquella bulliciosa edad. Sería por ello, sería por lo que fuere: ello es cierto que la cátedra de Cortada era en la tradición del Instituto una de las sosegadas y pacíficas. Así como de año en año, cual si los bancos de la clase la conservasen impresa, transmitíase la consigna de alborotar con determinados profesores, de suerte que ni un año por excepción dejaba de haber sus motines más ó menos turbulentos, en cambio, de año en año también, sin que nadie se lo dijese, como si se respirase en la atmósfera, iban los chiquillos á la clase de Cortada á oír y á callar. Y en cuanto asomaba por el patio ó los corredores — todavía le veo — el rostro flaco, huesoso, con bigote y perilla algo cervantescos, de Cortada, suspendíamos respetuosos la travesura á medio hacer y nos quitábamos la gorra y nos agolpábamos á empellones, como dóciles borregos, á la puerta del aula para entrar é ir con desusada compostura á sentarnos en nuestro banco. He dicho respetuosos, y esta es la palabra: no le temíamos ni él se nos imponía con los humillos de tiranuelo de otros profesores de cara hosca y voz áspera, las cuales no impedían que tal cual

vez también nos saliésemos de estampía: no; ni tenía la *cara feroce*, ni el gesto avinagrado, ni el tono duro. Al contrario, de vez en cuando por debajo de la toga del catedrático oíanse las festivas sonajas de ABÉN-ABULEMA ó de BENJAMÍN. Pero ¡qué sé yo! había algo en él que nos dominaba sin sentirlo: temor y simpatía á la vez, respeto y cariño en una pieza: ese algo indescifrable que caracteriza al que nació para enseñar, y que no se aprende ni en los rigores de una disciplina implacable y ceñuda ni en las debilidades de una condescendencia irreflexiva ó temerosa.

Y al hablar de tradición de clase vuelve á mi memoria la que de curso en curso iban comunicándose los alumnos de Cortada. Dos días había de gran solemnidad en su clase: el día en que en Historia universal explicaba la Revolución francesa, y el día en que en Historia de España explicaba la de la guerra de la Independencia. Aquellos días llenábase el aula, por tradición, de oyentes, y no eran pocos los que desertaban su clase de la misma hora para asistir á la lección de Cortada.

Yo no pude oírle la historia de la Revolución. Estaba ya Cortada muy delicado, y con gran disgusto de todos mis compañeros y mío hubo de explicarla el siempre asendereado suplente. En cambio le oí la lección de la guerra de la Independencia. Y fué por cierto una lección única y que constituye en el orden, naturalmente circunscrito, de estas memorias de la mocedad, un episodio inolvidable. Porque fué la última lección que Cortada dijo en este mundo.

Hacía algún tiempo que no asistía á clase, retenido en casa y en cama por la enfermedad que poco tiempo después había de llevarle al sepulcro. Era el último día del curso—la historia de España concluía en la guerra de la Independencia—y Cortada, que no se sentía bien sin poder respirar la atmósfera de su cátedra que 40 años habían hecho vital para sus pulmones, quiso venir á darnos el adiós. Estaba pálido, acabado; su voz era fatigosa; pero yo dudo que nunca hubiese obrado con tanta energía como aquella vez el vago recuerdo de su infancia á que la tradición escolar atribuía el singular hechizo de aquella lección explicada por él. Contábase entre los estudiantes que cuando el sitio de Tarragona por los

franceses, Cortada, que era un chiquitín de cinco ó seis años, hubo de huir con su familia entre los horrores del asalto á refugiarse en un buque surto en el puerto y que luego les trajo á Mallorca. Y suponíase que aquella imagen vislumbra-da al través de los años era la que al narrar él la guerra de la cual fué aquel sitio cruento episodio le dictaba los acentos de honda emoción, de verdadera elocuencia con que evocaba á los ojos de sus alumnos el cuadro de la inmortal epopeya española. No recuerdo si Cortada—como que me parezca que sí—pintó entre los episodios de la guerra aquel episodio personal: lo que sí recuerdo, como impresión general, es que nos emocionó, nos entusiasmó, nos levantó el espíritu á las grandes alturas del patriotismo, y que si los tiempos lo hubiesen consentido, de buen grado al salir de allí nos hubiésemos ido por estas calles á ver si dábamos con algún francés á quien hacer purgar las fechorías de sus imperiales abuelos.

Dispénsame el lector estas reminiscencias en que acaso me complazco más de lo que consiente el equilibrio de la composición literaria de esta semblanza. Podré no darle gusto con ellas al tal lector; mas no he resistido la tentación de dármele á mí volviendo melancólicos los ojos, hoy que empiezo á doblar la cuesta de los años, á aquellas primeras revueltas del empinado sendero, perdidas entre la vegetación semi-triste semi-sonriente de los recuerdos infantiles.

De ellos, de este elemento personal y subjetivo necesitara para poder hablar de otra de las fases literarias de Cortada, de su fase de novelista romántico. Y aun á trueque de que esto me doblaría la edad, de buen grado quisiera por un momento hacer por retrospectión lo que los experimentadores modernos que ensayan sobre sí mismos la inoculación de sus específicos. Quisiera, pues, yo haber tenido 20 ó 25 años allá por el 30 al 40, época en que publicó las novelas históricas cuyos títulos cité há poco. Sin ello, es imposible hacerse cargo exacto de su mérito.

Porque los libros todos, los de fantasía entre ellos, tal vez más que los otros, tienen al lado y aun por encima de su valer absoluto el valer de relación con la época que les trajo en su seno, con las preocupaciones ó pasiones que les amamanta-

ron al nacer y les dieron robustez y vida. Cada cincuenta años, hoy cada veinte ó cada diez, varía el criterio literario, y son contadas las obras, si hay alguna, que resista á la variación. Si alguna la resiste, es la obra tipo, la que crea el género ó traza la impulsión inicial. Y aun estas subsisten, sino exclusiva, principalmente para los inteligentes, para los aficionados á la historia literaria, mas no para el vulgo del público.

Pues bien; las novelas de Cortada *La heredera de Sangumi*, *La villana y el Templario*, etc., que no son tipos sino obras de segunda mano, imitaciones de escuela ó tendencia ajena, requieren para ser gustadas de veras el estado de espíritu del lector del año 40. Si Walter Scott, que era *il duca e maestro*, apenas hoy se lee, ¿cómo se leerá, por selecto que sea, el discípulo?

Desafíos, claustros iluminados á plena luna, raptos, trovadores que cantan endechas al pie de la reja, señores feudales que moran en los nidos de sus castillos desde donde caen como milanos sobre el pobre vasallo, todo el aparato de la leyenda medioeval resucitada por el romanticismo gótico de los alemanes y transportado á la ficción histórica por Walter Scott; he aquí el *canevas* en que borda Cortada sus novelas. ¿Quién resiste hoy esto como no sea á título de curiosidad? Y sin embargo, por entonces el público se pirraba por semejantes literaturas, y los literatos que comulgaban en la escuela *scottiana*, que fué la que privó principalmente en nuestro romanticismo regional por cuanto respondía más que el otro al prurito patriótico de los precursores del catalanismo, hacían como el público, y gustaban de lo que éste gustaba, y producían lo que éste les pedía.

Menos pueden quedar las obras de Cortada en aquel género, sin dejar por ello de ser apreciables dentro de él, porque se me figura que la característica de su talento no era la más adecuada para congeniar con tamañas fantasías. Su temperamento observador y que pudiera llamarse realista,—ya que los Larras, los Mesonero Romanos, los Solitarios y todos los demás escritores de costumbres eran los precursores del realismo posterior,—el buen sentido medio que le distinguía en su modo de ver las cosas y las personas, y su innata propen-

sión á la sátira festiva no le habían de llevar por el camino intrincado de las fantasías histórico caballerescas, para las cuales se requería una imaginación que él no tenía y una sobrecitación calenturienta de que no era susceptible su sangre templada y de ordenadas pulsaciones.

Por esto, pasado el primer hervor de su juventud literaria, no volvió á reincidir, y si no abandonó del todo la ficción fué para cultivar la modesta novela moral ó ejemplar para uso de familias honestas. Así, ya en edad madura, escribió *El libro de la familia*, *El mundo social*, *La sociedad en acción*, *La voz de la conciencia*, colecciones de novelas cuya índole se presume con sólo leer los títulos que acabo de copiar.

Como se ve, Cortada fué ante todo y sobre todo un escritor laboriosísimo. La lista de sus obras, originales ó traducidas, es larguísima. Representa cuarenta años de una labor incesante, de una tensión de espíritu continuada, tensión que no aflojaban sus ocupaciones de profesor, su participación en la dirección del Colegio Carreras, uno de los más importantes de España, ni sus tareas académicas en diversas Corporaciones de las cuales formó parte activa.

Con haber publicado tanto como publicó, que es mucho, todavía deja varios tomos inéditos, entre ellos un Diccionario español-italiano, idioma este último al cual fué aficionadísimo y en el cual escribió alguna obrita. Libro inédito es también una reseña de un viaje que hizo por Francia y los Países Bajos, reseña bastante curiosa y que prueba el espíritu minucioso de su autor. Anótase allí día por día las peripecias más insignificantes de su viaje, hasta el coste de posadas y diligencias. Es un libro que dentro de cien años tendrá un gran valer de curiosidad, como le tienen hoy las relaciones de viajes de los siglos pasados. Hoy aquel valer es más pequeño porque con ser alguna la distancia desde la fecha del viaje y bastantes los cambios en el modo de viajar y en el aspecto de los países visitados, aún no lo son lo suficiente para que el cuadro aparezca nuevo. Otro libro inédito es una novela picaresca, *Perico*, en la cual se complugo sobremanera Cortada, y que escribió y mimó con verdadero *amore*. No sé qué efecto haría, pero acaso no hiciese tanto como se figuraba su cariño de padre viejo. Lo que tiene, y en esto no le van en

zaga sus demás obras, es un sabor que á mí me parece castizo. Creo que Cortada es entre los escritores catalanes que han escrito en castellano residiendo aquí, uno de los que acertó más en el uso de aquel idioma, consiguiendo librarse por igual de la hibridez en que incurrimos muchos de los que nos alimentamos más de obras extranjeras que de obras genuinamente del país, y del envaramiento sin meollo en que por huir del peligro opuesto caen los que se leen una página del Quijote cada vez que cogen la pluma para escribir. De los cuales hay entre nosotros más plantel todavía que en Madrid y en otros centros literarios castellanos. Y se comprende.

Cortada escribió siempre, ó cuasi siempre, en castellano, y aun creo que lo solía emplear en su conversación ordinaria. No fué, con todo, ni refractario ni enemigo del renacimiento literario de su idioma materno. Ya en los primerizos albores de este renacimiento colaboró en él traduciendo en verso é imprimiendo en 1834 un poemita italiano de Tomás Grossi, *La noya fugitiva*. Fué de los fundadores de los Juegos Florales, y mantenedor ó juez de su primer certamen en 1859. Presidióles además el 64. Aunque sin mezclarse en él siguió con cariño el movimiento, y aun entre los artículos de Benjamín hay uno en catalán hablando de los libros de Briz.

Ayudó por otra parte, siquiera indirectamente, á él fomentando en su cátedra y en sus libros de historia las aficiones á la de la Corona de Aragón, y contribuyendo á que cesase aquel ridículo prurito de las historias de España *ad usum delphini* de suprimir de una plumada la de la mitad de aquende el Ebro, cual si en nuestra patria no hubiere habido más monarquía que la que fundó Pelayo. De suerte que si no fué catalanista *engendró quien los pariera*.

Cortada, como se ve, es una figura literaria que merece no ser olvidada y que podemos los catalanes incluir sin jactancia en el grupo de los buenos escritores de nuestra época. De ahí que tenga yo por obra meritoria barrer de la lápida que cubre sus restos el polvo que han acumulado los veintidós años corridos desde su fallecimiento, y que ha hecho cuasi ilegible su nombre para la nueva generación. Y me congratulo de haber sido el llamado á realizar en este modesto tomo semejante obra de reparación, pues creo que si los contemporáneos de

ABÉN-ABULEMA y de BENJAMÍN oirán, releyéndole, el grato eco de su primera edad, los que por haber venido con posterioridad á la vida intelectual no le leyeron ni conocieron *ab initio* comprenderán con cuánta justicia ABÉN-ABULEMA-BENJAMÍN fué en sus tiempos el escritor más popular en Barcelona.

JUAN SARDÁ.

18 Diciembre 1890.



¿QUÉ TENEMOS EN ESPAÑA?

Pocas cosas hay en el mundo tan provechosas como viajar. Este es el verdadero modo de conocer los pueblos, porque con los libros es tiempo perdido. Los viajeros nos arrojan tales bolas, que por sus relaciones sólo conociera el país descrito el mismo Dios que lo ha criado. Y sino, ahí presento por testigos á los viajeros franceses cuando nos hablan de España, que no parece sino que de industria disparatan á quien más puede, acerca de lo cual pienso echarles una rociada cuando me sienta de humor para ello, y no me contentan con los vínculos de fraternidad que contrajimos cuando el tratado de marras. Decía pues que el viajar proporciona el mejor medio de conocer las costumbres de los pueblos, y contrayéndome por hoy á materia de simpatías (si es que puede contraerse una palabra tan vaga) ¿quién ha estado en Nápoles que no se haya enterado de la decidida simpatía de los napolitanos por los macarrones? El que ha pasado un día en Milán se convence, á lo menos por sus narices, de la simpatía de los milaneses por el *risotto* y la *polenta*; quien haya ido á París ha visto la simpatía de los parisienses por todos los hombres del mundo que andan á caza de un sí es no es de libertad y de garantías, y no hay hijo de su madre que

habiendo viajado por Inglaterra no haya presenciado las corridas de caballos, olido carbón de piedra, y sido testigo de tremendas puñadas en mitad de la calle. ¿Y en España? Algunos majaderos dicen que aquí no hay nada que ver; otros aseguran que, como los españoles somos tan originales, es inútil buscar aquí cosas que se hallan en todas partes. Los primeros no miran, y los segundos no encuentran, porque como mucha parte de nuestra tierra es montañosa, no saben seguir en medio de la escabrosidad del terreno la pista de lo que aquí se halla si se busca bien. Por poco que hubiesen husmeado y metido el hocico por las ciudades, habrían dado sin remedio con el objeto predilecto de nuestras simpatías. Ningún español lo ignora, y hoy quiero declararlo para taparles la boca á esos extranjerotes que se nos vienen acá á comernos un lado, y se van contando de nosotros mil lindezas que es cosa de desesperarse. Sepan los tales embaidores que acá tenemos muchas cosas, y que entre ellas campea una que es tan general en España como los macarrones en Nápoles, el *risotto* en Milán, los puñetazos en Inglaterra y las simpatías liberales en Francia. ¿Y qué es ello?—¿Qué es? ¡Badulaques! ¿qué ha de ser sino las Juntas? He aquí nuestra sal y pimienta.—Las Juntas.—¿Ustedes saben lo que es una junta?—Todos los españoles lo sabemos, y todos los españoles somos junteros. Y luego nos dicen esos tíos del Sena y del Albión que somos insociables. Nuestras juntas os desmienten. La sociabilidad consiste en la afición que los hombres tienen á reunirse, y vive Dios que nadie en el mundo se reúne tanto como nosotros. Las juntas son el punto de contacto de todas las opiniones, de todos los bandos, de todas las edades, de todas las profesiones, de todo. El carlista se rompe la cabeza con el cristino, el comercio dice pestes de los curiales, éstos dicen epidemias del comercio; el artesano trata de estafa al aristócrata, y el aristócrata llama ladrón al artesano; pero el carlista tiene juntas, el cristino tiene juntas, el comercio tiene juntas, el curial tiene juntas, tienen juntas los aristócratas, y los artesanos tienen juntas. ¿Y quién no tiene juntas en España? El Congreso prepara la abertura de sus sesiones con una ó más juntas, las juntas dirigen la actual guerra. Abogados, procuradores, notarios, médicos, cirujanos, boticarios, clérigos, censores, clasificadores, fabri-

cantes, filántropos, académicos, acreedores, damas, parroquias, regidores, con la añadidura de sastres, zapateros, carpinteros, guarnicioneros, silleros, etc., etc., todos celebran juntas, y tienen lugar á propósito para juntarse.—¿De dónde viene usted, señor don Francisco?—Vengo de junta.—¿Á dónde bueno, Pedro?—Voy á una junta.—¿Qué quiere usted, Cristóbal?—Vengo á avisarle á usted para junta.—¿En dónde pasó usted la tarde ayer?—Estuve de junta.—¿Qué piensa usted hacer?—Tener una junta.—¿Quién se encarga de este negocio?—Nombraremos una junta.—¿Cuándo se decide mi asunto?—El primer día de junta.—Soy de la junta.—Lo expondré en junta.—Me llaman á junta.—Veré á la junta.—Hablaré á la junta.—Cuento con la junta.—¿Y habrá cristiano capaz de decir que los españoles no tenemos simpatías por cosa alguna? ¿Qué aquí no hay nada que ver? ¿Nada que observar? Pues, ¿y las juntas? ¿Á ver quién es el guapo que les toma el pulso y se entera de todos sus nombres, objetos, atribuciones, franquicias y percances? Acá nos juntamos.—¿Y qué hacen ustedes? preguntará alguno.—¡Canario! ¿Está usted sordo? Nos juntamos.—¿Y después?—Después nos hemos juntado, y juntarse es hacer algo, y haberse juntado todavía es hacer más. Ya parece que los francesitos les van tomando el gusto á las juntas, y han empezado por adoptar el nombre trastornándolo un poco, como suelen hacer con todos nuestros nombres y con todas nuestras cosas. ¿Y cómo dirán ustedes que les ha entrado la afición? Á puro ver juntas españolas en su territorio, las cuales juntas se han ido aclimatando, y diz que van echando raíces y tomando terreno. Algún día conocerán lo que es una junta, y entonces mala pascua me dé Dios, y sea lo que quiera si no se comen las manos tras el objeto de nuestras simpatías. Otras cosas han tomado de nosotros, y otras nos tomarán si Dios no lo remedia.

ESTO ES UN LIBRO NUEVO

Los extranjeros lo entienden. Salen de su casa y se echan á volar por el mundo con una docena de cartas de recomendación, y con ánimo decidido de sacar raja donde quiera que vayan. Toman apuntes, se burlan de todo, de todo hacen ascos, á veces estafan, con frecuencia engañan, y casi siempre mienten. Critican, se dan importancia, y de vuelta á su tierra cuentan mil anécdotas que no les han sucedido, escriben un libro de viajes donde mienten más que un periódico, y nos ponen como ropa de pascua; pero venden el libro, reembolsan lo gastado, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Es mucha farsa esta, pero no hay más, esta es la farsa de cada lunes y de cada martes. Y no hay decir que no tenga esto sus ventajas. Se ve, se conoce el mundo, se hacen relaciones que es lo que hay que hacer, y cuando les da gana de contar una bola, no hay más sino creer lo que dicen, ó tomar el vapor y sacar los hígados para ir á averiguarlo. Bien sabido se lo tienen todo esto los extranjeros, y de aquí nace su afición á los viajes. Les gusta mucho hacerlos por España, y ahora les ha de gustar más porque á poca costa podrán observar las costumbres y las cochinadas de los árabes, puesto que árabes somos, según tiene la candidez de llamarnos el ilustre vizconde de Chateaubriand en su obra últimamente publicada. Esto va á ser una viña, aquí se harán grandes descubrimientos. Nosotros no servimos para el caso, porque somos muy tontos, y tenemos menester que vengan de allende á estudiarnos para luego darnos de coro, recitarnos, cantar-nos, declamarnos y silbarnos como producción del país, y aquí saldrán puñaladas y robos y asesinatos y venenos y raptos y todas las zarandajas que son tan comunes en los árabes como en los dramas románticos. Es muy particular que el bueno del señor vizconde no haya hecho público ese secreto hasta ahora, cuando su señoría lo sabe sin duda hace muchos años. En verdad que no pudo haber otra razón sino la espe-

ranza de que nos convertiríamos con el tiempo, y por esto contribuiría tan eficazmente, como él mismo asegura en letras de molde, para que los hijos de San Luís viniesen en 1823, como el padre fué no sé cuántos años hace á convertir africanos. La tal remesa fué una especie de ensayo como hacían los misioneros en el Paraguay, porque al fin en tierras desconocidas siempre hay que enviar exploradores para que le tomen el pulso al país y á sus habitantes. Pero de nada ha servido esa cristiana prueba, nosotros brutos que brutos, y al fin y al cabo el buen señor se ha visto en la precisión de publicar nuestra miseria haciendo saber á toda Europa que somos unos salvajes, fanáticos, holgazanes é incorregibles. Y ahora será ella. Yo no sé en qué pararán estas misas, pero su señoría tampoco lo sabe. En lo de descubrir el secreto ha hecho perfectamente, porque no era razón que se lo llevase al otro mundo con notorio perjuicio de las ciencias, y muy particularmente de la geografía que había colocado la Arabia en otra parte del globo.

Pues señor, como íbamos diciendo, los extranjeros viajan mucho, y algunos por España; de aquí tantos *viajes, investigaciones, reseñas, observaciones, descripciones*, etc. Y suelen hacerlas con tanta novedad que no parece esto sino una mina inagotable, porque cada uno dice la suya, y ensarta chismes como cuentas de rosario, aunque en algunos puntos esenciales todos están de acuerdo, y andan acertados que es una bendición de Dios. Aquí todos tocamos el pandero, la guitarra y las castañuelas, cantamos la jota y la cachucha, bailamos el bolero, tiramos la navaja, hacemos entruchadas de noche, y hablamos con las muchachas desde la calle, y las muchachas son todas manolas, y nosotros todos majos, y nos llamamos don Fernández, don Castro, don Jiménez y don Japagategui. Y cierto que tienen razón. ¡Habría majaderos! ¡Guitarras! Los barberos son sus exclusivos tocadores y tal cual gitano aventurero y embaidor, que ni es español, ni deja de serlo. ¡Hablar á las niñas desde la calle! Pues bonitos son los niños para guardar distancias de filas en tales paradas. ¡Manolas! ¿Qué les parece á ustedes? ¡Jotas y cachuchas! Que me planten en la frente la cachucha que se canta en las cinco sextas partes de España. ¡Y cómo nos conocen! Y luego se vienen diciendo que haremos esto, y que nuestra lucha

terminará de tal modo, que nos conviene esto ó lo de más allá, que será lo que ellos han pensado, ni más ni menos. Esto es un libro nuevo, señores míos; hay que leerlo, hay que conocer los caracteres en que está escrito, hay que entenderlos, que estudiarlos, y después se quedarán ustedes como estaban.

7 de Noviembre de 1838.

¡HABRÁ BRIBONES COMO ESTOS!

El último sábado por la tarde, después de haber comido con toda la frugalidad que es consiguiente á un empleado que anda atrasadillo de pagas y que no se considera comprendido en la proposición del señor Seoane, me fui al paseo de la Explanada, que es como irse á un cuartel de inválidos porque restando los cojos, los perláticos y ciegos, casi no queda otra figura entera que la mía. La tarde estaba muy templada, y como el pasear gasta los zapatos y dispierta el apetito, que me conviene tener aletargado, me senté en un sofá de los muchos á los cuales la ilustración del siglo ha ido robando el respaldo, porque es de hierro. Saqué un cuaderno del Panorama que me presta un amigo, y me dí á leer una historia de la Suiza, que lo mejor que tiene es la impresión y el papel. Á breve rato vinieron al mismo sofá dos personajes cuyo exterior me engañó, como engañan siempre los exteriores. Representaban unos cincuenta años, largos de talle, aunque el color sano y la firmeza de sus pasos desmentía la fe de bautismo, como desmienten casi siempre las suyas las mujeres de más de treinta años. El traje era lo que se llama decente, cual si la indecencia consistiera en lo raído y mugriento, aunque no pasaba de chaqueta, pantalón, zapato, calcetas de hilo y sombrero que se acordaba de los diez años. Me miraron, tomaron asiento en el ángulo opuesto al que yo ocupaba, y continuaron la conversación que traían comenzada, mas lo hacían tan por lo bajo que me movieron á escu-

char lo que no hubiera oído si lo dijeran más recio. Te aseguro, decía el uno, que no hallarás cosa mejor en el mundo. Yo todo lo he probado, y después de abandonar el oficio tres veces, he vuelto á él para acabar mis días en la cofradía. Trabajé una temporada en el paseo de Gracia; pero es mucha molestia aguantar la intemperie todo el año para ganar cinco reales diarios, sin poder contar con un cuarto de hora para nada. Otra vez fui sereno dos meses; pero, amigo mío, después de perder todas las noches desgañitándote por esas benditas calles, durante el día has de ser un criado del alcalde de barrio, y todos los vecinos se creen con derecho de hacerte encargos, sin añadir un ochavo á la asignación de la semana. Trabajé algún tiempo como peón por cuenta del ayuntamiento, y aunque en las obras públicas no se hace nada, al fin tiene uno que estar esclavo todo el día, levantarse temprano, y depender del capricho de un capataz que hace lo que le da la gana. Fui después portero de una casa de señores, pero allí hay que acostarse á las doce de la noche para esperar que vengan los amos, y que levantarse á las cinco de la mañana para que salgan los criados. Todo el día tomando recados, corriendo la ciudad con mil encargos, el amo te trata de bruto, eres la última persona de la casa, y te ves forzado á representar ciertos papeles que no puede tolerarlos un hombre honrado, amén de hacer la vista gorda como si no lo entendieras. Estuve algún tiempo mozo de café, pero si das con señores mal humorados te dicen cualquier cosa, llevas la culpa si las bebidas son malas, van á gastar un real y te mandan doscientas cosas, y desde criado del cafetero paras en criado de todos los concurrentes. Cuando vino la libertad, fui furriel de una compañía, y la cosa iba tal cual mientras se permitía alquilar para las guardias, mas desde que cada miliciano hace el servicio que le toca es mal oficio. Entonces cuando entraba la compañía podías contar con ocho reales por cada alquilón, amén de ir á buscar bajas á casa del capitán y del físico, limpiar correajes, llevar camas y otras frioleras; pero ahora es un fastidio, y luego los milicianos de ahora son demasiado señores, y no le miran á uno la cara. Otras cosas he probado y otras, pero te digo, Pedro, que es una locura salir de mi oficio. Ya estoy resuelto á no ser otra cosa que mendigo.—¿Pero por qué no prue-

bas el meternos en la Casa de Caridad? dijo Pedro.—Eso es lo peor de todo. Allí trabajas, comes poco y malo, y te tienen cerrado como si fueras un lobo. No, no, libertad, libertad, esto es lo primero. Tres veces me han metido en esa maldita casa, gracias á los bandos de los alcaldes, que sin duda no tenían otra cosa que hacer que perseguir á los pobres, pero me he escapado, y como nadie se acuerda de los bandos á los ocho días de publicados, hasta que venga alcalde nuevo el oficio es seguro, y cuando venga, con andar uno medio escondido una semana, ya no hay que temer cosa alguna.—¿Pero de qué manera aseguras la subsistencia? preguntó Pedro.—La primera bullanga fué un ataque terrible á los pobres; hablo de la quema de conventos, porque con ellos desaparecieron las sopas, y esta falta se hizo sentir mucho. No obstante, estoy arregladito, y vamos tirando. Oye la cuenta por semanas. Todos los sábados tengo catorce casas de á 2 cuartos, y tres de 4 cuartos. Vé contando.—Son 40 cuartos.—Dos casas de real.—¿Real catalán?—Unas veces sí, otras de vellón. Cuéntalo á 8 cuartos.—Son 56 cuartos.—Dos reales de vellón que le pesco todos los domingos á una señora en cuya casa había estado de criada mi mujer.—Son 73 cuartos.—Media peseta cada semana de un señor canónigo á quien ayudo la misa.—Son 90 cuartos.—Unos días con otros puedes contar seis cuartos cada día que cojo en dos horas que paso en la puerta de la iglesia en donde están las Cuarenta horas.—Son 126 cuartos.—Cuenta cada día diez cuartos recogidos pidiendo en la esquina en donde me ves desde las once á la una y media.—Son 196 cuartos.—Dos cuartos cada día de la comida que vendo.—¿Vendes comida?—Cuenta, ya sabrás cómo.—Son 210 cuartos.—Cuenta una peseta cada semana de las enhorabuenas que doy á los que han sacado rifas.—¿Y cómo lo sabes?—Me lo dice uno que vende billetes y le doy la mitad de la limosna.—Son 244 cuartos.—Añade á todo esto unos 20 cuartos advenedizos cada semana.—Son 266 cuartos.—Que componen 31 reales largos de talle, que partidos por siete días son unos 4 reales y medio cada día. Tengo dos criadas que me dan las sobras de la comida, y de esas sobras como á medio día, y vendo por dos cuartos lo que me queda. Para almuerzo y cena no gasto más que 14 cuartos, con 4 de alquiler de casa y 5 de lavandera que

suman 23 cuartos, 3 para fumar son 26, medio de la barba 26 y medio, medio de tabaco para las narices son 27, con lo cual me quedan cada día 11 cuartos seguros, que á fin de mes son cerca de 10 pesetas, y al fin del año 23 duros, tres cuartos más ó menos, advirtiéndome que de tiempo en tiempo viene alguna fortunilla.—¿Pero no te fastidia comer siempre de sobras?—Nada de eso; porque las criadas me lo guardan muy limpio, y por Navidad no falta algún trozo de pavo, ni de cordero por Pascua, ni de botifarra cuando se mata el cerdo, ni un ala de pichón ó cuello de polla en las otras festividades.—¿Pero y la ropa? ¿Y los zapatos?—Como que no trabajo, la ropa no se rompe, y los zapatos son eternos: este vestido me sirve hace veinte años para los días de mi santo y para ir á correr las estaciones en Semana Santa al anochecer, y en cuanto al traje de pobre casi tiene tanto tiempo como yo.—¿Y hace tantos años que eres pobre? ¿Y con qué carácter pedías limosna?—El año 14 era un soldado licenciado y con asma; el año 20 un expatriado que huyó de los realistas; el 23 un realista herido de una pierna y á quien se lo habían quemado todo los constitucionales, y á las veces me convertía en soldado de Ballesteros, con licencia absoluta y corto de vista: ahora ya soy viejo y no necesito trampas.—¿Y tu mujer?—Servía de criada, nos veíamos de cuando en cuando, me traía sobras muy abundantes, y nunca se supo que fuese mi mujer hasta que me quedé viudo.—¿Y qué me aconsejas?—Que te dejes de trabajar, vente conmigo, te presentaré á los parroquianos, escogeremos una esquina para ti, te finges expatriado de Solsona ó Berga, te recomendaré á alguna criada de servicio, y no tengas cuidado, como le tomes el pulso al oficio, no lo has de dejar aunque te dijeran que te dan un empleo. En esto se levantaron, y sin saludarme se metieron por el Borne, y no he vuelto á verlos. ¿Se habrán dado pillos de tal especie? Me quedé escandalizado, señor Editor. ¿Y es posible que esto suceda? Este mundo no se acaba de conocer nunca.

QUE AL PEDIR LE LLAMEN DAR,

NO HAY SUFRIMIENTO PARA TOLERARLO

Hace una porción de años que me revienta oír como se trastornan las ideas y las palabras. ¿No lo ha observado usted, señor editor? Cuantas veces he tenido cólicos me han dicho los médicos que eso era bueno porque me limpiaba, cual si esa limpieza hiciera que el cólico dejase de ser un mal. Las jaquecas que padezco me dicen que son buenas porque sólo las tiene el que rebosa de salud. Sepa usted que de puro hambriento estoy delgado como una brizna de azafrán, y todo el mundo se empeña en que esto es bueno porque tengo agilidad y no me cargo de humores. Hasta hay quien dice que es bueno que no tenga dinero, porque esto me ahorra quebraderos de cabeza, cual si en este mundo pudiese haber mayor quebradero de todo el cuerpo que la pobreza. Y estas y otras equivocaciones andan en boca de todos, y hay hombre que se lo dice á usted con una frescura que llega uno á dudar si está bebido. ¿Á qué viene este exordio? dirá usted. Allá voy, y ya verá usted como le viene á mi narración mucho mejor que un ejercicio de domingo á las cinco sextas partes de los milicianos, es decir de los que llevan fusil.

Ayer que era el día del bendito Santo Tomás, á quien no me pesaría ver expatriado del Calendario, hubo en esta casa una marimorena de cuyas resultas pensé quedarme viudo. Mi caprichosa Antonia fué á lucir el talle á la Explanada á pesar de mi oposición y del agua que Alá llovía, y no sé por qué mala estrella mía se le antojó un pavo, como yo me había temido. De sobremesa entabló la demanda con indirectillas que yo no comprendí nunca, porque en las indirectas encaminadas á pedirme dinero soy como un ministro de Hacienda. El poco fruto de esa prueba resolvió á mi mujer á *pronunciarse francamente*, y no contenta con haber pedido per-

miso para la compra de un pavo, solicitó un voto de confianza no absoluto, sino limitado á turrónes, barquillos y no sé qué añadidura de perdiz ó chocha. Dije nones, clarito, y mi Antonia, clarito, dijo síes, y al fin gané yo. Y hubo aquello de ingrato, ya no me quieres, una cosa que te pido en la vida, en día de Navidad, tendremos unas pascuas muy tristes, y doscientas otras tonterías que me volaron porque ninguno de estos gastos está incluído en mi presupuesto. Al fin transigimos, porque mi mujer es tan amiga de ese expediente, que como ella hubiera sido diputada á Cortes, no sé yo si hubiera colado la adición hecha á la contestación al discurso de la Corona. Quedamos en que se compraría volatería, y yo, tomando la iniciativa, por la tarde compré dos gorriones tan bien comidos que no me parecieron españoles. Yo creo que los gorriones pertenecen á la volatería, pero mi mujer que no ha leído á Buffon, ó no lo opina así, ó puesta ya en el empeño de molerme los repudió, y al fin y al cabo hubo de arrancarme 952 mrs. con destino á pavo. Toda la noche estuvimos los dos con tanta geta, y aun esta mañana no hacíamos migas, cuando ha entrado diciéndome que cuánto quería darle al repartidor del Nacional.—Un cuerno, he dicho lleno de ira, yo no debo nada á nadie, y no doy nada de balde.—Te viene á dar las pascuas.—¿Y qué es eso? ¿Es cosa de comer? ¿Es volatería?—Las pascuas, las fiestas, viene á felicitarte.—Á desgraciarme, querrás decir. Nada, no le doy nada.—¿Pero y las pascuas?—Devuélveselas.—¿Cómo quieres que le despidas sin darle algo?—Dale el diario de Brusi y que se vaya.—¡Pero hombre, es posible!...—Despídelo si quieres, ó sino voy yo.—Á mí me da vergüenza.—Pues yo le despediré. Amigo mío, le he dicho, los tiempos están malos, y no puedo corresponder á la fineza de usted. Tenga usted muy buenas pascuas, y déselas usted en mi nombre á los señores Redactores. Mi hombre se ha ido refunfuñando, pero no me ha arrancado un ochavo, y yo creo que es mejor esto que las bendiciones que cuesten dinero. Para que mi mujer no hubiese de avergonzarse repetidas veces, he resuelto abrir la puerta á todo el que llamase, porque ha sido fácil prever que la función no estaba concluída. Á poco rato han llamado. ¿Quién va?—El sereno. He abierto. Amigo mío, le he dicho, mi amo no está en casa y haga usted que no le vea porque está hecho con

usted una furia desde que sabe que usted lo delató para servir en la milicia.—No fui yo sino el vecino de enfrente.—Él está en que es usted y le aconseja á usted que no vuelva por acá. Además anda atrasadillo y no le pescaría usted nada. El sereno se marchó murmurando con el mismo tono malditísimo con que canta por las noches. Es un sereno del cuartel 4.º Otra llamada. El repartidor de la Paz.—¿Pues no murió?—¿Y qué? ¿No se recoge dinero también en nombre de los difuntos?—Mi amo no conoce á ningún difunto de este país. Se fué el repartidor de la Paz, pero á los cinco minutos dieron aldabazo. ¿Quién?—Servidor de usted.—Era el portero de la oficina. No importa, dije para mí, otros más allegados se hacen á veces el desconocido. El amo no está.—¿Cómo, señor Abulema? Siempre está usted de buen humor. Vengo á darle á usted las pascuas.—El amo no recibe á nadie; y me ha dado orden para que no tome cosa alguna.—No traigo regalo alguno para usted, sólo le doy las pascuas. — ¡ Á mí! tampoco quiero cosa alguna, y en cuanto al amo no le aguarde usted porque no come en casa.—¿Pero qué significa esto? ¿Qué amo dice usted?—El mío, yo no soy Abulema, soy su criado. Vaya usted con Dios, para servir á usted, tenga usted buenos días. Se quedó el portero como quien ve visiones, pero se marchó sin pescarme un ochavo, y esto es todo lo que yo quería. Otra te pego. Una de las costureras de la modista con una felicitación á mi Antonia. La señora ha tomado otra modista y extraño que le vengan ustedes con pascuas.—¿Otra modista dice usted?—Sí señora, otra modista, porque ustedes no la vestían á su gusto.—La señora será la que no tenga gusto. Sepa el criado que en casa de mi maestra se viste lo mejor de Barcelona; y que allí se ocultan jorobas, y se suplen todas las escaseces de la naturaleza, que de allí salen iguales las espaldas, que son altas y bajas á un tiempo, y se adelgazan los talles, y se engruesa lo que importa que no sea delgado, y la señora de esta casa no tiene motivos de quejarse.—Yo cerré la puerta, y la modista se fué diciendo herejías, y yo me estoy riendo al representarme la escena que le aguarda á mi mujer el primer día que llame á la modista. ¡Ojalá no viniese de puro picada!

Como quiera que sea, yo he conseguido mi objeto, y hágame usted el favor, señor Editor del diario de Brusí, de decir al re-

partidor que le agradezco las pascuas y que se las devuelvo, deseando que le hagan muy buen provecho el pavo y los turrones y todo lo demás, y que si se le ofrece algo, desde el día 7 del próximo Enero podrá mandar cuanto guste á su servidor.

22 de Diciembre de 1838.

COSAS DE ESPAÑA

Cuando uno se empeña en hablar de muchas cosas es indispensable que algunas veces desbarre y diga tonterías. Así puede ser que me suceda á mí, ó me haya ya sucedido, porque en todo meto baza, de todo articuleo, y recelo que de tiempo en tiempo he de dejar caer alguna bola que haga rabiar á más de un lector que entienda mejor que yo la materia de que trato. Me animan, no obstante, dos cosas. La una, que todos hacen lo mismo: la otra, que observo puestas en uso algunas frasecitas acomodaticias y muy socorridas con las cuales oigo que las gentes explican todo lo que no saben, contestan á lo que no entienden, y salen de todos los atolladeros. Desde que los españoles con el auxilio de los extranjeros (demos á cada uno lo que es suyo) se están matando como si fueran moros y cristianos, se ha inventado una multitud de esas frases, que no parecen sino el jarabe de cidra, el espíritu de nitro, y el agua de fuente que entran en todas las recetas, aunque la última no entra en todas las botellas. *Cosas de España*, oye uno repetir á cada paso, y á fe que muchas veces no entiendo cómo le cuadra esto á lo que se dice. Se da hoy una orden, y se revoca mañana. *Cosas de España*, dicen todos, cual si las circunstancias no cambiaran muchas veces de hoy á mañana. Se mudan los Generales, los Jefes políticos, los Intendentes. *Cosas de España*, como si debieran eternizarse los hombres en los destinos. Un general gana una batalla, y dice que por falta de recursos no ha podido seguir á los enemigos batidos. *Cosas de España*, cual si los soldados

de las otras naciones no comiesen cuando pican las retaguardias. Los carlistas dan algún mal rato á los cristinos. *Cosas de España*, como si los carlistas fueran chinos, ó como si entre dos que se batan ganase siempre uno mismo. No se observa el tratado de la cuádruple alianza, grita uno; por la frontera pasa todo lo que se quiere; nuestro gobierno no sabe hacer que le respeten. *Cosas de España*, contesta otro, como si todo eso, en caso de que fuera cierto, no fuesen cosas de Francia. ¡Que los ingleses se han aclimatado en Pasajes y en S. Sebastián! *Cosas de España*. ¿De España? Eso serán en todo caso cosas de Inglaterra. Eso de Muñagorri nadie lo entiende, es un arcano. *Cosas de España*. Yo diría, cosas de Muñagorri. ¡Que Luís Felipe nos está ahitando con simpatías y no nos auxilia! *Cosas de España*. ¡Un cuerno! Eso son cosas de Luís Felipe. Esto de los correos es un desorden: nunca tenemos noticias de Madrid, y el camino desde allí hasta Valencia está expedito. ¡Oh! Es un escándalo. *Cosas de España*, como si el gobierno de España pudiese mandar á los vientos. Que está malo el teatro, dicen los abonados. *Cosas de España*. Yo creo que eso serían cosas de la empresa ó de los actores. Los abonados no pueden tolerarse. *Cosas de España*. Eso son cosas de los abonados. No puede uno ver una ópera buena. *Cosas de España*. Yo entiendo que la mayor parte de eso son cosas de Italia. El otro día le tenía prometido á mi Antonia llevarla á paseo, pero el día estaba malo y no quiso salir. ¿Por qué no quieres salir? le pregunté yo.—Porque hace mal día.—¿Mal día?—Muy malo; en siendo día de fiesta, mal tiempo; aquí siempre sucede esto. *Cosas de España*. ¿Qué le parece á usted, señor Editor? ¿Qué les parece de la contestación de mi mujer? ¿Qué le parece á usted de la tal mujer mía? Ella sí que es cosa de España.

15 de Enero de 1839.

UN PUNTO HISTÓRICO

Siempre me gusta cumplir lo que prometo, y más cuando la promesa la hago á muchas personas. Á mis lectores les

dije, no sé cuántos días hace, que les daría un catálogo de todas las juntas de cuyos nombres tengo noticia, y como sé que más de cuatro lo esperan para ver si las sé todas, que lo dudo, había resuelto cumplir mi palabra el primer día que de puro fastidiado no tuviese ganas de escribir el articulillo que algunos andan buscando cuando cogen el Diario de Brusi. He aquí que hoy estoy fastidiadísimo por todo lo que pasa, y como si endilgara un artículo cual otros días lo hago había de decir tales cosas que de puro atrevidas no se podrían poner en letras negras, he determinado concretarme al catálogo de las juntas. Y no se me tome por sátira ni cosa que se le parezca, sino cual una noticia puramente histórica, ó quizás estadística, que con el tiempo acreditará que en nuestros días todas las cosas se hacían por consejo de muchos. No sigo orden cronológico ni alfabético, porque á fuer de amigo de la novedad abandono esos métodos de rutina, y me atengo al capricho. Mi catálogo, pues, es histórico en su esencia, caprichoso, romántico en su desorden. Empiezo, continúo y acabo aquí, porque concluído el catálogo no pienso añadir una palabra. Después de tantas juntas, ¿qué cosa de provecho podría decir un hombre solo?

Juntas preparatorias.—Juntas de gobierno.—Juntas de arreglo del clero.—Juntas de aposento.—Juntas de descargos.—Juntas de comercio y moneda.—Junta superior de medicina.—Junta superior de farmacia.—Junta de competencias.—Juntas de fortificación.—Juntas de armamento y defensa.—Juntas de movilización.—Juntas de recursos.—Junta diocesana.—Junta de aranceles.—Juntas de reparto.—Juntas de censura.—Juntas de clasificación.—Juntas de calificación.—Juntas de sanidad.—Junta provincial de instrucción pública.—Junta municipal de idem.—Juntas de enagenaciones.—Juntas de puertos.—Juntas de canales.—Juntas de obras.—Juntas de fábricas.—Juntas de festejos.—Juntas de beneficencia.—Junta de misericordia.—Junta de la Enfermería de la cárcel.—Juntas de Monte-píos.—Junta de la nacional Casa de Caridad.—Juntas de ornato.—Juntas de academias.—Juntas de sociedades económicas.—Juntas de médicos.—Juntas de abogados.—Juntas de Minervas.—Juntas de cementerio.—Juntas de almas.—Juntas de acreedores.—Juntas de seguros marítimos.—Juntas de hospitales.—Junta del regalo del hos-

pital.—Juntas de damas.—Juntas de incendios.—Junta administrativa y directiva.—Junta de armamento y distribución.—Juntas represivas de contrabando.—Juntas supremas.—Junta superior.—Juntas centrales.—Juntas corregimentales.—Juntas de partido.—Juntas de represalias.—Juntas municipales.—Juntas de cuartel.—Juntas de barrio.—Juntas de colegio.—Juntas de gremio.—Junta central de idem.—Juntas administrativas.—Juntas parroquiales.—Juntas de cofradías.—Juntas auxiliares.—Juntas consultivas.—Junta general.—Junta particular.—Junta secreta.—Junta mixta.—Juntas... Juntas... Juntas de fantasmas.

¿ Me entienden ustedes ?

23 de Enero de 1839.

SUPLEMENTO INTERESANTE

¿ Quién podrá hallar la perfectibilidad en las cosas humanas? Las unas salen menguadas como los presupuestos, las otras hueras como los empréstitos, otras fallidas como algunos programas, otras falsas como mil promesas, otras obscuras ó vagas como muchas órdenes, decretos y reglamentos, otras efímeras como algunos bandos de policía, otras insuficientes, otras superabundantes, otras cojas, otras mancas, y otras inútiles del todo. De aquí la necesidad de adicionar, interpretar, enmendar, aclarar, adivinar, suplir, comentar, glosar, rectificar, amplificar, extender, mejorar y suprimir. Tras la real orden suele venir la aclaración, tras el presupuesto la adición, tras la promesa la rectificación, tras el programa la amplificación, tras el empréstito la mejora, tras el bando la repetición del mismo ó la publicación de otro. Es una lástima. Nada, nada perfecto, ni aun después de ejecutarlo mil veces. Las capacidades, que al parecer debieran hacerlo mejor, tampoco lo aciertan, y tarde ó temprano les es forzoso añadir á lo hecho ó corregirlo. Ahí está el Diccionario de la Academia que después de tantas ediciones con sus

correspondientes suplementos aún está muy distante de ser perfecto, según dicen malas lenguas. Apenas sale obra que no lleve su suplemento al canto. El Diccionario Biográfico que se publicó en esta ciudad tiene á retaguardia un suplemento, y á no equivocarme, há menester un suplemento cada mes, si no quiere omitir ningún personaje célebre, porque hoy los hombres célebres hormiguean por todas partes como en otros tiempos hormigueaban los hombres de bien. El Diccionario de Escritores catalanes necesita un suplemento como un misal, porque si todo lo que se publica como original es original, ahí es una friolera. Los mismos periódicos han dado en el chiste de calzarse suplementos, y es una idea peregrina, porque si la cosa que va en el suplemento aguardara á salir al día siguiente podría causar un trastorno á la nación entera. Y sea dicho entre paréntesis, y con perdón de los autores de tales suplementos, no sé yo por qué les dan ese nombre, puesto que casi nunca se trata en ellos de cosas omitidas en el periódico sino de cosas distintas que por sí solas forman un asunto, el cual no pertenece de modo alguno al Diario de hoy, ni al de mañana, ni al de ningún día fijo. Y si uno echa el ojo por las casas se ven tantos y tales suplementos que todo el mundo viene á estar suplementado, que es decir que no hay cosa completa por sí misma. En atención á lo dicho y á mucho más que pudiera decir para probar que las cosas sin suplemento son incompletas, no sé yo por qué se ha de haber criticado tanto el que en mi artículo del día 23 de Enero último faltasen los nombres de algunas Juntas. ¿ Soy yo acaso una excepción de la especie humana? ¿ Los hombres de mi tierra tenemos obligación de ser perfectos? Hay allí tanto majadero como aquí, y puede ser más; los mismos defectos, los mismos vicios, así, en globo; es decir, las mismas imperfecciones. Y nadie me ha tenido en cuenta que prometí una nomenclatura de 72 Juntas, y que cumplí mi palabra, cual si el cumplir uno su palabra, en tiempo en que tantos faltan á ella, no fuese un rasgo de heroicidad y de hombría de bien muy laudable. No quiero significar con esto que mi nomenclatura fuese completa, no; había déficits terribles, muy notables, que podían causar perjuicio á la historia de nuestros tiempos, que en mi concepto no debiera publicarse hasta el siglo vigésimo, con perdón sea dicho del que ahora la publica

hasta el año 1833. Confieso, pues, que mi artículo tenía menos Juntas de las que tiene España, y que mi obra, como todas las obras humanas, era imperfecta. Póngole pues mi suplemento, y no renuncio á encajarle otro, si las circunstancias lo reclaman. Alla van pues quince juntas más, que añadidas á las 72 del otro día forman la suma de 87. Me acuso de haber omitido las 12 primeras, mas no pequé con respecto á las tres últimas, pues ninguna de ellas estaba instalada ó á lo menos no se tenía noticia por acá. No comprendo el objeto de algunas de las Juntas de mi suplemento, lo mismo que no comprendía el de otras de las publicadas.

Suplemento á la lista de Juntas continuada en el Diario del 23 de Enero último.

73: Junta patrimonial.—74: Juntas directivas.—75: Juntas de rescate.—76: Juntas de la Ayuda.—77: Junta del Nazareno.—78: Junta de Cops.—79: Junta directiva y administrativa de molinos reales.—80: Junta de rectificación del Besós.—81: Junta de protección de extranjeros.—82: Junta de obras de ensanche de la plaza de la Constitución.—83: Junta del Liceo, compuesta de las secciones de verso, de canto y económica.—84: Junta del vapor.—85: Junta del teatro.—86: Junta auxiliar diocesana con respecto á la dotación del culto y clero.—87: Junta de paz y fueros, que es obra de Muñagorri.

Nota.—Juro por Mahoma que el haber colocado el otro día la *Junta de incendios* tocando con la *Junta de damas* fué efecto de casualidad, ó si hubo malicia fué del cajista de la imprenta. ¡Es un perillán!

9 de Febrero de 1839.

UN ARTÍCULO DE FONDO

Me voy enfadando con el señor Editor. ¿Pues no es bueno que después de hilarme los sesos haciendo artículos y artículos, en muchos de los cuales trato de cosas muy serias y muy profundas, siempre el señor Editor ha de poner mis artículos

en la sección de *Varietades*? Yo hablo de la cuádruple alianza, hablo del gobierno, de las costumbres y hablo de los vicios. ¿Y son estas cosas de poca importancia para encajarlas todas entre las *Varietades*? Estoy picado y lo peor es que tengo razón. ¿Ningún artículo mío vale la pena de ponerlo como artículo de *fondo*? Esto es una parcialidad demasiado injusta y que no puedo tolerar con paciencia. La he tenido durante tres meses, pero se me ha acabado. He hablado de todo, y el señor Editor duro que duro. Ya sé yo que mis artículos no se parecen á los que comunmente se llaman de *fondo*, aunque suelen insertarse en la superficie de los periódicos; mas no sé yo que haya decreto ni reglamento ninguno que fije la especie, el género ó la familia de los artículos de *fondo*. En verdad que todos están cortados con la misma tijera, y que esta tijera no es la mía; pero yo sospecho que no es esa la razón de que se me haga á mí tal desaguisado, sino una antipatía particular que me tiene el señor Editor, la cual antipatía, ó yo me engaño mucho, ó es hija de los partidos de cierta junta de que somos miembros entrambos. Hoy quiero salir de dudas. Voy á hacer un artículo de fondo que diga todo lo que dicen todos los artículos de fondo juntos, y veremos á ver si me lo aclimata en las *Varietades*. Puede ser que mi artículo no diga nada, y entonces es cuando será más de *fondo*; puede que sea original, y entonces ya es mucha recomendación. Tal vez será un disparate, y entonces se parecerá á tantos artículos, que podrá reputarse por hermano de cualquiera. Allá va pues mi artículo, y pido á los lectores que no me silben, porque es el primero que hago de esta clase, y para quien yo soy, por malo que sea es bueno. Toso, estornudo, me sueno, escupo y comienzo.

En medio de los horrores de esta guerra fratricida que todo lo devora y lo consume; y en medio de los escollos en que encalla á cada virada la zozobranante nave del Estado; y en medio de las continuas convulsiones de los pueblos; y en medio de los ataques que sufre la libertad nacional, reconquistada á costa de tantos afanes y de tanta sangre, sólo se presenta un medio de salvación, uno solo, que pudiera habernos salvado desde el día primero de nuestros peligros. Este medio, es tiempo ya que lo digamos, es la unión de los partidos. De la unión nace la fuerza; unámonos pues, y sere-

mos fuertes. Si nuestros recursos no bastan para sofocar de una vez esta rebelión que empezó por una chispa, y hoy está incendiando provincias enteras, ¿cómo será posible dar fin con ella cuando sostenemos una pugna entre nosotros mismos, cuando hay que convertir contra uno ú otro partido los medios y las fuerzas que deberíamos emplear contra el enemigo de todos? Desengañémonos; nuestras discordias dan aliento á los contrarios, paralizan al gobierno, aburren á los buenos, y desacreditan nuestra santa causa. (¿Qué tal? Yo creo que, poco más ó poco menos, viene á ser una cosa por el estilo. Probemos otro tono.)

Lo hemos dicho mil veces cuando el decirlo se reputaba por un delito ó por una temeridad al menos. Hoy los hechos han confirmado nuestras predicciones. Mientras no se centralize la acción del gobierno, mientras esta acción no sea una, mientras el gobierno no sea como un cochero que desde el pescante tira la rienda del caballo que guía con la seguridad de que el tal caballo se dará por entendido, es en vano que nos fatiguemos estableciendo mejoras, instalando reformas, discutiendo planes y presentando proyectos. La unidad es el alma de todo; sin ella no hay orden, no hay constancia, no hay resultados. (Á otro tono.)

Como buenos patriotas que somos, nos es muy doloroso sacar á plaza los defectos de nuestra patria; mas si el enfermo no es franco con el médico, si calla la menor circunstancia que haya podido contribuir á la alteración de su salud, en vano esperará que le cure. Lo mismo puede decirse de una nación. La nuestra tiene males inveterados, es vieja, está cariada por mil puntos, gangrenada en otros, y en otros débil. Es preciso sajarla aquí, mutilarla allí, cauterizarla allá y fortalecerla acullá. Todo debe hacerse á un tiempo, cual suele practicarlo el médico con el enfermo que ve atacado de varias dolencias, tan graves que basta cada una de por sí á quitarle la vida. Es tiempo ya de que no transijamos ni mime-mos al enfermo. Se hace preciso el rigor, la crueldad hasta cierto punto. Sólo así se logrará tal vez arrancarlo de los brazos de la muerte, que ataja muy de cerca sus pasos. (Otro tono.)

Cuando los hombres de Abril, ó de Mayo, ó de Junio, (ó de cualquier mes) tomaron las riendas del gobierno, nos pare-

ció adivinar que se preparaba un período de desgracias. Callamos por entonces, porque no se dijera que preveníamos la opinión pública contra ellos, y no les prestamos tampoco nuestro débil apoyo porque demasiado consecuentes con nuestros principios, no nos era dado hacer abnegación de ellos en favor de gentes que no participan de nuestras ideas. Hemos callado, y callaríamos aún á no creer que nuestra misión, como escritores públicos, nos impone el deber de hablar francamente. Probemos al menos si nuestra voz llegará á tiempo de conjurar la tempestad que de cerca nos amaga, etc., etc., etc.

¿Qué tal? Este es mi artículo de fondo. ¿Vale algo? ¿Se parece á otros artículos de *fondo*?—¿Y qué? preguntará alguno.—¿Y qué? Nada. Es un artículo de *fondo*.

11 de Febrero de 1839.

BUEN PRINCIPIO DE SEMANA, Y LO AHORCARON EL LUNES

Cuando abandonada mi patria me vine á esta dichosa tierra, que de toda la vida está hecha una escuela de esgrima, era yo soltero de 22 años, delgadito, petimetrino y alegrito, como lo podrían atestiguar dos ó tres artistas de casacas, y no sé cuántas muchachas que yo llevaba en palabras, como llevan á la pobre España sus amigos. Á pesar de todo, tenía un poquito de juicio, y por esto nunca hice cosa que no estuviese por acá muy en uso. Todas las travesuras relativas á eso de las niñas las aprendí de los jóvenes del país, y me dí á ese inocente pasatiempo, más bien para conformarme con el uso que por gusto mío. Supe que por acá andaba muy válido un proverbio que dice: cuando á Roma fueres, haz como vienes, y supe que ese Roma significaba todos los pueblos. Imitaba pues las costumbres de la mayoría, porque irse con la mayoría tiene siempre grandes ventajas. Así es que bailaba en carnaval, comía *tortells* por San Pablo, pavo en Navidades, *panellets* por Todos los Santos, me disfrazaba cuando quería

decirle á alguno cosas que no le hubiera dicho enseñándole la cara, murmuraba del prójimo, y me hacía de él amigo cuando le encontraba por la calle, y decía mal del gobierno, y por cierto que este ejemplo fué uno de los que imité más pronto. Es verdad que mi creencia me estorbaba para muchas cosas, pero pasteré conmigo mismo, y era moro dentro de casa, y me fingía cristiano en la calle; en lo cual aunque esta es tierra de cristianos, no hice sino imitar á muchas personas. Iba á la iglesia, y viendo que otros lo hacían, volvía la cara á todos lados, hablaba recio, les decía piropos á las muchachas, y vez hubo que les dí cita á más de una de ellas para ese santo lugar. Pero yo no hacía sino imitar lo que aquí observaba, y decía para mis bigotes: cuando á Roma fueres, haz como vieres. Ví que se casaban los hombres, y á pesar de ser moro me casé con cristiana (cosas de España), y estoy aguardando el día en que dén en el chiste de descasarme, pues aunque amo á mi mujer, como el volverse soltero entrara en moda, no creo yo que aguardase á ser el último en seguirla. Ví que muchos pobres se hacían el rico, y yo andaba vendiendo millones como si vendiera empleos: á poco tiempo observé que los ricos la echaban de pobres y comencé á pobrear, como si fuese acreedor del Estado. Muy luego entró en costumbre gritar por las calles, y yo iba por la ciudad que no parecía sino que hablaba con Ministros. Hubo alborotos en los pueblos, y yo revolucionaba mi casa, todo lo volvía de arriba á abajo, y luego me tendía con mucha calma al saber que los alborotadores se habían apaciguado. Oí decir que algunos personajes de alta clase estaban borrachos, y yo, llevado del ansia de imitar á los grandes hombres, y entendiendo estas palabras materialmente, tomaba unas turcas que era una compasión. Pero no se crea que imitase solamente lo malo, no señor, también remedaba lo bueno, con tal que lo hicieran muchos, y en verdad que no hubo gran cosa que remedar. En lo que siempre anduve delicado fué en materias de religión. Hacía en esto todo lo que veía hacer á los cristianos, rezaba cuando rezaban, me ponía de rodillas cuando los veía arrodillados, si pasaba un viático por la calle me quitaba el sombrero, ó me metía en una escalerilla, según lo que practicaban otros, y hablaba de todas las cosas de la creencia de los cristianos del mismo modo que hablaban ellos. Como sabía

yo que la cuaresma era para los cristianos una época de recogimiento y penitencia, resolví aparentar ese recogimiento, dejar á un lado mi buen humor y retirarme del bullicio. Vino el último día de Carnaval y fui á la Rambla á hacer el majadero y el borrico, y á la mañana siguiente me levanté, ya compungido y macilento, con cara propiamente de cuaresma. Hallé las calles desiertas, en un silencio sepulcral, y me sentía edificado. Parecióme que los cristianos aunque loquean en carnaval purgaban las locuras en cuaresma. Salí de la ciudad por la puerta del Ángel, y á pocos pasos me quedé pasmado al ver las reuniones de hombres y mujeres, los saltos que daban, las locuras que hacían, al oír aquella gritería, aquel escándalo de que no tenía idea hasta entonces. Aunque la ley prohíbe comer carne en este día, todo el mundo asaba chuletas, y se bailaba, y se remedaba con un muñeco de paja una ceremonia religiosa. En el camino encontré algunos amigos que me convidaron á comer. Acepté, comí, grité, bailé, loqueé, bebí vino, como ellos comían carne, y llegué á mi casa hecho un tonel. En medio de mi borrachera gritaba como un loco; cuando á Roma fueres haz como vieres. Mas al día siguiente en que mi cabeza estaba serena, me pareció todo un sueño, porque de cuaresma que empezaba de aquel modo ¿qué se podía esperar? ¿Así observan los cristianos, me decía, los preceptos de su religión? Cada año he visto lo mismo. ¿Y qué será en 1839? Hoy lo veremos.

13 de Febrero de 1839.

IPOBRES MARIDOS!

No en balde le tengo yo al martes tanto miedo como algunos sargentos de la Milicia al jefe de día. Yo nací en martes, que para quien ha de ser desgraciado lo peor de todo es nacer. Á los ocho días, es decir, al martes siguiente, que por cierto me acuerdo de que llovía, me llevaron á la mezquita para una ceremonia que en mi tierra se hace. Me despedí de

mi patria en martes, desembarqué en Cartagena en martes, y por fin y postre me casé en martes. ¿Qué tal? Nacido, expatriado y casado en igual día, ¡cómo ese día puede ser bueno! Desde que me he casado me han sucedido tantas cosas en martes, que no parece sino un castigo del cielo. Si ha de llegar forastero, llega en martes; si Toñica necesita dinero, me lo pide en martes; el casero siempre viene á cobrar en martes, y por fin y postre todos los martes he de ir á una junta, que la considero como una expiación de los pecados de la semana. Mas todas estas desgracias que para mí trae el martes son tan poca cosa comparadas con la que tuve el martes último, como lo es la gran cruz que se da á un ministro caído en recompensa de las vigiliass y dolores de tripas que padeció en la poltrona. Estaba, pues, en la mañana del martes último metido en mi cuarto, cuando noté por un corredor que hay inmediato á él un ruidito como de vestido de seda que rozaba por las paredes, de tal manera y con tanta prisa, que según mi cálculo no podía ser sino que alguna mujer se metía como de contrabando en el cuarto de mi esposa. Cuando muy niño, oí decir á un mi abuelo que á los hombres les pierden sus enemigos y á las mujeres sus amigas. Desde que tengo mujer propia llevo tan metido en la cabeza el tal dicho de mi abuelo, que á todas las amigas de mi Toñica las miro con sobrecejo porque temo que me la echen á perder. Alcéme, pues, el susodicho martes último, y saliendo por una puertecilla excusada de mi alcoba, tomé el corredor y fui á parar á un cuartito donde mi mujer tiene colgadas todas mis pagas, convertidas en vestidos, pañolones y capas, y allí me acurrugué detrás de una de ellas, cosa que no fué difícil porque mi delgada y quebradiza persona puede acurrucarse, y de hecho se acurruca en mucho menos espacio del que cubre una capa. Desde aquella atalaya, y sacando un ojo y una oreja, como por entre bastidores lo veo hacer muchas veces á varias personas en el teatro Principal y en el de Montesión (sea dicho de paso), ví una mujer y oí unas cosas que ojalá nunca hubiera visto ni oído. Érase la mujer una como señora que peinaba sus cuarenta años, gordinflona, de cara apelmazada y roja, rebosando sanidad y hartura, por donde hube de comprender que ni vivía de sueldo del Erario, ni la molestaban acreedores. Acomodó los pies en la caja del brasero, y co-

giendo la varilla revolvió el carbón de la copa, y á mí me revolvió el alma, porque los braseros son como muchas otras cosas que cuanto más se revuelven y manosean más se pasan. Tenía la tal señora un desparpajo tan singular que me temí no era cosa buena, y meneaba los brazos y la lengua, que me río yo del mejor gracioso de comedia de nuestros tiempos. Conocí que tenía antiguas relaciones con mi Antonia, la cual le permitió ciertas libertades que ni yo mismo suelo tomarme con ella. Traía un grande pañuelo que dejó encima de una silla, arrancó los alfileres que sujetaban las puntas apareciendo como por ensalmo una tienda de las del Call con asomos de quincallería. Comenzó á sacar piezas y piezas, grandes y chicas, finas y más finas, y otras bastas, y abanicos, y pañuelos, y mantillas, y medias de seda, y gorras y gorros, y guantes y otros cien pingajos y trapos cuya nomenclatura ignoro aunque la oigo repetir á cada paso. Derramando el género por varias sillas y por las faldas de las dos platicantes, entablóse el siguiente diálogo:

El diálogo, lector mío, lo verás otro día.

15 Febrero 1839.

SEGUNDA PARTE DE ¡POBRES MARIDOS!

Aunque el bueno de Cervantes dijo que nunca segundas partes fueron buenas, yo no estoy con él en este punto, y así allá va la segunda parte del artículo de ayer, que es algo más lastimosa que la primera.

Sentadas estaban en derredor del brasero, y en frente la una de la otra las dos platicantes, y metido yo, pobre marido, debajo de la capa, cuando la señora Nicolasa (que así la llamaremos) y mi consorte dialoguizaron en esta guisa:

Nicolasa.— Hoy sí que le traigo á usted cosa buena. Aquí tiene usted un pañuelo de crespón, de tres únicos que llegaron ayer de Francia.

Antonia.—¿Y los otros dos por qué no los traía usted? Ya se los ha llevado usted á otra para que escogiera.

Nic.—Hija, el uno me lo tenía encargado la marquesa, y el otro la señora de don Eusebio.

Ant.—Sí, y éste sería para su hermana, pero no lo habrá querido, y por esto me lo trae usted á mí.

Nic.—¡Jesús! ¡Que usted diga esto! ¿y cuándo ha tenido ella gusto para tales cosas? Cuando hay una cosa por este estilo, yo no lo enseño más que á usted y á dos ó tres señoras más, porque sé que conocen lo que es delicado. Además, con doña Catalina no quiero más tratos.

Ant.—¿Pues y eso?

Nic.—En primer lugar, siempre se queja de que nada le va bien á su cara, como si la culpa no fuese suya, porque al fin ya ve usted que no es bonita (mi Antonia se sonrió al oír esta indirectilla) y luego tiene un marido tan avaro que nos cuesta á las dos un año sacarle el dinero.

Ant.—Malo es eso.

Nic.—¡Oh! ¡Hay tanto de eso! Le aseguro á usted que no basta ningún capital para tener tanto dinero esparramado. ¿Vió usted el chal que sacó el domingo pasado doña Emerenciana?

Ant.—Y por cierto que me gustó.

Nic.—Pues todavía no lo he cobrado.

Ant.—¿Es muy caro?

Nic.—A mí me está en cuarenta duros, y se lo arreglé á cuarenta y uno.

Ant.—No me parece caro.

Nic.—Si yo soy una tonta! Con las buenas parroquianas no hago más que cambiar el dinero. No se me da nada no ganar, como lleven las prendas á su gusto.

Ant.—¿Y cuánto me llevará usted por el pañuelo?

Nic.—Si no quiere usted que regateemos, me ha de dar usted catorce duros y medio.

Ant.—¡Virgen santal

Nic.—Vaya! No diga usted tonterías. Usted ya ve que es bueno y de un gusto nuevo. Puesto en Barceloneta me cuesta trece duros, y luego éntrelo usted, que ahora hay unos trabajos terribles. Ya usted ve lo que me puede quedar.

Ant.—No, no, es carísimo, y los tiempos están malos.

Nic.—Dígamele usted á mí, que desde que por las bullangas se fué lo mejorcito de Barcelona, no me quedan más que usted y cuatro ó seis parroquianas, y luego con eso de que no se paga á los empleados, ya se ve, sus señoras todo lo aprovechan. Y con la disminución de rentas, que todos los hacendados se quejan. Y luego que es un escándalo que todo el mundo vende, y se meten por las casas mujeres de todas clases con la excusa de vender, y no hacen más que murmurar y llevar cuentas. ¡Ay, mi señora doña Antonia! oye una tantas cosas en estos tiempos! Mire usted, volviendo al pañuelo, por usted le rebajo medio duro, y gano siete reales. Póngaselo usted, que ya sé yo que le ha de ir bien el color.

Ant.—No, no, porque no puedo hacer este gasto.

Nic.—Al punto que yo lo ví, dije: ya sé yo para quién ha de servir, y á fe que siento que me dé usted este chasco. Ya quería quedárselo también la señora de don Eusebio y por poco reñimos; pero le he dicho que de ningún modo, porque ya lo tenía destinado.

Ant.—¿Y le ha dicho usted que era para mí?

Nic.—Yo no quería decírselo, pero como se ha empeñado en que la engañaba, ya ve usted, para que no me tuviera por una embustera me he visto en la precisión de declarárselo.

Ant.—¿Pues y ahora?

Nic.—Se queda usted con él.

Ant.—Pero si le digo á usted que no puedo hacer ese gasto por ahora...! Mi marido anda atrasado de pagas.

Nic.—¿Y qué importa? Retira usted cada día una peseta, y cuando se cobra una paga, pretexta usted una urgencia de ropa blanca, que esto los maridos no lo entienden, y se hace usted con lo que falta para completar la partida.

Ant.—¿Y cómo quiere usted que yo haga esto?

Nic.—¡Jesús! ¡Qué novicia es usted! En diez años que sirvo á doña Prudencia y á doña Toribia y á doña Calamanda y á otras mil, siempre me han pagado de esta manera. Amiga mía, hay ahora tan mala cosecha de maridos, que si una no se ingenia no hay que pensar en salir decente. A ellos se les figura que la mujer siempre va bien, y luego sabe Dios cómo gastan ellos el dinero. Usted es joven é inocente. ¿Se figura usted que el señor Abulema, aunque parece tan manso, no tendrá también sus enredos? Hoy día todos están enredados.

Si supiera usted lo que oí decir no há muchos días de su marido de usted...!

Ant.—¿De Abulema?

Nic.— Sí señora, pero á mí no me gusta poner discordias en las familias; á más de que se me figuró desde luego una calumnia.

Ant.—¿Pero qué decían?

Nic.— Nada, nada. Aquí le dejo á usted el pañuelo, y mañana vendré á saber la resolución de usted.

Pero diga usted eso, continuaba mi Toñica; pero la grandísima... de la señora Colasa cogió todos sus trapos y se salió á la calle.

¿Creería usted, señor Editor, que no le abrí la cabeza en dos mitades á la tal malditísima deslenguada? Pues no señor, no se la abrí. ¿Y por qué se figura usted que no lo hice? Para que mi mujer no creyese que era de rabia por haber descubierto un enredo mío. Le juro á usted, señor Editor, que estoy inocente; pero ¿cómo había de impedir que mi mujer me creyese culpado? Salí del escondite, cogí el pañuelo, y dije á mi mujer: Ahora mismo manda el pañuelo á casa de esa mujer; he oído todo lo que habéis hablado, y espero que no la admitirás más en casa. Toñica se quedó helada.

¡Señora Nicolasa! Como usted vuelva á subir estas escaleras, no sale usted con vida de la casa de Abén-Abulema.

16 de Febrero de 1839.

PERDONE USTED

Los hombres somos á las veces quisquillosos en demasía, y nos rompemos la cabeza unos á otros por cosas que no valen la pena de hablarlas. Díganlo sino estos matachines que andan á caza de camorras por un no nada, buscando el cómo hincar el diente en la reputación de su prójimo para hacer que se enfade y se desafíe á fin de arrancarle de un pinchazo la vida que hacía treinta ó cuarenta años conservaba enteri-

ta á despecho de los vicios, de las guerras, de las recetas, de los accidentes imprevistos, y no pocas veces de las tentaciones del demonio y de la carne. La sociedad bien ordenada debe declamar contra esa pícara costumbre que le hace estar á todo cristiano con el credo en la boca la mitad de su vida. Quiere decir que yo soy enemigo de ese uso, y más enemigo todavía de esos pinchazos, porque, en verdad sea dicho, soy moro de paz, y como no me toquen muy al vivo, así me desafío yo como por los cerros de Úbeda. Mas en medio de ese carácter bonazo y de paz que heredé de mis abuelos, quisiera que se introdujera la usanza de contestar con un bofetón ó puñetazo á cada persona que dice á otra *perdone usted*. Esta maldita frase es la rufiana de mil agravios en lo moral y en lo físico, y no sé yo por qué se ha de tomar como sentencia de juez á que no hay otro remedio que dejarse ahorcar ó dejarse dar garrote, que sólo se diferencian en la época que representan cada uno de ellos. ¡Cuidado que es original! Va usted por la calle, como quien pisa huevos, porque le duelen á usted los pies, y viene un prójimo y le encaja á usted la pata y todo el peso de su mole encima de un callo. Suelta usted una palabra mal sonante, levanta usted los ojos al cielo, sorbe usted como si se quemara, alza el brazo para romperle la cara al que le pisó, y él con muchísima frescura le dice *perdone usted*, y pasa adelante, y cuidado con que se atreva usted á replicarle. Viene un dependiente de café (ó mozo, como dijimos hasta la Pascua del año pasado) y en vez de echarle á usted el café en la taza se lo derrama sobre el pantalón. Coge usted la bandeja para tirársela por la cabeza, y con un *perdone usted* repara el golpe, y no hay más remedio que lavar el pantalón con riesgo de que pierda el color, y le cuesta á usted el tal perdón cuatro, seis, ocho ó diez duros, según el paño y según el sastre. Va usted por la calle muy serio y dándose aire de importancia para que crean las gentes que es usted alguna notabilidad, y de repente viene por detrás un badulaque, y le da en la espalda ó le cubre á usted los ojos con la mano. Pierde usted su postiza gravedad, se vuelve usted para bañarle las quijadas en sangre, y se halla usted con una cara nueva. *Perdone usted*, dice el desconocido, créí que era usted otro, y se queda tan fresco, y usted ha dado que reír á los artistas de zapatos que salen á ocupar la acera, sin

embargo de que los bandos de policía mandan que estén desocupadas. Llamán á la puerta, preguntan por el amo, se levanta usted de la mesa para no hacer aguardar, y cuando está usted al frente del que llamó, *perdone usted*, le dice muy alegre, he equivocado el piso, y vuélvase usted á la mesa con el chasco del que esperaba que venían á firmar la nómina, ó traían algún regalillo de un amigo. Un distraído ó atolondrado sale corriendo de una escalerilla, y topa con usted, que acertaba á pasar muy despacio ó desprevenido, le hace bambolear á usted cuatro ó seis pasos, por poco le derriba en el suelo, ve usted como todos los espectadores se ríen, y el loco barbilindo le dice á usted *perdone usted, amigo*, y sigue su camino cubriéndose la cara con el pañuelo para que usted no vea que se ríe. Á las veces casi le tratan á usted de embustero, dicen que usted ha hablado mal de fulano, que usted equivocó la especie, que usted entendió muy mal lo que le dijeron, y cuando le ven á usted preparado para incomodarse, ó incomodado ya, con un *perdone usted* es preciso callar, tragándose la rabia, y aun manifestar que se da usted por satisfecho. Esto desespera. Ahora mismo, sin ir más lejos, si á usted, señor Editor, ó á alguno de mis queridos lectores no les gusta el articulillo, y se enfadan porque hablo tanto y están á punto de decirme cualquiera fresca, con anticiparme yo y decirles: señores míos, *perdonen ustedes*, todos se aguantarán, y sufrirán con paciencia la gana de hablar que tiene Aben-Abulema.

18 de Febrero de 1839.

¡QUÉ LÁSTIMA DE ZURRA!

Yo tengo un amigo joven y soltero que es pintor al óleo, y hace retratos con mucho acierto y con más prontitud que un ministro nuevo los tres ó cuatro decretos que anuncian su espíritu de reforma al sentarse en la poltrona. El tal pintor es un solemne perillán, si los hay, y aunque retrata todas las

edades, todas las clases y entrambos sexos, le gusta más adiestrarse con los cutis finos y con las carnes lisas de las niñas que nacieron durante el segundo régimen constitucional. Dice, y es verdad, que los ojos recorren con más satisfacción y cachaza esas carnes que no las mías, y como el hacer un buen retrato depende en gran parte de mirar con mucha atención el original, se detiene en esos retratos, que no parece sino que proyecta una obra pública. No olvida el más pequeño accidente, no equivoca una gradación de la más delicada tinta; y marca con tanta exactitud el claro-oscuro, que parece no haber hecho otra cosa en toda su vida. Mas como no hay granjería sin percances, ni torta que no cueste un pan, ha habido veces que no ha podido prescindir de retratar caras llenas de arrugas y apergaminadas, cuya piel se hubiera rollado mejor que los telones del teatro de Montesión. En tales lances mi buen amigo toma el pincel, coge el tiento, y cerrando los ojos y encomendándose á Dios, tira líneas *a piacere*, da pinceladas *ad libitum*, cuatro tintas principales, un poco de albayalde, amarillo de ocre, calamocha, negro de marfil en las sombras, y economiza el ultramar como el dinero, y en una mañana pinta una vieja, que lo mismo se parece al retrato que la verdad á una noticia de patrón. Mi amigo no tiene chispa para pintar viejas, porque al frente de una de ellas su ingenio se enfría, su mano se paraliza, el tiento se le tuerce y el pincel chisporrotea. Pero Alá es justo, y no deja sin castigo ese desprecio con que el tal retratista mira á las viejas. No pasa un mes que no tenga qué hacer con alguna de ellas; así es que de cuando en cuando se le oye decir *estoy de vieja*, como si dijera estoy de guardia, estoy de semana, estoy de servicio. Mas á pesar de estos castigos, lo mismo escarmentará él que los españoles con lo que les sucede. Ayer mismo estaba de vieja, y como yo en todo tengo fortuna, fui ayer á su casa. Le ví de mal humor, cara á cara de un lienzo, y á su costado izquierdo y puesta en facha una señora á quien retrataba.—No importa, me dijo, darás conversación á la señora y me dirás tu parecer. Sentéme á su lado, y le eché á la retratanda un par de ojeadas, que á buen seguro no habrían despertado los celos de mi Antonia.—Usted extrañará, me dijo la señora, que una señora de mi edad se haga retratar.—¿Extrañar, dice usted? ¿Es usted acaso alguna vieja?—¿Cuán-

tos años me da usted?—Dios le tenga de su mano, dijo el pintor entre dientes.—Lo más, lo más treinta y ocho.—De días festivos, dijo el pintor por lo bajo.—Se ha equivocado usted. Son cuarenta y uno.—(Por lo menos tenía cincuenta y ocho). ¡Y qué bien los lleva usted, señora! Relamióse un poco al oír esta pulla y tomó color. Esta tinta es muy fría, le dije á mi amigo; el color de la señora es un carmín brillante, sobre todo el del labio.—¡Jesús! no me haga usted poner colorada. Y se reía al decir esto, abriendo una boca tan despoblada, que no sé yo cómo se compone para mascar cosa de sustancia.—Aunque sea curiosidad, dije yo, ¿podríamos saber á quién se destina ese retrato?—¡Qué malicioso es usted!—¡Yo, señoral Si fuese cosa de familia, me parece que no se habría usted puesto tan elegante y tan cuca. Llevaba tanto cintajo, y perifollo, y gorra, y flores, que parecía una postdata de la tienda de precio fijo de la esquina de la Boquería.—¡Elegante, eh! Vaya que usted es muy cortés.—Señora, yo siempre digo lo que pienso. (Para el pícaro que me crea).—Si no callas, dijo el pintor, la señora se está riendo, y no puedo hacer cosa de provecho. Estoy pintando una arruga que al reírse desaparece.—Pliegue querrás decir, que no arruga. Yo no veo arrugas en la cara de la señora. Por tu vida que la retrates riendo, que es como está más bella.—Gracias, caballero, es usted muy fino.—Digo la verdad, señora. No quiero yo hacerla ver á usted que es una niña de quince años; pero sí diré que para un hombre juicioso la edad de más alicientes es la de usted. ¿Y para qué sirven esas muñecas del primer vuelo? Dios nos libre. Caprichosas, antojadizas, casquivanas, que no hay hacer carrera con ellas.—Eso digo yo, continuaba mi Matusalena; sin conocimiento de mundo, sin experiencia, sin práctica del modo como quieren ser tratados los hombres, chillan por nada, de todo hacen ascos, y tratan el amor como si no fuese el negocio más interesante de la vida.—¡Ah, señora! Si ustedes las señoras que están en lo mejor de su vida supiesen hacerse valer, mal año para las muchachas que, á manera de novillos, saltan y triscan sin provecho. Hacen ostentación de los galanteos, y todo se pierde por falta de reserva.—¿Es usted casado?—No señora, contesté yo, con la misma seriedad con que lo contestan muchos maridos en ausencia de sus mujeres; no señora, no he hallado cosa que

me llenase. Ya sé yo quién tendrá mejor fortuna en esta parte.—¿Quién?—El lindo mozo á quien se destina este retrato.—¡Jesús, qué malo es usted!—Vamos! ¿No tengo buen olfato?—Calle usted, que me hace salir los colores á la cara. Y se tapaba el rostro con la mano, dejando entre los dedos una rendija para que se vieran los ojos. ¿Han visto ustedes qué monada?—Díganos usted la verdad, nosotros ya estamos maduros, y sabemos ser reservados.—¿Por qué me quiere usted arrancar una confesión tan penosa?—Tiene usted razón, basta, pero falta una pregunta. ¿Es el regalo de boda?—No señor, me fué mal con el difunto, y no quiero correr otro riesgo.—Hace usted muy bien. Vale más un amigo. Una señora viuda necesita un amigo. ¿Quién maneja sino todas sus cosas? ¿Quién la cuida, y la defiende, y la pone á cubierto de la mordacidad pública? Y luego que de este modo se protege muchas veces á un joven.—Esto es lo que yo hago. Un joven muy galán, sin padres, perdido en el mundo, sin medios para hacer su carrera, yo le protejo, le guío, le aparto de los peligros del mundo y hago su felicidad.—Y si es muy joven le libra usted de un matrimonio prematuro que le desgracia para toda la vida.—Sí señor, diez y nueve años.—La mejor edad, lo amolda usted como quiere, y se lo hace usted á sus costumbres. Él la consuela á usted, y usted le instruye á él, y le hace feliz. Mi buen amigo hacía un grande rato que tenía una mano sobre otra sin dar una pincelada.—Señores, dijo, no pudiendo aguantar más; si ustedes no callan, yo no puedo trabajar. La señora tiene hoy una fisonomía distinta. Y así era la verdad. La conversación le quitó más de veinte años. Se relamía y removía y meneaba á todos lados. Estaba encarnada y tenía los ojos brillantes, y me miraba con una gazmoñería que me daba gana de vomitar. Me marché dejándola con el pintor, que es imposible haga cosa de provecho en este retrato. ¿Qué les parece á ustedes de la tal vieja? ¡Habrá culebral! ¡Un joven de diez y nueve años! No hiciera más el rey Herodes.

PUES ESTO PASA, SÍ SEÑOR

Á media mañana del día de ayer, estando yo fumando la pipa, se me presentó de pronto un caballero, cuyas facciones no eran nuevas para mis ojos, pero no podía atinar fijamente ni en el nombre ni en el cómo le conocía. Habló, y salí de dudas. Era el señor don Francisco Antonio, pero venía tan triste y cariacontecido, que si no hablara, lo mismo le hubiera yo conocido que si fuese un acreedor. ¡Y cuán distinto era de aquel que dos meses há distribuía los pavos de media en media docena entre las personas que me nombró, y las que yo hube de adivinarle! Sin embargo, era el mismo hombre en cuerpo y alma, aunque no en color, ni en humor. Le presenté una silla, tomó asiento, y una lágrima que se le escapó del ojo izquierdo me hizo entender que algún grave pesar afligía su corazón. Pero callaba, y yo guardaba tanto silencio, como hay que guardar en el teatro de Montesión, si no quiere uno ver vueltas hacia sí las caras de todos los espectadores. Al fin, como más impaciente, me decidí á preguntarle cuál era la causa de su tristeza.—Amigo mío, me dijo, soy el hombre más desgraciado de la tierra; mi felicidad ha concluído; todo, todo se acabó para mí.—¿Qué ha sucedido?—Todas las desventuras juntas. Hace diez y seis días que Dios se ha llevado á mi mujer al otro mundo.—Lo siento, señor don Francisco, pero es preciso consolarse; y aquí le encajé aquello de hacer uso del talento, y de la filosofía, y de conformarse, y todas esas otras tonterías con las cuales el que no sufre se figura haber puesto un gran parche al corazón del que padece. Y don Francisco continuaba llorando, y yo diciendo tonterías. Al cabo de rato mi hombre, moqueando todavía, me dijo: —¡Ay de mí! Bien dice el refrán: bien vengas mal, si vienes solo.—¿Pues hay otra desgracia?—Sí señor, y consiste en que mi mujer no me ha dejado hijos, y he de restituir el dote.—Efectivamente, fué mucha imprevisión de esa señora morirse tan sin fruto, pero á eso no hay remedio; á bien que usted,

amigo mío, no tendrá que hacer ningún empréstito para eso. Usted posee un buen capital, vivía usted con mucha economía, y quiere decir que no hay más que echar mano á los ahorros.—Es verdad, es verdad. Aquí se detuvo, y como se detuvo, no dijo nada más. Yo aguardaba que continuase, pero nada, calló. Sucedió un intermedio tan largo como los de Montesión en ciertos días de comedia; mas como no hay plazo que no se cumpla (refrán que es una solemne mentira), don Francisco rompió el silencio, y dijo:—En otra ocasión no me pesaría hacer ese desembolso, pero ahora voy á tener gastos de consideración.—¡Gastos! ¿Y qué es ello?—Ya usted ve, amigo y señor Abulema, que un hombre solo se fastidia, mucho más cuando ha contraído la costumbre de estar acompañado. Además, todos los hombres hemos tenido en el mundo nuestras distracciones, y á veces median compromisos fuertes. Á mi edad ya es tiempo de pensar en el arreglo de la conciencia, y ya que Dios ha querido llamar á mi Gertrudis, no es cosa de perder la ocasión de hacer una obra buena.—¿Á dónde irá á parar este hombre? pensaba para mi coleso.—Es verdad, le dije, en esto hará usted muy bien.—Celebro que sea usted de mi parecer, y veo que he hecho muy bien en consultárselo á usted.—¿Usted ha venido á consultarme?—Sí señor, y ya usted ve como pensamos del mismo modo. Por otra parte, me hago el cargo de que con lo que me costaba la pensión, tengo para el gasto de la casa.—¿Con que también había eso de pensioncilla? (de cada vez lo entendía menos.)—Sí señor, aunque Gertrudis no lo llegó á oler nunca. Ya usted ve, una muchacha que lo más, lo más tiene ahora veintiocho años. (¡Canario con don Francisco!)—Sí señor, sí, es menester legitimar ese amor.—Pues, yo pienso tomarla por esposa, y vivo tranquilo, y acallo los remordimientos de conciencia.—¿Y mi doña Gertrudis no había sospechado alguna cosa?—Nada, le digo á usted que nada; es verdad que yo en casa no daba el menor motivo de queja ¿está usted? ni llevaba mal humor, ni faltaba una noche, ni recibía recados, nada.—Bien hecho, sobre todo la paz doméstica. ¿Y cuándo piensa usted arreglar eso?—Yo calculaba esperar un mes.—Sí, sí, algo se ha de sacrificar, es preciso cumplir con el mundo; aguarda usted un mes, y luego se casa usted y á los quince días nadie se acuerda de eso.—¡Có-

mo casarme!—¿Pues no se trata de eso?—No señor, ya estoy casado.—¡Canario! ¿Se casó usted en vida de la difunta?—No señor, pero sí á los quince días de haber muerto.—¿Pues entonces qué aguarda usted? ¿En qué vacila?—En orden al día en que pueda hacer público mi matrimonio sin causar escándalo, ni ofender la memoria de la pobre Gertrudis.—¡Ca! ¿Qué se le da á ella de que usted se haya casado?—Eso digo yo, en haciendo uno lo que debe, en rezar por ella, enviarle sufragios, procurar por su alma, es todo lo que ella puede agradecer; lo que uno haga acá abajo ¿qué le importa ya? Y luego uno debe cuidarse, es cargo de conciencia dejarse morir tontamente de tristeza. Yo siento mucho la muerte de Gertrudis; ¿pero me he de pegar un tiro?—¡Qué disparate! Nada, nada, el que se queda ha de procurar por sí, para alargar la vida cuanto se pueda.

¿Qué tal? Esto hace un marido viejo. ¿Qué haría un marido joven? dirán algunos. Nada de eso, un joven ama á su mujer, y si la pierde ama su memoria, y se casa con su sombra, como estuvo casado con la realidad. Cuando un viejo se desvía, va mucho más allá que un joven. La leña cuanto más seca más arde.

2 de Marzo de 1839.

MIS ARTÍCULOS TAMBIÉN

Que no todas las cosas pueden ejecutarse con la prontitud con que se critican, nadie lo ignora, y yo menos que los demás, pues veo la facilidad con que doy latigazos á todos lados, y dudo que sea capaz de hacer cosa alguna; pero no tan fácilmente concibo cómo han de tardar en llevarse á cabo las cosas cuando ya no ofrecen dudas ni dificultades. Sin embargo esto pasa, y nadie ha sabido darme una razón que me convenza, sino que todos se contentan respondiéndome con una palabra cuyo significado no comprendo exactamente. Y es lo bueno que en todas partes me contestan con la misma, de

modo que se me figura el Le-Roy de mis preguntas. Esta palabra la tengo tan metida en los oídos, como clavada en los labios á punto de soltarla á todo evento, en toda circunstancia, y para toda excusa. Palabra mal sonante y muchas veces desesperadora: pero que concluye al ideólogo más pinitiparado; palabra de uso antiguo y nunca interrumpido, propia de todas las épocas, de todas las opiniones, de todos los regímenes, de todos los ministerios, y, por decirlo de una vez, palabra pastelera. Ahí va la tal palabra: *trámites*. Bien pudiera yo haber comenzado el artículo diciendo esa palabra; pero también he debido seguir ciertos *trámites* antes de poner al lector en escena. Ya lo tengo en ella. *Trámites*. Presenta usted un memorial pidiendo un empleillo, y lo presenta usted documentado, informado y recomendado. Vuelva usted dentro de ocho días.—Pero señor, si no hay ningún otro pretendiente!—No importa, es preciso que la solicitud de usted siga sus trámites.

Acude usted para que le eximan de la milicia, pertrechado con la certificación de los facultativos, y haciéndole á usted lado un par de muletas que son testigos irrecusables.—Ya se llamará á usted por los periódicos el día en que haya reconocimiento.—¿Pero usted no ve que yo no puedo dar un paso?—Ya lo veo: pero, amigo, no es posible despachar la solicitud de usted sin que se sigan los trámites regulares.

Presenta usted un oficio al presidente de una corporación para que ésta vea su contenido y resuelva. Llévelo usted al secretario, quien dará cuenta, y se mandará pasar á una comisión.—¿Pero no podría resolverlo en el acto la corporación entera?—Sí señor, pero hay que nombrar una comisión que examinará el negocio, presentará el informe, y éste quedará sobre la mesa hasta la sesión inmediata para que los socios puedan examinarlo.—¿Y lo examinarán los socios?—Ninguno.—¿Pues á qué tantos retardos?—Amigo mío, no es dable prescindir de los trámites.

Tiene usted un negocio que en su concepto tarda en despacharse: va usted á la oficina.—¿Podría usted darme noticia de tal ó tal negocio?—Vea usted al señor secretario.—¿Podría usted, señor secretario, darme noticia de tal ó tal negocio?—Vea usted al oficial del registro.—¿Podría usted, señor oficial del registro, darme noticia de tal ó tal negocio?—Vea usted al

oficial de la mesa de ese negociado.—¿Podría usted, señor oficial de la mesa de este negociado, darme noticia de tal ó tal negocio?—Lo tiene el oficial auxiliar.—¿Sabría usted darme noticia, señor oficial auxiliar, de tal ó tal negocio?—El escribiente hace la minuta.—¿Podría usted, señor escribiente minutarlo, darme noticia de tal ó tal negocio?—No he llevado á casa para despacharlo en horas extraordinarias.—Pero, señor, si hace un mes que lo tengo aquí, y según veo está paralizado.—No señor, nada de esto, aquí ningún asunto se paraliza. El negocio de usted sigue sus trámites.

¿Cómo está mi pleito, señor abogado?—Hace ya muchos días que entregué el proceso al procurador.—¿Cómo está mi pleito, señor procurador?—Se ha pasado al actuario.—¿Cómo está mi pleito, señor actuario?—Vea usted al escribiente.—¿Cómo está mi pleito, señor escribiente?—Está detenido.—¿Cómo detenido?—No precisamente detenido, pero no puede ahora dársele curso.—¿Y por qué?—Son trámites que no pueden suprimirse.

Venía á presentar esta exposición al Jefe.—Véase usted con el señor secretario.—Venía, señor secretario, á presentar esta exposición al Jefe.—¿De qué trata?—Cosa de una carretera.—Vaya usted á la mesa séptima, y déselo usted al oficial.—Venía, señor oficial de la mesa séptima, á presentar esta exposición al Jefe.—¿De qué pueblo es?—De Mataró.—Es preciso que la entregue usted al Ayuntamiento.—¡Pero si no es para el Ayuntamiento!—No importa, ha de venir por el conducto del Ayuntamiento.—Pero, señor, si ahora ya está aquí, ¿porqué ha de deshacer el camino y volver á hacerle?—No puede admitirse de otro modo; hay que guardar los trámites.

En mi país conoce uno á una mujer, le gusta á uno, se lo dice, ella lo oye y sin que tenga que esperarse la respuesta es negocio concluído. Acá... ya, ya. ¡Y lo que yo me desesperaba cuando vine! Ví á una niña en la calle, y de golpe quería yo decirle: te amo, á ver cómo lo tomaba. Esto no va bien, me dijo un amigo; has de seguirla por la calle durante algunos días, pasar por delante de su casa, ir al teatro, telegrafear, ir á la iglesia donde vaya á misa, hacerte encontradizo en el paseo, concurrir á la tertulia á donde ella vaya, bailar con ella, obsequiarla, alguna noche acompañar á la familia

hasta la puerta de su casa, buscar un amigo que te lleve á ella, al principio hablarla poquísimo, después poco, después algo, después bastante, después mucho, después muchísimo, después demasiado, después declararte, y entonces veremos.—¿Y de qué sirve toda esa serie de períodos? ¿No puedo yo decirle de pronto que la quiero, y que ella de golpe me diga si me quiere ó no?—Es imposible, amigo Abén; hay que seguir todos esos trámites.

¿Quiere usted hacerme un artículo, señor Abén-Abulema?—No hay inconveniente.—Pues ya puede usted apuntar: artículo contra abogados, procuradores, médicos y boticarios.—Alto ahí. ¿No trae usted una minuta?—No señor.—Pues es preciso que usted la haga; según ella redactaré el artículo, se lo daré al escribiente para que lo copie, después lo corregiré, luego se lo mandaré al Editor responsable, éste quitará aquello de que no quiera responder, me lo devolverá con los suprimidos, yo compondré de nuevo el lenguaje, se lo daré al escribiente, lo copiará otra vez, me lo traerá, se lo enviaré al Editor, y el día en que le llegue el turno saldrá en el Diario.—¡Virgen santa! ¡y cuánta cosa para un mal artículo!—¿Pues qué quería usted?—Que lo hiciese usted ahora mismo para el Diario de mañana.—Es imposible, no puede menos de pasar por todos los trámites dichos.—¿Los artículos de usted también siguen trámites?—Pues qué! ¿escribo yo los artículos fuera de España? ¿Y en España, qué cosa no tiene trámites marcados? Aquí hay reglas para todo, todo está regularizado, ¡y luego critican!

5 de Marzo de 1839.

ES UN EXORDIO

¿Han visto ustedes lance más soso que una visita? ¡Cuidado que parece imposible que haya quien se ocupe de hacer visitas como de un asunto de interés! Y sin embargo es así. Las señoras se lavan y relavan, se tocan, visten y adonizan,

mudándose de los pies á la cabeza, y perfumándose con una escrupulosidad que aturde, y todo ello para ir á hacer una visita á otra señora que maldito lo que la quiere, y á la cual ella estima á poca diferencia lo mismo; llega la visita, se levanta la señora de la casa, profiere una exclamación que parece de alegría, se adelanta, se besan con tanto amor á las veces como Judas besó á Jesús, se sientan, y en dos minutos la de casa recorre con la vista todo el vestido de la visitera, y ésta en el mismo tiempo pasea los ojos por la visitada, y recíprocamente se califican de elegantes ó de inelegantes, ó de otra manera, que no hay necesidad de que yo lo diga. Se comienza la conversación por aquello de ser muy cara de verse, de ¿qué se hace usted? no se la ve á usted, yo no salgo de casa, el chiquillo enfermo, el marido resfriado, la jaqueca me incomoda mucho con estas humedades, ó los nervios con la sequedad, ó el estómago, ó el histérico, ó ya usted sabe que siempre estoy muy delicada. Luego se habla un poco del tiempo, se pregunta del teatro, de si se va ó no á la muralla del mar, de si se concurrió ó no al baile. A renglón seguido se lo hace venir la de casa como de molde, y admira el pañuelo ó la mantilla ó el vestido de la otra, sin embargo de que en su interior no le agradan; lo pondera, encomia su gusto, le pregunta de dónde lo sacó, rabia si sabe que es de una tienda en donde no se lo enseñaron el día en que ella estuvo, y lo encuentra caro si ella no puede gastar tanto dinero, y muy barato si le parece indigno de ella. Y la visitera en este último caso no se olvida de decir que lo compró para todo trapo, para abrigo, para cualquier cosa, y añade que lo lleva aquel día porque no ha estado de humor de vestirse, ó porque la cabeza le dolía, aunque no se le ha olvidado que acaba de pasar dos horas en el tocador. Y la de la casa le riñe porque ha ido á la hora de cumplido, siendo así que la hubiera mordido por el lado de la ordinarietà si la hubiera visitado á otra hora. Se prometen mutuamente verse más á menudo, aunque ninguna de las dos piensa cumplir semejante promesa, ni engaña tampoco á la otra, y se concluye con aquello de, se va usted muy pronto, hija; hace una hora que estoy aquí; he de ir á ver á fulana que recibe de parida, y besucándose otra vez con el mismo ruido y con el mismo amor que á la llegada, vase la una, y la despide la otra, en-

sartando cumplidos, promesas y requiebros como pescados en lercha. Y vea usted qué ha sido esta visita. Nada, un retazo de comedia, una farsa que cada día se representa millares de veces en Barcelona, y lo gracioso es la seriedad con que todas la representan, y la importancia que se da á esa bojigan-ga sin la cual se acabarían de un golpe todas las relaciones de esa especie de amistad que dura veinte años sin estrecharse nunca. Yo conozco todo eso, y sin embargo hago alguna vez esa clase de visitas. Mas no las hago por mi gusto, sino porque mi mujer, que es amiga de eso, cual si fuera hija de ciudad subalterna, lleva exacta cuenta de las visitas que hacen contando conmigo, y del día en que me toca devolverlas. Verdad es que algunas veces me empeño en no hacerlas, ó la engaño diciéndole que ya las haré, pero hay ocasiones en que no es posible salir del paso sin cumplir con ese deber que impone la sociedad, según dice esta bendita hembra que tengo en mi casa. En tales lances ella cuida de sacarme la ropa con que he de vestirme, porque no todos los trajes son buenos para tan interesante escena de la gran comedia que todos representamos. Me tiene comprados unos guantes nuevos, me da un pañuelo blanco, encargándome que no me suene con él, sino que lo saque en caso de algún lance; y en esta advertencia anda muy acertada, porque como en mis narices hay muchas veces más rapé que en un estanco, he de sonarme con uno de aquellos que por acá se llamaban antes de fraile, y hoy se llaman, á lo menos en mi casa, pañuelos de tabaco. Estirado y peinado, y con humos de presumido, salgo yo de mi casa llevando en el bolsillo una tarjeta en que después del nombre se escribe el correspondiente E. P. cual si el nombre no bastara para declarar que quien ha ido no es otro que yo. Aparejado en la forma relacionada salí de mi casa el lunes último á pagar una visita que, según mi mujer, estaba yo debiendo desde el verano pasado, cosa de que yo maldito lo que me atosigaba, porque juzgo que de todo lo que yo debo harta pena pasarán los que lo acreditan. Llegué á la casa á la cual me había disparado la hija de mi suegro, subí cuarenta y tres escalones, toqué la campanilla, salió una moza, desgreñada, morena y cejijunta, que calificó de princesa de cocina; llamó á Francisca, apareció una doncella, al menos la dieron este nombre, entró recado, me condujo á una

sala, me dijo que me sentara, me dejó solo, y después de medio cuarto abrióse una misteriosa vidriera, y la misma doncella me declaró que pasara adelante. Entré en el cuarto de la señora, y dí de narices con tres personas que debían ser actores de la comedia en que yo iba á tomar papel. Sentéme, me hicieron dejar el sombrero, y después de mil saludos siguieron los cuatro farsantes la escena que interrumpió mi llegada. Es preciso dar á mis lectores una idea de esos personajes para que sepan con quién me las hube.

Para mañana no ponga usted más que hasta aquí, señor Editor, no salgamos de la dimensión regular de mis artículos; guarde usted lo restante, porque en entrando un abuso no hay quien lo quite, y sería lástima que introdujéramos abusos en un país donde no se conocen.

16 de Marzo de 1839.

ALLÁ VA LO DEMÁS

Vaya la descripción prometida. La señora de la casa era una viuda de un hacendado que al morir la dejó con qué viera abundantemente, así ella como dos hijos varones, á los cuales hace educar en Francia, porque en España, según dice ella, no es posible que nadie se eduque. La tal viuda, á manera de jugador de treinta y una, se paró en los treinta, y ni hay quien le haga dar un paso adelante, ni quien haya podido averiguar en qué parroquia tiene la fe de bautismo. Está sana, se cuida mucho, y si no se relamiera tanto y tuviera menos pretensiones de parecer muchacha, sería más apreciable, porque es de buen recibo, y más de cuatro veces se ha arriado uno al amor de peor lumbre. La otra señora era una joven de veintitrés años, casada con un señorón de setenta y uno, tan apergaminado y seco, que más parece documento de archivo que pieza matrimonial. Su mujer es linda, alegre, y de tan buen pergenio, que cuando se muera el viejo no le ha de costar gran trabajo hacerse á las costumbres de otro

varón, aunque tenga más fuegos que el difunto. En medio de tan discordante pareja estaba un militar retirado y soltero, á pesar de que á su edad ya clama y ha clamado el hombre por mujer más de un millón de veces. Su conversación favorita son las pagas, porque casi á todos nos gusta hablar más de lo que tenemos menos. Cuenta por docenas los meses que le deben, recuerda los nombres de todos los ministros cuyas disposiciones han sido como leyes sanitarias contra su bolsillo, habla de quincenas, de 13 por 100 de descuento, de categorías, y yo creo que si le dieran por el gusto cobraría dos mesadas cada cuatro semanas, sin maldito el escrúpulo de conciencia.—Yo siempre digo lo que me parece, continuó el militar; no soy hombre que disfrace la verdad.—Pues no dejará usted de pasarlo bien, dije yo.—Ya lo sé, y bien se me trasluce que en el mundo es preciso mentir para medrar; pero, señor mío, yo soy hombre clarito.—Pues ahora va usted á ver, dijo la señora de la casa, cómo no tiene razón. Diga usted, señor Abulema, ¿encuentra usted fea ó bonita á doña Emerenciana?—Á mí me parece muy bonita.—¿La encuentra usted elegante ó no?—La encuentro muy elegante.—Pues señor, entonces yo soy una tonta.—Señora, siento no participar de la opinión de usted; pero he dicho mi dictamen, porque usted me lo ha preguntado.—El dictamen de usted es el mismo del señor, y yo no sé en qué pueden ustedes fundarse. Á bien que ya ha visto una tanto de eso, que maldito el caso que hace. Ustedes, en dando en el tema de decir que una mujer es bonita, no se diría sino que lo hacen pasar por vereda, y todos contestan: ¡Oh! sí, bonita, muy hermosa. La tal Emerenciana no tiene más que el ser joven. Ahí está todo, pues por lo demás no hay en ella cosa que mate. Un pie que ya, ya; el cuerpo es de lo que se ve en todas partes; facciones abultadas, con poco color, y luego un cabello que ni es castaño ni negro. Es blanca, pero yo no creo que eso baste para llamar hermosa á una mujer. En cuanto á lo de elegante, no se lo he oído decir á nadie sino á ustedes dos. Lleva muy buenas cosas, y el refrán dice: afeitada un cepo, parecerá mancebo.—Señora, usted me desespera, dijo el militar, esa señorita es muy linda, toda la ciudad la reputa por tal, y no sé qué quiere usted que sea una mujer para ser hermosa.—Nada, nada, no señor, buen provecho le haga esta reputación, y

Dios le dé un buen marido, que no son esas que tienen fama de bonitas las que más fácilmente lo pescan. Vamos á ver qué dicen ustedes de su prima doña Dolores. Á mí no me gusta, dijo la señora de visita.—Pues á mí me gusta mucho, exclamó el militar.—Y á mí, dije yo.—¡ Jesús qué manía! señores, ustedes no tienen el gusto formado. No he oído decir tal cosa hasta ahora. Esa al menos no me negarán ustedes que tiene el talle muy bajo, y que la cicatriz que lleva en la cara se la afea que ya, ya.—Por el amor de Dios, señora, dijo el militar, esa cicatriz es lo que más gracia le da.—Ya, cuando ustedes se empeñan, todo lo convierten en sustancia.—En estas cosas, añadí yo, paréceme que el voto general vale algo, y ese voto está á favor de doña Dolores. Si hubiera usted ido á uno de los bailes de las damas, habría usted visto cuánto obsequio se le prodigaba; era la reina del salón.—Ustedes suelen darse el santo para esas cosas. Pues yo sé que estaba muy inelegante, porque se puso unas flores cuyo color le iba muy mal á la cara y no casaba con el color del vestido, que por cierto más parecía traje de casa que de baile.—No diré, contesté yo, que estuviese ricamente vestida, pero su modestia y aire de candor suplían la humildad de los adornos.—¡ Que diga usted esto! ¡ Candor una niña que ha tenido más trapicheos que una mujer de cuarenta años! Vaya que ustedes se han empeñado en defender á esa señorita. De usted lo extraño, que siendo ya casado debiera reprobar la conducta de esa niña.—Señora, yo no creo que en su conducta haya nada de reprochable. Habrá tenido sus queridos; pero esto no es tan malo de suyo que pueda sonrojar á una señorita.—En estos tiempos no sé, pero en los míos las niñas se guardaban muy bien de esas travesuras, y los matrimonios salían más acertados, y no veía una las cosas que ve ahora.

Al llegar aquí el militar se enfadó y yo me enfadé, y los dos nos marchamos. Apuesto á que mis lectores encuentran soso este artículo. ¿ No han hecho nunca ninguna visita de estas que se hacen de una á dos de la tarde? ¿ Y cómo no ha de ser soso un artículo que diga lo que en esas *visitas* sucede?

18 de Marzo de 1839.

UN ITINERARIO

Aún me andaba por las encías el gusto del chocolate que tomé ayer mañana cuando se me presentó un mocito, de esos que muy bonitamente y como quien no quiere la cosa van echando barbas y empujándonos á nosotros hacia el cementerio, en pago de criarlos y educarlos y procurarles un oficio, carrera ó hacienda con que vivan después que nosotros hayamos muerto. Es mucha ingratitud recompensarnos de este modo. El tal mocito, que en mi concepto no peina más allá de veintitrés años, tiene muy linda figura, con sus cabellos rizados, su patilla y barba corriente, con la perilla y el bigote por codicilo; de manera, que en materia de pelos no hay más que pedir. Es elegante además, con una boca tan graciosa y besucona que me dió gusto mirarlo. Más de cuatro niñas hallaría yo á quienes no sería preciso empujarlas mucho para que tropezaran en esa peana. Vino á hacerme una pregunta, y á buscar una respuesta, y como la cosa no era sencilla, se armó un diálogo, que no daría al público á no saber de positivo que ha de ser de gran provecho en esta ciudad. Y aun creo que valdría la pena de imprimirlo suelto, y de repartirlo á todos los suscritos al diario de Brusi, y venderlo luego á manera de suplemento del librito titulado *Barcelona en la mano*, en donde hay cosas mucho menos interesantes que el diálogo que comienza.

Joven.—Me he tomado la libertad de venir á incomodar á usted para hacerle una pregunta.

Abén.—Si temía usted incomodarme, era mejor no haber venido; pero supuesto que está usted aquí, váyase usted explicando.

Joven.—Como usted todo lo escudriña, calculo que sabrá usted los pasos que hay que hacer para marcharse á Valencia.

Abén.—Algo raro es que venga usted á preguntarme á mí esto.

Joven.—Como puso usted un artículo explicando los trámites que siguen los negocios en muchas oficinas, me he figurado que sabría usted también los de la oficina de pasaportes.

Abén.—No ha ido usted desacertado en ese cálculo; mas si hubiera usted venido algunos días atrás, no podía satisfacer á usted. Afortunadamente se marchó no há mucho un amigo mío, que tomó nota de todo lo que hay que practicar, y como sabe que yo recojo notas de toda clase, me dió la suya. En primer lugar es preciso saber cuándo y cómo se va usted.

Joven.—Me voy con el vapor que sale pasado mañana.

Abén.—Mal principio. Renuncie usted á este viaje. Es menester que tome usted la cosa con más tiempo. ¿Es usted miliciano?

Joven.—Sí, señor.

Abén.—¿Está usted sano de cuerpo?

Joven.—Sí, señor; pero ¿qué tiene que ver mi salud con esto?

Abén.—Tiene y mucho. ¿Es usted soltero?

Joven.—Sí, señor.

Abén.—Gracias á Dios, podía usted haber añadido. Según estos antecedentes, estará usted comprendido en la movilización.

Joven.—Sí, señor, pues aunque padezco afecciones nerviosas, en el último reconocimiento me declararon útil para todo servicio.

Abén.—Bien hecho. Esta enfermedad no mata á nadie, y se tiene más bien por moda que por otra cosa. Enterado ya de todo lo necesario, oiga usted los trámites que han de preceder á su viaje de usted. Supongamos que comienza usted las diligencias en domingo. Empieza usted por pedir licencia al capitán de la compañía, que probablemente se la dará á usted en el acto en un papelito impreso para ese objeto. Á renglón seguido se dirige usted á casa del Mayor del batallón, quien le pondrá á usted el V.º B.º. Entonces echa á correr á casa de algún amigo que tenga fincas y que quiera prestar fianza por usted.

Joven.—¿Y para qué?

Abén.—Para que no deje usted de pagar lo que le corresponda por la quinta y movilización.

Joven.—¡Pero si sólo me voy por ocho días, y aquí se queda mi familia, y dejo todo lo que tengo, y lo de la movilización y quinta no puede ser sino cosa de muy poco dinerol

Abén.—¿Usted me pregunta los trámites, ó quiere usted entrar á deslindar los motivos de ellos? De lo primero le daré á usted exacto conocimiento; en lo segundo no me siento dispuesto á entrometerme, ni toleraré que en mi casa nadie se entrometa.

Joven.—Perdone usted y continúe.

Abén.—Para todo lo dicho bien necesita usted el domingo, porque no es fácil encontrar á todos en casa la primera vez que usted va, ni puede usted abandonarlo todo para atender al pasaporte. Tenemos pasado el domingo, y se lanza usted á la arena pasaporteril el lunes á medio día, pues antes de esa hora no se permite entrar á nadie en la oficina por donde ha de comenzar usted. Tomando las cosas donde las dejó usted el día antes, va usted á casa del amigo afianzador, lo coge usted por los cabezones, y entrambos se soplan en la casa de la Ciudad en donde les despachan á ustedes en el acto, firmando el amigo la fianza en un libro magno de papel sellado, y recoge usted otro papel que es una certificación de que queda usted afianzado. El amigo ya se puede ir á su casa, y usted toma el camino de la Alcaldía en donde uno de los Alcaldes constitucionales le firma á usted la certificación. El martes por la mañana se va usted con todo el expediente á la Jefatura política en donde le dan á usted cita para las seis de la tarde. Es usted exacto, y le dan un pliego para la Seguridad pública, que afortunadamente está en el mismo edificio. Se dirige usted allá, entrega el pliego, y le darán á usted cita para el día siguiente miércoles en el mismo paraje y á las seis de la tarde. Con esto se va usted á casa, y á la hora regular cena usted si tiene qué, y se acuesta usted solo, puesto que es usted soltero, y aguarda usted el día siguiente. Amanece el miércoles, deja usted pasar casi todo el día, y á las seis de la tarde acude usted al lugar de la cita, á la cual supongo que acudirá usted con puntualidad porque los solteros suelen estar muy duchos en eso de citas. Á las veces los oficinistas no son tan escrupulosos, y debe de consistir en que como pertenecen á la congregación de los maridos no están corrientes en materia de citas. Allí recibe usted un plie-

go cerrado con dirección al Comisario, ó no sé si es secretario del cuartel á que pertenece, el cual comisario ó secretario se halla en la Alcaldía. Da usted con su cuerpo en la Alcaldía. Allí en una papeleta ya impresa llenan los vacíos con el nombre y señas de usted, en donde, como se supone, hacen su acostumbrado papel el color trigueño, los ojos garzos, boca regular, etc., etc. Le entregan á usted la papeleta, y ya se puede usted ir á la cama hasta el jueves inmediato.

Amanece este día venturoso en que va usted á salir de apuros con tal que tome usted un carruaje, ó se resuelva usted á echar los bofes por esas calles y aun por fuera de las puertas. Coge usted la papeleta que le dieron en la Alcaldía, y con ella... allá voy, allá voy.

Joven.—¿Qué es esto?

Abén.—Es un vecino que cada día á esta hora me pide el diario de Brusi, y me da el Nacional; yo creo que sería mejor que él se suscribiera al Brusi, y al Nacional yo. Pero ¿qué quiere usted? ¡Cosas de Barcelona! Soy con usted al instante. Tomaré aliento, y le podré acompañar á usted en la larga ruta que le aguarda.

21 Abril de 1839.

EMPRENDO EL VIAJE

Abén.—Como iba diciendo, amanece el jueves, y pertrechado con la papeleta de la Alcaldía se encaja V. E. P. en la Jefatura Política. Vuelve usted á medio día, y no es poca fortuna si á esa hora puede usted recoger su pasaporte. Si lo ha logrado usted, bien puede apretar ese papel entre los dedos, y hacer cuenta que ha pescado usted un lote.

Joven.—Gracias á Dios, porque ya no podía más. ¡Jesús mil veces! ¿Y hay cristiano que viaje?

Abén.—Pues señor, ya tiene usted el pasaporte; y así como yendo por tierra puede uno ir enfermo, haciendo el viaje por mar ya es otra cosa. La ciudad está rebosando salud

para los que van por tierra, pero puede estar contagiada para los que van por mar, y con el fin de que en el puerto á donde usted se dirige no le metan á usted en cuarentena en castigo de haberse embarcado, es preciso que se provea usted de boleta de sanidad. Á este objeto se dirige usted al palacio del general, allí le dan á usted la tal boleta, y por cierto que no le harán aguardar á usted ni cinco minutos. Eso va militarmente, es decir economizando trámites inútiles. Con la boleta va usted á la Capitanía del puerto, que está al fin del muelle antiguo. Si no encuentra allí el capitán del puerto, va usted á su casa, sita en la Rambla. Si está en casa, también firma la boleta en el acto ahorrando trámites. Con esta firma echa usted á correr á casa del comandante de marina, en donde se pone usted á la cola de los cuatro, ó veinte, ó más marineros que están allí aguardando, y cuando le llega á usted el turno, entra usted, y el señor comandante le echa á usted una firma. Rocoge usted la boleta, se va usted á su casa, y se tiende usted á la larga á dormir sobre sus laureles, porque el jueves ha rematado usted con gloria la penosa tarea comenzada el domingo. Entonces aguarda usted vapor, lleva usted el equipaje á bordo la tarde antes de la partida, y á la mañana siguiente zarpa usted áncoras, y entre los vivas y aclamaciones de mil curiosos surca usted las encrespadas ondas, y abandona esta tierra clásica de todo. Los que se quedan le desean toda suerte de felicidades, y usted les contesta arrojando las asaduras.

Joven.—¡Válgame Dios! ¡y cuántos pasos, y cuántos trámites, y cuántos días!

Abén.—Faltan todavía algunas notas que en parte son necesarias, y en parte son advertencias preventivas. Las necesarias son, que al darle á usted en el Ayuntamiento la certificación que acredite haber quedado usted afianzado, suelta usted cuatro reales. Al darle á usted el pasaporte, suelta usted otros cuatro, y son ocho, y al recibir la boleta de sanidad suelta usted dos, y son diez; y en cuanto á dinero es negocio concluido.

Siguen las advertencias preventivas. Si desde que tiene usted la licencia del Capitán, vistobuenada por el mayor, hasta que se marche usted entra de servicio la compañía á que usted pertenece, escóndase usted si no quiere dar lugar á

que alguno lleve al capitán el saludable aviso de que todavía está usted por acá, á fin de que en medio de las diligencias para el pasaporte le hagan á usted el favor de estorbarle, dándole orden de presentarse en la guardia A, ó en el retén B. Y esto es muy justo, porque yendo usted allá es regular que en recompensa dejen ir á dormir á su casa al que llevó la noticia. De otro modo nadie se metería con usted sin más provecho que el gustazo de incomodarle. Todos los trámites descritos suponen que usted encuentra en casa á las personas, que los oficinistas son puntuales, y que no sucede ninguna cosa particular; pero no cuente usted con estas gollerías. Á mi amigo cuando en la Jefatura Política le dieron el pliego para la Seguridad pública, habían metido en él los papeles de otro ciudadano que estaba presente. Subieron entrambos á la Seguridad que todavía estaba cerrada, y para hacer tiempo mi amigo quiso pasearse por la Rambla. El otro tenía un resfriado terrible, y por tanto, lejos de quererse ramblar, deseaba meterse en un café. Mi amigo no va á los cafés y no quiso. Pedía el otro que le entregase el pliego, mi amigo se aguantó, altercaron, pero el pobre no poseedor hubo de ir tras el que poseía hasta cuando fué á echar aguas. Este es un lance que puede sucederle á usted.

Aunque en la Seguridad pública le dieron cita á mi amigo para las 6 de la tarde, no se presentó nadie hasta las 7 y media. Dígolo porque no hay necesidad de que usted se descalandraje el vestido á puro ponérselo aprisa para llegar á la hora fijada.

Podrá sucederle á usted también que despachándole tarde de la Seguridad pública llegue usted á la Alcaldía después de las ocho, y entonces tiene usted que guardar la función para el día siguiente porque el tiempo no ha permitido celebrarla en el que usted esperaba.

Ha acontecido alguna vez que en la Alcaldía no hay papeletas impresas, de esas que yo considero como lienzos de pintor preparados para retratar en él la cara del primer prójimo que se presenta; y en este caso se suele armar tal pelotera entre el comisario ó secretario que quiere despacharle á usted, y el vigilante que se niega á ello, que es cosa de despedazarse de risa. Dice el comisario que le retraten á usted en papel blanco, el vigilante no sabe pintar sino sobre el

lienzo ya preparado, se alborota la oficina, gritan todos, y usted está viendo transcurrir las horas sin que se le tome el perfil siquiera de la cara que ha puesto usted á la vista de toda la Alcaldía. Con esto sucede lo que con los médicos. Disputan ellos, sostiene cada uno su sistema, y usted se va muriendo que es una compasión.

Joven.—Pero señor, ¿es posible que se hayan de perder tantos días para una cosa tan sencilla?

Abén.—Amigo mío ¿qué quiere usted? son trámites.

Joven.—¿Y si sacado el pasaporte no hay vapor hasta de allí á algunos días?

Abén.—No importa. En Valencia creerán que ha ido usted por vapor aunque haya tardado usted ocho días. Afortunadamente no se ha discurrido un medio para obligarle á usted á hacer alguna diligencia en que conste que tomó usted pasaporte tal día y se marchó usted tal otro. En esto sucede también lo que con los médicos que desahucian á un enfermo en lunes, y el grandísimo pillo no se muere hasta el jueves. Cosa que algunos enfermos hacen de industria para desacreditar la ciencia.

Joven.—¿Sabe usted que ya estoy resuelto á no marcharme?

Abén.—Hará usted perfectamente. Se ahorra usted diez reales de pasaporte, cuatro días de diligencias, no sé cuántos duros del billete del vapor, registros de carabineros y guardas, amén de una vomitina de padre y muy señor mío, que aunque los médicos dicen que es muy buena para la salud, la verdad es que le pone á usted muy enfermo.

Joven.—Lo dicho. Acá me quedo, señor Abulema; muchísimas gracias y usted perdone.

23 de Abril de 1839.

¡BRAVO, SEÑOR PRESIDENTE!

El vino es asunto de grande entidad entre los cristianos. Todos ellos lo beben, y algunos se emborrachan. Todas sus

fiestas se celebran con vino, y la importancia de la función se mide muchas veces por la abundancia y por la variedad de los vinos. Se hacen mutuos regalos de vino, lo compran y lo venden, cargan buques con pipas de vino, de modo que viene á ser un artículo de Comercio muy vasto. Llevan vino á los países donde no le hay, y de esta manera generalizan las borracheras exportándolas é importándolas en todo el mundo. Y eso es un progreso, porque ponen los pueblos atrasados al nivel de los que marchan por el camino de la borrachería. Al ver todo esto no me pasma á mi el trabajo, los sudores y el dinero que á los cristianos les cuesta el zumo de la uva. Desde plantar las cepas hasta emborracharse de buen vino hay una distancia inmensa, y son menester más procedimientos y diligencias que para plantificar en España un gobierno que gobierne. Y luego eche usted el ojo al impulso que por el vino reciben la agricultura y la industria, que es de tal importancia, que como todo el mundo se volviera aguado, habrían de quedarse parados la mitad de los brazos que hoy se menean. Porque esto de construir lagares, bodegas y almacenes, con lo de fabricar pipas, barriles, damasjuananas, botellas, botos y pellejos, es cosa de mucha consideración. Y vista la importancia del vino no extraño yo que para su conservación se edifiquen casas, y se construyan esas magníficas bodegas que se convierten en establecimientos tabernarios, algunos de los cuales, atendida su longitud y su disposición, me parecen templos, y me inspiran tal respeto que al pasar por delante de ellos me quitaría el sombrero, como antiguamente se lo quitaban los cristianos al pasar por delante de una iglesia. Cosas de los antepasados. Y sepan ustedes, señores estimadísimos, que mi objeto no es otro que contarles á ustedes un cuento, á propósito de bodegas, y para llenar este objeto me ha sido forzoso entrarles á ustedes con el interés del vino, y hacerles descender á ustedes hasta las bodegas, en lo cual imito á millares de personas que habitan un dilatado territorio allá por el campo de Tarragona, los cuales le enseñan al forastero la bodega, como en Barcelona enseñaban el Laberinto en los tiempos en que para verse uno en el Laberinto tenía precisión de ir á Horta. Tiempos que se acabaron, y no sabemos si se acabaron para siempre, ó si es cosa de verlos reproducidos, como algunos esperan. Dentro

de cien años será asunto terminado. Como antes decía, ya tengo á mis lectores en la bodega, gracias sean dadas al Profeta, y ya puedo contarles el cuentecito, que es propiamente el tema de este artículo.

En una ciudad de España, situada en lugar alto, desde el cual domina por un lado una vasta extensión de tierra, y por el otro tanta mar cuanto alcanza la vista natural y aun con el auxilio de instrumentos, se ha erigido una reunión de hombres ilustrados (*nota bene*) que podrá llamarse sociedad, academia, ú otra cosa por este estilo, y uno de los objetos que la academia ó sociedad se ha propuesto es recoger y conservar todas las antigüedades que aparecen en excavaciones, al abrir un pozo, al hacer una carretera, etc., para salvarlas de las zafias manos de los trabajadores, y formar de ellas un museo donde pueda verlas el extranjero arqueólogo ó meramente curioso. Ya ustedes ven que el objeto es laudable, y que la sociedad ó academia hace un bien, que no es poco, donde tantos otros hacen mal. La corporación tiene presidente, como se deja entender, puesto que un presidente es de la dotación de todo cuerpo. El tal señor presidente quiso tener una bodega con sus pipas de vino, cosa muy corriente, porque yo comprendo que un presidente puede ser un buen presidente y tener vino y bodega. Resuelto á tener bodega, claro está que la tal bodega debía ser buena, espaciosa, hasta magnífica, de tal modo que al entrar cualquier cristiano en ella se sintiese inspirado y exclamara: «he aquí la bodega de un presidente». Y como para la construcción de una bodega es necesario tener presentes las circunstancias del país, de las personas bodegarias y de la posición social que ocupa nuestro señor presidente, creyó que debía separarse de los caminos trillados de comprar un solar, comprar piedra, ladrillos y cal, buscar albañiles, abrir cimientos, etc., etc. Y viva mi abuelo, que el señor presidente creyó muy perfectamente, dando una prueba positiva de que tenía humos presidentarios. Separado, pues, de esos procedimientos comunes, y usando de las facultades extraordinarias que son propias del carácter de presidente, y considerando que uno de los principales objetos de la sociedad era la conservación de las antigüedades, y acaeciendo que en la ciudad en cuestión hay antigüedades, y teniendo á la vista que algunas de estas an-

tigüedades podían servir para el objeto que llevaba atareado al señor presidente, escogió para bodega una magnífica y grandiosa bóveda del tiempo de los romanos. Es verdad que la bóveda era pagana y debía servir de bodega para vinos de un presidente cristiano; pero esto no ofrecía inconveniente, porque también los templos de la gentilidad se han convertido en templos cristianos, en gracia de las bellas artes, y respetando las canas de esos monumentos. Quedó elegido el lugar, y fué tan feliz la elección, que cualquier cristiano al ver en el día la bodega exclama con entusiasmo: he aquí la bodega de un presidente de sociedad arqueóloga. La idea es peregrina. En primer lugar el señor presidente tiene bodega, en segundo lugar tiene bodega de anticuario, en tercer lugar la bóveda romana no puede sino ganar con el nuevo destino que se le ha dado, porque siendo el vino la leche de los viejos, y siendo vieja la bóveda, el vino del señor presidente la confortará, vigorizará y remozará con notable ventaja del objeto que la sociedad se ha propuesto, cuyo objeto el señor presidente ha sabido llevar más allá de lo que la corporación intentaba; pues esta se limitó á conservar, y el presidente rejuvenece, da nueva vida, y por ende se asegura á la bóveda una duración sempiterna. Notó el señor presidente que la bóveda cerrada no estaba bien, y como los que toman la leche generalmente la pasean, y no pudiendo pasear la bóveda romana, quiso que á lo menos respirase aire libre, lo cual es una medida higiénica que la oye uno recomendar á cada paso por los discípulos de Hipócrates. Tener la puerta abierta era muy arriesgado, así para la bóveda como para los vinos, como para los cristianos que trastejan de noche, y en semejante apuro el alto ingenio del señor presidente discurrió como buen latino que es un *quid pro quo*, y en vez de abrir puerta resolvió abrir ventana. Pero esos malditos romanos no habían hecho ventana alguna en la bóveda. Ya se ve, como que ellos no lo destinaron á bodega! En tal conflicto el señor presidente resolvió maltratar la hermosa bóveda, y taladrándola por el punto más alto hizo en ella un agujero, que es bastante grande para que se hicieran colar por él uno tras otro á todos los presidentes de sociedades arqueológicas. La bóveda se quejaba, chillaba, alegaba méritos antiguos, mostraba las respetables canas, recordaba hechos anteriores á la

venida del hijo de María; mas el señor presidente haciendo orejas de mercader, la trepanó por el coronal, y le dejó los sesos al descubierto. ¡Bravo, señor presidente! Hay en esa misma ciudad un curial altísimo y delgado, con cara de destetar chiquillos, con narices de hombre de programa, arqueólogo consumado, con verdadera facha de tal, si fachas hay de arqueólogo. El bueno del curial se daba á todos los demonios; decía que los ingleses, franceses y los italianos hubieran respetado ese monumento, ufanándose de poseerlo y de enseñarlo; mas el señor presidente preferiría á todas estas reflexiones arqueológicas la reflexión higiénica. Taladró la bóveda, el vino respira, respira la bodega, respira el presidente de puro gusto, y continuarán todos respirando, como puede verlo el curioso que vaya á esa ciudad de cristianos.

De este cuentecito he deducido yo y deseo que todos mis lectores deduzcan la importancia que tiene el vino entre los cristianos, supuesto que para la conservación de una corta cantidad de él se ha maltratado sin piedad un monumento importantísimo, hermoso y digno de conservarse á toda costa, según dice el arqueólogo curial. Échele usted un galgo al tal arqueólogo. Yo me río de sus lamentaciones y le hago rabiar contestándole á cada plañido con mi ¡Bravo señor presidente!

24 de Mayo de 1839.

CARTA Á UN MORO

Barcelona, el día 8 de la luna de jomadá del año 1217 de la Hégira.

En nombre de Alá, Dios del Profeta, y de Mahoma, profeta de Alá. Á ti, Selim-Abuck-Abderramén, hijo de Abil-Shalk-Abdurremín, salud y paz.

Siempre me figuré que por medio de un periódico nuestra correspondencia iría segura, porque hoy los periódicos pasan por donde no dejan pasar á nadie. En tu carta, hermano mío,

dices mil disparates, y se conoce que te has olvidado enteramente de las costumbres de este país, ó por mejor decir, hablas como quien no tiene conocimiento de lo que aquí pasa. No lo extraño, ya porque todos los que hablan de España hacen lo mismo, ya porque á duras penas sabemos lo que en ella sucede los que nos hallamos dentro. Ante todo es preciso que salgas del error en que estás acerca de que las Cortes hacen guerra y van á las batallas, fundado en que se atribuye á ellas la pérdida de un punto fortificado, ó el descalabro de un ejército, ó la retirada de un sitio. Las Cortes tienen por objeto hacer leyes y dar permiso para pedir dinero. En lo primero hay sus restricciones, mas en lo segundo ancha Castilla y ancha la Nación entera. Las Cortes se reúnen para discutir, deliberar, proponer y pedir, que todo puedes reducirlo á la palabra hablar, ya que todo esto se hace hablando; y de aquí el mucho hablar que hacen las Cortes. Y es tan de esencia de las Cortes hablar, que cualquiera que sea el motivo de su reunión, cualquiera el partido á que pertenezcan los hombres que van á ellas, cualquiera el intento que los guíe, siempre hablan y hablan; y para que veas que es así puedo asegurarte que ha habido Cortes que no han hecho otra cosa, y han sido muy buenas. En orden á dinero, aquí siempre hay el mismo, y toda la diferencia consiste en el bolsillo donde se halla, pues el dinero lo buscan los particulares para írselo dando al gobierno, quien á su vez lo va dando á otros que no son los que se lo dieron á él, y aunque los últimos que lo reciben, reciben menos cantidad de la que los primeros dieron, no es de admirar, porque el dinero es al revés de los ríos, cuanto más corre más mengua. Por aquí se explica el que muchas veces no llega á donde debería llegar, porque se va quedando por el camino. Como es una materia muy pesada, es difícil hacerle andar. Sucede lo mismo que ahí con las caravanas. Salen de Damasco muy provistas, y cuando llegan de vuelta de la Caaba no traen nada. En cuanto á soldados, cada día tenemos más, y cada día tenemos menos; más en los hospitales y cementerios; menos en los ejércitos. Las cosas van aquí como siempre, es decir á la española; en términos que los extranjeros nos quedamos emboados de ver que nunca sucede lo que uno esperaba.

Casi cada día hay batallas, en que todos ganan, según nos

lo dicen los periódicos de diferentes colores. Cada día hay encuentros, y no te pasmará la noticia, porque ya sabes que en España las calles son angostas, y los que andan por ellas se encuentran á cada paso. Los ministerios se mudan con mucha frecuencia, y no precisamente para sacar uno malo y poner uno bueno, sino para mudar, porque aquí hay un refrán que dice, que á quien muda Alá le ayuda. Los ministros dan órdenes nuevas como hacían los antiguos, y estas órdenes se obedecen donde se obedecen, como sucedía antes, y los ministros dan otras, y otros no las obedecen: pero eso es lo menos, pues aquí se tiene más interés en dar órdenes que en obligar á que sean obedecidas. Se hacen, se imprimen, se publican, se circulan, se repiten, se vuelven á circular, se entienden, se interpretan y se consultan, y ya ves tú que haciéndose tantas cosas con ellas, no es maravilla que se olvide una, que es obedecerlas.

El ejército del Norte continúa en el Norte, y el del Centro continúa en el Centro, con lo cual verás que acá nadie abandona su puesto. Morella está segura, y Segura está Morella; de modo que las dos están del mismo modo; al verlas á entrambas en ese *statu quo*, le vienen á uno ganas de creer que ni Segura, ni Morella están en España. Es una anomalía.

Los catalanes se alarmaron porque decían que se iban á arruinar sus fábricas, pero fué una alarma falsa porque el ministro dijo que no había nada, y que estuviéramos tranquilos. Era natural. Estos catalanes se alarman por nada. Les colgaba el milagro á los ingleses. ¡Mira tú! á los ingleses, á esa nación tan filantrópica. Yo no sé en qué piensan estos catalanes.

Este año hay una buena cosecha. Todo va viento en popa, y anuncia una paz muy cercana.

Á media legua de esta ciudad se ha establecido una casa de vacas, pero no son como las vacas de Argel, porque estas tienen un ánimo muy sensible, de modo que no se les puede decir cosa alguna sin riesgo de causarles una pesadumbre. Todas las hembras de este siglo tienen una sensibilidad que no es para dicha. En esa casa se vende leche de las vacas sensibles, de modo que á los duros de corazón, á las niñas que no quieren consolar á sus queridos, á las madres mal ajustadas y á los ministros que están sentados en sus poltro-

nas les conviene la leche para que se ablanden y endulzcan. También sirve esa leche para lavarse la cara, aunque no puede usarse en días de ayuno, so pena de arriesgarse á cometer un pecado. Esa leche es buena para todo, de modo que hasta para los callos, y no te chancees, que es probado.

Te incluyo una receta para curar el dolor de muelas, que aquí hace furor, es decir, la receta. Úsala, y verás cómo se ha tenido presente el precepto del poeta Horacio, mezclando lo útil con lo agradable. Algunos no querrán darle crédito, pero esto no me admira porque todas las innovaciones tienen enemigos.

Mi mujer se ha ido á Muros (Galicia) con el objeto de probar si aquellas aguas la dispondrán para darme otro chiquillo. Para embarazarse no hay como viajar, á menos que se viaje por tierra y en España, en donde es frecuente dejarle al viandante enteramente desembarazado; porque has de saber que en España hay ahora ladrones. Todos los españoles están embobados al ver que hay en esta tierra quien robe. Á los viejos les coge esto tan de nuevo, como les cogería tener un Gobierno que gobernase.

Los signatarios de la cuádruple alianza continúan sin novedad en sus importantes saludes, y prestando servicios á España, y España está tan contenta. En este puerto tremolan el pabellón francés y el inglés al lado del español. Encanta ver esta unión y fraternidad tan sincera. El día del santo del rey de Francia le hacen salva los españoles y los ingleses; por santa Victoria la hacen los franceses y españoles, y en el día de Santa Isabel los ingleses y franceses echan el resto; pero el día de san Carlos todos mutis. Para que veas que la cosa va de buena fe.

Un general del ejército de D. Carlos ha fusilado una porción de generales compañeros suyos. Ya lo habrás leído en los periódicos; y aunque se dijo que sucedería esto y lo de más allá, y que el rey de los carlistas se había incomodado, y qué sé yo cuantas otras cosas, ello es que los fusilados se quedaron fusilados, y que el que los fusiló se quedó vivo. En este país ya se sabe que lo hecho queda hecho. Estaba metido en la danza un Ulema cristiano, pero como se marchó no lo pudieron fusilar, y lo sintieron muchos, pero él se alegró en gran manera. De esos fusilamientos se esperaban grandes

resultados, y sin duda se esperan todavía, pues aún no han venido.

En Madrid un toro mató á un torero, y el pueblo que lo vió, aplaudia á más y mejor. Algunos dicen que esto ha sido porque los toros han entrado en el sistema de represalias, y si el pueblo aplaudió, fué porque el pueblo siempre aplaude.

Examina por ahí todos los asnos que encuentres y si pillas alguno que pronuncie más de una letra del abecedario envíamelo al momento, pues aquí podría ganar dinero enseñando á sus hermanos, que no han pasado todavía de la A. Sería muy glorioso para nuestro país, que pues de ahí han sacado los hombres todo lo que saben, viniesen también de ahí los conocimientos animalarios.

Pregunta al sabio Ulema Hamet-Alfamub si entre los antiguos bailes de los moros se hace mención de la Xacona, pues aquí se disputan varias naciones la gloria de la invención, como las siete ciudades de Grecia se disputaron la honra de ser patria de Homero.

Por la primera proporción que tenga te mandaré un cajón de una vara en cuadro, lleno de un bando de los Sres. Alcaldes Constitucionales de esta Ciudad. Tiene más capítulos que el Korán, y aun hay quien dice que necesita una postdata.

Da paz en mi nombre á Alí-Hameck y á Zulima tu hermana, y dile que acá las muchachas son más contenidas que ella, pues no hay ninguna que desee casarse. Alá bendiga tu cabeza y sea el profeta tu intercesor para con Alá. Te da amor y te desea paz tu hermano.

26 de Mayo de 1839.

¿NO LO CONOCEN USTEDES?

Hay hombres que se parecen á las cosas, como hay cosas que se parecen á los hombres, y esta verdad se echa de ver en que hay hombres á quienes los meten en todas partes, y hay cosas á las cuales las meten en todas partes. El pan, por

ejemplo, es uno de los artículos comunes á todas las mesas, desde la del rey ó reina, según la nación á que nos referimos, hasta la del más miserable proletario, y juega su papel en una comida de boda como en el convite que en muchos pueblos se da el día en que se celebran las honras fúnebres de algún individuo de la familia. Si quieren ustedes otro ejemplo les citaré á ustedes la sal, y ahí están los artistas de cocina que no repudiarán el texto. La sal entra en los condimentos con más generalidad todavía que la goma elástica en las recetas, y de algún tiempo á esta parte entra en más abundancia. De lo dicho se deduce que es verdad la mitad de mi proposición, porque siendo cosas la sal y el pan, y siendo cierto que estas dos cosas se meten en todas partes, me parece que bien podrá decirse que hay cosas que se meten en todas partes. Lo mismo sucede con algunos hombres. Hay en cada ciudad uno, dos ó diez, según el número de habitantes de la población que se tome por ejemplo, que á manera de sal y de pan entran en todo. Se ha de nombrar ayuntamiento. ¿A quién elegiremos?—A don Gervasio: es hombre que lo entiende, tiene grande afición á las obras públicas, siempre se queja de que no se obra con justicia en el reparto de contribuciones y préstamos, y de que si anduviera en ese ajo la cosa guardaría una exactitud admirable. Y en un daga esas pajas le soplan una banda que atraviesa de alto abajo y de derecha á izquierda el pecho de don Gervasio, y mi hombre queda metido en el cuerpo municipal. Se reforma la milicia, que esto es cosa que se hace á cada flujo y reflujo político, ó llega el Setiembre en que ha de haber elecciones. Hay complots en los cuerpos de guardia, y discusiones acerca de las calidades de todos los notables que pueden tener opción á la capitania. Pero señor, concluyamos, ¿á quién damos el voto?—A don Gervasio.—Pero señor, si es individuo del ayuntamiento!—No importa, también servirá, y si está ocupado mandará el teniente. Don Gervasio se queja siempre de que la compañía está muy cargada de servicio, y por lo mismo si él la manda se distribuirán las guardias con rigurosa igualdad. Y en un pestañear le encajan á D. Gervasio dos charreteras, de esas que parecen escobas del reino de Valencia.

Va á llegar una persona nacional, ó como se decía en el antiguo régimen, una persona real: hay que obsequiarla. ¿A

quién comisionaremos para que cuide de eso?—A don Gervasio. Es hombre que lo entiende, y sobre todo hizo observaciones muy justas acerca de lo poco brillantes que fueron las últimas fiestas. Y en un momento tienen ustedes á don Gervasio investido con la comisión de festejos, y programando para dar gusto á los demás, queriendo contentar á todos, sudando el quilo tras todos los artistas del pueblo y acabando por hacer una porrada.

Trátase de erigir una sociedad económica. ¿A quién daremos el primer diploma? No hay ninguno como don Gervasio, es hombre que profesa mucha afición al país, siempre tiene ideas de mejoras, tiene planos de carreteras, plantíos, introducción de nuevas máquinas. Oh! es hombre que lo entiende. En esta parte no tiene igual. Y el buen don Gervasio que se acostó don Gervasio á secas, amanece señor don Gervasio, con tratamiento de señoría en acta de sesiones, y encargado de promover los intereses del país, mas que sea olvidando los propios.

Se ha resuelto dar un baile para costear los gastos de una escuela gratuita. Es preciso hacer esquelas de convite, llevarlas á las casas de las notabilidades, y elegir una ó más personas que reciban á las señoras en la noche del baile. ¿Y quién será á propósito para todo eso? Por más que los ciudadanos se devanen los sesos no saben olfatear á otro que á don Gervasio. Se piensa, se discurre, se discute, se delibera, y al fin y al cabo queda elegido... ¿Quién dirán ustedes? El paño de lágrimas, don Gervasio y he aquí á mi buen don Gervasio redactando una papeleta, corriendo casas como sereno á fin de mes, y obsequiando señoras á manera de *cavaliere servente*. Ese hombre es una alhaja. Es verdad que en la papeleta hay tres disparates de gramática, que se ha olvidado de más de cincuenta casas visibles, como suele decirse (cual si no lo fuesen todas las que están en la superficie de la tierra) y que es muy zurdo para eso de obsequiar damas; pero no importa, la cosa se encargó á don Gervasio y don Gervasio ha salido del paso, sino bien, á lo menos á lo don Gervasio.

Se han de formar candidaturas para diputados á Cortes. Echémonos á discurrir y veamos á quién colocamos al frente.—A don Gervasio: es el hombre más á propósito para esto. Arde en amor patrio, conoce las necesidades del país, y es de

aquellos pocos que cuando dicen que no quieren destinos ni otra cosa alguna, dicen lo que sienten. Don Gervasio no quisiera ir á las Cortes, dice que no es para su carácter, que eso de abandonar á la familia le da mucha tristeza; pero los amigos le ruegan, ha merecido la confianza de todos sus conciudadanos, como resulta á más no poder del número de votos que ha reunido, y ya se ve, si tanto me lo rogáis, echádmelo en la capilla. Y he aquí al bueno de don Gervasio engañado como un chino, que abandona hijos y mujer atravesando media España, pingándose en un buque de vapor, y hurtando su vida á los carlistas de quienes es propiedad por cualquiera camino que coja. Comienza su carrera parlamentaria con aplauso universal, charra aun antes de llegarle el turno, se hace copiar por los taquígrafos, proporciona una caricatura á los litográficos, da materia para media docena de artículos á algunos de esos escritores satíricos que en todo hincan el diente, se hace leer por todos los lectores de esta nación magnánima, y da mil gustos á los electores del pueblo á quien representa, que desde su casa están adivinando los visajes que hacía al tiempo de interpelar á un ministro ó de proponer una mejora.

Y don Gervasio ha sido siempre lo mismo. En todos los gobiernos, en todas las circunstancias, en todos los apuros, en todos los ministerios, don Gervasio, don Gervasio y siempre don Gervasio. Pues señor, ¿este nuestro don Gervasio quién es? ¿Es bueno para todo? Yo no lo sé, pero sé que lo meten en todo, es la sal, es el pan, es el agua, es el comodín, es el *factotum* de su ciudad. Cada uno de mis lectores se puede echar á discurrir cinco minutos, y como no dé con el don Gervasio de su pueblo me dejo cortar los bigotes.

31 de Mayo de 1839.

LA CARRERA DE LA PROCESIÓN

Estábame en casa en una de estas últimas tardes, y por más señas que estaba triste, porque desde que me hallo sin mujer

he conocido que no soy hombre para vivir sin las impertinencias y los caprichos de una esposa. Ello es que me hallaba solo y con casi ganas de llorar, no por las miserias ajenas como lloraron las hijas de Jerusalén, sino por las mías, que, gracias sean dadas á Alá, no he de salir de casa para llorar miserias. Entró á lo mejor un amigo, de esos que treinta años hace que no dejan un baile de máscara, una función de teatro, ni una procesión sin que estén en ellos de cuerpo presente. Me hizo vestir y seguirle. Metióme en las calles por donde había de pasar la procesión, y aunque me incomodaban los estrujones que de tiempo en tiempo producían las oleadas del pueblo ciudadano que hacía lo que nosotros, no dejó de divertirme. Y en verdad que hay con qué divertirse en la carrera de una procesión. Las angostas calles de esta ciudad están en tales días angostísimas, merced á los asientos que se ponen en las aceras para comodidad de los que quieren sentarse é incomodidad de los que gusten de caminar. Allí aparecen los tabloneros de los carpinteros, salen á relucir las sillas que por la mañana se alquilan en las iglesias, las tablas de esas camas antiguas, pintadas de azul ó verde con su faja blanca, que son como los restos de un lecho del siglo pasado, los taburetes de las tiendas, y los bancos de tabernas. En cada tienda se forma un anfiteatro con su gradetría que va subiéndose hacia el techo á medida que se aleja de la puerta y que es ocupado por las muchachas y por los hombres aunque no indistintamente. En primer término aparecen los chiquillos y las niñas, que se divierten tirando retama al rostro de los transeuntes, y siguen después las muchachas de á doce años, aparecen á la espalda las casaderas de las cuales se traspapela alguna entre las niñas, no sé si para cuidarlas ó para ponerse más á tiro de los mozalbetes que pasean la calle. Allá en lontananza se dejan ver las madres y una que otra vieja como representando la autoridad que vela sobre todos aquellos desvalidos; y hacia el rincón de la tienda se descubre el rostro de los hombres, que sacan la cabeza por entre hombro y hombro de aquellas matronas venerables. El tendero oficioso y oji-alegre procura colocar á los convidados en los sitios más á propósito y sobre todo más visibles, y anda afanado poniendo tablas y tablas, é invitando á entrar á cuantos conocidos por la calle pasan. Se ríe, da

caramelos y retama á los niños, acomoda á las viejas, y sin perjuicio da conversación á los hombres que hablan de política, y de pagas si son empleados, ó de contribuciones si tienen de qué pagarlas. La señora tendera no se descuida, también da una puntada en eso de distribuir á los asistentes, no según el local sino con arreglo al número de los que le es preciso acomodar, quepan ó no quepan, y en los paréntesis de ese tragín corre á la cocina para que la muchacha vaya deshaciendo el chocolate ó renovando el agua del cubo donde se refresca la limonada ó la horchata que confeccionó la misma mano de la señora tendera, la cual va tan emperejilada y recompuesta como el día en que satisfizo con el himeneo las ansias del ciudadano tendero. ¡Oh! pasar la procesión por casa es un acontecimiento célebre; el día en que eso sucede es un día notable, se piensa en él con un mes de anticipación, se discute en conferencia matrimonial á quién se convidará, se delibera acerca del refresco y de la variedad de bebidas, ó de si será eso del azucarillo con un vaso de agua antes del chocolate, cual si para tomar chocolate fuese preciso llenarse el estómago de agua. Y aun suele haber acaloramiento en esas discusiones, porque la mujer quiere gastar mucho y el marido nada, so pretexto de los tiempos, cual si en el mundo hubiese habido algún tiempo en que fuese una cosa buena dar un refresco.

Sigue usted la carrera, y á cada paso le convidan á usted con un asiento por dos ó tres cuartos, en cuyo asiento ha de aguardar usted una hora haciendo rostro á los empujones de la multitud de barbiponientes que mirando á los balcones andan siempre vacilantes de un lado para otro, y dejándose llevar por las circunstancias como el gobierno de España. Si usted no toma asiento vacila también, porque seguir marchas en España y no vacilar es absolutamente imposible, y si usted se sienta lo estrujan á usted todos los que pasan, porque el que pasa siempre estruja al que está parado. Si toma usted asiento al lado de una vieja es un tormento, si escoge usted la vecindad de una joven aguanta usted la porrada de los que pasando le dicen una flor, y usted parece un estafermo, si ya no se ríen de usted los que comparan su rostro con el de la niña que tiene usted al lado. Por todas partes chiquillos que gritan, otros que se meten entre las piernas de los paseantes,

acá se pelean dos mujeres por un asiento, allí riñen veinte de ellas con un hombre que quiere pasar hacia una bocacalle que han obstruido con los bancos, pasa el valenciano con el agua de limón que parece agua de polvo, ahora se levanta en alto una silla, luego atraviesa por delante la cara de usted una tabla que se va á colocar en la acera de enfrente, todos gritan, las gentes se llaman sin verse, y entre tanto cae retama y por detrás empujan porque llegan los gigantes, y todo es ruido y apreturas.

Es verdad que en las carreras de las procesiones se ven caras que no salen en todo el año, y allí se observa el plantel femenino que ha de sustituir á nuestras esposas, y esto da lugar á serias reflexiones acerca de si degenera ó no la especie humana. El barbilindo, citado ya por la exquisita, pasa por la calle, levanta los ojos, y vuelve á pasar, recogiendo una mirada descendida desde un primer piso, ó tal vez una hoja de retama que se soltó como de casualidad para que viniese á caer sobre el sombrero. En una tienda se ven para alquilar treinta ó cuarenta vestidos de ángeles, que á cualquiera contemporáneo que se los ponga se le puede aplicar aquello de «el hábito no hace al monje». En fin, los soldados de caballería andan ya tan cerca que no es posible aguantar en la calle, y entonces se cuela usted en una tienda, tomándola casi por asalto, y se coloca usted siendo varón de modo que proteja la retaguardia, y allí se pesca todavía algo bueno porque al tiempo de pasar la procesión suelen bajar á la tienda las hembras que hasta entonces estuvieron en los balcones. En una tienda me metió mi amigo, y desde ella ví la procesión. El primer personaje procesionario que se me presentó fué un paisano mío, vestido con magnificencia, aunque no con riqueza, y armado con una como clava que no se usa en mi tierra. Á la verdad, no le conocí; mas por su talla sospeché que había ser de la familia de Abimail, que todos han sido de estatura muy aventajada. Al verme echó á bailar y me saludó, por donde comprendí que debió de conocerme cuando niño. Ello es cierto que por más que le llamen gigante yo lo reputo por moro, y, como dijo muy bien mi amigo, es un Abén-Abulema muy grande. Pasó la procesión, y al ver la prisa que la gente se dió en desbaratar los tablados y anfiteatros, en levantar tablas, remover sillas, y desamparar las

tiendas, se me figuró ver una parodia de la escena representada en la plaza de toros en la tarde del 25 de julio de 1835, y eché á correr hacia mi casa más que de paso.

3 de Junio de 1839.

UNA FONDA

Los hijos de esta ciudad, empeñados en ensalzar todas sus glorias, quieren que la primera fonda que se ha conocido en el mundo, ó á lo menos en España, sea la que hay en esta ciudad, conocida hoy con el nombre de «Fonda de Santa María». Se fundan para esto en que esa casa está honda, *fonda* en catalán, que al principio se llamó la *casa fonda*, ó sea la casa honda, que después se omitió el *casa*, y se dejó sólo la *fonda*, y que de aquí tomaron nombre todas las casas donde se hospedan los forasteros, llamándolas *fondas*. Yo no sé á punto fijo lo que hay de positivo en esa etimología, porque en materia de etimologías soy tan zopenco como en muchas otras cosas, de lo cual no creo que se incomoden mis lectores, porque ó yo me equívoco mucho, ó maldito lo que les importa que yo sea zopenco ó deje de serlo. Por esto no tengo inconveniente en acceder á los deseos de los barceloneses que quieren hacer suya la gloria de esa invención; pero sí les diré, pidiéndoles que me perdonen, que inventaron la cosa más triste del mundo. Hasta cierto punto no negaré que son necesarias las fondas; mas espero que sus mercedes no me negarán que es una necesidad muy mala. Si ellos viajasen por España ya verían cuán gustoso es vivir en una fonda. Llega el hijo de su madre á un pueblo, pregunta por la fonda, le llevan á ella, y se instala. Pero ¿en dónde se instala? En un cuarto medio amueblado, con cortinas blancas, medio sucias, que cubren un balcón con cristales medio sucios. Hay en el cuarto una mesita con un espejo cuyo vidrio está medio desazogado, y entre él y el marco se presentan dos ó tres tarjetas de visitas que el predecesor se dejó olvidadas. Revista la

cama, y la encuentra compuesta de un jergón con dos ó tres colchas ó sacos de castaña, que tales suelen parecer los colchones, donde debe reposar su molido ó mareado cuerpo. Las almohadas siempre son bajas, y son menester cuatro para poner la cabeza á la misma altura sobre el nivel del mar en que la tenía en su casa con una sola. En la alcoba hay una cortina de percal de colores, dividida en dos, que no cubren más de dos tercios de la apertura, ni les falta menos de un palmo para llegar al suelo. En otra parte hay una cómoda que ni es nueva ni puede reputarse por vieja; pero está deslucida, agrietada, y tiene oxidados los escuditos de la cerraja y las asas para tirar de los cajones. La tal cómoda suele estar cubierta con una telilla de la misma pieza de las cortinas y medianamente cochina. Aquel cuarto, mudo é indiferente espectador de mil escenas distintas, de risotadas, de lloros, de arreglos y desarreglos de cofres y maletas, frío oyente de cien idiomas diversos, nada dice al corazón ni á la memoria del pasajero. Preséntase el fondista, que no necesita para ser conocido que le anuncie un criado. Está gordo, se viene riendo, con un traje pringoso y una gorreta de algodón blanco ó azul, formando el todo un uniforme y una facha que á tiro de cohete está diciendo, soy el fondista, y observen ustedes de paso cómo el artista de cocina debe tener un continente y apostura particulares, por donde se echa de ver que no todas las aposturas ni todos los continentes son buenos para un profesor de cocina, como no todos lo son para un general, para un ministro, para un poeta. ¡Un poeta gordo! ¡Oh! Es una aberración. ¡Un fondista flaco! ¡Oh! Es una decepción, un desbarro, un lapsus natural. El fondista echa una ojeada al recién llegado, y con aquel ojo gastrónomo y perito conoce si el huésped es tragón ó frugal, si tiene paladar francés, italiano ó español, y si trae dinero que esté en armonía con el paladar. Luego con una indirectilla fina y llena de atención averigua si la permanencia del que acaba de llegar será larga, como el arreglo del clero, ó corta, efímera, perecedora y deleznable, como las dos campañas de Muñagorri. Muy bonitamente indica luego la escala de precios, y, por una anomalía bien singular, cuanto más alto está el escalón que usted escoge, tanto más se baja él al despedirse de usted. Se queda usted solo, tal vez llorando la ausencia de su esposa, tal vez

la de su querida, que se llora con más gana, tal vez las dos juntas, que no sería usted, mi muy querido lector, el primero que se hallase en el caso de llorar las dos cosas á un tiempo. Deshace usted el baúl, saca piezas y piezas para buscar los zapatos de por casa, se lava usted con agua y un chorro de vinagre *ad usum hispanum* y se muda usted de pies á cabeza, dejando un títere en cada silla, y un montón de ropa en desorden dentro del baúl.

Se echa usted á la calle, saca usted las cartas recomendaticias, pasea usted la ciudad, y á la hora que tiene usted de costumbre da con su cuerpo en la fonda. Coge usted la llave colgada de un clavo en la cocina, abre usted su cuarto, y otra vez se halla usted en esa estancia solitaria que ha visto pasar mil personas distintas ninguna de las cuales ha tenido tiempo de cobrarle cariño, y mira usted esos cuadros del hijo pródigo, ó esas caricaturas francesas, que tantos ojos han mirado con la misma indiferencia con que usted las mira. En la sala inmediata comen cuatro militares que á fuer de jóvenes meten un ruido terrible, y distribuyen la conversación entre mozas y batallas, fastidiando á dos comensales más que viven en la fonda, porque sus cortos haberes no les permiten ni tener casa ni comer solos en su cuarto, porque en las fondas es el comer solo una circunstancia muy cara. Al fin viene su comida de usted que trae un mozo en seis ú ocho platos distintos, puestos el uno encima del otro, que los deja sobre la mesa, y corre para hacer lo mismo con otros tantos platos que son de distinta mesa. La comida no se parece á la que tiene usted en su casa, tiene trazas de más rica y más variada, pero en realidad es un solo manjar con varios disfraces. Todos tienen un sabor particular, que ni es el de la salsa, ni el de las tajadas, es aquel sabor *sui generis* que es el sabor de fonda. Tiene usted apetito, bueno: no lo tiene usted, mejor. Nadie le insta á usted y si tuvieran que rogarle, le rogarían que no comiese. El pan, el vino, la sopa, los guisados, todo lo extraña usted, y la soledad acaba de fastidiarle. Al fin, bien ó mal, poco ó mucho, ya ha comido usted, y aburrido sale á la calle á sus quehaceres, si es que viaja usted por quehaceres, y á la noche vuélvase usted á la fonda á cenar lo mismísimo que ha comido, y á envainarse en esa fementida cama que entre lo mala para todos y lo nueva para usted, es

un potro á lo menos en la primera noche. ¿Y al día siguiente qué hace usted? Lo mismo, come ó no come lo mismo, ese mismo cuarto, esa misma indiferencia para usted, ese abandono mismo, esa soledad que mata, y esa falta absoluta de todo lo que le es á usted caro. Si hay alguna variación es la mano del barbero que le afeita á usted, y el olor del jabón con que le pringa, que es el mismo que se ha paseado por cien caras de la casa y de fuera de ella. Yo no sé cómo hay hombre que vaya á una fonda, y sin embargo entre meterse en ellas y no salir uno de su casa no hay medio. Algunos querrán que indique yo algún modo de estar mejor. No sé ninguno y aun cuando lo supiera no lo diría, porque no quiero quitar el gusto de hacer otra invención á la ciudad que inventó la fonda.

20 de Junio de 1839.

ESTO ES UN INFIERNO

Cierto que es menester un humor muy particular para vivir en un pueblo grande. Tienen razón los forasteros para quejarse, cuando vienen acá, de que no hay en Barcelona cómo pasar la vida tranquilamente. Amanece á las ocho, porque para mí amanece cuando yo me levanto, y si se asoma uno al balcón no es cosa del otro jueves comenzar el día llenándose las narices con el olor sábeo de esa mercadería que metamorfoseándose en mil verduras distintas, y triturada por mil bocas diversas, atravesando mil aparatos digestivos de diferentes personas, y quedando por algún tiempo depositada en subterráneos recintos, entra y sale de la ciudad hace ya siglos, comprándola y vendiéndola ora en especie, ora en lechuga, col, pimienta ó verdulaga. Muy temprano y á quien más puede gritar por la ciudad se descuelgan la mujer de la tierra de Montjuich, el choricero, el ropavejero y el calderero que canta con acompañamiento de martillo y mango de sartén alborotando él solo á la ciudad entera sin miramiento á los

hospitalarios indígenas que le acogen benigneamente. Las escaleras de las casas parecen corredor de teatro durante el intermedio; suben gentes, y bajan gentes, llaman cien veces á la puerta los pobres con el correspondiente chiquillo que alborota á cada piso con la sabida cantilena; llaman los pretendientes, los carteros, los vendedores de cien artículos, el basurero, la vergonzante y los que no tienen vergüenza, el criado del amigo, amén de algunos contrabandos que las mujeres observan mejor que nosotros, yo no sé si por malicia ó por envidia. Algo más tarde se presenta el barbero, sigue el recomendado, viene la visita, continúa el desocupado, aquí está el forastero, de tiempo en tiempo el furriel, y más de dos veces el médico que de fijo se lleva dinero sin que siempre deje salutífera receta para la mujer que tiene males que no puede saber el marido. Fastidiado uno de tantos importunos se echa á la calle, que es como echarse en mitad del tragín y del estruendo. Á los dos pasos da usted de hocicos con un carro, se atraviesa el coche de los muertos, sale tras una esquina el caballo aceitero ó carbonero que siempre va aprisa y corre cuando su dueño lo monta á mujeriegas, topa usted al amigo, y tiene que cortar la conversación para entrar en una escalerilla á fin de no detener el curso de una galopante media fortuna, ó el trote del caballo montado por galante pisaverde. Al volver una esquina, por un tris no le abre á usted la cabeza la viga que oprime la de un mancebo albañil, y cuando usted se retira ya le aguarda envuelto en su blanca manta el hornero que le imprime á usted la estampa en la espalda de la casaca. Corren los perros; riñen, apedrean y se meten entre piernas los chiquillos; los pobres le estorban á usted el paso ocupando la acera con tres ó cuatro chiquillos que alquilan para despertar más la compasión ajena. Pasa un pillo que le taladra á usted el oído á puros silbidos, va ó viene una guardia que con tambor batiente llama al balcón á todos los vecinos que sueñan con novedades, todo el mundo corre y topa con usted sin conmiseración ni miramiento, los faquines siguen la calle con paso mesurado y tiene usted que ladearse para que no le hagan dar una vuelta en redondo. En la misma calle le asaltan á usted los billeteros de rifas, los limpia botas, y las mujeres que venden tabacos en más de dos calles, en donde me lo han ofrecido á mí, de lo bueno.

Pasa el aprendiz sombrerero con una docena de sombreros, y detrás de él va el cartonero con un castillo de cajas en la cabeza. Paso, señores. Llega una comitiva de mujeres muy huecas y emperejiladas, con una de tamaño mayor y colorada que ocupa el centro. Esa lleva el angelito: un bautizo. Sigue un piquete de hombres con capotes, aunque sea en Agosto. Es el señor padrino con la guardia de honor que ha convidado á costa del padre del bautizando. No hay mujerona ni angelito: es un casamiento. ¡Señores! Medio batallón de soldados con las armas al hombro. Suelta el uno el banco, á otro se le desliza una tabla, y mientras quiere recogerla se le escurren las otras. Grita, blasfema y se hace corro. Dos tremendas pescaderas, con un gran cuévano entre ambas, estremecen á puro gritar «sardina fresca». Sale una vieja de un quinto piso, pregunta el precio, responde á seis, á cuatro, á tres, déjalo si no lo quieres, no es fresca, aún se remueve, ¿quién la remata? ¿Baja usted? No la quiero, y todo esto á voces, desde el mundo las unas, y la otra desde la región del fuego. Todos corren, todos gritan, dan codazos, estrujan, magullan, á cada esquina se da con la cara en la cara de un prójimo; aquí descargan leña, pacas de algodón en otra parte, cajas de azúcar, pipas de rom y de aguardiente, allá se hace corro porque ha habido una desgracia y obstruyen el paso. En una calle angosta se han metido dos carros con dirección opuesta, y no quiere cejar ninguno de los conductores, gritan, blasfeman, amenazan, y entre tanto nadie pasa. El carpintero pica, machaca el cerrajero, y el aprendiz sale á tirar del fuelle desde el medio de la calle; aquí derriban una pared, al otro lado no se puede pasar porque hay ruinas, ó picapedreros, ó la balsa de cal á donde los muchachos tiran piedras salpicando al que pasa; á la izquierda hay una niña, á la derecha un hombre á quien le ha dado algún mal. Un grupo, es un hombre que hace buñuelos; otro grupo, enseñan *tuti le mundi*; otro grupo, venden rosquillas y tortas; otro grupo, un chufero.

Esto no es vivir: de día, de noche, á todas horas, ruido, gentes, calles ocupadas, carros, caballos, gritos, empujones. Se atolondra uno, se muele y revienta, y no le queda un momento de silencio para examinar la conciencia. ¿Y será preciso retirarse á los pueblos cortos? No, hay en ellos cosas

mil veces peores. En ellos todos son forasteros. Y si un solo forastero mata, ¿qué hará todo un pueblo de forasteros?

21 de Junio de 1839.

LOS SACRISTANES HEMBRAS

Que en el mundo se han trocado los papeles, lo oye uno decir á cada paso, y no crean ustedes que por papeles entienda yo esos que se fabrican en Capellades en donde se han empeñado en fabricarlo tan fino y hermoso como en Francia, lo que no han conseguido hasta ahora, con su perdón sea dicho; sino que entiendo por papel el cargo que cada uno desempeña en el mundo, ó la incumbencia que le atañe según su carrera, arte, edad y estado. Pues estos son los que se han trocado, y así vemos á los señores convertidos en cocheros, al paisano en militar, al militar en paisano, á muchos hombres en mujeres, y á no pocas mujeres en hombres, que mujeres hay que hacen con sus maridos lo que estos debieran hacer con ellas. Mas que este trueque haya tenido entrada en las iglesias es lo que yo no puedo ver sin que se me suba la mostaza á las narices sin más razón que el interés que me tomo en las cosas de esta tierra. Ya es añejo eso de que las doncellas cuiden de la Virgen del Rosario, y á título de iluminación vayan pidiendo limosna por las casas de los pueblos mientras se come en el día de la fiesta mayor; y aun se ha dado á esto alguna mayor latitud desde que los hombres se cuidan más de las cosas del mundo que de los santos. Hasta aquí lo hubiera yo tolerado porque entiendo que las puras manos de las doncellas son más á propósito para andar en cosas de iglesias que las manazas de los hombres que en lugares cortos sueltan el azadón ó el pico para coger los cálices y los ornamentos sagrados, donde queda impresa la fétida mugre de sus curtidos dedotes. No he visto con igual calma lo que pasa en algunas iglesias de Barcelona, adonde, como otras veces he dicho, suelo asistir los días en que los

cristianos asisten. Hace muy pocos que me hallaba en una parroquia á donde habían llevado un cadáver que colocaron en mitad de la iglesia, metido, como se deja entender, en su negra caja, y se disponían las cosas á fin de celebrar un oficio para el buen reposo del alma que había contenido aquel cuerpo. Dos viejas, de esas que van á la iglesia por costumbre, que rezan por costumbre, que hablan sin respeto al lugar en que se hallan, que se duermen siempre que les da gana, que hacen consistir la piedad en saber el nombre y apellido de todos los clérigos de la parroquia, en llevar registro de todas las funciones que se celebran, en murmurar del que se sienta durante la misa, y en santiguarse cien veces sin saber en ninguna de ellas lo que santiguarse significa. Dos de esta casta de viejas (al menos yo me figuré que lo serían) me encontré ha pocos días en una iglesia. Ambas á dos se acordaban del alboroto de las quintas, á bien que no lo hubieran confesado aunque se les preguntara para pensionarlas, como crónica peregrina, al modo que se pensiona un archivo. Estaban las dos metidas en una capilla oscura, arrebujadas entre la mesa del altar y un arca de madera, contemporánea suya, y no menos injuriada por los años de lo que lo estaban los dos cuerpos de entrambas viejas. Hallábase el sacristán arreglando el paño del féretro y separando los bancos, cuando las dos monisas lo llamaron á gritos, porque tales gentes gritan en la iglesia como pudieran hacerlo en sus casas, que casa propia juzgan la iglesia según las horas que en ella pasan.—¿Sabe usted quién es el difunto?—Un mercader de paños.—¿De Barcelona?—Sí, señoras.—Y ¿de qué calle?—No sé precisamente la calle, pero sé que vivía muy cerca de la parroquia.—¿Era casado?—Creo que sí.—Y ¿sabe usted si ha dejado hijos?—Me han dicho que tenía tres.—¡Pobres angelitos! Mire usted qué desgracia. Y ¿se sabe si era hombre rico?—Según voces, ha dejado mucho que decir y poco que contar.—¿Es joven la viuda?—No lo sé.—Si lo fuese aún podría encontrar otro marido que cuidase de la familia, aunque por otra parte los padrastros no suelen ser muy amantes de los hijos del primer matrimonio. Y ¿qué entierro se le hace, de rico ó de pobre?—De rico.—¡Vea usted! y sin embargo era hombre de pocos haberes. Lo pagará algún pariente.—No lo he preguntado.—Precisamente. Algún hermano que no que-

rá que salgan á plaza las escaseces del difunto. ¿Sabe usted qué puede ser también? Que como ahora el mundo no es más que vanidad, quieren las gentes darse importancia aun después de muertas. ¿Sabe usted si ha hecho testamento?—Qué sé yo!—Lo preguntaba para saber si ha dejado misas, pues sería lástima que no se hubiese acordado de su alma en la última hora.—¡Oh! eso ya lo hará la viuda!—Sí, buena viuda te dé Dios; á muertos y á idos ya no hay amigos. Del muerto nadie se acuerda y hoy se trata á los muertos de una manera que da compasión. Los encajan en esos malditos coches de moda y al cementerio con ellos, que es una vergüenza. Luego una misa á los dos días, y Dios guarde á usted muchos años. Todo se gasta en esquelas de convite y en tomar el coche de más lujo, y entre tanto la pobre alma queda desatendida. ¡Malos tiempos estos, señor Cristóbal!—No son gran cosa.—Vea usted de arreglar mejor ese paño, que cuelga mucho del lado derecho. Hágame usted el favor de regañar á ese monaguillo rubio, porque cuando el sacerdote acaba la misa tarda media hora en darle el bonete, que es un escándalo como sirven. Estos muchachos están muy echados á perder. La otra mañana el monago Nicolás no supo poner bien el misal, y el sacerdote tenía que arreglárselo cada vez. Son unos distraídos. Aquí hemos compuesto la tohalla de esta mesa de altar que se caía por un lado. Es un descaro cómo se tratan las cosas de la iglesia. Y consiste en que esos lechuguinos se recuestan en los altares como si estuvieran en sus casas. ¿No lo ha reparado usted?—Sí, señora, sí, señora; pero yo tengo qué hacer, y con permiso de ustedes...—Oiga usted una pregunta. ¿Por qué han quitado ustedes los candeleros del altar de San Antonio?—Tienen que componerse y se han llevado al tornero.—Vea usted, ya se lo dije á la señora Atanasia el otro día, y eso que nosotras los aderezamos, y aun yo les puse un clavito en el pie que se estaba cayendo; pero los habrán manoseado, y ya se ve, son cosas delicadas! ¿Á qué hora quiere usted que vengamos mañana para mudar el vestido á la Virgen?—Á las tres dadas.—Es imposible; á esa hora tengo que ir á mi parroquia para arreglar la lámpara del Santísimo Sacramento. Podrá venir sola la señora Atanasia.—También tengo hora dada en mi antigua parroquia para limpiar el altar de los Dolores.—Entonces vénganse ustedes

por la mañana.—Será difícil, es día de aniversario del difunto señor Mateo el sillero y estamos comprometidas —Bueno, lo podemos dejar para el jueves.—Como sea por la tarde, no hay inconveniente.—Bueno, por la tarde. Con que queden ustedes con Dios.—Vaya usted con Dios, y descanse usted en eso de las candelillas para el aniversario del miércoles, que no nos olvidaremos.—Ya, ya lo supongo.—Vaya usted con Dios.

Y continuaron charlando como dos cotorras, levantando la voz, estorbando á dos señoras y dos viejos que rezaban con devoción, y dándome á mí una malísima idea de sí mismas. Esas gentes, dije para conmigo, vienen á la iglesia no para lo que debe venirse á ella, sino á meterse donde no las llaman, y á revolver los huesos de los difuntos cuya conducta y circunstancias no tuvieron lugar de poner en claro mientras vivía. Acá se juzga á los muertos. Esto es una ridícula parodia de lo que se hacía en remotos siglos en el país de las momias. ¡Habrá cotorras entremetidas como ellas! Recen en buen hora y asistan cada día á la misa; pero vayan á charlar á casa con la rueca en la mano ó remendando calcetas. Si Jesús volviera al mundo las había de echar de la iglesia, como lo hizo con los que habían convertido en mercado y en casa de banca el atrio del templo de Jerusalén. Y luego dice la gente: esas mujeres son unas santas!

8 de Julio de 1839.

APARICIÓN DE UNA ÁNIMA

Andábame yo azotando calles en la mañana del 16 del corriente, día por cierto de la Virgen del Carmen, cuando vino un prójimo á ladrarme al oído para averiguar si yo había averiguado lo que andaban averiguando una multitud de vecinos de esta ciudad entre incrédulos y asustados. Hame dicho de qué se trataba, y yo, aunque de pronto lo he echado á risa, no he sabido pasarme sin ir á la calle donde tenía lu-

gar el tétrico y terroroso acontecimiento. Mal haya, he dicho para mí al llegar al sitio del negocio, mal haya una y mil veces el que dice que en España se está mal, y sobre todo en Barcelona. Desde luego no hay duda que aquí se pasa mucho mejor que en el Purgatorio, ó quizá que en el mismo Cielo. Y no hay que atufarse, ni ponerme tanta geta porque he dicho esto, pues á más de que lo probaré en este artículo mismo, ya mis lectores saben que, aunque moro, respeto mucho la religión del país en que vivo, de manera que hasta voy á misa, cosa que según algunos dicen y yo no quiero creer, dejan en blanco muchos señores cristianos.

Paso ante paso, si bien echándolos tan largos como capellán que lleva la Unción, he llegado á la calle Ancha, esquina á la del Hostal del Sol, frente por frente de la Fustería. Ahí estaba la casa anunciada por el prójimo ladrador; ahí, en la casa de esa esquina, en la cual por más señas hay un desmontador de barbas en la tienda. En uno de los pisos de esa casa, que no es el primero ni el último, se notaba hace ya más de un año un ruido intolerable, como de cadenas de hierro, y á veces otro ruido cual si se removiera un inmenso saco de nueces. Á lo mejor los vecinos del piso veían separarse de su lugar las sillas y las mesas, correr por las salas como si fuesen á llevar un parte, y girar sobre su peana un Señor beato José Oriol de madera que había dado en el tema de volverse de espaldas á los entrantes, por más que las gentes de la casa se empeñasen en que tuviese polística y diera, como es regular, la cara, en vez de esa otra parte que no es á propósito para recibir visitas. Habían pasado todos esos trabajos sin que la cosa se subiese á mayores y quedando medio oculta entre los vecinos más allegados.

Pero á las diez de la mañana del día mentado, el asunto presentó otro aspecto más serio y más terrible. *Horresco referens*. Se apareció una alma y no como quiera, sino una alma con carne y huesos, con la cara roja como un pimiento, la crin parte ensortijada, parte inhiesta, el brazo derecho largo, largo como un mes en que no se cobra sueldo, una mano ancha, anchísima, con la friolera de cuatro mil dedos, con la niñería de setecientas setenta y siete uñas en cada uno, y cada uña tan dilatada que no se sabe cómo cabía en el cuarto. Era el alma de un abuelo paterno, que cuando vivía siem-

pre llevó las uñas muy recortadas y tuvo cara macilenta y el pelo tieso y corto, cual donado de Franciscanos. ¡Ay! ¡cuán distinto era de aquel abuelo el abuelo de este día! El alma dió un soplamocos al beato Oriol haciéndole volver de espaldas, removió las sillas, quitó la col que la criada tenía en un barreño, y dirigiéndose á un nieto que estaba aún en la cama, ha pronunciado con voz estentórea tales dichos: *Heu fuge, nate Dea, teque istis eripe barberis*, sin duda aludiendo al barbero de la tienda. Al momento se ha acercado á la cama y echando á rodar al sobrino, ha vuelto las almohadas de arriba abajo, trastornando los muebles de la casa, y fijo en un ángulo de la sala meneaba la mano con la mayor gatzmoñería señalando que se acercaran á cuantos en la estancia se encontraban. Huyeron los habitantes, derramóse la nueva por la calle, y en la calle se fueron deteniendo todos los transeuntes.

Se necesitaba un hombre decidido, uno de aquellos seres que dotados de un corazón intrépido y de un valor que triunfa de todos los riesgos subiese á la casa á desafiar al horrible espectro que amenazaba las vidas. Ese hombre apareció. Fue un valiente tendero de la vecindad, hombre de pelo en pecho, que sin más armas que su bravura, sin más interés que el gusto de desafiar el riesgo, ha tomado la escalera, y trepando por ella, haciendo orejas de mercader (cosa fácil para él) á los extraños ruidos que arriba sonaban, penetró en la casa. Tiende los ojos, sus manos buscan un cuerpo, y no lo hallan; procuran tentar un espectro... nada, no había ya nada, pero quedaban los vestigios. Notó un olor del otro mundo, vió al Beato Oriol vuelto de espaldas, las almohadas á los pies de la cama, y dentro de la alcoba no sé qué señales de haber estado allí un cuerpo extraño. El bravo tendero ha restablecido el orden momentáneamente turbado, y bajando con sosiego la escalera, se presentó á la ansiosa muchedumbre que lo miraba con tanta boca abierta.

Á la una y media de la tarde ha acudido la autoridad civil y la militar representadas por un solo individuo que es sereno y furriel en una pieza, y con el lenguaje de la persuasión más bien que echando mano de su autoridad procuraba distraer á los ansiosos de aquel sospechoso lugar. Á las dos llegué yo allí; y enterado de los hechos, heme retirado á casa,

seguro de que la tranquilidad no podía turbarse y de que había recogido materia para un artículo.

Según la creencia de los cristianos, si mal no me acuerdo, los que van al infierno no pueden salir de él ni un momento, pero no sucede lo mismo con los que se hallan en el purgatorio ó en el cielo. El abuelo que se apareció debió estar pues en uno de esos dos lugares, y supuesto que hace ya un año que habita en esa casa haciendo ruido y trastornando los muebles, es claro que se halla allí mejor que en el cielo ó en el purgatorio, pues de otro modo, tiempo de sobra tenía para haber marchado allá de donde vino, mucho más cuando la clase de muertos difuntos suelen viajar del cielo á la tierra en un pestañear.

Yo no sé lo que sucedió después de haberme yo marchado, pero lo cierto es que por la tarde oí referir el suceso en varios puntos de la ciudad. Parece pues que vale la pena de averiguar quién es esa alma, y como se la pille, lo mejor es darle una buena tunda y veremos por dónde se apea. Como las almas de los pasados den en el chiste de venir otra vez por acá nos hemos de ver fritos por entendernos. Esa alma me temo yo que sea algún cuerpo, y no será de admirar que sea un cuerpo extraño que haya entrado en el empeño de contraer afinidad con alguno de los cuerpos de la casa. ¡Ha visto uno tanto de eso!

18 de Julio de 1839.

ES UN GRANDE ADELANTO

Los musulmanes decimos que el hombre no puede comprender al grande Alá porque no hay cosa con qué compararlo. De aquí parece deducirse que la comparación es un gran medio de conocer las cosas, y yo que tengo una especie de hambre de conocer cosas, me ando siempre haciendo comparaciones cual un enseñador de retórica. No há muchos días que me vino en gana comparar las cabezas de este siglo con

las del pasado. Aunque para esta comparación podía haber echado mano de muchas cosas, me decidí por los artistas, mal llamados peluqueros, y por las mal llamadas peluquerías. Y tratándose de comparar cabezas no me parece haber tomado mal sesgo con recurrir á ese medio, pues al fin y al cabo los peluqueros son los que arreglan las cabezas. Después de un maduro examen, decidí el negocio á favor de las cabezas de este siglo por más que rabien los viejos cristianos; y digo cristianos porque en mi tierra no hay peluqueros, y desde el grande profeta Mahoma y aun de mucho antes es arte inútil entre nosotros la peluquería, y no porque las cabezas estén muy pobladas, sino precisamente porque están tan desiertas como las lunetas del teatro en noche de *Pata de cabra*.

Recordé las peluquerías de medio siglo atrás, y dí una ojeada á las de ahora. ¿Y quién no se decidirá á favor de las últimas? Me parece que veo todavía aquellas oscuras y macilentas tiendas, con tres ó cuatro docenas de botes de pomada de bergamota ó de limón, y unas diez y ocho ó veinte botellitas de aceite de tomillo alineadas en una vacilante tabla; aquel mostrador con dos ó tres bultos de madera que figuraban cabezas descaradas, ó lo que es lo mismo sin cara, con una peluca puesta en cada una de ellas, y una silla de vaqueta en medio de la tienda, sillas cuyos últimos ejemplares adornan todavía la tienda de la redacción de este periódico. Acordéme de aquellos antiguos peluqueros con levita ó casaquilla blanca que iban por las casas derramando sobre las cabezas la cándida harina, del mismo modo que si hubieran escrito alguna carta sobre los cabellos, dejando caer de paso una buena rociada sobre la casaca en cuyo cuello llegaban á formar una torta con el sebo, el sudor y la pomada: de aquellos peluqueros sin piedad, que por atender á más cabezas de las que podían arreglar obligaban al prójimo á pasar la noche sentados en una silla para que no se chafasen los bucles hechos el sábado para servir en un baile del domingo. Crueldad de peluqueros, para quienes las cabezas vienen á ser un mueble cualquiera, sin más importancia que la del muñeco que les sirve de muestra. Gran parte de la aristocracia perdía miserablemente las noches por la holgazanería de un peluquero, y los sastres veían con dolor embadurnar la casaca

que acababa de salir de su pulcra mano. Abuso atroz y arbitrariedad punible que sólo podía campar en tiempo del infame y vil despotismo en que vivían aquellos miserables señores. Muchas cabezas cubiertas de pelo ajeno, de bucles una y mil veces atenaceados, pringados y enharinados, que más á propósito eran para freirlos que para ser lucidos en espléndido baile. Como hubiera vivido entonces el buñolero de la Puerta de la Mar, más de cuatro bucles se hubieran frito en esa anchurosa sartén donde se confeccionan esos buñuelos, tan propios para que los chiquillos los compren como para dar una malísima idea de la policía de esta capital.

Cuando después de esa triste imagen de los antiguos peluqueros vuelve uno los ojos á los peluqueros actuales ¡qué hermoso cambio de escena se ofrece al observador filósofo! Ahí, en nuestra Rambla, existe una prueba de los adelantos en ese principal y tal vez único ramo de la civilización. Lo que antes eran peluquerías hoy son salones, adjetivados á guisa de ministerio; pues como se dice ministerio Ofalia, ministerio Calatrava, se dice salón Bach, salón Bonifaci, salón Dorville, *et sic de cæteris*. En esos salones se recrean todos los sentidos menos el gusto. Las paredes cubiertas de rico papel, la sala, digo el salón, adornado con grandes espejos, mesas de caoba debajo de ellos, en el centro una mesa redonda llena de periódicos nacionales y extranjeros, cepillos y papel francés; en los ángulos del salón ricos armarios de cristales llenos de botellitas de esencias y de aromas, cepillos para los dientes (cosas que deberían comprar muchas gentes), pomadas, jabones de mil colores, transparentes, en pastilla con un busto de Napoleón; sendas sillas poltronas para las víctimas, grandes quinqués, taburetillos de damasco para colocar los pies, cajoncitos para escupir, y magnífico órgano de música, de donde el salón ha tomado el nombre de *salón musical*. El ramo de pelucas se ha destinado á otro departamento, cual si dijéramos al ministerio de negocios extranjeros. Éntrase en esos salones con billetes, cual en sitio real, lee uno el periódico que más le agrada, y si el entrado es persona notable, rompe la música cual si entrase el oficial abanderado en línea. Ahí están los satélites del peluquero en jefe, quien con la tijera, quien con los hierros, quien empuñando el cepillo, quien el peine, mientras el ojo artístico del amo lo

inspecciona todo, da órdenes por señas y conversación al que se aguarda. Bien pueden entrar tan desarregladas como gusten las cabezas: de allí salen en regla, odoríferas, lisas, brillantes y modizadas á lo romántico, á lo clásico, á lo *juste milieu*, á lo que se quiera. En esos salones hay letreros diurnos y nocturnos, aquellos para la luz del sol, éstos para figurar cuando la luz artificial sustituye á la del cielo. En esos mismos letreros hay también mil pruebas de gusto delicado, y por ellos se deduce el tamaño del alma del que lo ha puesto. Yo estoy por eso de letras macizas, amarilladas, inmensas, que representa el Napoleón de los letreros. Al fin irá viniendo el tiempo de la verdadera ilustración. Yo entiendo que un peluquero es una primera materia, un artículo de primera necesidad, una fisonomía de los pueblos ilustrados. Un salón de esos dulcifica las costumbres, y como en él se vence la terquedad del pelo así se tuerce la voluntad, se morigera el carácter, se le da al hombre una tinta de finura que se trasluce á la legua. Yo no sé cómo no se mueren los pueblos en que no hay uno siquiera de esos salones. Apuesto las orejas que Cabrera no se peina, que no se peina el conde de España, es decir, peinarse atísticamente; ó mejor, salónicamente; y no me queda duda de que se peinan Maroto y Urbistondo, como de este último lo indica su propio apellido. *Urbistondo*: me peino, ó me corto el pelo (*tondo*) como hombre de ciudad (*urbis*), y de aquí la diversidad de índole entre esos personajes.

El pleito, pues, lo ganan las cabezas modernas, y no serán los españoles verdaderamente ilustrados hasta que en cada ciudad, villa, lugar y aldea haya uno de esos magníficos salones. Todos los males de España residen en las cabezas, y sólo cuando éstas se hayan arreglado todas sin dejar una, podrán arreglarse las cosas de esta nación magnánima.

¡CON ESTAS COSAS...!

¿Quién es capaz de negar que en España hay más plagas que hubo en Egipto por los tiempos de Faraón? La guerra civil es una plaga, las contribuciones son plaga, la miseria es plaga que no se contenta con los primogénitos, los escritores públicos somos una plaga para todos los españoles, y plaga vocinglera, peor que las ranas de marras; los partidos son una plaga tan mala como las serpientes de entonces, los empleados también hay quien dice que somos plaga, y si esto es verdad, no hay pueblo que no esté plagado, ni sé yo cómo ha de haber remedio para plaga tan universal. Las juntas son á mi entender una plaga peor que las reuniones de los magos del imperio faraónico, y además de estas siete plagas hay la tremenda plaga de las palabras. Aquí todo el mundo habla, y como son muchos más los que dicen lo que saben que los que saben lo que dicen, se oye unos disparates que es cosa de llevar tapados los oídos durante los siete días de cada semana. Y no es precisamente porque la lengua no tenga todas las palabras necesarias para contestar *ad hoc* á lo que uno dice ó pregunta, sino porque nadie estudia el diccionario, contentándose con saber una docena de frases que han entrado en moda con las cuales la mayor parte de las gentes contestan á todos, viniendo á ser las tales frases el juicio de conciliación de todas las conversaciones, ó la trocha por donde toman aquellos á quienes dirige uno sus dichos. Una de las tales trochas es la frasecita de ¡Cosas de España! de la que hablé, si mal no me acuerdo, en los principios del majadero año en que nos encontramos. Y no sólo dijeron mis lectores que yo tenía razón, sino que desde entonces acá he oído repetir varias veces: ya tenía razón Abén-Abulema: ¡cosas de España!

Pues no crean ustedes que hoy tenga menos razón que entonces. ¡Con estas cosas...! ¿Cuántas veces oye uno esta exclamación cada 24 horas? Sucede que un acreedor, que en

España los hay en gran número, por más que se diga que la España no tiene crédito, se presenta facha á facha de un deudor, y le pide el pago de su crédito con toda aquella dulzura que es característica de los acreedores, y el bueno del deudor protesta sus deseos de pagar, la pena que le da ver la efigie del que le pide, los sacrificios que hace para extinguir la deuda; pero ya usted ve, continúa, por ahora me es imposible, *con estas cosas...* Y no hay que replicarle, porque es indudable que ahora suceden cosas, y que las que ahora suceden son estas, y como en la frase hay sus puntos suspensivos, vaya usted á saber las razones que el hombre omite.

Mire usted, señor don Antonio, decía mi casero á uno de sus inquilinos, que hemos pasado ya dos trimestres sin que usted me envíe el dinero; á mí me ahogan á puro de contribuciones.—Sí, ya me hago cargo, tiene usted mil razones; pero, amigo, los empleados nos hallamos en 1.º de Diciembre de 1838, los gajecitos no montan nada, y luego, *con estas cosas...*

¿Á cuándo aguarda usted á casarse, señor don Juan? Ya tiene usted 33 años.—Es verdad, ya comienzo á estar maduro; no me falta con qué mantener á la mujer, y hay en la vecindad una muchacha que me peta, de modo que por mí ya me casaría; pero ¿cómo se casa usted? *con estas cosas...*

¿Qué demonios aguardará este hombre? tiene dinero, tiene muchacha; la niña, como buena soltera, rabia por marido; ¿pues qué cosas son estas, señor?

¿No imprime usted su obra, señor don Liborio?—Acabada la tengo, y aun puesta en limpio, y con el impresor estamos ya avenidos, y le aseguro á usted que deseo ver mi nombre con letras de molde; pero ¿qué diablos quiere usted que haga? *con estas cosas...*

Yo opino que estas cosas son muy á propósito para el objeto. Como yo tuviera obra ya puesta en limpio y contrata arreglada con el impresor, al momento haría una edición pintoresca como la montaña de Montjuich, popular como las elecciones de ayuntamientos, vistosa como una muchacha de 15 años, compacta como el pan de munición, y legible (¡cosa particular en un libro!) como libros de coro; calidades todas que parece tendrá la historia de Napoleón que se está publicando, según lo rezaba el anuncio.

¿Con que ustedes han resuelto que se acabe la familia? Vaya, vaya, pelillos á la mar y venga un *hereu*.—Yo le aseguro á usted que lo deseo y Frasquita también, porque un matrimonio sin hijos es muy sosó. Por otra parte no tenemos hermanos, ni sobrinos, y un hijo nos vendría que ni pintado, pero ¿qué hará usted? *con estas cosas...*

Yo creo que estas cosas son las más oportunas para tener hijos, pues ó yo me engaño mucho, ó estas cosas van desdoblado la España más aprisa que un cólera.

Tengo escritas dos cartas para entregarle á usted.—Ya no marchó.—¿Pues? ¿Hay alguna novedad? ¿Está en cinta la señora?—No, amigo mío, nada de eso, y á fe que lo tenía todo arreglado, y un viaje es necesario á mi salud tanto como á mis intereses; pero, ¿qué quiere usted? ¿No lo ve usted? *con estas cosas...*

¿Qué aguardará este hombre para marcharse?

Todavía nos debe usted una comida con champaña, y ya es hora de que se descarte usted de esa obligación.—Ya me acuerdo, y de buena gana se la habría dado á ustedes; mas si he de decir la verdad, no tengo humor; *con estas cosas...*

¿Qué peor cosa puede haber que quedarse uno *per istam*, cuando esperaba con razón una comida de estrangis? Luego el humor del pagano, maldito lo que importa para que el convidado se harte.

Aquí le traigo el plano detallado y con todos los requisitos que usted lo pidió. Ya tengo ajustados veinte mil ladrillos y la piedra necesaria para los portales. La cal pienso que mañana...—Suspéndalo usted todo.—¿Pues, y esto? Si es porque se halla usted sin dinero, no le hace.—No señor, no, ya ve usted, he comprado el terreno más barato de lo que creía, me sobra dinero; pero ¿qué sé yo? Por ahora no quiero emprender la obra. *Con estas cosas...*

Yo creo que estas cosas y no más son las que se necesitan para edificar una casa. Terreno, materiales y dinero. Como yo tuviera estas tres bases ya verían ustedes como al momento obstruía una calle, y molestaba á los vecinos de tres más haciendo picar piedra en ellas.

Vamos, amigo Fernando, es menester que se acaben tus devaneos, vas echando años, y es fuerza que echés juicio; basta de muchachas, vuélvete con la mujer, y vive en santa

compañía con ella.—Te aseguro que me cansa esta vida ancha, y que deseo la compañía de mi Eulalia; pero ¿cómo quieres que lo componga? *Con estas cosas...*

¿Habrá marido pícaro? ¡Darse á la vida alegre y abandonar la mujer, y para todo excusarse con estas cosas!

Se lo tengo dicho á usted mil veces, á las buenas nada sacaremos de ese hombre, es menester reconvenirle seriamente. Pleito, pleito, de otro modo no cobra usted nunca.—Está bien, conozco que tiene usted razón; pero ¿cómo se arriesga uno á tener pleito *con estas cosas...*?

Nunca ha estado el tiempo mejor para pleitos: toda la nación disputa en masa y por guerrillas, y un pleito más ó menos no ensangrentará la guerra.

Sin ir más lejos tienen ustedes aquí á mi amigo don Tomás, en cuya casa no puede tomar asiento nadie porque las sillas no están para sufrir el peso de un cuerpo decente. Él mismo lo conoce, y por esto hace más de seis años que tiene resuelto llevar todo su ajuar á los encantos y amueblar la casa de nuevo. Ha llegado el día en que para sentarse con seguridad ha de ir á la casa del vecino. El remedio es necesario; perentorio; pero no se atreve á ejecutar la renovación, porque *con estas cosas...*

Pues no digo nada de su hermano don Eusebio, hombre aficionado á ir al campo, y que hace 4 años tiene en un rincón mil doscientas libras, moneda del país, para hacer una torrecita en Gracia, é ir allí los sábados por la noche para pasar el domingo en el campo con un par de pollos con arroz, las chuletas asadas, una fuente de tomates crudos, el porrón á refrescar en un cubo de agua, y el melón en el pozo desde las 9 de la mañana. Ya tiene comprado el solar y comenzados los cimientos; pero ha suspendido las obras hace más de tres años, porque ya ustedes se harán cargo de que *con estas cosas...*

Hoy, queridos lectores míos, eran ustedes acreedores á un artículo que les estoy guardando hace más de 15 días; pero le he de dar una mano, y si va á decir verdad no he tenido lugar para tanto. Salir del paso lo mejor que se pueda, y vamos tirando, pues hacer artículos también pide su humor, y no les será á ustedes difícil creer que no siempre tiene uno humor para artículos. *Con estas cosas...*

UNA COMPAÑÍA DE VERSO

Esta nación es un teatro, y teatro de primer orden. En él se está representando hace más de seis años un drama romántico de la más rematada escuela, sin perjuicio de algunas óperas y bailes que se echan de tiempo en tiempo para mayor consuelo, gusto y solaz de los espectadores de allende. En este teatro debe de haber actores y bailarines y cantores, y efectivamente los hay, no tan escasos como en los demás teatros, en donde á las veces canta ó chilla de contralto una mala tiple ó hace el papel de barba un comediante que sólo es bueno para sacasillas; sino abundantísimos y aun sobrantes, de modo que no hay aquí lo de la indisposición repentina con anuencia del Gobierno, ni cosa que se le parezca, pues no faltan suplentes de todos los papeles para dar lo prometido y lo que no se prometió nunca. Los actos, las jornadas, los cuadros se representan en donde accidentalmente se hallan los actores, y luego los periodistas describen la escena, y hacen las laudatorias, de manera que no se necesita pintor ni folletinista. Maestros al cémbalo los hay por docenas, y sucede con ellos lo que con otros maestros, que unos lo hacen bien y otros lo hacen mal. La orquesta es cosa que no se puede oír porque va cada músico por su lado, que es un destrozamiento de orejas intolerable. Los actores van por clases, no por personas, y así debe de ser habiendo tantos para cada papel. Hasta ahora no están clasificados, y yo voy á dar este gran paso, y si alguna vez desbarro no lo extrañen ustedes pues no será la primera que han visto dar en letras de molde el nombre de tenor á un mal bajo, y el de primer galán á quien no es galán ni puede ser primero en cosa alguna.

Presento el programa de los actores por el orden alfabético para no ofender á nadie, y luego continuaré la clasificación ajustada á mi dictamen, sin perjuicio de que después el uno se meta á desempeñar un papel que no es el suyo ni puede

hacerlo. Como de esto, hemos visto no há mucho tiempo en nuestro teatro.

Absolutistas. — Anarquistas. — Apostólicos. — Aristocráticos. — Bullangueros. — Cangrejos. — Carlistas. — Cea-Bermudistas. — Clubistas. — Constitucionalistas de la de 1812. — Constitucionalistas de la de 1837. — Contrarrevolucionarios. — Cristinos. — Demagogos. — Estacionarios. — Estatutistas. — Exaltados. — Facciosos. — Fanáticos. — Fusionistas. — Insurgentes. — Intervencionalistas. — Jovellanistas. — Justo-medios. — Latro-facciosos. — Liberales. — Liberales netos. — Marotistas. — Meeristas. — Mendizabalistas. — Moderados. — Monárquico-Constitucionalistas. — Ojalateros. — Pancistas. — Pasteleros. — Patriotas. — Progresistas. — Progresistas legales. — Progresistas rápidos. — Republicanos. — Retrógrados. — Revolucionarios. — Serviles. — Terroristas. — Transaccionistas. — Universitarios.

Además, yo me tomo la libertad de añadir:

Cabreristas. — Nadistas. — Pacistas. — Todistas.

¿Hubieran ustedes creído que en España hubiese tantos actores para una pieza que al fin es una disputa entre dos rivales? Pues ahí los tienen ustedes, y aun puede ser que se me escape alguno, porque entre bastidores no es fácil ver todo lo que hay ni enterarse del papel que representa cada uno de los que allí están, que son siempre muchos más de los que ve el espectador.

Empezaré á clasificarlos por la parte de declamación, y no será extraño que me equivoque y deje sin trabajar al que mejor lo hace, como así sucede en el teatro Principal con la señora Samaniego á quien no se reparten papeles, sin duda para que no se fatigue.

Doy el papel de primeros galanes á los Absolutistas, Carlistas y Cristinos, y no creo que haya ningún abonado de los de mi teatro, que son todos los europeos, que se atreva á disputarles ese lugar. Los Liberales y los Serviles los coloco como suplentes de los dichos en su respectiva cuerda.

Á renglón seguido se presentan los Exaltados y los Moderados, que si bien desempeñan á veces un primer papel, en rigor son hijuelos de los anteriores, y si se presentan como primeros galanes es soplándoles la prebenda á los susodichos.

El papel de segundos galanes en propiedad les toca de jus-

ticia á los Cea-Bermudistas, Meeristas, Mendizabalistas y Ojalateros, y creería hacerles un tuerto si les encargase otra cosa. Todos ellos han querido hacer de primeros y en alguna parte ó en muchas se les ha silbado. ¡Cosas de partidos!

Á los constitucionalistas de la de 1812 y á los Estatutistas no les quiero hacer salir sino en calidad de barbas, y no hay que venirme con empeños, porque no me muevo de aquí ni á tiros. No me entiendo de chiquitas; los he ajustado como tales, y no me pasarán de esa línea aunque todo se lo lleve la trampa.

Reservo los papeles de tío para los Aristócratas, Estacionarios y Terroristas, porque hay tíos calmas que todo lo meditan mucho, y á quienes no es posible sacar del carril, y los hay también de esos que por fuerza quieren meter monjas á las sobrinas y que á puro de gritos y zurras hacen temblar á los sobrinos. Ello ha de haber de todo porque el poeta presenta al tío del humor que á él le da la gana, sin contar con el empresario.

Partes de por medio las hay de sobra con los Fanáticos, Fusionistas y Demagogos, porque en una buena comedia hacen poco papel, y aun en este poco suelen hacerse silbar, que es un consuelo para ellos y un desahogo para el pobre abonado que, después de soltar la propina, no puede esperar más desquite que silbar á los comediantes que tienen poco partido.

El carácter jocoso me ha costado mucho trabajo, porque es preciso confesar que estos actores andan por las nubes, pero cuando uno se empeña da con lo que necesita. Al fin, después de mucho pensar, consultar y oír he venido en nombrar graciosos á los Jovellanistas, Muñagorristas y Republicanos, y no los cambio por todos los Guzmanes del mundo, incluso el de Alfarache; á mí me dan risa, y como uno tiene la pícara costumbre de juzgar de los demás por sí mismo, se me antoja que han de hacer descostillar á los espectadores á fuerza de carcajadas.

Aquella serie de papeles sin papel, es decir, de personajes que no hablan, lo encajo á los Cangrejos y Pancistas, y no porque esos comediantes no sean muy capaces de hablar, sino porque me temo que hagan de las suyas y el público se fastidie viniendo á recaer todo contra el bolsillo del empresario.

Á los Pasteleros no quiero darles más que hacer que sacar y poner sillas, denominándolos sacasillas, porque es gente que sirve á todo el mundo, aunque de poquísima cosa, como es público y notorio.

Con esto y con asegurar la plaza de apuntadores á los Clu-bistas de todas cuerdas tienen ustedes arreglado el teatro de declamación masculina, porque yo no ajusto mujeres para esas funciones. Mañana en que pienso escriturar la compañía italiana tomaré más ensanches, y aun puede ser que presente actores de más bulto, pues para el teatro italiano se ha de gastar más dinero, como es uso y costumbre de todo empresario. Conténtense ustedes hoy con la comedia, y mañana ó pasado les daré á ustedes ópera, y nueva, que es mucho dar en un país donde no se hace otra cosa que mal reproducir óperas viejas, algunas de las cuales no se volverán á ver nunca jamás según quedan de degolladas. Tengan ustedes muy buenas noches.

30 de Agosto de 1839.

UNA INDIRECTA Á LOS SASTRES

Que al hombre le estrechen los acreedores, le estrechen las circunstancias, le estrechen los enemigos, le estrechen los amigos, le estreche la justicia, le estrechen las exigencias de las mujeres, ya lo entiendo y lo entienden todos: pero que sin temor de Dios ni de la justicia humana, sin más derecho que un capricho, sin más razón que la voluntad, sin más motivo que la moda al pobre hombre le estrechen, le aprieten, le compriman, le estrujen, le magullen, le prensen y le adelgacen los señores sastres, vive el profeta que no hay paciencia para tolerarlo. Y sin embargo lo están haciendo á la vista de gran parte de la Europa, sin que nadie se atreva á decir este muslo es mío, esta pierna es de un servidor de ustedes. ¿En dónde ni en qué tiempo se había visto esta osadía? ¿En qué siglo sino en el nuestro quedara impune semejante de-

masía? Es una vergüenza ir por las calles y plazas en donde no ve uno otra cosa que cuerpos de hombres montados sobre longanizas, sobre flautas, sobre cañones de escopeta; y brazos como juncos, como plumas, como cabellos. Aquí no se ve aquella variedad que es el alma de la belleza; una nivelación, una uniformidad fastidiosa, que no parece sino que los hombres todos hayan pasado por un mismo embudo, ó dejándose meter en un intestino. Es cosa que da coraje. ¿Cómo puede tolerarse eso de haberse de quitar las botas y el pantalón todo junto, porque el pantalón no puede pasar sin llevarse la bota consigo? Encima de las sillas, en los cuartos de los hombres, no se ve otra cosa que pantalones con las botas puestas, que le hacen dudar á uno si están todavía dentro la pierna y el pie que anduvieron encarcelados en esos cañones. Se le cae á un ciudadano el guante en el suelo, y tiene que pedir á un prójimo, que no viste según la moda, que le haga el favor de levantárselo, y si ese prójimo no pasa ha de abrirse de piernas y bajarse de lado no sin grave riesgo de reventar el pantalón y echar al viento cosas que no son para aventadas ni para escritas. Si ha de sentarse es preciso hacerlo de medio lado, y si se da con una silla baja hay que tender las piernas media legua y apoyar la mano en el respaldo para irse deslizando bonitamente, y ni aun así puede remediarse el llevar rodilleras, que no parece sino que todo el mundo vaya armado de punta en blanco. Los pobres tripistas (no quiero usar de la voz ambigua de pancistas) no saben dónde meter el mondongo, y si le ocurre al hombre echar aguas menores es cosa de desatacarse todo el pantalón para no meter la cuchara fuera de la cazuela. ¿Pues qué diremos de las levitas? Los antebrazos van allí como piojo en costura, de modo que no es dable quitarse el sombrero ni llevar los brazos pegaditos al cuerpo, sino que es menester ensancharlos como aspas de molino, que cualquiera diría que los elegantes van á tomar el vuelo ó que remedan una jarra. Abrocharse ni por pienso, no se hacen las levitas para tanto, y los botones se llevan como una memoria de aquellos tiempos holgados en que la levita servía para cubrir macas y remediar casos fortuitos de grave compromiso. Las levitas no son levitas, son escrúpulos de levita. Estrechitas, cortitas, sin cuello, con medios brazos, y dejando fuera una mano arremangada que

parece estar á punto de jabonar la cara del vecino, ó de meterla en mesa de jigote para hacer morcillas. La cortedad de la levítica hace que los bolsillos vengan muy altos, de suerte que todo el mundo diría que á los hombres les ha nacido un tumor en cada nalga. Las casacas tienen la delantera redonda como casaca de alguacil; y si se abrocha, dado caso que se pueda, asoman por debajo los bolsillos del chaleco, que como se lleve dinero en ellos parecen los hombres una nodriza. ¡Abuso atroz y despotismo abominable! ¿Qué delito ha cometido el cuerpo humano para que se le ponga en la cárcel? ¿En dónde está la libertad? ¿Los derechos de ciudadano, las garantías, la libertad individual, hablan acaso con el alma? No, porque á ésta nadie la aprisiona. Hablan con el cuerpo, y mientras la Constitución del Estado protege su libertad, mientras los cuerpos colegisladores gastan la saliva para discutir si bastan estos y estos requisitos para meter á ese cuerpo en una cárcel, vienen los señores sastres y *auctoritate propria*, mofándose de la ley, ponen los cuerpos no en estado de guerra ni de sitio sino de conquista, y los meten á todos en la cárcel, y cárcel tan dura, que ni les permiten doblarse ni tenderse á lo largo. ¿Y hay paciencia para tanto? Yo me muero, queridos lectores míos; acostumbrado al anchuroso pantalón de mi tierra, mis pobres piernas claman por aquella libertad de su patria, que un sastre les ha arrebatado sin más derecho que su capricho. Cuando por la noche me desnudo y me encuentro marcadas en los brazos las arrugas de la camisa, y en la pierna y muslo las listas del pantalón, que entre lo mal teñido y lo muy sudado deja una vera efigie en mis carnes, se me arrasan los ojos, y me admira la triste anomalía que presenta la esclavitud de mi cuerpo con la libertad que se blasona. ¿No es bastante desgracia vivir en la estrechez de uno de estos chiribitiles de Barcelona, y en la estrechez actual de dinero, que ni ha de tener uno libertad siquiera en sus pobres carnes? En otro tiempo los pantalones del padre, cuando estaban de medio uso, servían para el hijo quitándoles lo más viejo; pero ahora no hay que romperse la cabeza, porque el pantalón al que se le quita un solo hilo no puede contener el muslo de ningún cristiano. Es una atrocidad. Y qué! ¿no habrá remedio para este abuso? Confórmense los sastres con el sistema de libertad, tengamos an-

churas en las extremidades, ya que en el centro no nos estrechan por ahora. Si nuestro pensamiento es libre ¿por qué no han de serlo nuestras piernas? Señores míos, lo primero es andar y poderse revolver libremente. Oiganme los sastres, y transigiendo con el siglo actual no se empeñen en estrecharnos cuando la Europa se está matando para tener anchuras. En cuanto á mí no se me da nada, pues desde hoy en más me visto el traje de mi tierra y me encaperuzo el turbante hasta que la moda se reforme.

4 de Setiembre de 1839.

LA HIJA DE CÁDIZ

No, señores, no; esa hija de Cádiz de que yo hablo no es la hija de don Agustín y Compañía, nacida en Cádiz, muerta en Valencia, resucitada en 1820, degollada otra vez en 1823, renacida allá ya saben ustedes en dónde, y últimamente declarada cesante, que tanto vale como haberla condenado á morir en la espina. Pues no es esa la hija de Cádiz, es otra cosa de más importancia. Se trata de todo el mundo, del género humano todo entero, exceptuando tan sólo á los salvajes, se trata de la obra más grande que han producido los hombres, del *Jefe de obra*, como diría un mono afrancesado, y esa grande obra es paisana de Luís Cornelio, historiador contemporáneo de Augusto, del poeta Rufo, del célebre Columela, del pintor Enrique de las Marinas famoso por su habilidad en pintar barcos, de don José de Cadalso, llorado por todos los que saben llorar la muerte de un hombre de sustancia, del R. P. Fr. Diego de Cádiz, fraile de mucho peso, que ha dejado nombre por su virtud y por sus misiones, y paisano por fin de otros muchísimos hombres y de no pocas mujeres, pues al fin en Cádiz no deja de haber sus sesen-

ta mil habitantes, siete más ó menos. Y vean ustedes lo que son las cosas, que hasta ahora nadie se habrá acordado de esa ciudad para hacerla patria de esa cosaza que yo me temo que ha trastornado el globo, y que continuará trastornándolo si Alá no lo remedia. Pero no hay que darse de cabezadas con eso de los descubrimientos, porque sucede con ellos lo que con las partidas de carlistas que se presentan cuando menos se las aguarda, y en los descubrimientos de patrias acontece lo mismo, como lo prueba el haber descubierto el P. Isla que el Santísimo Sacramento era natural de Campazas. Como iba diciendo, lo de Cádiz es cosa muy seria, y para que nadie se eche á discurrir y pierda miserablemente el tiempo, les diré á ustedes que la hija de Cádiz es nada menos que la *Civilización*. Así se lee en un artículo del periódico de aquella ciudad titulado «El Nacional», que copió el diario de Brusi del 1.º del corriente. «Extrañamos, dice el periodista, que Cádiz, cuna de la *civilización*, etc.,». Chúpate ese huevo. Y luego se nos vienen esos autores, que no tenían otra cosa que hacer que escribir mentiras, con que en Egipto y en Asia y en Grecia y en qué sé dónde se dió á luz esa señora *Civilización*, y los españoles estudiosos se andan descornando tras los libros para averiguar ese dato y saber á qué nación se debe ese invento peregrino que nos ha puesto á todos los hombres como ropa de pascua, que ha aumentado nuestros goces y nuestras miserias haciéndonos raquíuticos y sabios, perversos y elegantes, amables y traidores, y otras y otras cosas que todos estamos palpando. Aquí lo tienen ustedes, en España mismo, en Cádiz para servir á ustedes. Lo que nos calla el periódico es si la engendraron los ministros de la religión de los fenicios, ó si fué alguna travesura de los sirios, ó si la dieron el sér algunos troyanos escapados del humo y de la chamusquina de su ciudad desventurada. Pero sea de esto lo que quiera el hecho es indudable, y para que se vea cuán cierto es lo que va dicho, de que los descubrimientos se hacen cuando menos uno se lo cata, el de ser Cádiz cuna de la *civilización* se ha hecho en un artículo en donde el autor deplora el escándalo de las corridas de toros llamadas *capeos*, pintando con vivos colores el dolor de ojos que le ha causado el ver en las astas del toro y dando vueltas por los aires á esos hijos de la ciudad de Cádiz, á esos

paisanos de la civilización. *Ainda mais* verlos con los labios rotos, casi degollados por una banderilla, y muchos caídos y aporreados, entre el barullo de la heterogénea reunión de doscientas personas y de algunos toros de seis á ocho años de edad. El articulista llama *brutal* la diversión, sin embargo de que yo creo que no sólo fueron los brutos los que se divirtieron sino también algunos compatriotas de la civilización, y luego se pone un poco más blando al hablar de las corridas en regla porque en esas las cosas están dispuestas de otro modo. Los actores son inteligentes y están prevenidos para el caso, viniendo á resultar que la brutalidad no está de parte de los brutos, como yo me había figurado, sino de los hombres desprevenidos y que no han echado mano de los recursos que la civilización ha inventado para divertir á los hombres con los tormentos de las bestias.

Acaba la cosa contando los insultos que hubo de sufrir la autoridad, la cual para economizar las desgracias dió en la flor de mandar que saliese la media luna para rematar al toro muy despacio, cosa que además de bárbara, ofende muy mucho mis principios religiosos, porque veo emplear para ese inhumano uso la media luna que es, como todos saben, un símbolo del imperio otomano, y además es un insulto á la orden de la media luna instituída por Mahomet II para condecorar á los musulmanes que se distinguieron más en su tiempo.

Y vean ustedes al mismo tiempo cómo no hay nada de verdad en eso de que las corridas de toros sean una cosa bárbara, sino que, por lo contrario, prueban una antiquísima civilización, puesto que en Cádiz se corren toros como es público y notorio.

Y muy bien que ha venido eso del artículo del diario porque los extranjeros se parecen por llamar bárbaros á los españoles, y para esta denominación hacen hincapié en las corridas de toros. Y ahora es menester dar por nulo todo lo que se dijo en artículos de periódicos y en otros escritos contra la Cátedra de Tauromaquia establecida en Sevilla en tiempo de los diez años, y cuyo cerramiento es un verdadero narcótico para la civilización. Y también es indispensable asignar una alta peana en el templo de los escritores públicos al famoso torero José Delgado (a) Pepe-Illo, autor de la obra *uti-*

lísima «La Tauromaquia ó arte de torear», reimpressa en Barcelona en 1834. Era lástima que un *arte tan brillante*, como dice el autor, no tuviese reglas escritas *en un siglo tan fino*, como también el autor lo dice, el cual entusiasmado al hablar de esta sublime diversión dice que el desatino de naturales extranjeros, la alegría de los niños, el júbilo de los viejos, y el gusto y satisfacción de las damas *altas y bajas* acreditan la afición á las corridas. El mismo Pepe-Illo les echa una rociada á los que llaman bárbara á esta diversión, y me gusta por vida mía la cita que hace de un caballero moro que viendo por primera vez correr toros en Cádiz exclamó: «Estas gentes tratan á los toros con el mismo desprecio que si fuesen carneros.» Y puesto que esta cita la trae al fin del prólogo como para rematar á los detractores de las corridas, justo será que yo, como moro y caballero también, pues que más de cuatro veces he montado, suelte también alguna especiota para remachar el clavo á todo lo dicho. Si en la cuna de la civilización se corren toros, allí entiendo que habrá más civilización donde más toros se corran; porque las corridas y la civilización siempre deben andar juntas, ya que la una queda manca sin la otra, partiendo del principio de que la civilización entra también á cornadas, y los cuernos más se aumentan donde hay más civilización; y si estas deducciones y proposiciones, queridos lectores míos, les parecen á ustedes un si es no es enmarañadas, enredadas, oscuras y confusas, aténganse ustedes á lo que dijo el otro:

El de los cordonazos
en el colete,
no es cosa de cuidado
pero en efecto.

EN LA VARIEDAD CONSISTE EL GUSTO

En aquellos remotos tiempos de barbarie en que una teoría constitucional hubiera sido apedreada, y la libertad de imprenta arrastrada por villas y ciudades, como invención diabólica, vivía en un castillo feudal un señorón pequeñito y de poca miga, que siempre los ha habido á medio formar como los códigos de España, casado con una niña, noble por supuesto, morenita, ojialegre, vivaracha y salerosa, algo más que las boleras de teatro. Sucedió pues que, como los hombres rara vez se contentan con la torta casera, y se atracan del pan del vecino, aunque sea de munición, andaba el muy señor mío espigando aldeanillas trasegadas por los alrededores del castillo, sin hacer alto en el olor á cochambre, en los modales zafios, ni en las manos callosas, que suelen ser el *signum sui* de esas mujeres de aparejo redondo, dejándose en casa el olor de agua de oro (que era el Patchouly de entonces), los modales delicados y las manos suaves y blancas, como el plumón del cisne, de la castellana; cosas que cualquier forastero, aunque moro fuese, hubiera aprovechado, y barras derechas. El buen señor fué un día á confesarse, porque en aquellos borricos tiempos los señores se confesaban, y le contó al padre confesor las travesuras campesinas, de que hubo de aturdirse el santo varón, mucho más porque su recto juicio le hizo conocer que cuanto cogiese, á guisa de espigadera, no valía lo que en casa se dejaba; pues aunque el confesor era, como se deja entender, hombre de suyo muy piadoso y recatado, cuéntase de él que siempre supo distinguir una mujer fea de otra hermosa, ni más ni menos que una perdiz de un trozo de bacalao, y el vino aguanoso del Valdepeñas puro. Viendo que sus cristianas reflexiones no producían el efecto que deseaba tomó otro rumbo, y descendiendo desde los consejos religiosos á la claridad de las com-

paraciones, le dijo: ¿Es posible, señor, que dejéis la hermosa mujer que os cupo en suerte para iros en pos de trasnochadas labriegas que huelen á miseria y á porquería?—¿Qué queréis, padre? dijo el penitente. Yo conozco que mi mujer es hermosa y esas otras feas; pero, padre, siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo, cansa por más que sea bueno. Esta reflexión no contentó al sacerdote, y como el señor lo rastrease, por el gesto con que la oyó, quiso probarle que ese cansancio no era inconstancia de su voluntad ó mal pergenio de su carácter. Gustaba el reverendo de las truchas, cosa que nada tiene de particular, y las comía, á bragas enjutas por supuesto, cuantas veces se las daban, que no eran todas las que él quisiera y no porque fuese voraz, como podrían suponer los maliciosos, sino por andar harto escasas, sin duda por falta de agua. Desde el día de la confesión en adelante, el señor dió orden para que en todas las comidas se presentase un plato de truchas. En los primeros días el confesor las devoraba de tal modo que, según fama, no sólo no comió otra cosa en toda una semana, sino que, inflamándosele la musa, compuso una oda á las truchas que, según dicen, fué trabajo de gran mérito, y yo no tengo dificultad en creerlo. Continuó presentándose en la mesa el plato consabido, mas al fin tantas truchas le dieron al muy reverendo y tantas sepultó en su oceánico estómago, que vinieron á fastidiarle. Pero el castellano no le dejaba comer otra cosa, hasta que había dado fin con las señoras truchas; y como llegase el día en que ya no pudo con ellas de puro ahíto, se quejó de que siempre se le encajase lo mismo.—¿No os lo decía yo? le contestó el señor, siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo, cansa por más que sea bueno.

Ya mis lectores habrán oído contar esta conseja otras veces, mas no con sus pelos y señales como yo la refiero, ni con esta minuciosidad que no da cabida á dudas ni preguntas. Eso de fijar la época que era la del cuatrocientos como suele decirse ahora, describir al señor y á la señora, revelar las simpatías del confesor por las truchas, su perspicacia en distinguir lo bueno de lo malo, y lo feo de lo hermoso, con lo de averiguar que hay poeta que ha cantado las truchas, además de ser un servicio á la literatura clásica y á la arqueología le da á la conseja un carácter de verdad que enamora.

Ahora vamos á hacer la aplicación debida, que es nada menos que al teatro de Barcelona y á los señores abonados, enemigos natos é irreconciliables de todo empresario. Me he divertido recorriendo las funciones de teatro que se han dado desde el 31 de Marzo en que comenzó la temporada hasta el día de ayer en que dió fin, y me he encontrado con que la tal temporada ha tenido 169 días, y que en toda ella se han echado una ópera nueva y 4 óperas viejas, oídas, reoídas, sabidas, cantadas en todas las fábricas, talleres y tiendas, silbadas por los muchachos en las calles, tocadas contradanzilmente en los bailes, tañidas en las guitarras, despedazadas por aficionados de ambos sexos, sobadas en cien pianos, publicadas en todas las músicas militares del valiente Ejército y de la benemérita Milicia, aplaudidas hace un siglo y algunas de ellas silbadas ahora con toda razón y justicia. Y luego se han visto un par de docenas de comedias, figurando en primer término cuatro de ellas, entre las cuales dos son viejas, representadas, oídas, silbadas, aplaudidas, analizadas, criticadas, quizás echadas en teatros de aficionados, que es la última desgracia de una comedia, impresas, leídas y vendidas de puro viejas, á lo menos una de ellas, en los encantos. No es mi ánimo decir que esas óperas y comedias sean malas, y mucho menos que las compañías las saquen mal. Yo me guardaré bien de eso. Pero las truchas eran buenas, y el cocinero que las guisaba era un artista de gran reputación, y no obstante el confesor acabó por detestarlas, y guapa y muy guapa era la señora castellana y sin embargo su señor marido trastejaba de día y de noche con las desabridas aldeanas. Que el teatro de Barcelona es bueno, lo considero como artículo de fe; que las compañías son excelentes y aun lo mejor que se ha oído, no puedo negarlo, y si yo lo negase, por ahí andan artículos comunicados que me dejarían feo y feísimo y con mucha razón, porque todo lo que dicen es mucha verdad, y aun tengo para mí que se han quedado cortos y es una lástima muy grande; que todo anda bien dirigido, también es cierto, como lo atestigua la ejecución, por más que chillen los detractores, que siempre el grande mérito los tiene. Pues con todo esto hay abonados, cuyo apetito amoldado, como los apetitos del confesor y del penitente, juzgan que esto les da ascos. ¡Pícaros abonados! mala gente! malí-

sima! y á fe que no tienen razón, y para hacérselo entender he registrado periódicos y tomado la nota que indico más arriba, y de mis trabajos resulta que en la última temporada la *Pata de cabra* se ha echado 13 veces; la *Segunda dama duende* 14; el *Trovador* 6; la *Mancha de sangre* 4; la *Lucia* 13; la *Inés de Castro* 14; la *Straniera* 5; el *Barbero de Sevilla* 7 y el *Pirata* 2, cuyas dos estuvieron de sobra. Echada la suma de estas ocho deleitables funciones resulta que con ellas han podido solazarse los señores abonados la friole- ra de 76 noches, que son muy cerquita de la mitad de la tem- porada. ¿Qué tal? *Per troppo variar natura è bella.*

P. D. Todos los hijos que hasta ahora habían procreado los padres eran de carne y hueso; mas ahora se enseñan los medios de *procrearlos de espíritu*, para lo cual se ha escrito un ensayo (que mejor fuera hacerlo que escribirlo) que se publicó en el diario de ayer. Yo confieso francamente que no entiendo lo que significa *procrear los niños* de espíritu. ¿Us- tedes lo comprenden? ¿Será esto la *Megalanthropogénesis*?

16 de Setiembre de 1839.

ES UN HOMBRE DE BIEN

No estoy por los hombres de bien, y aunque esto dicho así de golpe y porrazo parece una heregía, no has de acabar de leer este artículo, amado leyente, sin que estés conmigo. Los hombres de bien han hecho más desatinos que los pícaros porque á estos todo el mundo se les echa encima, y á los otros todo el mundo los deja estar perdonándoles sus nece- dades y disparates. Porque eso de hombre de bien encierra otra idea que si no es extrictamente la de tonto se le parece mucho, y entre los tontos y los que se les parecen, echan á

perder el mundo y jeringan á todos los que vivimos en él. Los tales hombres de bien tienen carta blanca para hacer todo lo que les ocurre, de manera que para ellos siempre está el mundo en estado de sitio, ó á lo menos de guerra, que por lo dicho en las Cortes veo que no es lo mismo, y ellos revestidos de facultades extraordinarias cuyos límites ni aun ellos mismos saben á punto fijo. Si es verdad, como pretenden algunos, que el mundo se ha echado á perder, es preciso confesar que nuestros abuelos lo pasarían muy mal porque en su tiempo abundarían más los hombres de bien, y yo tengo para mí que el pasarlo mal en el mundo está en razón directa de los hombres de bien que hay en el mismo. Esta plaga se ha derramado por todas las clases, de modo que para ella no hay aristocracia, ni medianía, ni proletarismo; se halla en esos tres escalones de la gran casa social. Y en cada una de esas clases se ha difundido también en todos los estados, y aun va cundiendo en las diversas edades, de modo que si con la paz no se les quita de enmedio nos vamos á enfrascar de manera que nos entendamos todavía menos que durante la guerra, que es el non plus ultra del no entenderse.

¿No has visto, lector mío, algún ministro que equivocando la profesión se sentó en la poltrona para dar que reír á los hombres sensatos y que llorar á muchas familias? Repasa tu memoria y no dejarás de topar con alguno, porque entre tanto ministro como ha administrado esta nación en seis años, los ha habido de todos pelajes. Pues señor, el tal ministro, si era de Estado, ha conducido la nave de bajío en bajío á pique de estrellarla á cada instante, ha anclado en donde no había fondo, y se ha echado á la mar con viento y marea exponiendo á esta numerosa tripulación á tragar más agua de la que se necesita para los canales que hay proyectados en España. Si el ministro era de Hacienda, ha contraído deudas sin pagar á nadie y sin dejar dinero en las arcas, aunque parezca imposible contraer deudas con semejante método; ha barajado todo el papel de crédito, ha desordenado el poquísimos orden que había en la administración, y ha concluído por dejar más acreedores que hipotecas. Si fué de Guerra ordenó quintas, requisó caballos, trasladó generales, retiró oficiales, creó jefes, y plantó la guerra más enredada de lo que la había encontrado. Si acertó á ser de Marina, dejó morir

de hambre á sus dependientes, echarse á perder los arsenales, averiarse buques, y la marina en globo en el estado que estaba y que está todavía y que estará durante no poco tiempo, y sino ya me lo sabréis decir. Si ocupó la poltrona de Gracia y Justicia, recetó el tomar aire á todos los jueces, creó plazas ó las suprimió, se olvidó de la justicia para hacer gracia á un amigo, dejó á un lado la gracia prometida, para ajusticiar á más de un prójimo, y divirtiéndose con esas dos palabras anduvo trocándolas una por otra, como se truecan acá los nombres de patria y de panza, de Nación y de bolsillo. Pues no digo nada si el ministro fué de Gobernación. Creó, por ejemplo, jefaturas políticas, que no dudo que son muy buenas pero cuya utilidad no se ha notado todavía, hizo planes de enseñanza sin haber enseñado nunca, y en fin gobernó el reino de modo que después de seis años está como puede ver el curioso que vuelve los ojos á cualquier parte. En verdad no han faltado hombres que lamentándose de esas cosas se han franqueado con otros hombres diciendo: este ministro no hace más que desatinos; ¿ha visto usted qué real orden? ¿ha visto usted qué reglamento? ¿Usted ve qué plan éste? ¿Cómo se pueden leer sin coraje esos proyectos descabellados, esas traslaciones, esas nuevas creaciones, esa postergación de hombres útiles é inteligentes? Ya lo veo, contesta el otro; es verdad, todo es cierto, se queja usted con razón; pero crea usted que ese ministro tiene la mejor intención del mundo, no sirve á ningún partido, no yerra por malicia, y todo se le puede perdonar porque es un hombre de bien. ¡Malditos sean tales hombres de bien!

Viene un diputado á Cortes, y sin saber el abecé de la política, ni haber saludado el derecho, ni entender una jota de Estadística, ni una pizca del arte de la guerra, habla por los codos, da batallas, redacta códigos, establece relaciones con otras potencias, y mientras usted leyendo las sesiones se da á todos los demonios al topar con tanto desatino, el prójimo que tiene usted al lado sale á la defensa del representante de una provincia y le dice á usted: yo conozco mucho á ese diputado, es un buen patriota, ama á la Nación más que á su familia, lleva un fin recto, porque le aseguro á usted que es un hombre de bien. Yo abomino de esos hombres de bien.

¿Pues qué diremos de generales, intendentes, jefes políti-

cos, jueces, y de otros y otros? De todos los hay hombres de bien y los ha habido siempre, y no obstante yo creo que de todos los ha habido muy ineptos (que bien pudiera decirse inaptos), muy perjudiciales y por consiguiente muy malos, y no obstante eran hombres de bien. Yo detesto á semejantes hombres de bien.

En la cofradía de escritores públicos hay también en qué escoger como entre candidaturas. Ya todos ustedes han visto que en los periódicos se han dicho disparates de á folio, y aun tengo para mí que se continúan diciendo. Si es en las ideas, se han escrito de tal modo que á veces parece que de industria se ha querido desbarrar; si es en el lenguaje se han impreso herejías; si es en los hechos no los conocerá el testigo que los presencié, y á pesar de todo muchos de los tales escritores han sido y son hombres de bien. Quizás yo mismo he cometido todos esos pecados, y sin embargo aseguro á ustedes que soy hombre de bien. ¡Mal año para tales hombres de bien!

Pues descienda usted á otras carreras, artes, profesiones y oficios, y en todos ellos hallarán ustedes borricos, ineptos, desacertados, embusteros y entes que todo lo echan á perder y le hacen á usted gastar el dinero de modo que más valiera tirarlo á la calle; y no obstante, si usted se queja, siempre hallará usted un prójimo que le sale á usted con el registro de la hombría de bien, y tiene usted que cargar con la mesa coja, con la casaca mal cortada, con las botas estrechas, con el sombrero angosto, con el tabique torcido, con el paño sin color, con el libro mal encuadernado, con el pedimento presentado fuera de término, con la píldora mal recetada, con la escritura que deja campo para gastar papel sellado, con el retrato que no se parece al hijo mayor, con, con.... con cualquiera cosa, sin más motivo que ser el que lo hizo un hombre de bien. ¡Mala pasoua dé Dios á tales hombres de bien!

No quiero semejantes hombres de bien. Un pícaro, cuanto más pícaro mejor, con tal que gobierne bien, batalle bien, juzgue bien, escriba bien, recete bien, pedimentee bien, corte bien una casaca, haga bien unas botas, retrate bien, encuaderne bien, etc., etc. Eso, eso, el hombre de bien que no es más que hombre de bien no sirve para maldita la cosa.

ES UNA GANGA

El morir es una necesidad que Alá ha impuesto al hombre, y esta necesidad por lo común desagrada tanto que no pienso que el género humano se quejase si Alá cambiara esa orden. ¿Y cómo creerán ustedes que yo no sé concebir que incomo de la precisión de morir? Me ando dando de calabazadas para ver en qué consiste ese deseo de vivir, y, como hombre mortal que soy, no sé hallar un motivo razonable. En cuanto á mí, soy de tan diferente dictamen, que si dependiera de mi voluntad el morir me creo que hubiese llegado nunca el caso de hacer un artículo. Y aun ahora es un milagro que yo viva, y no porque me haya hallado en batallas ni les haya dado tan de recio á los vicios cuanto es menester para poner á discreción suya mi existencia, sino porque muchas veces me ha dado la tentación de afufar hacia la otra banda. El domingo pasado, sin ir más lejos, no le faltó gran cosa para que me ahorcase. Estaba hecho un basilisco, y llegué al punto de resolver la ejecución, cuando por casualidad se me ocurrieron tres cosas que ataron mis manos y no las permitieron atar mi cuello. La primera cosa que me detuvo fué el acordarme de las palabras de mi profeta Mahoma en el capítulo 4.º del Corán, donde dice: «No os deis la muerte á vosotros mismos: Dios es misericordioso para con vosotros.» La 2.ª cosa fué la consideración del horrible disgusto que habría causado á mis lectores, y hubiera sido una ingratitud en mí recompensarles con semejante pesar la benevolencia con que leen mis artículos. La tercera cosa de que me acordé fué de que en España está prohibido ahorcar á nadie, y no quiero yo infringir la ley del país. No se dirá de mí nunca tal cosa, y si se dice es una calumnia. ¿No es cierto, señores lectores, que fueron motivos muy poderosos para contenerme? ¡Olvidar un mandato del Profeta! ¡Dar un pesar á los

que me aman! ¡Infringir una ley! ¡Oh, no soy hombre de esos que se arrojen á tales demasías! Me contuve pues, y aquí estoy tan bueno y tan fresco para servir á ustedes.

Ya considero yo ahora que les habrá entrado en voluntad á mis lectores saber á punto fijo por qué quería yo dar esa campanada. Me sucede en esto lo que al Notario de cierto pueblo, que no quiero nombrar ni describir porque luego no se levantase un caramillo contra mí como me ha sucedido otras veces en que hablando de un solo pueblo, varios pueblos se han figurado que hablaba de cada uno de ellos. Pues señor, vaya de cuento. Yendo el tal notario por las calles de su pueblo á las once de una noche oscura como boca de lobo, sin decirle ¡agua va! le soplaron un tiro, con tanto acierto y con tanta malicia que le hicieron pedazos la mano derecha, que según fama es por donde había pecado más. Instruyóse la correspondiente sumaria en averiguación de los autores del atentado, y á las pocas hojas se recibió una declaración al notario. Después de tres ó cuatro preguntas, le dirigió el alcalde la de si sabía ó sospechaba quién fuese el agresor. ¡Ay señor Alcalde! contestó el notario, saberlo no lo sé, porque no he visto nada, y sospecharlo mucho menos, porque ¡de tantas partes esperaba yo un tiro!

Con las variaciones necesarias me sucede á mí lo mismo en orden á los motivos que tengo yo para ahorcarme. Son tantos que no es posible que acierte con el que verdaderamente me impulsaba á ejecutarlo. Lo que yo extraño no es que á mí me viniese en voluntad hacerlo, sino que haya hombres á quien no le den tentaciones de verificarlo. Señores, hablemos claro; para vivir es menester no tener vergüenza. En primer lugar, el mundo da tan poco de sí, que no veo yo un motivo de sustancia que nos lo haga querer, aun cuando todo anduviera á pedir de boca. Mucho menos, pues, cuando todo anda como ustedes ven. Desgracias, enfermedades, muertes de padres, de hijos, de hermanos, descalabros en la fortuna, reveses en las empresas, comprometimientos á cada paso, inquietudes á cada esquina, temores de todo, zozobras por todo, peligros á derecha é izquierda, deseos que no pueden satisfacerse, y cosas que se las hacen tragar al hombre quieras que no, aunque nunca le haya ocurrido desearlas. Traiciones, mentiras, intrigas, robos, deshonras, calumnias,

desvergüenzas, persecuciones, postergaciones, vejaciones, contribuciones, y otros muchos acabados en ones tan malos como los apuntados. Todo esto habla con todos, pero conmigo, además de este todo, habla una caterva, no de músicos, sino de otras cosas que no les van en zaga á las susodichas. En primer lugar soy casado, como ustedes saben, motivo por sí solo muy suficiente para ahorcarse uno dos veces al día y cuatro por la noche. Y el mal debe de consistir en mi mujer, pues á ser cosa mía ó del mismo matrimonio mi mujer desearía también ahorcarse, y por mi desgracia nunca le ha dado por ahí. En segundo lugar soy padre, razón poderosa asaz para ahorcarse dos veces á la semana, pues eso de criar á los hijos, educarlos, llevarlos por el camino de la virtud, corregirles el genio, meterlos por vereda y darles carrera para que luego les toque la quinta, ó se casen con una de esas jamonazas busconas que andan á caza de muchachos frescos que las remocen, es un chasco tan pesado y tan inaguantable que no comprendo yo cómo, siendo todos esos riesgos cosas tan sabidas, hay hombres que tengan valor de apechugar con un hijo.

Pues si es hija ¿qué les parece á ustedes? Si es hija equivale á tres hijos en eso de los disgustos, y á tres docenas por lo que toca á los riesgos. ¡Suceden con ellas unas entruchadas!

En tercer lugar soy viejo, como lo podrán ustedes sacar por lo que dije en el artículo del primer día del bienaventurado año que corre. ¿Y saben ustedes lo que significa ser viejo! Quiere decir ser inútil para todo, estar por demás en todas partes, fastidiar á todos, preguntarlo todo, desarmonizar con todo, hacer desesperar á los herederos, hallarlo todo mal hecho, y no encontrar tolerancia en ninguna parte. Un viejo es un majadero si no se muere; no sabe convencerse de que su tiempo pasó, y los jóvenes no quieren tener para con él las consideraciones que reclamarán para sí mismos dentro de pocos años.

En cuarto lugar soy pobre. ¡Oh Alá poderoso! ¿por qué permitís que haya pobres en el mundo? ó lo que viene á ser lo mismo ¿por qué permitís que haya ricos? pues si ricos no hubiera, que me planten en la frente el pobre que se encontrara. Soy pobre, y por consiguiente soy todo lo malo. No

puedo ser fiador de nadie, no puedo votar diputados, y aun cuando se representase á la nación entera en que yo vivo, no me representan á mí; no puedo ser abonado de ningún teatro, y si alguna vez hago la calaverada de gastar tres reales para ir á una ópera me he de colocar allí debajo del órgano, como solemos decir los pobres, á donde la música llega medio apagada, las voces medio muertas, y muy mucho vivo el ruido y las parlatas de los corredores. Si viajo en vapor, siempre he de ir en cubierta, y ya me tocaba la imperial en tiempo de las Diligencias. El pobre es un tonto en no morir. Yo no sé cómo hay pobre que viva. ¿Pues y los ricos? El miedo de ser pobres hace en ellos las veces de todos los martirios de los que ya lo son. Luego el ser rico tiene grandes percances, sobre todo eso de que al rico siempre se le sacan dineros, y desde el gobierno supremo hasta el más ínfimo gobernado todos se creen con derecho de pedirle. Es fatal ser rico, es fatal ser pobre. Yo creo que al fin habremos de abrazar mi resolución, y echarnos una soga al cuello prescindiendo de leyes y de consideraciones humanas. Hemos de morir, y acá se está tan pícaramente que el morir pronto lo reputo por una ganga. Fuera miedo, lectores míos; murámonos todos de una vez, y después veremos por dónde se sale del paso.

24 de Noviembre de 1839.

¡CÓMO ME DIVERTIRÍA!

Mico me vuelva yo si de mucho tiempo acá me divierto de veras. Sólo me río cuando alguno dice cosa que él juzga digna de ser reída, pues entonces es preciso no tener vergüenza en la cara ó soltar la carcajada. Yo no soy aficionado á bailes, cosa que á mi parecer me ahorra más de un pecado que en

los bailes se cometen, según dicen, y aunque antes me alegraba en el teatro, en el día no me divierte, no sé si porque sean malos los teatros ó porque se me haya echado á perder el gusto, como se me han echado á perder las muelas, la vista, el oído y algunas otras cosas más que callo porque no es ocasión de sacar á plaza todas mis mermas. No hay tertulias; en los cafés no oye uno más que mentiras políticas que sólo sirven para desacreditar lo que se hace; los paseos me cansan, las comilonas se me indigestan, la lectura me fatiga los ojos, las mujeres no me hacen caso; no puedo jugar porque no tengo nada que perder, y todo el que juega lleva ánimo de ganar algo; estoy fastidiado de leer en los periódicos noticias que luego salen mentiras, artículos de fondo de los cuales una gran parte no son más que glosas de un texto que aún no existe, y discursos de diputados, que *mutatis mutandis* son iguales á los que se han recitado y declamado en todas las pasadas Cortes. Sólo hay una cosa que sería tan capaz de divertirme, que estoy por decir que me haría morir de pura risa.

Todos mis lectores saben quién es el príncipe de Metternich, y aun más de seis lo han maldecido, y por si algunos no le conocen personalmente, cosa que es una verdadera lástima, puedo asegurarles que es un señor de unos 70 años, cuatro más ó menos, de estatura regular, de tamaño mediocre, con su peluca roja y sus narices de color térreo, como que han sido sepultura de más de cien quintales de tabaco. Pues ahí tienen ustedes al hombre á cuya costa me reiría yo tanto como lo que él se ha reído á costa de los innumerables títeres que durante su vida ha hecho bailar en el espacioso retablo de la borracha Europa. Y no se figuren ustedes que para reirme desease yo mirarle la calva, ni sorprenderle en paños menores, ni estorbarle ninguna aventura amorosa, ni verle caerse y aplastarse las narices en mitad de la Rambla, ni que los muchachos de la escuela-pía ó de otra escuela cualquiera lo apedreasen por la muralla de tierra, ni otra ninguna cosa del temple y catadura de las dichas. Para reirme de él sería preciso que fuese primer ministro del emperador de Austria como es en el día, honrado con la confianza de su soberano, y asentadas en su cabeza las mismas máximas políticas de hacer matar un millón de hombres para derrocar

un principio con el cual no simpatiza, de apoyar á un súbdito rebelde para que desmembre una nación que se va haciendo sobrado potente, de jugar á la pizpirigaña con los partidos políticos de otra, y tantas otras cosas de este género que tienen residencia fija en la diplomática mollera de ese buen anciano. En todo eso no quiero yo ningún cambio; al contrario, sin estos antecedentes (¿saben ustedes lo que son antecedentes?) no podría verificarse la consecuencia de mi grande y anhelada risa.

Para esto no desearía yo más sino que una mañana cualquiera, y de cualquier mes, cuanto antes mejor, al despertarse S. E., y después de haberse quitado las telarañas, se encontrase con un gobierno representativo plantificado en Austria, con Milicia Nacional corriente, bullangas en media docena de capitales, su ley de responsabilidad ministerial, su libertad de imprenta, sus periódicos satíricos; y con las Cortes abiertas en donde hubiese de cuatro á seis Olózagas, media docena de Caballeros, cuatro López, dos Alonsos por ribete, y un conde de las Navas por fleco, con veinte taquígrafos endedando la pluma (como se dice en algunos escritos de gente de Curia) dispuestos á copiar todos los chistes que los diputados encaminasen á S. E. con los votos y ternos del señor ministro y los rebuznos de unos y otros para echarlo luego á volar por toda Europa. ¿Tienen ustedes una idea del efecto que esta novedad causaría en el ánimo y en el físico del señor Metternich? Yo me lo represento sentado en el banco de los ministros, que es el verdadero banco de la paciencia, en el momento en que se discutiese un proyecto de ley confeccionado por S. E. cuando se creía árbitro de legislar, según las antiguas cucañas, y sin miedo á la cortapisa de esa diabólica invención de las Cortes. Cuando Metternich se oyese decir en las barbas que no era bueno para ministro, que no merecía la confianza de la nación, que no era digno de ocupar aquel asiento; cuando viese que le iban sacando las macas, contándole las contribuciones impuestas y cobradas, y cotejar luego la suma con las sumas de lo gastado, y hacerle cargo de un déficit de millones, y que todo eso se lo decía clarito un mozo de 30 años apoyándose nada menos que en el bien de la patria, y observase la alegría de los espectadores de la tribuna, oyese sus risotadas y gritos

de *bien, bien*, con que aplaudirían al parlanchín, no creo que pudiese menos de tirar la peluca al aire y de echar cuatro bufidos en falsete, porque entre los años y la rabia no había que esperar de él un grito con voz de pecho. Pues y si viera que á sus bufidos braman los otros, y me le encajan por los bigotes que allí no hay más remedio que contestar al canto, dar cuentas de su conducta, satisfacer á los cargos, dar razón de todos los actos, responder á las interpelaciones, sincerarse por el modo con que obran los gobernantes de las provincias, presentar el estado de las relaciones diplomáticas con las otras potencias, aclarar la infinidad de arcanos políticos que se están empollando en su caletre, y descubrir secretos que ni sus mismos oídos han escuchado; ¡ahl eso sería cosa de arrancarse los pocos dientes que le quedan, y pedir por el amor de Dios que le matasen. Y si viendo que no le quería matar nadie sacase una pistola para soplarle un tiro, y se le echasen encima cuatro representantes de Austria impidiendo el atentado, no porque les importase un bledo de que se quitase la vida, sino diciéndole que no podía morir hasta que hubiese dado cuentas de su administración presentando todos sus documentos justificativos y sufriendo un juicio por las infracciones de Constitución, que son tantas como los días de su vida, ¿qué demonios había de hacer ese hombre? Daría de buena gana un tercio de esta aperreada vida que llevo por presenciar este lance, y ver al señor Príncipe alzándose y sentándose, colorado como un tomate, sin peluca, echando fuego por los ojos y espuma por la boca, mascando saliva, tartamudeando mentiras, sofocado, apretando los puños, queriéndose ir y no dejándole que se fuera, abrumado á gritos, y por fin y remate batallando con un ataque de apoplejía, única escapatoria que le quedaría para acabar con tanto martirio. ¡Válame Alá! ¡y cómo me había de reír! Ó yo no me conozco á mí mismo, ó no se hubiera él muerto de la apoplejía cuando yo habría ya reventado de puro reirme. No espero en mi vida divertirme como me divertiría esa escena. ¡Y cuantos se reirían conmigo! Media Europa por lo menos me haría coro.

LA MUY RESERVADA SEÑORA GERTRUDIS

Tarde ó temprano me había de mudar de casa, porque ni mi casero puede más conmigo ni yo puedo más con su casa. Así, debiendo hacerlo, he resuelto que sea durante la ausencia de mi mujer, porque estoy seguro de que no le habría gustado ninguna de las casas que me hubieran gustado á mí, ni á mí ninguna de las que le habrían agradado á ella. Buena calle, agua en casa, la cocina muy clara, un cuarto para desahogo, buena despensa; cosas todas que maldito lo que á mí me importan. Aprovechando pues la dicha ausencia me he dado á correr calles y á ver casas, no siendo esta la única felonía que á mi mujer le he hecho desde que se marchó. Ayer tarde, á eso de las tres salí de casa y me dirigí hacia el centro de la ciudad, y al primer albarán que ví en un primer piso, cogí la escalera y llamé. Aún estaba allí el inquilino que deja la habitación y entre él (ó por mejor decir ella, pues era inquilina) y yo pasó un diálogo que desde luego lo destiné á ser sabido por mis lectores. Oíganlo ustedes, y á ver qué opinión forman ustedes de la veneranda.

Abrióme la puerta una señora que frisaba con los cincuenta años, pero se mantenía frescota y con buenas carnes, á juzgar por la apariencia. Tenía un poco de aquel bigotillo que suele adornar el labio superior de las morenas y que por lo regular es indicio de buena cabellera, pues como dijo el andaluz: si aquí nieva ¿qué hará en la sierra? El traje de la señora era mestizo, entre señora y menestrala, entre moda y no moda, entre propio é impropio, mitad antiguo y mitad moderno, como el que saca más de un actor de Montesión en comedia de pasados siglos. Recibiómeme muy bien, y me hizo entrar en un cuarto amueblado con una cómoda cubierta de hule, doce sillas de respaldo alto y almohadón de indiana encarnada, parodiando el damasco, una mesa rinconera con

piernas doradas y de figura de S, y cuatro cornucopias con sus palmatorias de latón. Tomamos asiento, y la señora Gertrudis, que tal era el nombre de la honrada mujer, rompió el silencio.

Gert.—¿En qué puedo complacer á usted?

Abén.—Como he visto albarán en el balcón, me he tomado la libertad de molestarla á usted para ver el piso, pues deseo mudar de casa. Si es incomodar á usted...

Gert.—Al contrario, vamos al momento, aunque si he de decir la verdad, la casa está pronto vista. Este cuarto con alcoba, la salita y el recibimiento por donde ha pasado usted, otro cuarto con alcoba ahí enfrente, un cuartito para vestirse, comedor, cocina y despensa muy económicas, y un cuarto de desahogo detrás de la despensa. El común, en la cocina como es costumbre en estas casas chicas.

Abén.—Me basta y aun me sobra.

Gert.—¿Es usted señor solo? y usted perdone la curiosidad.

Abén.—Sí señora, soy soltero para servir á usted, y la familia está reducida á mí y á la criada.

Gert.—¡Hola! ¡soltero todavía! usted lo entiende. El tiempo está malo para casarse.

Abén.—¡Y tanto! El tiempo malo y las mujeres no muy buenas. Usted perdone, pero...

Gert.—¡Oh! no tenga usted ningún reparo en decirlo. Sí, cuéntemelo usted á mí, que sé yo mejor todos los enredos y cosas de este Barcelona que la Policía y la Alcaldía y la Seguridad pública todas juntas.

Abén.—Usted será viuda.

Gert.—Perdone usted, soy casada; pero puede usted contar que soy soltera, pues á los dos meses de matrimonio me separé del marido y no le he visto más.

Abén.—¡Oiga!

Gert.—Sí señor, y no me arrepiento, porque era un haragán que quería vivir á mi costa, y ya ve usted que un marido de esa clase no puede convenirle á una mujer como yo.

Abén.—Cierto, pero le dejaría á usted con qué vivir.

Gert.—Nada de eso, aun se llevó lo poco que yo tenía, pero gracias á Dios no me ha faltado cosa alguna, pues he tenido muy buenas parroquianas, y soy además muy amiga de favorecer á todo el mundo.

Abén.—Bueno es eso: ¿se dedica usted á las labores del sexo?

Gert.—De mi sexo es en efecto el trabajo á que yo me dedico; pero como de todos los demás trabajos de las mujeres, de éste tienen ustedes la culpa. Soy comadrona.

(¿Creerías, lector, que al punto que ví la facha de la señora Gertrudis me dió en las narices que era comadrona? Pues no hay más.)

Abén.—¡ Comadrona eh! Bueno, muy bueno.

Gert.— Sí señor, y no de esas intrusas que echan á perder la carrera, sino con título real.

Abén.—Bravo, bravo! Y ¿qué tal? ¿qué tal? ¿Es socorrida la profesión?

Gert.— Los tiempos son calamitosos, ya usted lo ve; las ganancias pocas, pero una se ingenia y sin causar daño á nadie... ¿Me entiende usted?

Abén.— Ya, ya; siempre que no se perjudique al prójimo.

Gert.— Ni por asomo. Hay á veces compromisos que le obligan á una á tomar cartas...

Abén.— Bien puede usted decirlo, hay tantos compromisos...

Gert.— Lo que yo digo: el mal ya está hecho, y no puede remediarse: ocultemos pues la debilidad de nuestros prójimos, y evitemos un mal peor.

Abén.— Eso, eso; evitemos siempre los males graves. (¿Qué demonios hace esta mujer? pensaba yo).

Gert.— Pues sepa usted que se nos ha perseguido por esto. Durante los diez años hemos corrido muchos riesgos.

Abén.—¿Qué me cuenta usted? ¡Qué barbaridad! ¿Con que también por eso?

Gert.— Sí señor, pues llevé yo poco susto por causa de una niña algo pariente de la que tengo ahora, aunque no era tan joven. El comisario quería sacarla de mi casa á viva fuerza, y nada menos que en días en que ya había salido de cuenta.

Abén.—¿Con que salida de cuenta y todo?

Gert.— Tan salida, que á las veinticuatro horas del susto dió á luz un chiquillo como un ángel.

Abén.—¿Fué chiquillo, eh?

Gert.— ¡Y qué hermoso! Se parecía á su padre como una gota de agua á otra, si bien es verdad que tomó alguna cosa del color moreno de su madre. Pero todo fué con reserva; se

volvió á su pueblo cuando ya estuvo restablecida, y hoy la tiene usted casada con un *hereu* de los más ricos.

Abén.—¡Vaya!

Gert.— ¡Y seguimos tan amigas! Como que ella me ha traído á su parienta, y por sus ruegos he accedido á que de tiempo en tiempo venga á visitarla el padre del chiquillo.

Abén.—¿Con que hay chiquillo?

Gert.—Lo habrá muy luego. Pero no crea usted que yo autorice esas visitas, no señor; sólo las tolero, porque ya usted ve, tiene una que hacer tantas cosas! Como en la casa hay dos puertas, él tiene la llave de la otra y entra cuando quiere. Porque lo que es la puerta por donde usted ha entrado, no quiero yo que sirva para eso. Puede haber mil compromisos, y es menester precaverlo todo.

Abén.—¿Pero ello es que hay dos puertas en la habitación?

Gert.— Sí señor, y es una de las mejores circunstancias de ella. Ahora lo verá usted. Ya me parece usted hombre sesudo, y aunque vea usted á la muchacha no importa. Cuando se trata con personas de reserva nada arriesga una en ser franca.

Abén.— No, no es preciso. Ahora voy de prisa, y sólo quisiera saber cuándo desocupará usted el piso, y cuánto se paga de alquiler.

Gert.— El alquiler son cinco duros cada mes, aunque parece que quieren subirlo á cinco y medio. Y le advierto á usted que el casero quiere cobrar por trimestres adelantados, y aun pide fianzas. Ya usted sabe lo que son caseros. No tienen conciencia con el pobre inquilino, y cuanto está más á pique de ahogarse, otro tanto lo empujan.

Abén.— No me hable usted de esa gente; dejo la casa que tengo, sólo por el casero. No puede usted figurarse lo cócora que es para pedir el alquiler. Si supiera usted las cosas que me han pasado con él, y no porque yo le negase la deuda, sino porque le decía con la mayor sencillez que por ahora no podía ponerme al corriente, pero que le pagaría luego que buenamente tuviera dinero. Ya se hace usted cargo: yo soy empleado, para servir á usted; nos están debiendo las pagas de más de un año, y luego los gastos de un soltero...

Gert.— Vea usted qué poca consideración, qué crueldad! Á un hombre de honor andarle con exigencias.

Abén.—Sí señora, y hubo aquello de amenazarme con que se valdría de la justicia.

Gert.—¿Eso dijo? Si el gobierno me quisiera creer á mí, él mismo había de cobrar los alquileres, y dar á cada casero lo que necesitase para comer, y así no apremiaría al pobre empleado á quien no pagan, y al menos tendría casa de balde.

Abén.—Eso sería muy justo, pero usted ya sabe que en España todo se hace al revés. ¿Y cuándo piensa usted dejar esta casa?

Gert.—De fijo no puedo decírselo á usted, porque mi huésped está en días.

Abén.—¡Oh! si está en días no es cosa de echarlo á perder por una semana. Ya me pasaré por acá dentro de unos ocho días, si á usted le parece.

Gert.—Calculo que para entonces ya habremos salido del paso. Caballero, reconózcame usted por su servidora; si en algo puedo serle á usted útil cuente con mi buen deseo y sobre todo con mi reserva.

Abén.—La tendré á usted presente. Á veces...

Gert.—Es cierto, bien lo sé yo: esto todo son cosas de solteros, y es preciso que las señoras de experiencia...

Abén.—Para servir á usted, hasta otro día.

Gert.—Vaya usted con Dios, servidora de usted.

Me eché á la calle admirando la reserva de la señora Gertrudis. Hay gentes que no creen vender un secreto con tal de que no lo inserten en un periódico.

29 de Noviembre de 1839.

EL MARE MAGNUM

No me propongo en este día, amados leyentes, hablar del mare magnum de leyes que contienen los innumerables códigos de España, ni del mare magnum de los decretos de Cor-

tes, de decretos reales, cédulas, pragmáticas, reales órdenes, edictos, bandos, reglamentos, estatutos, circulares, ordenanzas, resoluciones, instrucciones y algunas otras zarandajas de ese mismo pelaje que andan coleccionadas en libros y cuadernos, al parecer hechas de industria para que nadie se entienda, y que no hay cabeza togada ni de abogado que pueda retener por entero, ni compilador que pueda reunir sin caer en repeticiones, omisiones y contradicciones. Tampoco las hé con ese mare magnum de expedientes, consultas, informes y dictámenes que, atados con balduques, están hacinados en bibliotecas y archivos, sin más utilidad que engordar ratones y dar que hacer á porteros y á barrenderos; ni del otro mare magnum de oficinas, cuya enumeración es tan larga como la de las juntas, y cuyas atribuciones no se han fijado todavía ni hay mortal capaz de fijarlas de una manera precisa; ni de aquel mare magnum de diligencias que es necesario practicar para la cosa más insignificante, y que sólo sirven para embrollar los negocios, hacer perder horas á los empleados y al público, dar de comer á algunos agentes y corredores, y provocar la ira de todos los prójimos contra el que manda. De nada de esto trato hoy, porque son cosas tan asquerosas y desesperadoras, que no pueden mentarse sin amostazar á todos los españoles, extracción hecha de los muchísimos que encuentran en ellas su agostó.

El mare magnum de que pienso hablar es el de los tratamientos. Asunto de la más baja, de la mediana y de la más alta importancia, porque no hay acaso ningún otro que coja de lleno á todos los ciudadanos, y aun á muchos de los que no son ciudadanos ó porque no llegaron á la edad en que la ley los considera tales, ó porque en la ciudad en que viven no está de moda ese derecho de la ciudadanía. Acuérdomeme muy bien de que cuando vine acá desde la tierra de los dátiles fueron los tales tratamientos uno de los chistes que más me hicieron reír, tanto por lo que ellos son en sí como por las personas á quienes oí que se aplicaban. Para un hombre acostumbrado á tutear á todos los varones y á las hembras todas, es cosa rara esa diversidad en el modo de dirigirse la palabra unos á otros, y más cuando al comparar las circunstancias del hermano á quien se habla con las que parece exigir el tratamiento, observé una discordancia como las que

con frecuencia nota uno entre los cantores de las óperas. No será de admirar que se me haya escapado alguno de los tratamientos que he oído, pero con los que recuerdo hay de sobra para no entenderse. Los que tengo en la memoria, tomando por tipo, por ejemplo, el nombre de Pedro, son los siguientes :

- 1.º Pedro.
- 2.º Tío Pedro.
- 3.º Señor Pedro.
- 4.º Maese Pedro.
- 5.º Mosén Pedro.
- 6.º D. Pedro.
- 7.º Sr. D. Pedro.
- 8.º Magnífico Sr. D. Pedro.
- 9.º Iltre. Sr. D. Pedro.
- 10.º M. I. Sr. D. Pedro.
- 11.º Ilmo. Sr. D. Pedro.
- 12.º Excmo. Sr. D. Pedro.
- 13.º Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro.
- 14.º Muy poderoso Sr. D. Pedro.
- 15.º Serenísimo Sr. D. Pedro.
- 16.º Soberano Sr. D. Pedro.
- 17.º Hermano Pedro.
- 18.º Fray Pedro.
- 19.º Padre Pedro.
- 20.º Reverendo padre Pedro.
- 21.º Muy reverendo padre Pedro.
- 22.º Reverendísimo padre Pedro.
- 23.º El eminentísimo Sr. D. Pedro.
- 24.º Beatísimo padre Pedro.
- 25.º Santísimo padre Pedro.

Aquí tienen ustedes veinticinco modos de llamar á Pedro, que por más que sean para mí una cosa peregrina, y que se ajusta muy mal con la costumbre á que yo estaba hecho, quizás los hubiera comprendido y aun adoptado á no observar, como antes he dicho, que se les daba tan mala aplicación como á muchos fondos públicos. He visto jóvenes que llamaban Pedro á secas á venerables ancianos, mientras estos

daban el tratamiento de don Pedro y señor don Pedro á mocosos que todavía olían al tufillo de una escuela. Otros decían tío Pedro hablando con un hombre que en su vida tuvo sobrinos, al menos que se supiera. Magnífico señor don Pedro he conocido yo que no tenía más magnificencia que la nueva puerta de mar de Barcelona. En orden á ilustres y muy ilustres señores dones Pedros los conozco yo que no son ilustres ni ilustrables siquiera, por tener asentada en los cascos tanta oscuridad como la del claustro bajo del Liceo. En lo de ilustrísimo no quiero meterme, porque la mayor parte de los ilustrísimos son gente de iglesia, y no pienso hincarles el dedo cuando menos el diente, porque se diría que lo hago en odio de ser ministros de una religión que no profesamos los moros.

Si revisto los excelentísimos los encuentro á quienes les va este dictado como á mí me iría el de hermoso, pues no sólo no son excelentísimos, pero ni excelentes, ni buenos, ni medianos, y ojalá les fuera tan fácil á los militares retirados y á las viudas hallar quien les pagase los atrasos como lo sería para mí dar con excelentísimos que son pésimos.

El muy poderoso es cosa de gran tamaño, pero cuyo poder ha caído en desuso á puro sufrir mermas durante muchos años. Entre los serenísimos los hay tan nublados y lluviosos, ó si se quiere tan espantadizos y para poco, que no tienen más serenidad moral ni física que un hombre medroso en día de tumulto popular. Soberano señor le llaman algunos á mi sultán, y como se descuide un poco, entre rusos, ingleses y franceses y Mehemet-Alí, le han de dejar la soberanía más capada que una contribución cuando llega al erario.

Los mosenes no se estilan sino por esta tierra, y si significan, como yo sospecho, mi señor, no hay apenas uno de ellos que sea señor de cosa que valga un par de miles de reales.

El hermano y el fray, que son lo mismo, lo he visto aplicado á gentes que no sólo no tenían hermanos, sino que no se consideraban hermanos de nadie ni fraternizaban con ningún prójimo.

Los padres Pedros eran hombres que nunca tuvieron hijos y que moralmente hablando no podían tenerlos, de modo que su paternidad era tan ridícula como la maternidad de las

monjas, y digo moralmente hablando porque la capacidad física no debe ventilarse en un artículo.

Lo de reverendo, muy reverendo y reverendísimo, que son variaciones sobre un mismo tema, los he oído encajar á personas que ni eran reverentes ni causaban reverencia. En cuanto á eminentísimos, los ha habido sin duda y aún puede ser que los haya de tamaño muy menor y á quienes se podría aplicar tal vez lo que dijo Sancho de cierto hombre grande que había visto en la corte.

Lo de beatísimo y santísimo es cosa del papa, y no digo nada porque no trato de enredarme en esos líos eclesiásticos que venero sin indagar ni deslindar de modo alguno.

¿Pero quién de mis leyentes no ve los trocatintas que suele haber en todos esos tratamientos? ¿Quién no ha conocido ilustres sin maldita la ilustración, excelentes sin ninguna excelencia, padres sin hijos, tíos sin sobrinos, magníficos muy mezquinos, poderosos sin ningún poder, serenísimos cubiertos de nubes y soberanos sin soberanía? Apenas hay que salir de casa para todo esto. ¿Y hemos de continuar con los tratamientos? No señor, á lo cuáker: ciudadano, hombre, con la añadidura del carácter, y el que haya de hablar colectivamente que tutee. No extrañéis, lectores míos, si en adelante os doy de tú, ó de vosotros, hablando con muchos; para mí el tú es el vos; el usted, el reverendo, el ilustre, el excelentísimo, todo lo que queráis. Cuando acertéis á leer tú en mis artículos, glosadlo como mejor os parezca, acomodándolo á vuestro carácter y representación del mismo modo que glosáis otras cosas que serían mucho más inocentes sin vuestras pícaras glosas.

LOS APLAUSOS

Son una gran cosa los aplausos. Eso de que un hombre ó una mujer se presenta en el teatro, y porque declama á lo Díez, hace cuatro gorgoritos á lo Brambilla, ó pega un grito á lo Balestracci, le conteste el respetable é ilustrado público con un aplauso en que quinientos ó más ciudadanos palmo-tean á puto el póstre, gritan bravo, bravo, bravísimo, bien, muy bien, y todos se ponen alegres, y se ríen y se conmueven y se agitan, me parece que ha de ser un gustazo capaz de engordar al más hambriento empleado. Esta fortuna está reservada á los diputados á Cortes y á los actores; y vean ustedes aquí un rasgo de semejanza entre los legisladores y los que proporcionan un grato esparcimiento á nuestro espíritu. Mas hoy dejando á un lado á los primeros, aténgome á los últimos, porque de ellos se trataba en la escena que me dió pie para este artículo que va andando.

Que no todos los aplausos que se maman los actores van dirigidos á ellos, no hay quien me lo niegue, pues á veces se aplaude en el teatro el lenguaje, un pensamiento feliz, una máxima saludable, un chiste del autor, un bello pasaje músico, un motivo nuevo; y como allí no están ni el autor ni el maestro, el actor ó el cantor lo recogen, y hacen bien, porque no es cosa de dejar que el aplauso pase de largo, ni tampoco es regular que el público se quede sin recibir el consabido gracias, amado pueblo. Para esto se silba á veces la comedia ó la ópera, y los silbidos caen de cuajo sobre la cabeza del actor ó cantor que están allí á merced de lo que el señor público tenga la bondad de enviarles. En los aplausos y en los silbidos sucede lo que en muchos destinos: el que más cerca se halla de quien los da, ese los atrapa.

También es verdad que hay aplausos injustos, y silbidos injustísimos, porque unos y otros dependen muchas veces

del humor de los espectadores, de la fama del autor de la pieza, del nombre ó reputación del autor, no pocas del sexo, y con mucha frecuencia de los partidos, que los hay en el teatro ni más ni menos que en la arena política. Acuérdomé todavía de aquellos tiempos de la Albini y de la Cortesi, en que muchas veces se aplaudió sin motivo, y se silbó sin maldita la razón, no más que porque cantaba la una ó cantaba la otra. Apláudese á veces un grito que más bien debería, si no silbarse, reprobarse al menos; una pirueta que mientras prueba las buenas piernas del actor hace ver que no entiende el papel que se le ha encomendado; una mueca de una actriz que acredita su gracia pero que desdice del personaje á quien representa: un gorjeo de una cantatriz en que se luce la agilidad de garganta, pero que viene tan á pelo como una guitarra en un oficio de difuntos. Todas estas cosas las tengo yo muy observadas, porque como nunca silbo ni aplaudo puedo á sangre fría juzgar de la causa que arranca los silbidos ó los aplausos. Mas que en un teatro aplauda hasta pe-lárselas la mayoría de los espectadores sin más motivo que alejar de los párpados de un niño de cinco años el sueño que los va cerrando, y que el actor muy satisfecho dé cuatro cabezadas, y doble todo el cuerpo hacia adelante agradeciendo ese aplauso, es cosa que me llenó la boca de risa y me probó cuán imposible es juzgar con acierto de los efectos cuando no se investigan las causas. Udite.

No há muchas noches que después de leer mentiras en cuatro periódicos de fuera de casa, y no por no saber qué hacer, como dicen muchos con pasmo mío, sino con el objeto de divertirme, un paso ante otro me fui al teatro del Liceo y me coloqué en una luneta del banco número veinticuatro que está muy cerca de las postrimerías del teatro, y rozando con una de las tentaciones del alma. Se cantaba la ópera «Marino Faliero». Tenía á mi lado derecho uno de esos barbiponientes que usan anteojos para ver menos; fuman, á riesgo de emborracharse, para imitar á los hombres; hablan con las muchachas para que se crea que tienen valor para amar, y atraviesan todo el banco dando la espalda á los que están sentados para acreditar que aún no han tenido tiempo de aprender un cacho siquiera de educación. A mi izquierda había un chiquillo de hasta cinco años de edad,

alegrito, despejadito y bonitillo, en una palabra, era tutto papá. El cual papá ocupaba la luneta del lado del muchacho, y á renglón seguido estaba la madre, con la cual me entieren. En el primer acto no hubo cosa que de contar sea, pues el lector discreto ya suplirá aquello de preguntarle al niño si le gustaba, de sonarle los mocos, de decirle que se estuviese quieto, y lo de salir el chico cada cinco minutos con una preguntilla tan fuera del caso como propia de su edad. Cosas todas muy naturales, muy gustosas para el hijo y para los padres, y capaces de llenar el morral de guijas á cualquiera prójimo que ni tenga hijos ni sepa ponerse en el caso del que los tiene.

Vino el segundo acto, y aunque al principio el niño estaba muy despierto y muy atento, al cuarto de hora comenzó á impacientarse, y á quejarse, y á bostezar, señales todas de sueño, muy natural en él porque sería sin duda la hora en que le acuestan todos los días. El padre y la madre entraron en el empeño de que el niño no se durmiese, y comenzaron haciéndole reflexiones, continuaron llamando su atención hacia los trajes de los actores, las decoraciones, las luces, y aun creo que le dieron por remedio que me mirase á mí, porque el chiquillo me dirigía los ojos, y yo le ponía un gesto tan feo y le enseñaba tan mala cara que el susto le tenía despierto un par de minutos: pero las circunstancias se iban haciendo extraordinarias, y fué preciso echar mano de remedios extraordinarios. Sacó el padre almendras cubiertas, y la madre caramelos, y conjuraban los ataques del sueño con los antinarcóticos de las confiterías. La cosa se sostuvo un cuarto de hora más, pero el sueño se pronunció decididamente, y fué preciso sobreponerse á la ley, usar de facultades omnímodas, hubiéralas ó no, y el padre determinó poner en fuga al sueño del hijo decretando un aplauso. En efecto, el rapaz que estaba descansando la cabeza sobre mi brazo derecho, en cuya manga imprimió una señal viscosa como el rastro que lleva tras sí un caracol, acababa de dormirse, cuando el buen padre le tocó violentamente, y sacudiéndole á un lado y otro, le dijo: Despiértate, que ahora hemos de aplaudir. Ni todo el café de Moka hubiera hecho en el muñeco el efecto que hicieron estas palabras; alzó la cabeza, abrió los ojos, levantó los brazos, é imitando al padre, cual

si fuera un espejo, se escupió en la palma de la mano derecha, frotóla con la izquierda, arremangó la vuelta de la chaqueta, y se entretuvo sorbiendo aire con los dientes apretados, hasta que el cantor llegó al final de su aria, en cuyo momento, sin decir ¡agua val padre é hijo comenzaron á dar tales palmadas que bien se oían desde las tablas. La madre, tomando la cosa como negocio de familia, dió de recio á entrambas manos haciéndoles terceto; yo, excitado por la simpatía, y por las significativas miradas del padre, apresté los puños; mi vecino de la derecha no quiso ser menos, correspondió á la invitación la muchacha á quien le hacía cocos; la familia de ésta no quiso dejarla abandonada en tan grande compromiso; y cual en hilera de naipes doblados por lo largo y puestos derechos sobre una mesa, se toca apenas el último cuando cae el penúltimo, el antepenúltimo, el anterior, el inmediato, el que sigue, el que viene después, el otro, el otro y el otro, y así sucesivamente se comunica el impulso que recibió el primero, con tal celeridad que la vista cree que todos se han caído á un tiempo, así fué pasando el aplauso de mano en mano y de banco en banco con tal rapidez que aún duraba el ruido de la primera palmada del chico, cuando todos los espectadores aplaudían, y el cantor cabeceaba allá en lontananza creyendo que todos nos moríamos de gusto. La moraleja. ¡Cuántas veces se aplaude en el teatro y fuera de él con menos motivo que dispartar á un chiquillo!

18 de Diciembre de 1839.

HOMINEM QUERO

Siempre ha habido en este mundo hombres muy originales que han hecho cosas raras, no sé si por efecto de su extraor-

dinario talento, por un chispazo de locura, ó porque sus semejantes reparasen en ellos. Uno de tantos fué el cínico Diógenes que allá por los años 330 antes de Jesucristo se paseaba en mitad del día por la plaza de Atenas llevando en la mano una linterna en que sin duda había una luz, aunque la historia no lo declara, y diciendo que buscaba un hombre. Dificil sería saber á punto fijo lo que intentaba decir con esta frase, que tanto se ha repetido, y glosado, y encomiado, aunque entiendo que no lo merece. Porque cualquiera clase de hombre que buscarse creo que le había de venir muy á mano en la tal plaza, puesto que entre los muchos que en ella se paseaban puede asegurarse que había jóvenes y viejos, solteros, casados y viudos, militares y paisanos, ricos y pobres, alguno bueno y muchos malos, como sucede en toda reunión numerosa; altos y bajos, feos y bonitos, blancos y morenos, delgados y gordos, borrachos y sobrios, tragones y parcos, económicos y despilfarrados, laboriosos y haraganes, sabios y tontos, graciosos y necios, afortunados é infelices, tristes y alegres, religiosos é impíos, virtuosos y viciosos, valientes y cobardes, sufridos y buscarruidos, y todas las demás clases que andan revueltas hoy día en nuestras plazas. Si el farol de Diógenes hubiese tenido un reverbero como el que hay en los faroles de los serenos de Barcelona no extrañaría yo que no hubiese hallado un hombre, á no ser ciego, porque todo el que tiene ojos es preciso que se desvíe del farolero si no quiere quedar deslumbrado por los efectos de esa invención diabólica que, si no lo há su autor á enojo, no sirve de utilidad alguna y molesta á todos los que trastejan de noche. Mas dándole vueltas á la frase vengo á comprender que en resumidas cuentas Diógenes quería decir que buscaba un hombre como *il faut*. Y si es así, no le faltaría qué hacer por aca, y más en esta temporada de elecciones, aunque le sería forzoso variar un poco la frase.

Yo no sé por qué capricho se me antojó los días pasados hacer una candidatura, en lo cual no creo haber faltado á la Constitución de 37, ni á los decretos de Cortes restablecidos, ni á ninguna de las leyes, órdenes y demás cosas mandatorias y vedatorias: y digo *creo* porque entre el cúmulo de disposiciones superiores que hay en esta tierra no es posible asegurar que tal ó cual acción no esté prohibida en alguna de ellas.

A bien que para consolar de ese riesgo, caen por millares en desuso, y puede uno faltar á ellas sin temor de que le sacudan varapalo. Mi candidatura no es como las vistas hasta ahora, es decir una lista de tantas personas cuantos son los diputados que tocan á la provincia, lo cual me parece á mí que es coartar la libertad del ciudadano, pues hombre habrá que me daría á mí su voto, y como no me meten en candidatura, no puedo esperar sufragios á no ser que me muera. Mi candidatura contenía treinta mil cuatrocientos veinticinco nombres, es decir, todos los que he podido recordar en tres ó cuatro veladas que lo he pensado, y los que he ido apuntando en mi cartera, durante una semana, de cuantas personas encontraba en la calle.

Con todos esos hombres libres presos en mi faltriquera paseaba los parajes públicos enseñando la lista á todos mis conocidos, y ¿querrán ustedes creer que entre tanta gente no ha habido uno siquiera que fuese del agrado de todos los lectores? Y cuidado que había sastres de primera tijera, y de esos que ya han calentado los escaños del Congreso y echado sus peroratas y sermones. De pronto se descolgaba mi lista con los Martínez de la Rosa, los Argüelles, los Olózagas, los Navas, los Sanchos, los López, los Caballeros, los Istúriz, los Mendizábal, los Galianos, los Torenos, los Calatravas, los Benavides, los Falces, los.... ¿qué sé yo? Ya ustedes ven que los dichos son gente de palabra tomar, la flor, la nata y la espuma de los representantes de la nación. Seguían luego los hombres de medio pelo, los de entre merced y señoría, y por fin y remate los de á seis al cuarto, morralla, gente de todas partes y de todo pelaje, y aun le soplé á la lista dos ó tres docenas de gahnápiros por fleco, porque he visto que á veces también esos tíos figuran para mayor tormento del género humano, y porque creo que para estar la Nación efectivamente representada también los tontos han de tener tontos que los representen. Pues con todo eso no he podido conseguir que mi candidatura agradase, de modo que á no temer que me agarraran por loco há más de ocho días que andaría por la ciudad, con el farol que tenía en la escalera, buscando un Diputado. Y ojalá lo hubiese hecho y no me hubieran robado el tal farol que era dueño de 48 reales, como me lo robó la semana pasada uno que sin duda

andaba buscando, no hombres ni diputados, sino faroles, y hubo de topar el mío. ¡Alá ilumine al ladrón y al robado!

Y volviendo á mi lista, algunos prójimos al leerla dijeron tales cosas de éste ó de aquel de mis candidatos, que á ser cierto todo lo que hallaron, uno daría á entender que no nos han gobernado sino pícaros, y que esto es una leonera. Este hombre es un ladrón de más que de marca, decía el uno; estotro un apóstata, ese un bullanguero, aquel un carlista, ese quiere república, aquel aboga por los frailes, el tal emplearía á todos sus parientes, el cual procuraría que se destituyese á todos los empleados; ese defendería el tratado de comercio con los ingleses; ese, si llegara al Ministerio, nos vendería á Luís Felipe (¡vaya una compral!); el de abajo se ha vuelto retrógrado, el que le sigue barrenaría la Constitución como si fuera una tabla, ese del fin de la plana (de la plana de mi lista) nos volvería al Estatuto; ese que comienza columna gritaría á favor del diezmo, ese pícaro pediría la absoluta libertad de imprenta, su compañero daría una latitud espantosa á la milicia, el otro la desarmaría, este es un intrigante, el segundo un hombre lleno de trampas, el de más allá tomaría empresas del Gobierno, el de su lado sería un agente de sus paisanos, el de abajo fue jefe de bullangas, el de encima está comprado por los ingleses, como si fuera un cuadro antiguo; ahí anda uno que ha robado más que José María, aquel es un hombre sin vergüenza. ¡Válgame Alá! ¡Y cuántas cosas malas han hecho esos hombres, y cuántas cosas malas harían! No convienen esos ya conocidos, me dice otro; hombres nuevos, salgamos de maulas, hombres que aún no estén viciados, que no tengan odios personales, que no estén agriados. De ninguna manera hombres nuevos, me decía otro; se necesitan ciudadanos ya comprometidos, que se les conozca, que sepamos lo que pueden dar de sí, que entiendan cómo anda ese tinglado de las Cortes. En último resultado vine á concluir que yo no conozco más que pícaros, y que no hay en mi candidatura un hombre á propósito. ¡Mi farol, mi farol! ¿Por qué me lo robaron? Á la hora de esta andaría yo por estas calles gritando: *Quæro Diputatum bonum*. Y le añado el *bonum* porque la dificultad consiste no en el *Diputado*, sino en el *bueno*. Pronto saldrán á relucir candidaturas con

hombres nuevos, y hombres conocidos, y cada cual dirá su parecer, pero ¿*Diputatum bonum quis inveniet?*

28 de Diciembre de 1839.

EL DÍA DE DÍAS

Les digo á ustedes de veras que si por algo me alegro de llamarme como me llamo, es porque no existen San Abén ni San Abulema. Y no hay que achacarlo á que yo les tenga ojeriza á los santos de los cristianos, sino á otra razón muy inocente, y es la de que nunca llegó el día de mis días, y me ahorro una porción de dinero y el tormento intolerable de estar en casa, de cuerpo presente, para recibir felicitaciones, que lo mismo valen aquel día que cualquier otro, y que las hacen las gentes sin más motivo ni sustancia que las que de tiempo en tiempo ocupan durante un mes dos páginas diarias de los periódicos. De veras puedo asegurar á ustedes, hermanos lectores de ambos sexos, que se me parte el corazón al considerar la mala estrella que influye sobre muchos cristianos en el día de sus días. Hay algunos que han tomado el sesgo de echarse fuera de la ciudad, yéndose á Gracia, ó á la torre de algún amigo, á malpasar aquel día para huir del cañoneo de cumplidos, y de las bandadas de personas que parecen tomar por empresa el reventar al prójimo en el día de su santo. Es evidente que por experiencia propia ignoro yo todo lo que pasa en el día de días; pero como no sé negarme á nadie, ni aun á las tentaciones del diablo oso resistir (tanto soy de amable y complaciente), sucedió el otro día que valiéndose de la ocasión de tener viajando á mi oislo, me convidó á pasar el día de días en su casa un amigo mío que se llama Pablo, y el empeño fué tal, que hube de ir allá á tomar chocolate y quedarme con él hasta las once de la

noche, que son las catorce horas más infames que de un tirón he pasado en toda mi asendereada vida.

En efecto, á las nueve de la mañana me soplé en su casa; casi no llegué á tiempo, porque ya se estaban echando el chocolate á pechos mi amigo y su mujer con dos chiquillas que Dios les ha dado, y un primo solterón, y la señora suegra y dos tías viejas y feas, como son las cuatro quintas partes de las tías. El chocolate fué con bizcochos del nunca bien ponderado horno de San Jaime, *ensiamadas* del mallorquín de la Rambla, y por añadidura un gran requesón, obra maestra de no sé qué tía monja que tiene para eso la mejor mano del mundo. Mientras tomábamos chocolate se presentó un mozo de unos 20 años con pantalón de paño blanquizco, zapatito y media de algodón blanco, corbatín de colores sin almohadilla, el cuello de la camisa algo sucio, y muy almidonado, y casaca negra con la manga vuelta, sacando una mano gorda, roja y larga que declaraba bien ser mano de barbero. Saludó á todos, y encarándose con don Pablo, le dijo: Me alegraré que los tenga usted muy felices en compañía de su señora, de los niños, de la tía Anselma, y de todas las personas de su mayor agrado. Gracias, dijo Pablo, y se quedaron los dos mirándose la cara sin saber qué decirse. A poco rato se levantó Pablo, el barbero le desbarbó, y tomando ocho reales que le dió Pablo cogió la escalera. Pero mientras esa desbarbadura, se había presentado la señora Nicolasa, comadrona que había asistido á la mujer de mi amigo en los dos partos, y también se los deseó felices por la parte que le tocaba, en compañía del marido, hijas, tías y primo; y también le dió la señora las gracias, con su jicara de chocolate, su cacho de requesón, sus bizcochos, de que le puso un par de docenas en un pañuelo. A poco rato entró la muchacha con una tarjeta del sereno, y se le dieron cuatro reales. El limpia botas encargó el recado á la criada, la cual lo recitó al pie de la letra, y contestó con otros dos reales. Continuó la procesión una buena vieja que había servido á la madre de Pablo, y después de deseárselos muy felices, en compañía de todos los susodichos, añadió que esto fuese con aumento de bienes espirituales y temporales, cosa que se acordaba muy mal con llevarse como se llevó veinte reales, que fué una mengua positiva de los bienes temporales de Pablo.

A eso de las once comenzaron á venir algunas tarjetas de esas de angelitos y cupidos, y de aquellas punteadas con alfileres, y una bordada con seda de colores que representaba un canastillo de flores con una mariposa más grande que el canastillo. Era de la señora maestra de las niñas, y venía envuelta en medio pliego de papel francés que valía más que la tarjeta, pues al fin podía escribirse en él una carta.

Con esas tarjetas se cruzaron cinco hembras que no pude adivinar á qué clase pertenecían. Ni eran señoras, ni criadas, ni doncellas; eran, á mi ver, de esas buenas solteras que son como gentes ambiguas que viven á expensas de un hermano cura, ó de la pensión vitalicia que les dejó un amo á quien sirvieron en su mocedad, ó amojamadas doncellas de casas nobles, á quienes suelen asignar los señores una peseta diaria para que se vayan á estorbar á otra casa, pues harto hicieron con estorbar en la propia treinta ó cuarenta años. Gente es toda esa á quien le tengo ganas, de modo que pienso hacer un artículo *ad hoc*, pues ó yo me engaño mucho, ó son personas holgazanas que no trabajan nunca y murmuran siempre, van por las casas á inquirir acá para contar en otra parte, que... pero no divaguemos, que su día les llegará, ó me han de andar mal las manos.

A esto de las doce la escena cambió de aspecto. Comenzó á presentarse alguno de esos mocitos de catorce y diez y seis años que siempre llevan la ropa corta y angosta y el sombrero ancho y un palito delgado, á quienes la madre envía á cumplir por ella, cual si los tales supiesen cumplir por ellos siquiera. Hubo lo de mamá me ha encargado y papá me ha dicho, sin embargo de que papá no se había acordado de tal cosa, y lo de personas de mayor aprecio, y lo de querer hablar un poquito de la ópera que vieron la noche antes, y lo de enseñar la medalla ganada en los exámenes del colegio, y componerse el pelo para que se notara que había andado en él la mano de Bach, Dorville, Daunas ó Bonifaci, y cuatro cortesías afectadas y que sólo se hacen los domingos en una visita.

Al fin á eso de la una las cosas tomaron otro rumbo. Se presentó mi señora doña Antonia con las dos señoritas y el papá, se besucaron las hembras, se saludaron los varones, se convino en que el invierno era muy inconstante, en que el

frío se hacía sentir, y sin desear cosa alguna ni mentar siquiera el objeto de la visita, á los diez minutos tomaron dos de lías y Juan danzante. Aún estaban en la escalera cuando vino mi señora doña Mercedes con Dolorcitas las cuales estuvieron de acuerdo con los presentes en que aún no hacía frío, y en que el invierno era muy hermoso. Tampoco dijeron una palabra de San Pablo, y desaparecieron al cuarto de hora.

Dos señores mayores relevaron la guardia, y dieron cuatro cabezadas que entendí ser un suplemento de dar días, se habló un poco de elecciones mas sin meterse en honduras, y nos quedamos en santa contemplación unos de otros sin chistar. Habían dado las dos, y mis hombres me miraban como diciéndome que era cosa de marcharse. No pensaba yo en eso porque había de comer allí, y ellos esperando que yo rompiese el fuego de la despedida estuvieron hasta las dos y media en que diciendo *por muchos años*, tomaron la puerta. Pablo nos intimó que fuésemos á la mesa, y ya estábamos en el comedor cuando se anunció la visita de un exquisito. Entró barriando el suelo con los pies, dijo más de mil vaciedades, habló de óperas, de la voz de la señora Micciarelli, de la figura de la señora Lussignani, del mérito de la señora Lega, y después de las generales del tiempo y del frío se despidió sin acordarse de San Pablo ni del Pablo que tenía delante. Al fin comimos, y yo mientras como no hablo.

27 de Enero de 1840.

AÚN DURA EL DÍA

Comimos, y no con la quietud que yo deseaba, porque amén de los ciegos que clavados en el último descanso de la escalera no se daban por entendidos de que se les hiciera el sordo, y de otras cosillas que me reventaron en la mesa y

que son demasiadas para ingerirlas aquí por vía de paréntesis, bajó á los postres un vecino del tercer piso, tan apestoso y cócora, que el mareo de toda la mañana fué, comparado con su pesadez y molimiento, lo que el tabaco que paga derechos en parangón del que entra de matute. Después de muchos trabajos y de casi enfadarme, á eso de las cinco de la tarde pude conseguir que Pablo se vistiese y saliéramos de casa para ir á tomar café, único recurso que me vino á las mientes para ver de digerir infinidad de cosas que se me habían atragantado. En mala hora me ocurrió ese expediente. No bien nos habíamos sentado en el café cuando se descolgó uno de los mozos felicitando á Pablo en nombre propio y en el ajeno, sin embargo de que no estaba más seguro de la voluntad de los demás de lo que lo estaban muchos y muchas de los que en estos últimos años han representado en nombre de provincias, de ciudades, de batallones, de corporaciones, de ejércitos y de otras masas. La felicitación costó cuatro reales y un millón de gracias.

Habíamos ya comenzado con Pablo una conversación acerca de muchachas, sin más objeto que distraernos, pues ambos estamos casados, y los casados sólo por distracción tratamos de esa materia, cuando se nos acercó un prójimo gordo y colorado que por lo oído se llamaba Pablo. Los dos Pablos se excusaron por no haber ido á darse recíprocamente la tarjeta, se hicieron mil protestas de amistad y de franqueza, renunciaron para siempre á los cumplidos, se convidaron mutuamente á beber una copa, pero todo esto tiroteándose de tal modo que si no les hubiera puesto en paz allí se fusilan. Al fin el Pablo gordo se sentó con nosotros y bebió dos copas, haciéndome el honor de brindar por mi salud, seriamente perjudicada por su conversación sosa, empalagosa y de todo punto inaguantable. Salimos del café dejando al Pablo gordo y tomamos el camino de puerta de mar en donde por mi desgracia estaban de guardia individuos de la misma compañía de que Pablo es cabo. Ya se sabe que en la milicia los jefes más conocidos y más zarandeados son los cabos, y los buenos señores de la guardia comenzaron á pablear á mi amigo de tal modo que no había aguante. Cabo Pablo, don Pablo, señor don Pablo, amigo Pablo, compadre Pablo, que los tenga usted muy felices, por muchos años, que los

goce usted en paz y con alegría, y ¿qué nos paga usted? y si usted hubiera estado de guardia nos hubiera convidado á almorzar, y vaya usted con Dios, y ahur Pablo, y á Dios Pablo, y hasta más ver Pablo, y gritos y palabras y despedidas, y por fin y remate el Lucifer del furriel con una felicitación de su parte, y el tambor, y como nos hubiéramos descuidado se los habría deseado felices hasta la mujer de los catres. Al fin atravesamos la puerta, y en el paseo del muelle encontramos más de mil conocidos y todos felicitaron: la señora de un amigo, el padrino del chiquillo que se murió, la tía de la criada que ya no sirve en la casa, la modista, el maestro sastre, el ciudadano zapatero, y creo que un hombre de cada gremio, porque yo no oía otra cosa á derecha é izquierda que ¡hola, hola! Felices señor don Pablo, por muchos años señor don Pablo, muy felices tocayo, disimule usted si no he ido á su casa pero ya usted sabe que se los deseo felices, más vale tarde que nunca, le doy á usted las tardes ya que no le he dado los días, que los acabe de lograr felices, y otras mil palabrotas y frases de esa misma estofa que no parecía sino que todos los concurrentes hubieran dado en la flor de conocer á mi compañero. Por huir del fuego dimos en las brasas pues no era posible que si nos hubiéramos estado en casa acudiera á ella tanto moscardón como nos zumbó los oídos.

Volvámonos á casa, dijo mi amigo, y yo abracé gustoso este partido para acabar de padecer. ¡Válgame Alá y qué chasco! toda la vecindad hacía visitas á la señora de manera que podía la reunión calificarse de tertulia. No bien hubo mi amigo metido el pie en la sala, no pareció aquello sino que trajese un suplemento acabado de salir de la imprenta de un periódico, según la prisa con que los asistentes se le echaron encima, hablando de modo que cualquiera hubiera dicho que eran los individuos de la guardia convertidos en señoras y en hombres, y digo hombres, porque el que está de guardia no es hombre, es individuo. Una señora vieja que le hace cocos á mi amigo se quejó de que se hubiese escapado de casa, diciéndole aquello de, picarón, no quería usted dejarse ver pero al fin lo hemos cogido, y otras señoras animadas con tan noble ejemplo también lo trataron de malo y de tunante, cosas que aunque dichas en broma me fastidiaron

mucho más que si se las encajaban en una riña á brazo partido.

No podía yo sufrir más ese femenino cañoneo, y en un blanco que dejaron las picoterísimas contertulias le declaré al oído á mi amigo que para zafarme de una vez de aquel amohinamiento estaba decidido á irme al teatro. Te acompaño, me contestó, aunque el teatro en el día vale muy poco, y bonitamente nos escurrimos entrambos, como se escurrió de las Cortes á la interpelación del señor Benavides cierto muy señor mío que no era todavía diputado. Nos metimos en un rincón del patio para que nadie nos viera y viniese á pabearnos la función; pero ¡oh maldición! ni allí pudieron nuestros oídos librarse del tormento de todo el día. Que los cantores hubiesen desafinado, que la orquesta hubiese toado como por favor, ni nos hubiera admirado ni cogido de sorpresa; pero que en el mismo teatro se pableara, nunca lo habíamos temido. Pero la fatalidad que nunca se cansa de perseguir á los buenos quiso que á nuestras inmediateces hubiese tres antiguos compañeros de colegio, que no sólo pablearon á más y mejor sino que fué preciso convidarlos al café en donde brindaron por aquel Pablo y por todos los Pablos y hasta por san Pablo, con un furor inexplicable. Dejé á mi amigo en su casa, y desde aquel día juré no volverle á llamar Pablo, ni ir á comer á casa de persona alguna en día de días, ni felicitar los días á nadie en el mundo. Quedé pableado para toda la vida, y no lo echen ustedes á broma, que lo mismo es oír por la calle que nombran á algún Pablo cuando tomo el camino en las manos más aprisa que perro de aguas que ve á un gitano ó que gitano que ve á la justicia.

29 de Enero de 1840.

UN BAILE PARTICULAR

Como anda ya caliente el jaleo de los bailes públicos parece natural que yo meta mi cuchara en ese negocio, del cual no es en verdad cosa difícil sacar un artículo en que más de cuatro prójimos se vean retratados mejor que si pusieran su cara á merced de algún retratista que yo conozco. Y sin embargo de lo natural que eso parece, no es mi ánimo decir una palabra de los tales bailes, porque hoy tengo la conciencia demasiado escrupulosa para meterme de hocicos en una materia muy resbaladiza de suyo, y de intrínquilis muy delicados. Otra noche tal vez con un dominó y una careta me soplaré en la Lonja, y tal puede correr el dado que al día siguiente me descuelgue con un artículo contando con todos sus pelos y señales lo que allí vea. El que quiera seguirme hoy ha de trasladarse conmigo á una de esas salas bien ó mal iluminadas, y con sillas á la redonda y un tabladito para los músicos en la testera, que todo de por junto se llama un baile particular. Conozco á no poder dudarle que para el cuerpo son menos provechosos esos bailes que los de máscara, mas son infinitamente menos malos para el alma, y en caso de duda al alma me atengo. Yo nunca he bailado, con perdón del siglo sea dicho, y no bailando he tenido más espacio para tomarles á los bailes el pulso por la mano, por el pie, y aun por las ingles, es decir por los extremos y por el centro; y mi objeto es publicar las observaciones que en ellos he hecho por si pueden servir de utilidad al que los frecuente, no de otro modo que los viajeros nos dan una relación de sus viajes para que sigamos sus pasos con conocimiento del país en que nos metemos. El que crea que todos los que van á un baile se divierten no está en lo cierto; y si alguno se figura que todos van con el objeto y con la esperanza de divertirse no

sabe de la misa la media. Los maridos, por ejemplo, ni van para divertirse, ni lo han soñado siquiera; pues aun cuando el baile de suyo fuese capaz de proporcionarles ese bien, se lo convierte anticipadamente en amarguras y espinas el presupuesto que quince días antes les presenta la señora esposa del gasto que hay necesidad de hacer para esa función. Las madres no se divierten tampoco por varias causas que se irán deduciendo de lo que diré más adelante, si es que más adelante me acuerdo de esta promesa.

En un baile particular suelo yo enjaretarme dentro de la sala y hacia un rincón con ánimo decidido de no tomar parte en la faena, pues de otro modo no podría observar todo lo que observo y que no pienso revelar por entero aunque me emplumen. Preséntanse en primer término las venerables madres cuya mayor parte preferiría indudablemente estar en la cama, pero que han hecho el sacrificio de ir allá para que les diviertan á las hijas y con el objeto de ver si la tinta que las luces derraman en los rostros de las niñas, el calorito de la sala, el olor de las esencias y los demás alicientes que por allí revolotean emboban á algún hombre de bien que le vendría á la rapaza como á todos nosotros la segunda parte del folleto del doctor Laguna. Por estas madres entiendo aquellas que están ya maduras y fuera de combate, las cuales ataviadas con un si es no es de ridiculez unas, y mal disfrazadas las otras, no abandonan la silla en toda la noche, murmurando un rato, quejándose mutuamente de sus dolencias, contando partos y abortos, y no perdiendo de ojo á la muchacha, porque todavía recuerdan las malas cosas que les dijeron en los bailes de su tiempo y las travesuras de que fueron testigos, sino actrices. Esta respetable porción de los concurrentes está de sobra para todos los que bailan y para muchos de los que miran.

Dando vueltas al rededor de la sala y por entre las sillas, cual si anduvieran buscando alfileres perdidos, andan una porción de solterones con las manos en la espalda, ó metidas en las faltriqueras, espiando momentos de descuido, calentando sillas desocupadas, dando conversación á casadas que ni son jóvenes ni viejas, haciéndose del ojo con solteras, embaucando madres, y discurrendo malicias y picardías. Esa es la plaga de todos los bailes; gente dañina que no toca sin

tiznar, y que no pocas veces empaña cuando respira. Esos son diablos que corren sueltos toda la vida para recoger todo lo que anda perdido y perder mucho de lo que estaba en el contrato.

En el centro de la sala bulle una multitud de jovencitos de poca edad y poca malicia, que baila y baila porque oye música, que dice algún requiebro mal combinado y peor oportuno, que suda y se afana y hace gala de las buenas piernas sin acordarse de lucir la destreza de las manos, y que después de dos docenas de piruetas se queda contenta, como si hubiese puesto una pica en Flandes, y á la hora señalada se va á casa á dormir el cansancio, soñando toda la noche tan sin sustancia como obró durante el baile. Esos son los pastores que punzan de lejos al toro para que salga movido á la plaza donde los picadores y banderilleros, que son los señores camastrones, le planten una banderilla, ó lo rindan, ó le den estocada tal que venga á caerse á sus pies. Las muchachas por su parte alegritas y medio sudadas, y riendo, y saltando y hechas á las flojas armas de los danzantes no saben los quites contra los asaltos de aquellos perillanes, y suelen meterse en atolladeros tales que han de tenerlo á gran fortuna si salen con lodo á la rodilla.

Allá en lontananza ocupan y obstruyen la puerta de la sala una muchedumbre de hombres de diversas edades y condiciones, que ni osan adelantarse ni saben hacerse atrás; contemplan lo que pasa, no en la sala, sino en un solo punto de ella, dando á Barrabás no pocas veces el baile y á todos los que por él andan. Tal vez haciendo un esfuerzo sobre sí mismos se retiran un momento de aquel sitio; pero un poder irresistible los trae de nuevo allí á ver sus duelos, y á desear que vuelen las horas para sacar la hacienda de peligro. Esos prójimos son los maridos: cuyas mujeres rodeadas á veces de cuatro ó seis camastrones están metidas como piojo en costura, sin que los ojos del centinela puedan atravesar el espesor de los cuerpos de los enemigos para conocer el estado de defensa en que se halla la plaza. Es verdad que si los espugnadores lo advierten suelen retirarse para no inspirar sospechas; pero entonces un marido prudente, un marido del siglo XIX echa á correr dejando el campo libre: no se diga que conoce los celos, ó no se exponga á que la mujer le reconven-

ga con que no tiene confianza en ella. Vuelve la espalda y aún no ha andado dos pasos cuando la plaza está otra vez sitiada, y la van estrechando por todos lados, disputándose los sitiadores el honor del asalto. Y entre tanto el marido anda por la antesala hablando con otro compinche á quien le pasa lo mismo. Yo, buen marido, quiero imitar á mis camaradas, dando tiempo para que ese negocio vaya adelante, hasta que los maridos vuelvan para venirme tras ellos á concluir este artículo.

3 de Febrero de 1840.

SIGUE EL BAILE PARTICULAR

Aquí estamos todos, flacos y gordos. Ya está el marido otra vez en la puerta de la sala, y ya estoy yo también aquí con la pluma en la mano para cumplir lo prometido. Asoma el esposo las narices, y despejan; despeja el esposo y vuelven á la carga; y así andan jugando toda la noche al escondite, y la cosa pára en lo que pára, que eso no puede ponerse nunca en claro ni es menester tampoco.

Alguna de las esposas no tiene todavía las piernas en secuestro, y aunque ha dicho á más de cuatro pretendientes que por entonces no deseaba bailar, tanto la hostigan que para no hacerse ridícula, que es excusa muy socorrida, apechuga con el galán no sin haber antes pedido por señas licencia al esposo que continúa de portero, y que ni se la dió ni tuvo resolución para negársela. Enrédase en el wals, porque es un wals lo que se baila, y aunque el marido ha ido siguiendo el movimiento por un buen rato, al fin tantas parejas se interponen que mi hombre ha perdido la pista y abandona la atalaya supliendo con la imaginación lo que no atisban los ojos.

Allá á la izquierda del baile hay un cuarto bastante iluminado, en cuyo centro se ve una mesa capaz, y con un tapete verde y cuatro bujías, rodeada por muchos individuos de distintas edades y estados, que todos están en pie, salvo dos que ocupan los lados principales sentados en sus respectivas sillas. Ahí se juega. El objeto no es otro que pasar el tiempo, cual si el tiempo necesitase algún aliciente para pasar, y para esto uno de los concurrentes ha cogido la baraja y, colocando cuatro, seis, doce ó más onzas de oro sobre otra baraja que hay de repuesto, convida á los presentes y á los que han de venir á que se diviertan repartiéndose esa limosna, ó á que lo diviertan á él doblándole la cantidad. El que está á su frente le hace dúo en el riesgo, y paga y cobra para aprovechar más el tiempo que se propusieron hacer pasar más aprisa. Andan por la mesa monedas de todo valor, blancas y amarillas, aumentase el montón del jugador principal, disminuye instantáneamente, vuelve á rehacerse, y sufriendo altos y bajos, como partido político, hace que el tiempo vaya pasando mientras van pasando los dineros de su bolsillo al bolsillo de otro prójimo. Mientras el juego dura, cada hombre conserva el humor con que dió principio al pasatiempo, porque la sociedad ha resuelto que el enfadarse si se pierde, y el estar contento si se gana, sea una prueba evidente de mala educación; de modo que si usted, porque suele tener buen humor, ha comenzado á jugar riendo, ha de continuar usted en la risa toda la noche, despidiéndose con una carcajada de cada onza que se le afufa á usted para trasladarse á las manos muertas del señor banquero. ¡Maldita sociedad que le obliga á uno á mentir cuando escribe, cuando habla y cuando juega! Que no se ría el que gana, pase, porque sería un insulto para el que pierde; mas que no pueda enfadarse un poco el que ve cómo el dinero se le dispersa, es una exigencia bárbara por más que la educación se empeñe en lo contrario.

Pues, señor, se juega y se juega, y en efecto el tiempo pasa que es lo que se deseaba, aunque no pasa tan aprisa como querría el banquero que gana, ni tan despacio como desearía el banquero que pierde y espera desquitarse, pero ello es que pasa, y allá en la sala las madres que hace una hora que lidian con las hijas, que ya han sacado todos los relojes, y que no pueden ya con el sueño, que temen el mal humor y ven la

impaciencia del marido, *se pronuncian* en retirada, y alborotan el cotarro, y hacen que su ejemplo sirva de hincapié para los menos atrevidos, y van desfilando todos los danzantes y mirones, y las señoras de la casa están ya en la antesala, y despiden una por una á las concurrentes, y se van trayendo capas, y los galantes mancebos las acomodan en las espaldas de las madres y después en las de las hijas, y pillan la mano más tierna que pueden para ayudar, no á bajar, sino á enredarse y á tropezar por la escalera, y suelen probar el estrangis de un apretoncillo de mano que no pasa de ahí si no recibe contestación, y que se hace más significativo y exigente si la ha merecido. Llega la comitiva á la calle, embózase todo el mundo, y dando más de mil buenas noches, y á los pies de ustedes, y beso á usted la mano, y vaya usted con Dios, y para servir á usted, y hasta mañana, y á Dios, y agur, y vaya usted enhorabuena, y voces y gritería y bullicio y risotadas y otras cosas que todos saben, se desbanda la cuadrilla cual vuelo de pájaros cuando oyen un escopetazo inmediato al árbol en que estaban posados.

¿Quién es capaz de seguir á todas esas guerrillas en que acaba de desplegarse la reunión entera del baile? ¿Cómo referir las diversas conversaciones que se empiezan, el distinto humor de cada persona, los diferentes afectos que en todas ellas ha despertado la escena en que desempeñaron el papel de mirones, de actores, de actrices, de personajes que no hablan ó de sacasillas? Pocos van contentos y muchos quejumbrosos, los más critican á los concurrentes y á los amos de la casa en pago de haber tenido gastos y molestias para divertirlos, analizase el traje de las señoras, descíendese á averiguar de dónde saca el marido los dineros para costearlo, háblase de lo amartelado que Pedro estaba junto á Bernarda, adivínanse relaciones que nunca ha habido, discútese qué razón habrá tenido Juana para no ser de la partida, extránase la presencia de fulanita no estando fulano, se discurre acerca de la conducta de señoras y de hombres, se tijeretea á todo triquitraque, se muerde á diestro y á siniestro, se reniega de tales diversiones, un amigo dice á otro en secreto la conquista que ha comenzado, y éste le refiere el estado de la que ha venido á continuar, laméntase aquel de que no había cosa de provecho, unos van cansados, fastidiados muchos, indiferen-

tes no pocos, y es mucha fortuna si entre todos no hay uno que se lamente de la pérdida de un sombrero que se ha llevado algún tempranero dejándole otro mugriento que no le entra siquiera para cubrirle media cabeza. Y unos por babor, otros por estribor, estos por la proa y por la popa aquellos, siguen la derrota de costumbre y van á dar fondo á casa, tal vez desmantelados, tal vez con avería gruesa, tal vez haciendo agua, tal vez sin más áncora que la de la esperanza. Llégase á casa, cenan de réquiem, y puestos todos de uniforme se tienden en una buena ó fementida cama y tengan ustedes muy buenas noches.

5 de Febrero de 1840.

ES UN PRIMO

En autores antiguos y modernos, en folletines de periódicos, en poesías sueltas, en comedias y sainetes, en bailes, en tertulias, en pleitos y en conversaciones he oído más de mil veces poner á los suegros, y más particularmente á las suegras, de vuelta y media, y aun á veces en tales términos, que no parecía sino que se tratase de alguna bruja ó de un demonio con faldas. Lejos de mí desmentir á tanta gente honrada como ha dicho mal de suegras, y no lo digo precisamente porque yo sea del dictamen de todos esos enemigos de las susonombadas, sino porque son necesarios muchos datos y muy positivos para dar un mentís á todos esos señores que contra la suegrería se han declarado. No es para mis endebles brazos derrocar esa añeja usanza que ya ha adquirido fuerza de ley, la cual casi todas las nueras y los yernos todos obedecen mucho más aína que los mandamientos del decálogo. Sepan, pues, que sin temor de incurrir en mi crítica pueden continuar hablando mal de suegras todos aquellos á

quienes les viniese en voluntad hacerlo, y seguro está que digan de ella pestes que todavía no se hayan dicho.

Mas sin poner rey ni quitar rey en cuanto á esas señoras, reclamo una parte de las pestes, murmuraciones y malas habladurías que contra ellas se dirigen para otra clase de parientes, incómodos de suyo, mequetrefes de las familias, guardianes importunos, usurpadores de derechos paternales y maridales, suplefaltas de novios, sobresalientes de cortejos, sustitutos de hermanos, terceros en domésticas discordias, coberteros de enredos unas veces, y descubridores otras, añudadores y desatadores de voluntades, trastos de tropiezo, pararrayos de enojos, bichos de sobra, y entes que no pueden con exactitud comprenderse en ninguna clasificación. Estos son los primos. ¿Alguna vez han fijado ustedes la atención en lo que son y en lo que hacen los primos? ¿Han visto ustedes alguna entruchada entre ellos y ellas, en que en pro ó en contra no ande barajado un primo? Desde la infancia comienzan á ser perjudiciales. Los primeros amores de las niñas son suyos en calidad de primeros ocupantes, porque aún no ha observado nadie que en la tal casa hay una muchacha que comienza á valer algo cuando ya el primo está cansado de decirle que la quiere, y con el achaque del primero hace más de tres años que le anda buscando las vueltas en haz y paz de los padres de la mocosa, que temen del mozo que pasea la calle, y no tienen maldito el recelo del sobrino que á todas horas hace migas con la chiquilla, la cual en él ha notado por primera vez el olor masculino que nunca más sus narices equivocarán con otro olor alguno.

El primer apretón de mano, que es como el cabo de gastadores de todos los lances y sucesos amorosos, lo atrapa un primo sin que nadie lo pueda remediar; y no bay que replicarme en todo lo dicho ni en lo que pienso añadir, porque quedaron en mi tierra la friolera de seis primas mías que me dejarían airoso en esta y en otras dudas que acerca de mi proceder con ellas pudieran suscitarse. Pero doy yo de barato que cuando la rapaza comienza á representar su papel en el mundo deje caer los ojos en ella un ciudadano cualquiera, y ora sea en un baile, ora en un paseo, ora en el teatro, entable relaciones telegráficas y procure estrechar las distancias hasta llegar á la viva voz. Entonces el primo se encaja

de por medio, y aunque no deba considerarse como un rival, hace oficios de serlo sin que pueda uno meterle el resuello, porque á fuer de primo no hay fuerzas humanas que lo alejen de la querida. Él suple los ojos de la madre, él baila con la muchacha para estorbar que baile el amante, la cela como un Argos, y es mucha ventura si no da en la flor de ser un espía que trastorna los planes á duras penas fraguados entre los dos amantes.

Entabla usted relaciones con una señorita, y ella parece que corresponde, pues no falta á asomarse al balcón á la hora que usted pasa por la calle, ni á mirar de continuo á la luneta en donde usted se sienta, ni á volverse cada seis pasos cuando usted la sigue por la calle; y á todo esto ni el papá ni la mamá han observado cosa alguna, cuando al entrar en una tertulia para la cual le dió á usted cita se la encuentra usted cuchicheando con un muñeco de mal visaje y apostura fementida, que baila con ella, espía sus miradas, se sonríe, la hace mil muecas, y usted creyendo que es un rival se siente subir la mostaza á las narices, y aguarda usted la salida de la reunión para decirle una palabra al oído. Y en el momento en que el tal le pone la capa á la niña, ésta que ha conocido las dudas y el enojo de usted, para sacarle de pena dice con mucha gracia y de modo que usted lo oiga: vamos, primo, dame el brazo, y usted se queda como quien ve visiones y maldice de todo corazón al tal y á todos los tales.

Ni los sacrosantos derechos maridales alcanzan á poner á cubierto de esa terrible calamidad de los primos. Porque bien puede usted ser marido celoso y mal humorado; el primito de la mujer se le sopla á usted en casa á todas horas, y se mete en todo, y quiere intervenir por fuerza en los negocios de usted, y le primea á usted á millares de veces cada veinticuatro horas, y es el mediador en las pretensiones de la mujer, y se empeña en calmar los enfados de usted, y acompaña á la prima mal que á usted le pese, y baila con ella y viene á parecer á los ojos del público su galanteador. Y la señora esposa secretea con el primito, y se lo cuenta todo, y le revela cosas que usted ignora, y si alguna vez hace usted la vulgaridad de mostrarse celoso le contesta á usted muy satisfecha; pero hombre, si es el primo; y no tiene usted que replicar, so pena de que el primito publique que es usted

un hombre ridículo que hasta tiene celos de los parientes.

En día de días, en día de aniversario de nacimiento, en día de campo es indispensable que haga usted cuenta con el primo y lo tenga usted á la mesa; de no, se dirá que no quiere usted á los parientes de su mujer, y ellos y ella le reventarán á usted de mil maneras. Si su mujer le da fruto de bendición, aquí entra el primo como por juro de heredad, y se calza con el padrínaje del angelito, lo cual contribuye á estrechar las relaciones, y á que el tal esté más metido en la familia y deba considerársele como miembro muy integrante de ella. Y suelen los primos mantenerse solteros, y viven como de posada en las casas de las primas, incomodando más de lo que ellos se figuran, y haciendo rabiar á los amantes, á los amigos, á los esposos, y con el tiempo á los sobrinos. Es indispensable que los señores primos se atengan á lo que es suyo, se resuelvan á no enseñar los primeros rudimentos del amor á las primas, á no estorbar á los cortejadores, á no fastidiar á los maridos y á no ser los Argos en general de sus primas en todos estados, pues de otro modo les aseguro que ha de venir día en que se diga de ellos tanto mal como se dice de las suegras, que es cuanto hay que encarecer en materia de murmurar del prójimo.

1.º de Abril de 1840.

LA GRANDE ESCALA

No creáis, queridos lectores míos, que vaya yo á hablaros de aquella maravillosa escala de Jacob por donde subían y bajaban ángeles desde la tierra al cielo y del cielo á la tierra. Tampoco la echaré de naturalista para encaramarme por esa larga escala de los seres hasta dar de frente con el hombre, á quien han colocado en el más alto escalón, sin embargo de que á veces hace cosas tales, que mereciera que de un ca-

chete le arrojasen de hocicos hacia abajo, hasta encontrarse con las patas del asno, entre los dientes del ratón, ó mano á mano con la sanguijuela. La escala de que hoy trataré es tan metafarsea como esta última, aunque mucho más corta y de clase muy distinta.

Ya tendréis observado que ese nombre de escala es bastante general y que comunmente se usa para designar el orden de los empleos; así se dice que tal destino se da por rigurosa escala, que en tal carrera se adelanta por escala rigurosa; y aunque en esas escalas se suelen dar tropezones y caerse de arriba á bajo y subir también los escalones de tres en tres, y de seis en seis, no por esto son menos escalas; al contrario, esto las constituye mejor tales, pues en ninguna parte se caen las gentes de arriba á bajo tanto como en las escalas, ni es posible subir los escalones de tres en tres, ni aun de uno en uno, sino es en una escala. Esta clase de escalas forman todas las carreras, y el mortal que comienza á subirlas por el primer escalón y se empeña en llegar al último, por lo común no hace más que arrojar los bofes, sudar como un pollo y quedarse en mitad del camino, si no da un traspié que lo arroje fuera de la vía que ha tomado. En la milicia, por ejemplo, si el soldado se empeña en llegar á ser generalísimo, por más que le ayude la fortuna y tenga buenas prendas es regular que se muera en el segundo ó tercer escalón, como la experiencia lo acredita. En la de Hacienda, desde meritorio á ministro hay tal distancia que no se alcanza con un antejo, y de aquí los pocos meritorios que, á pesar de este significativo nombre, llegan á ser ministros. Lo propio puede decirse de las otras. Y en la que ha de ser objeto de este artículo sucede lo mismo, porque en este mundo de acá casi en todo sucede lo mismo, no habiendo en las cosas sino diferencias accidentales que no vale la pena de mentarlas. La escala de hoy es la de la peluquería. Dejando á un lado las carreras, los oficios y las ciencias, véngome al terreno de las artes, ameno de suyo, lleno de embelesos, y que si no es á propósito para dar batallas, cautiva al entendimiento, hace palpitar el corazón y rinde las voluntades. Entre las artes coloco la peluquería, y no pido perdón de ello, porque creo que nadie se atreverá á negarle este título que por mil razones tiene muy merecido.

La escala de la peluquería es corta, pero su ascenso es tan difícil, que en sus anales no se halla ningún ejemplar de que individuos que comenzaron á subirla desde el primer escalón hayan llegado á los últimos. Tantas y tales son las dificultades que hay que vencer, los obstáculos que es preciso superar! *¡Tantæ molis erat romanam condere gentem!* Y esas dificultades no deben atribuirse en manera alguna á las intrigas, al favor, al nepotismo, no; la emulación es el alma del peluquero; pero no echa mano de medios bajos y arteros para sobreponerse á sus camaradas, ni para empañar la gloria ni oscurecer el mérito de aquellos. Allí todo es noble; cada artista comienza su carrera, trabaja en ella, imita, si puede, los ejemplos de sus Rafaeles, de sus Poussines, y llega al segundo, al tercero, al último escalón, ó cayéndose desde uno de ellos se aplasta la cabeza y muere, sin dejar más que un nombre percedero que vive pocos días en la memoria de los que se hallan á su nivel, sin ocupar ni un instante la de aquellos á quienes sus relevantes merecimientos han colocado cerca de la cumbre ó en la cumbre misma.

Ocupan el primer lugar en esa artística y resbaladiza escala los gitanos, los individuos de esa raza errante por todo el globo, proscrita y desgraciada casi en todas partes, perseguida muchas veces, y que á despecho de los siglos y de las costumbres de todos los países conserva las suyas, conserva su fisonomía, conserva su idioma y rehusa mezclarse con los demás individuos de una sociedad que la mira con desprecio. Esos gitanos esquilan mulas y perros de aguas, y de repente, dejando esta ocupación innoble, enarbolan la dilata-tijera y describiendo un círculo desde el uno al otro parietal, trasquilan una cabeza humana, confundiendo quizás en el duro suelo los cabellos de un ciudadano benemérito con el tosco pelo de improductivo mulo, de orejuda mula, ó de acoceador jumento.

Tras de los gitanos y en el segundo escalón se colocan esos hombres no denominados, que en las mañanas de los días festivos asientan su ambulante campamento en la explanada. Allí un prójimo sentado en dura banquetta, atándose al cogote el pañuelo de los mocos y alzando los brazos para sostener con las manos las dos puntas colgantes, forma una especie de babador que parte desde el gznate y pone la descubierta

cabeza á merced del inexperto artista que se la deja cual ejército formado por escalones, y permite que infinitas guerrillas de cabellos tomen posición por entre la espalda y la camisa para que le vengán picando la retaguardia, hasta que venida la noche se los eche de encima con quitarse la ropa y sacudirse la camisa. Nótese de paso que ese esquileo cuesta cuatro cuartos si la víctima se coloca dando el rostro al lugar en donde antes se colocaba el suplicio para ajusticiar á los reos de muerte, y paga seis si para apartar los ojos de ese sitio fatal le da la espalda á cualquiera de los dos lados. Circunstancia que prueba, sino la aversión al crimen, al menos el horror al cadalso.

En el tercer escalón no puedo prescindir de colocar á las mujeres cuyos hijos presentan la inocente cabeza á la materna tijera. Y las pongo en este lugar artísticamente consideradas, porque en este concepto su impericia no me permite señalarles un lugar más culminante. Usurpando la jurisdicción de los peluqueros, y sin más derecho que el de ser las primeras ocupantes, suelen muchas madres cortar el cabello á sus hijos hasta la edad de doce ó catorce años. También suelen dejar las cabezas con altos y bajos, y no es esa labor de sus manos la que les granjea más fama de buenas operarias; pero ellas observan esa añeja costumbre sin curarse mucho de lo que la opinión pública dirá de ellas. Esas señoras suelen ya tener el gusto formado; y aunque artísticamente hablando cortan mal el cabello, en su obra se nota ya un indicio de exquisidad que basta á distinguirla de los cortamientos hasta ahora indicados. Después de la operación no dejan la cabeza en seco, sino que peinándola para sacar los cabellos aventureros que se han trasconejado y la caspa que ensucia los cuellos de las casacas, dan al cabello un poco de aceite de olor, de pomada ó á lo menos de agua, aproximándose de este modo á los artistas de clase más alta, y dando una pincelada de buen gusto, si ya no es que rizan los cabellos, pues entonces ya son artistas. Pocos son los ejemplares de tales primores, mas hay algunos como para atestiguar que el resplandor que derraman las artes se difunde en todas las clases, y las hay que saben aprovecharlo.

Entre estas mujeres figuran las esposas de maridos calvos ó semicalvos, cuyas cabezas adornadas con sólo una guerrilla

de cabellos están bajo la jurisdicción de la consorte que despuntando los largos, trayendo al centro los laterales, y haciendo cabalgar la cabeza por los posteriores, hasta ponerlos limítrofes de la frente, suple las mermas de la maridal cabeza sacando todo el partido posible de las circunstancias para que no se presente á los ojos del público enteramente desnuda.

Hagamos un alto en este escalón, y mañana acabaremos la tarea, llegando hasta aquel encumbrado punto desde donde se dominan todas las cabezas, cual si el artista se hallara colocado en el Olimpo.

6 de Mayo de 1840.

CON OTRO YA LLEGAREMOS Á LA ALDEA

Muchas veces me ha pasmado la habilidad de ciertos hombres que saben escribir planas y planas sin asunto ó acerca de asunto poco interesante. Y en efecto que tiene mucha gracia llenar un libro de palabras bien coordinadas entre sí que parezca que digan algo y que en realidad no digan cosa alguna. Yo no tengo esta suerte, y he aquí por qué suelo buscar materias muy socorridas, y cuyo asunto sea tan abundante que me dé para un artículo sin poner yo nada de mi cosecha; porque no haciéndolo así, soy hombre al *agua*. Hoy y ayer me reputo por feliz, pues he dado y doy plumadas acerca de un asunto tan fértil de suyo y de tan grande y conocido interés, que mi pluma corría y corre por sí misma con una facilidad que no puede alcanzarla el pensamiento. ¿Y cómo pudiera ser de otro modo habiendo escogido por tema la noble arte de la peluquería, ó si se quiere una de las secciones en que se divide, á saber la de cortar el cabello? Asunto es este que habla con todos é interesa á todos los

que tienen cabeza, porque tarde ó temprano, con más ó menos frecuencia, caen esas cabezas bajo la jurisdicción de uno de esos artistas, cual caemos todos bajo la jurisdicción de la muerte.

Hicimos alto, si mal no me acuerdo, encima del escalón de las madres que cortan el pelo á sus hijos y de las esposas que tapan ó trampean los claros de las maridales cabezas; y puse á esas madres y á esas esposas en una línea misma porque las reputo inseparables, ya que la maternidad supone el antecedente del matrimonio. Partiendo, pues, de ese punto, y encaramándome por la escala doy en el inmediato escalón con los barberos, los cuales si bien han tomado el nombre de la barba y no de los cabellos, se han subido á mayores siguiendo el camino de las patillas y se han hallado en los parietales que en los hombres bien barbados están á renglón seguido de los pelos de la cara. No es de admirar que los barberos hayan invadido ese terreno, porque ya se sabe que en nuestro siglo, y sospecho que lo mismo sucedería en los anteriores, todo el mundo se cree con derecho de hablar y de meterse en el terreno de las artes, aunque no dé puntada. Los barberos, pues, dejando de considerarles como tales, son artistas de cabellos, y los cortan por lo regular siguiendo todos el antiguo régimen, es decir, muy cortos por detrás, de medio carácter por delante, y si es no es más largos hacia los lados. No son extremados en la igualdad con que los dejan, mas para eso cuentan con la poca escrupulosidad de los dueños de las cabezas, los cuales por toda exigencia desean que les aligeren el peso de los cabellos que les dan calor, ó les recorten las melenas que ensucian el cuello de la cascaca, es decir, que el tema es comodidad y economía, tema que causa no pocos perjuicios á las artes, sobre todo en la segunda parte. En esta cortadura no entran materias heterogéneas de aceite, pomada, ni agua; nada, la tijera seca y la destreza del tonsor sin ninguno de los inmensos recursos del arte. Así sale ello. Sin embargo, en honor de la verdad debo confesar que el corte de todos los barberos es igual, ó si se quiere armónico, lo cual prueba que tienen escuela y que no cortan al capricho; y lo de la armonía no sé cómo explicarlo si no me acojo á la salida de que quizás aplican á esa parte de su profesión los principios de armonía de que

tantas pruebas tienen dadas en su flujo guitarresco. Y aun esta salida me parece oportuna, pues justifica que todas las artes se dan la mano y mutuamente se auxilian, como aquí se ve palpablemente á la música arrimando el hombro á las operaciones de la peluquería.

Encima de los barberos descuellan los peluqueros, que cuentan medio siglo de fecha, los cuales si bien cortan el pelo lo que se llama artísticamente, aferrados en sus antiguos usos son como un monumento de la antigüedad que sirve para conocer el camino que han corrido y corren las artes. La pomada de bergamota y de limón, y el aceite de tomillo y de jazmín son los únicos auxiliares de esos artistas que metidos en oscura tienda de una calle angosta y húmeda son un facsímile de los prístinos vates de guardilla, que sin más muebles que una mesa de pino y una silla de vaqueta, ni más instrumentos que un tintero de asta y un pliego de papel de ochavo, fueron aclamados por sus contemporáneos, y se arroparon al morir con una capa de veneración que todavía cubre su memoria. Las tiendas de esos patriarcas de la peluquería recuerdan aquellos tranquilos tiempos en que el uso les dió una levita ó casaquilla blanca, como de uniforme, aquellos felices días de los polvos y de los bucles, cuando un ciudadano pasaba la noche del sábado sentado en una silla para que no se le desbaratara el peinado que debía servir en el baile del domingo. ¡Restos venerables de los pasados tiempos! la moda podrá deslumbraros y abatirlos, pero los hombres conservarán siempre por vosotros un recuerdo de veneración, ante el cual la moda misma inclina su veleidosa cabeza.

Sudando y echando los bofes llegamos por fin al apogeo de la peluquería. Botellas de cristal labrado; peines de mil formas y materias; cepillos largos, cuadrilongos, cuadrados, elípticos y redondos, blancos, negros y amarillos; aceites de rosa, de mil flores, á la crême; sebo de oso blanco, de elefante y de tigre; pomadas con cien nombres caprichosos, pero artísticos todos; esencias capaces de volver á un resucitado, el patchouly, la bandolina, hierbas aromáticas, muebles de caoba, cristales, espejos de cien tamaños, cuadros históricos y de paisaje, órganos musicales, tenazas de treinta configuraciones distintas, peluquines, pelucas, bisonés, añadidos,

postizos, bucles, rizos, cabelleras, trenzas, cordones de pelo, cabezas peinadas á la romana, á lo Luís XIV, á lo Enrique IV, á lo romántico, á lo clásico, á lo ecléctico; peinados de invierno, de verano, de otoño y de primavera, de día y de noche, de casa, de calle, de paseo, de baile, de teatro, de tertulia, de gala, de diplomático, de artista, de joven, de viejo, de niño, de adolescente, de edad decrepita; cabellos negros, rojos, rubios, grises, blancos y cenicientos; cerotes como longanizas, bolas de benjuí, pasta del serrallo, granos de Alejandría, pastillas del Cairo, incienso del Gran Sultán. Y en medio de ese Kiosko, peinado á *capriccio* y con la tijera en una mano y el tocador en la otra se me presenta el artista, que desde esa eminencia domina al universo, dirige una mirada de compasión á los que pelean por subir á su altura, y tiene en sus manos las cabezas de todos los hombres de este siglo y entre ellos la de Abén Abulema.

10 de Mayo de 1840.

EL SEGUNDO DRAMA DE DON JAIME TIÓ

Cuando en 1838 se presentó por primera vez al público el joven don Jaime Tió con el drama *El Castellano de Mora* todos los inteligentes auguraron bien de su ingenio. Sin ánimo de rebajar en nada el mérito de aquella pieza, es preciso convenir en que el argumento era flojo, falta que quizás hubiera podido disimular Tió rebozándolo con la dulzura de los versos. Pero la escribió en verso y prosa, y si la facilidad y valentía de aquél daba vigor á la composición, los trozos en prosa la hacían decaer, no porque fuese prosa mala, sino porque al lado del verso y en trabajos dramáticos será siempre considerada por de menos valía. La suerte favoreció poco á Tió en la ejecución de su primer drama, pues si exceptuamos al conoedor Mate, los demás actores no desempeñaron su

papel de modo que hiciesen lucir al autor. Á pesar de todo y de algunas otras causas que se oponían al buen éxito, *El Castellano* se aplaudió, y sus versos, aun cuando no fuesen una obra maestra, bastaban para probar que algún día podría su autor producirla. *El Castellano* me parece mejor para leído que para representado, porque sus mejores dotes consisten en la facilidad y belleza del verso, calidades que no todos los actores saben hacer sentir á sus oyentes.

Animado el poeta con el regular éxito de su primer ensayo, ha trabajado después, y en la noche del 26 del corriente se representó por primera vez su drama en cinco actos: *Generosos á cual más*. Desde *el Castellano* al *Generosos* hay una distancia muy grande, y se ve que Tió no sube la escala de escalón en escalón, sino á saltos. El argumento de este drama, lejos de ser flojo, es robusto, y juegan en él tanta diversidad de afectos, que si hubiera un padre ó una madre creo que estarían todos. Hay hermanos, hay esposos, hay amigos, hay amantes favorecidos y amantes desdeñados, hay rivales, y el cuadro que forman todos estos afectos tiene un fondo oscuro de pasiones civiles y de guerreros enojos. Por esto hay versos valientes, pensamientos enérgicos, rasgos atrevidos; por esto hay ideas tiernas, reconvenções amorosas, quejas dulces y condescendencias que exigen grandes sacrificios. El total de la versificación es bellissimo, y en ella brilla sobre todos las dotes aquella difícil facilidad que se nota en casi todos los versos de Tió, y que es el dón más apreciable del poeta, como lo es del prosador. En el *Generosos* se hacen notar algunas imágenes hermosísimas, comparaciones muy felices, y descripciones muy lindas; y como para hacer destacar más y más las escenas de amor y de dulzura, se presenta de tiempo en tiempo un rasgo osado, cual el nubarrón que de pronto ennegrece el cielo en apacible noche de luna y augura al parecer cercana borrasca. Mas ese nubarrón pasa, se desvanece, se pierde, y si algo queda de él es la memoria de que se ha visto. Tió es poeta; tiene imaginación, tiene genio, y siente, y no es menester más para apellidar tal á un hombre.

Si me permite que le diga mi parecer, creo que le conviene estudiar más el teatro para conocer mejor el efecto que han de producir puestas en acción las escenas que ha escrito. En

el teatro se ven las cosas de distinta manera que en el bufete, y tal escena que aquí parece llena de vida, allí se dijera que está desmayada; en aquél es lento lo que en éste parecía muy rápido; y en el primero se reputa por prolijo el diálogo que en el segundo se creyera lacónico. Sólo la práctica convence de esta diferencia, y si una comedia no dió á Tió bastante motivo para conocer esto, no se le escapará sin duda cuando escriba la tercera. Á más de las reglas hay un cúmulo de exigencias teatrales; y aunque la verdad no lo reclame, ni la belleza del drama lo pida, es fuerza ceder á esas exigencias, pues de no, el público no perdona al poeta. El final es el golpe de gracia, y para ese final quiere el espectador un arma muy aguzada, quiere que los combatientes lidien, y que si cae alguno, caiga con estrépito, y presencien su caída los principales actores. El final del *Generosos* no lo ha compuesto Tió como escritor dramático, sino como poeta. Lleno de dolor el corazón de éste, ha querido que don Beltrán gimiera solo, porque los testigos aprietan el corazón y cierran las fuentes al llanto. Ocasiones hay en que el poeta ha de sacrificar sus deseos y sus pasiones, y hasta las pasiones de sus personajes, en gracia del público que, como no es poeta, no siente de la manera que él, ni experimenta hacia las personas del drama el amor y la ternura de su padre, que es el poeta.

Ciertos pensamientos fuertes del drama han sido calificados por algunos de harto atrevidos. Quien los considere aisladamente, quizás con razón podrá reputarlos tales, pero esto es considerarlos mal y de un modo muy ajeno de lo que corresponde. Para fallar en estas cosas es preciso trasladarse á la época en que los hechos acontecieron, conocer la situación y el carácter de las personas, su modo de pensar, y en el drama de que se trata es de suma importancia recordar el partido político del que habla. Ningún hombre bien educado diría hoy delante de señoras *voto á Dios*, ni *voto á Cristo*, y sin embargo decíase eso cuatrocientos años atrás con la mayor frescura del mundo. Ningún escritor osaría escribir hoy lo que se lee en la aventura de los galeotes en el Quijote á no querer pasar por desvergonzado é indecente, y sin embargo Cervantes lo dijo, y á nadie le ha ocurrido hasta ahora darle tales apodos á Cervantes. En nuestros días hemos oído en boca de los carlistas hablar de la Reina de un modo inde-

cente y escandaloso, y á nadie ha admirado eso porque quien lo decía era un enemigo de esa Reina, como Bolvir lo era de don Juan II. El poeta discurre una hora para poner una palabra, estudia su verdadero valor, la escribe, la quita, la varía, la borra, y le da mil vueltas antes de decidirse por ella; y luego viene un espectador, que no conoce los siglos, ni las costumbres, ni el carácter, ni el partido del personaje, y de golpe y porrazo falla, y apoda al poeta que quizás dijo en una palabra lo mejor que dijo. ¿Les había de llamar Bolvir á los servidores de don Juan: *muy señores míos?* ¿Le había de llamar á Manrique, su rival y su enemigo, *muy ilustre señor?* Fallar de este modo, dar un voto sin tomarse la molestia de examinar antes el asunto es una crueldad que trastorna el corazón del poeta. Ese Bolvir vivía en aquellos tiempos en que cuando se coronaba al rey, las cortes le decían que sería rey si observaba los fueros, y que si no, no lo sería. Algo más es esto, y el rey lo oía y no se enfadaba, y oiga, que reyes lo escucharon que tenían más humos que don Juan II.

Á todo esto podrá objetarse que no le basta al poeta decir la verdad, sino que ha de pensar si esa verdad será bien oída en la época y en el lugar en que la dice. Esto es cierto, es una regla que no debe olvidar ningún escritor, y reputo ese olvido por un defecto imperdonable. En seguida viene la pregunta de si atendidos el lugar y la época, debió el poeta de quien tratamos decir dos expresiones que dijo. La contestación es ardua, porque ya sé yo que hay quien está por la afirmativa y quien por la negativa. También yo tengo mi opinión y la diría si el saberla aprovechase para algo, ó mi voto valiese más que el de otro cualquiera. La opinión política se roza mucho con el modo de ver esas cosas, y mis lectores ya saben que yo escribo de costumbres, no de políticas. Es materia que yo respeto por lo difícil, y porque cuanto tiene que ver con ella lo interpreta cada cual á su modo.

De la ejecución del drama ha hablado ya el hermano Heraldo, y no es cosa de decir yo lo mismo como debiera haberlo, pues soy en lo general de su dictamen. Diré sin embargo, que en el final hubo poca rapidez, no por parte del señor Alverá, pues éste trabajó perfectamente, sino por la de sus acompañantes que estuvieron lentos y dieron á entender que ya sabían lo que acontecía.

En los finales del primer acto, del 5.º y del 4.º fué el autor más aplaudido, y más todavía en medio de varias escenas del 1.º y 4.º: y todos los espectadores á una alabaron la fácil y hermosa versificación del poeta, que indudablemente muy en breve tendrá un título á la corona con que se premia á los que sobresalen en la difícil tarea de autores dramáticos.

No sé atinar porqué no se repitió la pieza en la noche siguiente. Cualquiera que sea la razón, se ha hecho un agravio al poeta si no se le ha manifestado.

29 de Junio de 1840.

MI MUCHA GALANTERÍA

No lo creas, linda y finísima criatura; jamás has sido comprendida tú en las críticas que he hecho de las personas de tu sexo. Hermosa, discreta, tierna, apacible, en todos sentidos embelesadora, ¿qué cosa pudiera yo criticar en ti? En medio de mi humor satírico, acordábame de tus virtudes, y te excluía de mi entendimiento al escribir en el papel lo que en éste concebía. Te guardaba cual un modelo para el día en que quisiese pintar una mujer sin tacha. Ya la hubiera pintado, mas los hombres no quieren convenir en que exista esa mujer, y yo no me atrevo á publicar una opinión que ha de estar en pugna con la opinión de todos los hombres. He aquí porqué no te he tributado el homenaje que te es debido. Dirás que esto arguye cobardía. No, no ha sido el temor lo que ha detenido mi pluma, sino la seguridad de que nacerán vicios á docenas al rededor tuyo en el momento en que yo me arriesgue á decir que eres perfecta. Uno te hallará baja, muy alta el otro, un tercero morena, éste llamará sosa tu blancura, tu cabello será castaño para unos, para otros negro, tu nariz tendrá cien dimensiones distintas, y no habrá dos hom-

bres que den una medida misma á tu boca. Si oigo á Pedro ponderar tu crasitud, Juan dirá que estás delgada, Diego te llamará gordinflona, larguirucha Francisco, patituerta Felipe, Antonio calificará tus pies de diformes, y Pablo dirá que tu mano es sumamente grande y los dedos sobrado puntiagudos; tus ojos pasarán por garzos, azules y claros á un tiempo mismo; tus orejas serán inmensas en concepto de uno, y casi no las tendrás de puro chicas según el dictamen de otro. Si te llamo el tipo de las elegantes, no habrá uno que no te halle mal vestida. No tiene gusto en los colores, dirá el joven; siempre va lo mismo, proseguirá el viejo; y no sabe escoger las telas, concluirá el de edad mediana. A oírlos á todos, siempre irás vestida de blanco, y siempre de negro y siempre de verde y siempre de azul. Si llevases mantilla, no sabrás acomodarte á las costumbres del siglo; si sombrero, serás una orgullosa que quiere distinguirse. Si el sombrero es de paja, pretenderás hacer la niña; si es de seda, dirán que has de abrasarte. Guante de piel, te has de morir de calor; si lo llevas de hilo de Escocia, lo haces para que se vea la mano, porque no es lo peor que tienes, aunque otro ha dicho que es muy feísima. Si quieres pasar por vereda, y que te muerdan todos los galgos que te andan husmeando, haz que alguien te alabe; entonces verás desatarse contra ti hembras y machos con lengua de víbora, alancetearán tu cuerpo, sajarán tu conducta, y por poco que andes entre sus manos no te conocerías tú misma si oyese la descripción que de ti se hace. Si gastas mucho, nadie podrá calcular de dónde lo sacas; le contarán el sueldo ó la renta á tu esposo, deducirán el alquiler de casa, la comida, los gastos menudos, y vendrán á concluir que tú y él deberíais salir desnudos á la calle. Todos irán buscando el cómo lo adquieres y se les ocurrirán mil medios á cual más deshonoroso. Si gastas poco, dirán á boca llena que eres una avara y un avaro tu marido, que hacéis poco honor á la clase, que entristecéis el paseo, que tratáis de atesorar cual si no debiérais moriros nunca. Si digo que eres limpia, todos recordarán el día en que pasando un carruaje te salpicó el vestido de barro, ó por enfermedad te echaste á la calle con la gorra que llevabas en casa. Si afirmo que vas siempre arregladita, aunque con traje modesto, no ha de haber uno que no hable del día en que anduviste todo

él con un agujero en la media, por más que no fuese sino un punto que se te soltó cinco minutos antes de llegar á tu casa. Si alabo tu mucha piedad, te llamarán fanática; impía, si digo que te contentas con cumplir lo que la religión manda. Si te presento como un modelo de finura, serás una callejera que olvidando la familia y los quehaceres domésticos andas todo el día haciendo visitas y cumplidos, distrayendo en cada casa á una madre de familia que estaba harto ocupada. Si acierto á decir que vives retirada entre los tuyos, serás muy impolítica ó muy orgullosa, deberás visita á todo el mundo y habrás perdido todas tus amigas por no haber cumplido cual la urbanidad lo reclama. Si vas al teatro, se pasmarán todos de que tengas ese tiempo que perder debiendo cuidar de tanta familia; si no vas, vives como una bestia, sin aparecer en público, metida en un rincón, sin que nadie pueda atinar en dónde pasas las horas, ni qué te haces en casa. Vas al campo, oh! tienes un furor por el campo; no sales de la ciudad, le tienes miedo al sol, que no tueste tu delicado cutis. Entrás en un café, ¡qué escándalo!; no entras, te da miedo, estás en el siglo diez y ocho, y no puedes con la latitud del siglo en que vivimos. Reprendes los vicios? dices de los otros para evitar que digan de ti; no los reprendes? callas para no pintarte á ti misma. Te acompaña el marido, es un fastidio, los dos estáis celosos, y eso es muy ridículo; sales sola, cada uno de vosotros va por su lado, sois tal para cual, no os amáis ni una pizca, es una libertad muy expuesta. ¿Cómo quieres pues que yo te alabe cual tú mereces? Suscitaría contra ti una guerra sangrienta, te maltratarían, la chismografía te haría su blanco, y con lengua audaz referiría hasta tus más recónditos pensamientos. Tu vida pasada, tu vida presente, tu vida futura serían contadas y glosadas y adivinadas en las tertulias, en los palcos del teatro, en el paseo, en todas partes. El mundo no perdona al que llama la atención pública de un modo favorable: la alabanza trae la crítica, al lado del loor están el vituperio, la calumnia, esa infame maledicencia que nada perdona y que más se atreve contra lo más sagrado.

¿Y á quién se figuran mis lectores que va dirigida toda esta parlata? Ya sé que algunas señoras muy dignas de ser elogiadas se han lamentado porque yo no hablo de las mujeres sino

para criticarlas. Quisieran ellas que yo pintase una mujer sin defectos, cual ellas son, y no advierten las muy cándidas que si yo lo hiciera nacerían defectos en derredor suyo, como nacen ciertos bichos muy incómodos en los cuerpos de guardia para tormento de la benemérita milicia de esta capital ilustrada. Criticándolas, hago que se las compadezca y se las ame, recayendo contra mí toda la odiosidad de los lectores; si las alabase, esa odiosidad sería para ellas. He aquí la causa porque las critico. En este artículo pues hablo con las que de mis críticas se quejan, y si me leen de buena fe, conocerán hasta qué punto es galante con ellas el moro Abén-Abulema.

3 de Julio de 1840.

¡ POBRE POETA !

¿Qué es un poeta? Estas preguntas mondas y secas me revientan. Acuérdome todavía de lo que me incomodaban en tiempo de exámenes, cuando puesto facha á facha de cuatro ó seis profesores había de contestar de pronto á las preguntas de ese jaez que me dirigían, unos con aire de protección y otros de pedantería. Lo que es hoy, bien pudiera yo haberme ahorrado esa pregunta: mas como dicen que uno toda la vida tiene afición á las cosas de la edad primera, me ha quedado á mí cierto apego á esas preguntas y me las hago á mí mismo cuando no hay á mano un prójimo á quien dirigir las. ¿Qué es un poeta? Y no crean ustedes que es esta una pregunta de fácil contestación. Bien podría responder que es un hombre delgado y pobre, con sus puntas de atronado ó de melancólico y su collar de extravagante; pero esto es muy genérico, y yo quiero explicarme más. ¡Un poeta! Yo contestaré, y mi respuesta tiene excepciones, lo cual advierto de antemano por lo que puede tronar.

Nace el poeta como los demás hombres, y generalmente sus medios físicos son mezquinos y lentos. Su espíritu es decididamente triste ó decididamente alegre; si lo primero, melancólico; si lo segundo, atronado. Su voluntad vacila durante los primeros años, porque el poeta siente dentro de sí una inquietud, un deseo de lanzarse hacia alguna cosa; pero no sabe qué cosa es ésta, y su decisión se retarda porque lo dedican á una carrera para la cual no ha nacido. Estudia en ella por fuerza, y desde muy joven ha de lidiar con el padre, con el tío, con el tutor, que quieren que trabaje para asegurar su fortuna, mientras él no sueña más que con la gloria, sin conocer que sea la gloria eso en que sueña. Á la mitad de su carrera, y en la edad en que la naturaleza nos dice que tenemos pasiones, el poeta, como los demás hombres las siente, y ¡ay de él si llega á querer! No hay en el universo cosa alguna tan hermosa como el porvenir que ve entonces. Huyendo del mundo que aún no conoce, ve otro mundo que ni ha existido ni existirá nunca. Acaba su carrera, y la aborrece más que cuando la empezó; le roba momentos para pensar en delirios; en su cabeza y en su corazón bullen afectos é ideas; reina en ellos la confusión, un caos, bienes, males, felicidades, desventuras, realidades y mentiras, todo fermenta á la vez, todo se revuelve y sin forma marcada, sin esencia conocida; en su cabeza y en su corazón existen todo el mundo real y todo el mundo del poeta. Si no amó todavía ama entonces, y si ya amó, vuelve á amar; y esta pasión que es furiosa en el poeta, abre un canal al piélago que lo inundaba. Toma la pluma y escribe, derrama su corazón en el papel, llora á sus héroes, se ríe con ellos, les hace sufrir los martirios que él sufre, les da la felicidad que él se desea, ó les envía las desgracias que para sí teme, y sin advertirlo, el héroe es él, la heroína es su amada, la acción es su vida. Gózase ya en la corona que ha de ceñir su frente, y alucinado cree que el lector llorará por lo que él lloraba, sentirá palpitar el corazón en las escenas en que palpité el suyo; y el lector lee, no llora, ni palpita, no le dice una palabra, y algún sér frío que no sabe conocer al pobre poeta le dirige una crítica mordaz, cuyas palabras se clavan como espinas en sus entrañas. El ánimo del poeta decae, se estremece, ve una ilusión desvanecida, le pasma ese contratiempo que no supo prever,

y jura sentir para sí solo. Pero su amada existe, su vista le inspira, sus palabras reaniman el entusiasmo ya moribundo; quiere poner á sus pies una corona, y arrojando todos los riesgos, desafiando con miedo los tormentos que le aguardan, escribe otra vez, y otra vez la crítica clava en él su mortífero diente, y el mundo lo deja pasar como un hombre que mueve á lástima, si ya no le zahiere con el horrible dictado de loco. Entre tanto conoce la sociedad, halla ambición baja, intereses viles, mentira, engaño, perversidad, traición; y á cada descubrimiento de esta clase ve disiparse una ilusión, morir una esperanza. Sólo le queda una realidad, el corazón de la que ama, y ya únicamente trabaja por ella; una alabanza suya recompensa la fatiga de un año, una mirada le sugiere un libro, una caricia le inspira un poema. Al fin logra ser conocido, ya tiene reputación, ya le señalan como un genio superior al común de los hombres; mas esa sombra de gloria es poco y ha llegado tarde. En su corazón ha muerto el afán que le lanzó á la carrera donde tantos han sucumbido. Ya es tarde, se refugia en su corazón, se refugia al lado de su querida, y para él ya no hay ambición de gloria. ¡Oh, aún puede ser feliz! El amor de la mujer es lo único que puede hacer dichoso á un poeta; el mundo es incapaz de llenar su alma, porque todo lo que da el mundo es obra de los hombres, y el poeta necesita una obra de Dios. La mujer, sólo la mujer puede consolar sus tristezas y endulzar sus amarguras, y puesto de rodillas ante ella le ofrece el nombre que ha adquirido, y le pide un aplauso. Y entonces la mujer, ó celosa de la reputación que sólo por ella se ha ganado, que se buscó luchando con la calumnia, con la fatalidad, con la ira de los hombres, ó poco satisfecha porque esa reputación ni es universal ni ha merecido una corona, no agradece su dón, ni premia su ansiedad, ni calma los tormentos de muchos años. Mira al desdichado, le alarga la mano para alzarle del suelo en que se hincó, y le compadece. ¡Pobre poeta! Vuelve los ojos atrás, y todo ha desaparecido; dirige una mirada al porvenir, y no hay nada, ni una esperanza, ni una ilusión; alza la vista al cielo, y el cielo le dice: has de vivir, has de padecer. Y el poeta se esconde de los hombres, cierra su corazón para siempre, recorre la vida de los poetas que le precedieron, y en todos se ve á sí mismo: todos fueron iguales: todos mu-

rieron ó perseguidos ó abandonados; ninguno tuvo una mano piadosa que cerrase sus párpados. Todos amaron, y todos al fin fueron abandonados por la mujer á quien lo habían sacrificado todo. El amor de la mujer los hizo poetas, el olvido de la mujer enmudeció su lengua para siempre. Cobijado bajo miserable techumbre, ignorado del mundo, no ve una sonrisa que alegre un día de su vida, no oye una palabra que consuele un instante de su padecer; y cuando los hombres recuerdan su nombre, el poeta ha encontrado la paz de su corazón en el lugar mismo donde van á buscarla los que se la robaron.

Cuando Dios cría á un poeta está enojado; cuando los hombres le miran, se irritan ó le compadecen; cuando la mujer le ama, se lanza frenético á un mundo de felicidades; cuando la mujer le desdeña, cae en un abismo de dolor y muere. ¡Oh tú, que ya has pulsado la lira! No hay remedio, canta, sé un día feliz, pasa como un soplo, y vé á buscar la paz en la morada de los que fenecieron. ¡Oh tú que vas á pulsar esa lira! Aparta la mano; tendrás un día de felicidad si á una mujer le place dártela, y en cambio llorarás una vida entera, porque esa mujer no te amará como tú le pediste que te amara y como ella prometió amarte. Un día conocerás que su cariño no existe, y entonces se derramará la desdicha en tu corazón, y tu corazón se irá consumiendo lentamente hasta morir. Sí, tú conocerás un día de completa ventura, y lo pagarás con lustros de desventura completa. No cojas la lira, está envenenada, y sin sentido llevarás la mano al corazón, y en él verterás el veneno de tu mano. Sé cualquier otra cosa, estudia, trabaja, surca los mares, investiga los secretos de la naturaleza, alivia las dolencias de tus hermanos, abre las entrañas de la tierra, sé cualquier cosa, pero no seas poeta.

EL DICCIONARIO EN CRISTAL

¡Bendito sea una y mil veces este nuestro siglo 19! ¡Bendito sea! vuelvo á decir, y si me dejara llevar de mi afición lo repetiría de noche y de día hasta reventar gritando ¡bendito sea el siglo 19! Y la causa que hoy más que otras veces me mueve á echar estas bendiciones, es que hoy más que nunca, después de haberlo pensado mucho, he venido á concluir que este siglo es el siglo en que los hombres más se han distinguido y continúan distinguiéndose de los brutos. En efecto, las dos grandes cosas en que esa distinción se funda son la razón y la palabra. Los hombres de este siglo hacen uso de la primera á poca diferencia como lo hicieron los de los siglos pasados y lo practicarán los de los venideros. Porque en aquellos y en éste y en los que han de venir se ven y se verán razones extraviadas, hombres locos rematados, hombres frenéticos y febricitantes, y aun desrazonables, y así nuestro siglo no presenta en esto ningún exceso, ninguna diferencia notable que baste á distinguirlo de los otros siglos. En materia de razón es pues el siglo 19 como los demás, y no es por ahí por donde los hombres se han distinguido de los brutos más que en él que en los restantes. Es, sí, en la palabra.

Aquí es donde el siglo se ha singularizado de una manera tan particular, que si alguno de los siglos venideros quiere echarle la pierna encima, será menester que los hombres, dejando á un lado todos los oficios y artes, se decidan á pasar la vida hablando desde que puedan pronunciar las palabras de Mamá y Papá hasta que cierren la boca para siempre. Infinitos é irrecusables son los testimonios de la parlería de este siglo. Díganlo sino esa multitud de alocuciones y proclamas que hemos oído, leído, y aun hecho muchos vivientes

que en otros siglos no hubiéramos pensado en proclamar ni alocucionar cosa alguna. Respondan esa innumerable serie de periódicos de todas castas, tamaños, caracteres de letras y colores, donde los hombres han dicho y dicen todo lo que piensan, creen y desean, y muchas cosas que nunca las han pensado, deseado ni creído. Contesten esos folletos y aun tomos enteros escritos con el título de *Vindicaciones*, en donde un ciudadano, para responder á una sola palabra que le zahería, ha escrito diez ó doce veces todas las palabras de la lengua y aun muchas otras que nunca pertenecieron á ella. Justifiquenlo esa muchedumbre de órdenes, leyes, circulares y bandos en donde á menudo no se ha hecho más que repetir lo ya mandado y prohibido pocos meses antes, y comentar la orden ó circular que de suyo estaba ya sobrado extensa y clara. Y si todo lo dicho no bastara, ahí están los congresos, en donde dos ó trescientos hombres se reúnen y hablan de cuatro á ocho horas diarias, y muchas veces no hablan de cosas sino meramente de palabras, en donde el que habla más tiene conocidas ventajas sobre los que hablan menos, á donde se envían muchos hombres solamente para que hablen y sin otro título que el ser buenos habladores, y en donde finalmente todo se hace hablando, ora estén de acuerdo, ora discuerden, ora vacilen acerca de si han de ir á un mismo fin ó si ha de tirar cada uno por su lado.

Pero el hablar meramente la lengua del país en que cada hombre ha nacido era poco hablar para este siglo hablador, y no satisfacía las parleras ansias de los hombres que en él viven. Podía suceder que los intereses ó el mero gusto de divertirse los llevase á países extranjeros, y podía acontecer también que los hombres de otros países viniesen al propio, y en cualquiera de los dos casos era posible que cayese sobre el hombre la tremenda calamidad de no poder hablar gracias á los majaderos que con la empresa de construir la torre de Babel irritaron á Alá resolviéndole á confundir sus lenguas para que no se entendiesen y hubieran de parar la obra. Al considerar pues este terrible riesgo, han querido los hombres prevenirlo, y se han dedicado á aprender las lenguas extranjeras para saber decir las mismas cosas en dos, tres, cuatro, cinco ó más maneras, y poder hablar siempre y en cualquier país á donde la suerte ó la voluntad los condujera. De aquí

esa multitud de diccionarios, libros que tratan expreso de palabras, ó que, por mejor decir, no son más que una colección de palabras hecha por un hombre que no contento con las que ha pronunciado durante su vida, ha querido dejar escritas todas las que sabía para hablar de dos maneras. De aquí los diccionarios españoles y franceses, franceses y españoles, franceses é italianos, alemanes y franceses, españoles é ingleses, italianos y españoles, alemanes é italianos, griegos y franceses, latinos y españoles, y la otra serie de diccionarios de tres lenguas, y de cuatro lenguas, y de cinco lenguas, como el que en Barcelona se publica, en donde cinco hombres se han empeñado en vaciarnos con cierto orden todas las palabras que entre los cinco saben en cinco lenguas distintas; y este empeño como que está en armonía con el gusto del siglo, ha complacido á muchos, y tiene el tal diccionario un grande número de suscriptores, á quienes les ha entrado en ganas saber cómo lo han de hacer para hablar en Castilla, en Francia y en Italia tanto como en esta tierra hablan. De aquí esa variedad en los mismos diccionarios: diccionario de faltriquera, diccionario portátil, diccionario compendiado, diccionario refundido, diccionario aumentado, diccionario completo, diccionario manual, diccionario nuevo; y la otra de diccionario en 8.º, en 4.º, en 4.º mayor, á dos columnas, en folio, por cuadernos, por suscripción, estereotipado, y por derecha y por izquierda, y por arriba y por abajo, diccionarios de todas lenguas, tamaños, papeles, precios, países y formas, que no parece sino que todos los hombres estemos obligados á comprar, leer, estudiar, aprender y aun á componer diccionarios. ¡Poderoso Alá! ¡Y qué terrible flujo de hablar y de ocuparnos de palabras!

Mas todo lo dicho no bastaba: hace años que todo esto se sabe, y con más ó menos latitud se hace, y por lo mismo era preciso que se presentase alguna novedad que al paso que estuviese en armonía con el gusto y con los adelantos del siglo no desdijera del carácter distintivo del mismo. Esta novedad debía recaer en palabras, y sería más bien admitida si presentaba la forma más ó menos aproximada de diccionario. Al fin la novedad ha aparecido y su autor es el dueño del *Café de las siete puertas*, no el dueño del edificio, sino el del café, esto es el artista, y con esta palabra me entenderán to-

dos los lectores. Ya todos ellos saben que el tal café tomó el nombre que yo le dí en un artículo, nombre sacado de las siete puertas que tiene. También habrán visto los lectores que en el cristal del centro de cada una de las puertas se lee en hermosas letras de oro *Café de las siete puertas*. Pues señor, el amo no ha estado contento; eso no era más que repetir la misma frase de la misma manera, y aunque está admitida la repetición de frases, es indispensable la variedad en la forma. Así, reuniendo las dos ideas, ha puesto el letrado dicho en catalán, castellano, francés, italiano, inglés, alemán y árabe, de modo que el café tiene puerta catalana, puerta francesa, puerta italiana, etc. Esto es lo que se llama apurar la materia, sacar partido de las siete puertas acomodándose al gusto del siglo. *Omne tullit punctum*. Ese café es un verdadero diccionario en cristal; no es completo, pero en esto tiene á quién imitar, y lo del cristal no imita á nadie, ha sido un pensamiento original, útil á los extranjeros que no saben la lengua de este país, y útil á las gentes de este país que sabrán decir en siete idiomas *Café de las siete puertas*. ¡Bravo, señor cafetero! Este artículo es para usted. Si yo fuese rey premiaría la feliz ocurrencia á lo rey; mas en mi posición la premio con hacerle un artículo, que es la moneda corriente de

ABÉN-ABULEMA.

UN CONSEJO QUE NO RECOMIENDO

Como los destinos buscaran á los hombres, haría por lo menos diéz años que yo sería consejero. Suponen algunos que eso sucedía en tiempos antiguos, mas yo no lo creo, ó si es cierto se han de referir á siglos muy distantes de los nuestros, porque desde donde alcanzan las historias he visto que sucedía al revés. Y si yo fuera consejero conozco que me

comería las manos tras el oficio, porque no me contento con dar los consejos que me piden, sino que á veces sin que nadie me los reclame los doy por docenas, á pesar de que no es género ese que se reciba muy bien. Cuando me los pide una hembra los doy más á gusto, y sin duda debe ser para desquitarme de los muchos que de ellas he recibido. Y cuidado con el consejo de la mujer, que quien no lo sigue dése á entender que es un porro acabado. Yo creo que algunas personas han olido esa afición mía, y así es que por escrito ó de palabra me piden consejos con bastante frecuencia, y no hay ejemplar de que no lo haya dado siempre que me lo han pedido, aunque algunos de ellos en compendio son como la contestación que algunas autoridades superiores dan á las consultas de las inferiores, que no suele ser otra sino que se arregle á las leyes, ó á las reales órdenes, con lo cual el consultante queda enterado á poca diferencia como lo estaba antes de consultar.

Sucedió, pues, no há muchos días, que vino á pedirme consejo un joven, que ó yo me engaño mucho, ó le ha sacado al mundo tanto jugo como el mundo á él, según estaba chupado y en la espina; sorprendióme que quisiera casarse, porque para eso y para ser diputado siempre he creído que era menester estar algo rollizo y bien portado. Hablamos y nos entendimos, por más que esto suceda pocas veces, y no quiero decir lo que hablamos en estilo narrativo, sino poniéndonos á los dos en escena, que cosas se ponen mucho peores que nosotros dos.

Joven.—Yo leo sus artículos de usted y observo que en muchos de ellos trata á baqueta el matrimonio, y como yo deseo casarme y no sé qué males son esos que halla usted en ese estado, desearía que me lo dijera para resolver si me conviene ó no atreverme con ellos.

Abén.—Todo lo que yo digo del matrimonio es chanza. Lo mejor que puede usted hacer es casarse y nunca estará usted mejor.

Joven.—Usted no está de acuerdo consigo mismo.

Abén.—Podría ser muy bien, pero no le admire á usted, porque como hombre, soy una cosa, y como escritor, otra. Ya usted conoce que está en moda eso de dividir á los hombres en dos, y de ser blanco como fulano, y negro como em-

pleado, como gobernante, como amigo, como cualquiera otra cosa.

Joven.—¿Con que usted es de parecer que me case?

Abén.—Y pronto: vivirá usted más tranquilo, irá usted limpio y arreglado, limpio de conciencia y arreglado de ropa, sacará usted de pena á una soltera, quitará usted un censo perpetuo á un padre ó hermano, cumplirá usted con la segunda parte del grande precepto del Criador, y dará usted ciudadanos á esta nación que hace 40 años los pierde por miles. Todo esto se entiende si tiene usted las cualidades necesarias para ser casado.

Joven.—¿Y cuáles son?

Abén.—Tres. Mucha paciencia, mucha vocación y mucho dinero.

Joven.—Dinero no me falta.

Abén.—¡Oh! ya tiene usted mucho adelantado.

Joven.—Vocación es cosa extraordinaria, porque hace veinte años que por mi gusto me hubiera casado, y sobre todo sentiría morirme sin ser lo que fué mi padre y para esto lo mejor es casarse.

Abén.—Vamos, por ahora todo me parece bien; pero observe que habiéndole yo dicho á usted ante todo paciencia, la ha dejado usted á un lado y me ha respondido á la segunda y á la tercera de las cualidades necesarias á un marido.

Joven.—Es porque en la paciencia está la dificultad. ¿Qué especie de paciencia quiere usted decir?

Abén.—Todas las especies de todas las paciencias.

Joven.—¿Pero cuáles son?

Abén.—Todas las que usted puede haberse figurado, todas las que ha visto usted tener á todos los maridos, y todas las demás que, amén de las dichas, podrá usted necesitar.

Joven.—Pero siendo usted casado, bien pudiera usted decirme las.

Abén.—Imposible. Eso es lo mismo que un viaje. Yo voy á Madrid y usted va después que yo en el mismo buque ó carruaje, y en los mismos días, y sin embargo le suceden á usted mil cosas que no me sucedieron á mí, ó al contrario.

Joven.—Pero diga usted una siquiera.

Abén.—Allá va una. Ha de tener usted paciencia para

aguantar la misma mujer treinta ó cuarenta años, como ella la ha de tener para aguantar un mismo hombre.

Joven.—Abí tiene usted lo que más me arredra, porque yo soy de mío tan caprichoso y antojadizo, que casi todas las mujeres me gustan. Siempre he andado en trapicheos con tres ó cuatro, y entre tanto tenía en embrión otras tantas.

Abén.—Según eso, usted es un coqueto.

Joven.—¿Le parece á usted?

Abén.—La opinión es libre, y yo opino eso de usted. Si á usted no le parece bien, opine usted otra cosa, y por esto no hay nada perdido.

Joven.—Yo creía que los casados hacían algunas correrías por fuera de su territorio, y yo me contentaría con un día de asueto cada semana.

Abén.—No falta quien lo haga, pero eso es malo, y si entra usted con ese pie acabará usted por tener asueto cada 24 horas.

Joven.—Por ese lado vamos mal. Á ver, indique usted alguna otra de esas paciencias.

Abén.—Necesita usted paciencia para tener paciencia cada vez que le digan á usted que tenga paciencia.

Joven.—Eso es una paciencia sin límites.

Abén.—*Tu dixisti:* es la paciencia de los maridos. Le saldrán á usted mal los negocios, se enfadará usted y la mujer le dirá: Hombre, ten paciencia, y es preciso que usted la tenga. Le pedirá á usted que la acompañe á una visita, y si usted refunfuña, le dirá á usted: Hombre, ten paciencia; y usted ha de tener paciencia. Llorará un chiquillo, si hay chiquillo, y usted que tendrá sueño se quejará y le dirán á usted que amén de tener sueño tenga paciencia, y ha de tener usted paciencia. No podrá usted salir con la suya de tener un chiquillo, y aun para esto le dirá á usted la mujer que tenga paciencia. Cada día oirá usted mil veces esa frase, y si no tiene usted paciencia, que es lo peor que puede sucederle, habrá usted de tenerla á lo menos para oír como le repiten que la tenga.

Joven.—¿Y hay hombre que se case?

Abén.—Todos los que tienen paciencia.

Joven.—Según eso, los que no la tenemos no nos podemos casar.

Abén.—No tal. Si usted no la tiene la adquirirá usted; pero yo le aconsejaría que antes de casarse la adquiriese.

Joven.—¿Y usted la tiene?

Abén.—Sí señor: yo solo tengo la que bastaría para dos maridos á lo menos; pero á fin de no andar soltándola por adarmes la he soltado toda de una vez y la he dicho á mi muy amada consorte: haz todo lo que quieras, y con esto me dejo plantar en la frente el marido que esté con su mujer en mejor predicamento que yo.

Joven.—Según eso, no hay otro remedio para estar bien que dejarlas hacer todo lo que quieran.

Abén.—No tanto; pero si la paciencia es esencial en el matrimonio, aquel matrimonio tendrá más de su esencia en que el marido sea más paciente, y si es el pacientísimo de los pacientísimos, el matrimonio ha llegado á toda la perfectibilidad á que puede llegar el sistema carcelario con los esfuerzos de la sociedad recientemente formada.

Joven.—Pues señor, no me caso.

Abén.—Ya me lo he figurado. El matrimonio es como los viajes. Si piensa usted mucho se le ofrecen mil inconvenientes, y no se mueve usted de casa; pero si lo emprende usted se encuentra bien y se divierte, y aunque haya incomodidades, están compensadas. Todo tiene su contra en este mundo. Soltero, tiene usted más libertad, más dinero, y más paciencia; casado, mejor conciencia, más tranquilidad y merecimientos para alcanzar la bienaventuranza. En una palabra, si trabaja usted para este mundo sea usted soltero, si para el otro cátese usted, y sobre mí si no bendice usted la ocurrencia. El reino de los casados no es de este mundo, amigo mío.

Joven.—Ahora estoy más enredado que antes y más perplejo en lo que debo hacer.

Abén.—Pecho al agua, cátese usted y asegure su conciencia: porque soltero y conciencia limpia es un contrasentido.

EL PIE

¡Oh tú, último miembro de nuestro cuerpo! uno de los más pequeños, que andas siempre cubierto con una ó más cosas, que estás condenado á sufrir más que los otros, á quien obligan á llevar encima toda la mole del sér á quien perteneces, sin contemplación á tus dolencias y males crónicos; yo te considero como una de las partes más interesantes para la hermosura de las mujeres. La naturaleza te dió una forma muy bonita y llena de gracia, te dió una porción de goznes por medio de los cuales te doblas todo entero hacia los lados, y hacia arriba, y hacia abajo, y por partes haces mil juegos y monadas que con más ó menos donosura tienen mucha novedad y á veces coquetería. Todos los hombres reparan en ti cuando rematas la pierna de una mujer, y al hablar de las gracias ó de las deformidades de una hembra se te cita al momento para realzar aquellas ó acrecer estas. Como en los ingenios, en los hombres y en muchas cosas se encomia la grandeza, en ti se pondera la pequeñez, de modo que eres más estimado en cuanto eres más menudo. Basta que la naturaleza te haga pequeño, pues en cuanto á las demás calidades nadie repara en ti, no sé si porque siempre te presentas arropado, ó porque el arte te da una figura que propiamente hablando no es la tuya. Metido siempre dentro de un saco más ó menos fino, no se ven tus graciosos juegos ni tus parciales movimientos, de manera que por más que constes de muchas partes, te presentas siempre como un todo de distinta figura de la que naturalmente tienes.

El arte se ha ocupado mucho para vestirme, y la moda discurre é inventa cada día nuevos trajes con qué disfrazarte. Aquí la seda, el estambre en otra parte, acá el algodón, el hilo acullá, el cuero, los tejidos de lana, de lana y seda, de

algodón puro, todo se emplea en ti, y en una concurrencia de señoras te presentas de mil maneras, según el gusto de aquella á quien sostienes, la moda dominante, el capricho de la dama de quien eres, ó quizás el del amante de aquella dama. Cuando te veo metido dentro de un borceguí, aunque sea de seda ó de finísima tela de hilo, me das pena porque te considero encarcelado y oprimido cual si te hubiesen encerrado en un estuche. Unos días negro, blanco otros, y de diferentes colores algunos, en vano cambia la tinta de tu traje; porque al mirarte en ese aprieto siempre me causas la misma pena, siempre te compadezco. Cuando te estrechan dentro de una media de seda negra, me pareces el símbolo de la tristeza, y me haces sufrir. Figúraseme entonces que estás melancólico, y que llorarías si tuvieses ojos por donde arrojar las lágrimas. Envainado en una media de lana ó de estambre siento por ti una comezón en todo mi cuerpo cual si me lo paseara un hormiguero, y luego se me antoja que tienes dolores, y que te cubren de aquel modo para promover un trasudor que no puede ser sino muy asqueroso, porque, y perdona esta claridad, cuando sudas hueles que no hay quien te aguante.

Dentro de una media de seda blanca ó de color de carne, y un zapato blanco por contera, cual en bailes y en el teatro sueles presentarte, no me gustas; estarás entonces ricamente vestido, estarás muy de moda; pero á mí no me haces gracia; se me alargan los dientes al acordarme de que las yemas de tus dedos han rozado con esa seda, y que esta ha podido tocar en el borde de tus recortadas uñas.

Dentro de una media de color, me pareces un hombre sucio que para no afeitarse ni mudarse la camisa se deja la de dormir, y se envuelve en una capa creyendo que va decente, cual si al verlo muy embozado no conociese cualquiera que si anduviera limpio de cara y de ropa no ocultaría lo uno ni lo otro.

Quando te echan una segunda cubierta de tafilete de color verde ó de carne, se me figura que estás de negligé y como desdeñoso, cosas que unas veces pegan bien, y otras producen malísimo efecto.

Quando te montas sobre zuecos estás mal; tú naciste para ir casi rozando con el suelo, y cuando más lindo estás en

aquel lugar que te asignó la naturaleza, otro tanto me fastidias, y haces un papel ridículo cuando quieres subirte á mayores. Y no lo extrañes, pues todos los que nacieron para estar bajitos y quieren levantarse hacen un papel tan ridículo como tú.

Con calceta blanca y zapato bordado no haces tampoco furor, pero de tiempo en tiempo te lo sufro porque no es cosa de despreciar un regalo que te han hecho las manos con la mejor intención del mundo. Así es que lo soporto cuando te estás muy metidito en casa, pues para salir á la calle es ocurrencia diabólica y horriblemente antielegante.

Desnudo no puedo tolerarte porque es indispensable ser divinamente hermoso para parecer bien en tal estado; la verdad, con ser tan bella, no se atreve á presentarse de ese modo porque los hombres la han escarnecido é insultado cuando se ha ofrecido á su vista sin atavíos.

Cuando te miro vestido con blanquísima y fina media de algodón ó hilo de Escocia, y llevando á manera de capuz un zapato de seda negro, romo hacia la punta, bajito por los costados y por atrás, del cual parten dos cintas que dando dos vueltas sobre ti forman una cruz y van á perderse hacia más arriba del tobillo; si con ese traje descansas sobre un bordado cojín ó silleta de fina enea, y sales por bajo la orla de un vestido blanco de muselina, ó rozando con el farfalá de una basquiña negra de seda, entonces me embelesas, me encantas, eres para mí un objeto lindísimo, y si fueras un mueble suelto que pudiese llevarte sin traerme conmigo el miembro á que estás unido, te tendría como una cosa preciosa, te acariciaría, y mis labios te dirían que te quiero. Cuando te veo de ese modo me atraes sin poderlo remediar, y te contemplo con un gusto tal que te fijas en mi memoria y te recuerdo cuando ya no te tengo á la vista. Nunca te vea yo sino de este modo.

7 de Diciembre de 1840.

LAS ESPERANZAS A TIRAS

En mitad de la renta me dejo plantar al autor que no escribe con el intento de ganar dinero. Ellos la echan siempre de desprendidos, y agarrándose de la gloria quieren dar á entender que lo último de que se acuerdan es del busto de los reyes. Ya sé yo que el deseo de la gloria es el grande y quizás el primer móvil que los estimula; mas como casi todos los autores son pobres, y en este mundo no se hace cosa alguna sin dinero, y además necesitan dinero para imprimir la obra, he aquí que, con harta repugnancia de su corazón, trabajan también por el dinero. Claridad es esta que se les estomacará á más de cuatro noveles escritores, que como no han de pensar todavía de dónde sale el metálico para cubrir macas y satisfacer necesidades, no desean más ganancia que ver su nombre en letras de molde, y su obra encomiada en algún artículo volante, ó folletín de periódico. Cachaza, cachorritos míos, que cuando tengáis vivienda propia y casero á quien pagar alquileres, y criado á quien hartar y dar salario, y zapatero, y sastre, y sombrerero, etc., etc., á quienes pagar los productos de sus respectivas artes, sabréis lo que es bueno y desearéis como los demás tener monedas con que tapan la boca á tanto prójimo como pide por mil razones distintas. Y cuidado que mi voto vale en la materia alguna cosa, porque hace la friolera de diez años que soy autor, bueno para unos, y malo para otros; pero que soy autor no hay quien me lo niegue, y he logrado hacer llorar á más de cuatro bellos ojos, y sonreír á más de cuatro acarminados labios. Y también yo trabajaba por la gloria, y aun la amo en primer término; pero comenzaron las gentes á pedirme dinero, y he aquí que me he visto en la necesidad de desear dinero; deseo ramplón, prosaico, miserable, indecente. Convengo en ello,

y me consuela el que ese deseo no ha nacido en mi corazón espontáneamente, sino que lo han inoculado en él las gentes que dieron en el chiste de pedirme dinero para cualquier cosa. Ningún autor que se afeite me negará que hasta ahora todo lo que he dicho son verdades, sino eternas, tan antiguas al menos como los autores y la moneda, y partiendo de esos principios conocerás, lector benévolo, los tormentos que se le hacen sufrir á un autor precisamente en el día en el cual fundaba casi todas sus esperanzas. Supongo yo un autor que imprime una obra por su cuenta, y es en España una suposición tan arriesgada, que casi ni en broma puede hacerse, como lo acreditarían si fuera menester todos los padrastrós de los literatos, como los llaman algunos, ó amigos como me place á mí llamarlos, ó impresores como los denominan los profanos. Pero en fin supongamos ese caso excepcional de que el autor imprime por su cuenta, esto es (por si hay quien no entienda la frase) que saca todo el dinero necesario para pagar la composición, el papel, la tinta, la letra, el tiraje, el plegar, el coser y la encuadernación. Algunos días antes de que el libro esté en disposición de ser vendido, anda mi hombre atareado para escribir el cartel, en el cual quisiera no revelar cosa alguna de las que han de sorprender al lector, si bien desearía dar una idea de que habrá cosas sorprendentes. Su ánimo es hablar con modestia, pero acordándose de que fray Modesto nunca llegó á ser prior, deja colar alguna alabanza salpimentada con la importancia del asunto y la oportunidad de la publicación. Toca, borra, pone, quita, cambia, hace y torna á hacer, y al fin sale el anuncio de su mano aunque no á entera satisfacción suya. Imprímese poniendo el título en letras muy grandes y dividido en tres ó cuatro líneas, una de las cuales es de aquella maldita letra gótica ó alemana que no hay ojos que la lean. Viene en seguida la explicación, y como á manera de P. D. el nombre del librero en cuya tienda se vende la obra, y su precio. Danse los carteles al cartelero, y apenas raya el alba cuando mi hombre con un fajo de carteles en una mano, y una olla de almidón y una brocha en la otra recorre la ciudad, y en cada esquina de las notables pega un ejemplar del anunciador cartelón en que fanda sus esperanzas el literato. Como las esquinas son *verè nullius*, tras de ese cartelero viene otro

que planta un *Aviso al público*; á poco rato se descuelga el cartelero del teatro con el cartel en que se anuncia la famosa comedia que se hará aquella noche, siendo el protagonista el señor Luna. Á la media hora se presenta el que publica la *Beatrice di Tenda* en el Liceo, y gracias si aquel día no se anuncia alguna subasta ó alguna traducción de Víctor Hugo, ó la cuarta edición de la *Cuina catalana*, ó la tercera del *Repostero y licorista*. El autor ha prevenido que su cartel no se ponga muy alto, porque como en este maldito siglo la mitad de la gente son cortos de vista, sin duda por efecto de lo mucho que se lee, á estar el letrado alto no lo vería nadie. Sale mi hombre de casa á media mañana, y de rondón se dirige á una de las esquinas en que sabe que ha de estar su anuncio; mira, busca, saca su lente. ¡Oh invasión arbitraria! ¡Oh latrocinio atroz! Los teatros se han comido la mitad del cartel, esto es, un cuarterón por cada lado, y sólo se columbra la mitad del nombre de la obra, la tercera parte del autor, y ni una letra de la tienda en que se vende. La charada que puso debajo del título no tiene sentido. ¡Maldición eterna al profanador! ¡Qué atrocidad! Una esperanza perdida, todos los que claven la vista en aquella esquina no verán la obra, y ninguno la comprará. Á otra esquina volando. Es cosa de echarse una soga al cuello. El *Aviso al público* tapa el título enterito, y sólo se ve el nombre del autor, sin que se columbre una palabra más porque todo ha quedado á retaguardia de la *Beatrice di Tenda*. Vamos á otra. ¡Qué se ha hecho la tolerancia y el respeto por los que llegaron antes! Una subasta se ha encajado delante del cartel á manera de cortina, y sólo se ve el nombre de la tienda y el precio. ¿Y qué es lo que se vende? Nadie lo sabe. Otra esperanza convertida en humo. ¿Cómo se ha de vender la obra si nadie puede leer el anuncio? ¡Oh! Esto es una infamia! El autor sudando el quilo y enjugándose la frente echa á correr á otra esquina. ¡Fuego de Dios! Venganza, venganza! ¿En dónde está la ley? ¿Qué ha sido del derecho de propiedad? Un muchacho de seis años puesto en pie sobre los hombros de otro de doce coge el cartel por una esquina mal pegada, y se lleva un trozo; queda un ángulo separado de la pared, y el maldito le pega otro tirón, y parte por el medio el nombre del autor que se siente romper las entrañas. Aún queda otro trozo en

el aire, y al tercer tirón del maleante rapaz se viene el título abajo, y el precio y el librero, y el alma del autor que se le escapa hasta los talones. ¿En dónde está el código que protege la propiedad particular? Las esperanzas del autor se van á tiras, y cuál pára en cola de cometa, cuál en papeleta de confites, cuál en bola de papel mascado para arrojar en la escuela. ¡Santo Profeta! ¿Y será que tal delito quede impune? Sí, queda impune, y si ha quedado algún pedacito de cartelón, del cual, como por hilo se saque el ovillo, pudiese descifrarse en dónde la obra se vendía, y quién era el autor, acaba de desaparecer á la hora en que se cierran las fábricas, ó á la salida de los muchachos de la Lonja, y á la mañana siguiente en vano el infeliz escritor recorre todas las calles: no queda más que una mayúscula, ó un número que nada significa, ó una palabra truncada: restos que arrancan lágrimas de sus ojos. Vamos á casa del librero. ¿Cuántos se han despachado? Los dos que he remitido á la jefatura política.—¿Y ninguno más?—Ninguno; pero al paso que vayan leyendo el cartel irán viniendo.—¡El cartel! Ya no existe; á tiras lo han ido arrancando los muchachos, llevándose en cada una de ellas una de mis esperanzas.—¡Oh dolor!—¡Oh miseria! ¡Oh robo atroz! ¡Oh desapiadada muchachería!

3 de Setiembre de 1840.

LA VIRGEN DE JUDEA

Si bien en Judea, como en los demás países del globo, todas las mujeres nacen vírgenes, algunas lo son durante gran parte de su vida, y aun las hay que mueren en ese feliz estado: cuando se dice simplemente *La virgen de Judea*, se entiende que se habla de la Madre de Jesús. Aunque moro, tengo yo muchísimo respeto y amor á María, porque amén de las cau-

sas particulares que á ello me impulsan, sería yo muy mal mahometano si no sintiese esos afectos por la mujer que es una de las tres perfectas que ha criado Alá, según sabiamente me lo enseña su Profeta en el Korán, que pongo yo sobre mi cabeza. Advierto todo esto para que no se crea que voy á hablar de la Virgen María en términos poco regulares, pues lo que me mueve á escribir este artículo es haber visto el prospecto de una obra que va á publicarse con el título de *La virgen de Judea: historia de la madre de Dios*, que yo hubiera llamado madre de Jesús.

Confieso de buena fe que el tal prospecto me ha hecho gracia porque hay mil cosas singulares. En primer lugar entre 189 nombres sustantivos hay 103 que llevan su adjetivo corriente, y algunos van acompañados de dos y... ¡cosa admirable! puede ofrecerse un ejemplar de cuatro. Sirvan de muestra las siguientes frases: *florentísimo católico reino de las Españas; formidables iberos pechos; famoso metropolitano reliquiario; astros portadores de católicas luces; dócil, pío y gentil pueblo valenciano*. A la verdad no sé yo cómo se compone el autor del prospecto para amalgamar eso de pío y gentil con que adjetiva al pueblo de Valencia, y he aquí una de las singularidades que en ese escrito han llamado mi atención.

Allá en los principios nos dice que la *hidra religiosa levantando su erguida cabeza*. De manera es que si ya la tiene erguida no sé yo cómo ha de levantarla: pero no niego que el autor lo sepa, y á mí me ha parecido esa una singularidad. La de *reinos alienígenos* me ha gustado como moro que soy, y sé de buena tinta que les ha hecho gracia á una porción de personas que no han entendido eso de *alienígenos*, sólo porque ha de decir *alienígenas*, cual si una *o* por una *a* fuera cosa de importancia. Que la España sea un suelo *sacro*, me ha pillado de nuevo, y he sentido por primera vez en mi vida no haber nacido en él, pues á tener esa dicha fuera yo menos profano. *La Hesperia puesta bajo las tiendas de la virgen que mira con torvo ojo á los que desde el limo de la tierra se atreven á poner sus abominables bocas en las cúspides del empíreo*, todo esto es una oración del tal pergenio que me dejó freir vivo si la entiendo. ¡Y yo que creía entender todo lo que en castellano se escribe! De todo esto no he podido sacar en lim-

pio sino que la Hesperia miraba con un solo ojo, y ese torvo. Es una lástima, porque una hembra que mira de ese modo se afea, y luego que eso de mirar con un ojo no más, podía dar sospechas de que fuese tuerta. Dice el autor que ha *juzgado publicar una obra*, y se ha dejado en el tintero si lo ha juzgado *bueno ó malo*, y aunque de fijo no sé lo que habría puesto, estoy seguro de que discordaríamos. *El inmenso abismo de ciencia de las sacras páginas*. He aquí una frase que no me ha gustado: me ha parecido ver á Juan, Lucas, Marcos y Mateo metidos en el corazón de algún volcán, dando gritos para que los cristianos los oigan, y gritos recios porque ellos se están *tamquam surdus qui non audit*.

Que el autor de la obra es un *vástago de la ilustre romana alcurnia de los príncipes de Orsini*, es noticia de interés, y en efecto que fué una lástima que un hombre de su estofa arrostrara *los peligros horrendos del mar embrayecido, y los azares que en medio de las beduínas hordas pudieron sobrevenirle*. Afortunadamente salió de esos malos pasos, y en cuanto á mí le doy la enhorabuena y deben dársela todos los cristianos, pues si se lo sorbiera el agua, ó se lo hubiesen almorzado los beduinos, no escribiría la historia; ni el pío, dócil y gentil pueblo valenciano tuviera ahora el gustazo de verla traducida é impresa en su cara patria. Quince años *discurrió el buen varón por las orientales asiáticas provincias para hacer patentes los horóscopos de María*. Me parece mentira que haya podido volver por acá, después de tantos trances y tantos tragos como habrá pasado. Mas desde ahora para en adelante declaro, que no creeré una palabra de todo lo que diga, pues ni creo en agoreros, ni esos horóscopos son más que el resultado de observaciones vanas y supersticiosas, á que me parece que no debía dedicarse un *sabio ministro del gran sacerdote Jesús*.

La categoría eclesiástica no es exactamente lo que significa, y lo siento, porque pierde uno el hilo cuando tiene que dar un salto. Los hechos, según dice el prospecto, se encuentran testificados por las más sanas doctrinas. Esto no sólo es una singularidad sino también una idea del todo nueva, porque hasta ahora nunca se había creído que las doctrinas pudiesen testificar, y lo que es por mí, no lo creo todavía y dudo que lo crean los curiales, que son los que más voto tienen en ma-

teria de testificaciones. *Las acciones penoleadas*. No creo que esto sea castellano, y quizás el escritor no lo creía tampoco, y esto que algunos puristas lo reputarían por pecado, yo lo tengo por una ocurrencia feliz, con la cual el traductor nos hace saber con una indirectilla que conoce la lengua italiana, y además nos da una garantía de que la traducción tendrá el sabor del original, que es ya mucho mérito en una traducción.

Que la Virgen de Judea haya *hecho demora en la alma casa de Jehová* ha sido para mí una noticia que me ha pasmado, pues ó yo no sé lo que significa la palabra Jehová, ó la Virgen nunca vivió en *la alma casa de Jehová*. O el autor del prospecto ó yo, padecemos una equivocación de mucho bulto y me complazco en creer que soy yo. *A golpe de ojo*, ¡vaya una frasecital *A coup d'œil*, dicen los franceses, y dicen bien; pero en español...!

Hacia el fin del prospecto dice su autor que en la traducción *se esmerará en la pureza del lenguaje*. No estoy lejos de creerlo, y haciendo un esfuerzo más, lo creo; pero hubiera deseado que comenzara á ejecutarlo en el prospecto, el cual además de no estar escrito, á mi ver, en lenguaje muy puro, tiene un gusto rancio y afrailado, así como si dijéramos el gusto de *Jardín de flores: El más hermoso vergel*, y otros libros de ese estambre que se leían con placer hace cien años, y que hoy se leen, digo mal, se tiran, porque no hay quien tenga paciencia para leerlos.

Si mis ruegos pudieran tener alguna eficacia los dirigiría al autor á fin de que adjetivando menos y dando más sencillez al lenguaje y siendo más castizo, ahorrara á los lectores de la obra el trabajo de andar consultando el diccionario, y de adivinar de qué idioma traen origen algunas de las voces que caracterizan su estilo. Hágalo así por Alá, y el libro será leído con más gusto, entendido con más facilidad, y criticado con menos acrimonia.

¡CUÁN POCAS NAVIDADES CONTARON MIS ABUELOS!

Metido en un cascarón
entre paja y plumas puesto,
en el fondo de algún cesto
oculto allá en un rincón,
comienza el pavo su vida
en tinieblas y apretado,
sin siquiera serle dado
rebullirse en su guarida.

Venido al fin el momento
en que la luz salga á ver,
la cárcel ha de romper
por sí mismo, y es un cuento.

El blanco piquillo apenas
mover puede el pobrecito,
da uno y otro golpecito
y abre paso á duras penas.

Sale al mundo; cual tullido
no puede tenerse en pie,
abre los ojos y ve
por todo universo el nido.

Osa al fin, del cesto salta
y se encuentra en un pajar
donde tiene que buscar
lo que á su estómago falta.

En grupo con sus hermanos
tras la madre va á la parva,
y como la madre escarba
él la imita, y á dos manos.

Una hormiga en este lado,
un grano de trigo allí,
dos cañamones aquí,
allá un poco de salvado.

Migajas de pan acá,
ora un grano de cebada,
una hojita de ensalada,
un garbanzo más allá.

El maíz que va á robar
en la pocilga al cochino,
el arroz que el muy ladino
al capazo va á buscar.

Al fin con tanto comer
aumenta su pequeñez,
empluma su desnudez
y muestra lo que ha de ser.

Medra, mas de poco en poco,
recio pica, y ya se engruesa,
lleva la cabeza tiesa
y saca el purpúreo moco.

Ya cuentas se echan sobre él;
y le dan mejor comida,
quizá una sopa cocida,
quizás pan mojado en miel.

Tres veces de sol á sol
le dan regular pitanza
y además llena la panza
deshojando acelga ó col.

Cuando el año va á acabar
la cosa otro rumbo toma,
pues se empeñan en que coma
para que llegue á engordar.

Á puñados va el salvado,
las sopas van á cazuelas,
y como no tiene muelas
se lo dan todo amasado.

Cuando el diciembre se empieza
al día sólo una vez
le hacen comer una nuez
enterita en una pieza.

Crece el número de nueces
al paso que avanza el mes,
le dan dos, y después tres,
y hasta veinte en cuatro veces.

Quieras que no las digiere
el estómago pavuno,
y si tal vez hay alguno
que no pueda, ese se muere.

Antes de santo Tomás,
una fresca madrugada
sale de su patria amada
para no volver jamás.

Á la ciudad más tragona
le encaminan al cuitado,
y al fin llega ya cansado,
por ejemplo, á Barcelona.

Allí en círculo que tiene
tres cañas por periferia
queda puesto ya en la feria
á merced del que allí viene.

Le coge éste por los pies,
le pone cabeza abajo
y cual si fuera un badajo
le mueve á drecho y revés.

Otro la pechuga tienta,
y si se escapa, un cañazo
le dan en el espinazo
de manera que lo sienta.

Al fin llega un comprador
á quien el animal gusta,
y luego su precio ajusta
á fuer de conocedor.

En un instante agarrado
por muchacho turbulento
es llevado como el viento,
patas arriba colgado.

Venido á la casa luego
donde tiene que morir,
le salen á recibir
con grande algazara y juego.

Allí le palpan y estrujan
los chiquillos y lo soban,
unos á otros se lo roban
lo arremeten y lo empujan.

Al fin en algún desván
lo confían por dos días,
y son sus postrimerías
agua escasa y menos pan.

La hora llega menguada
en que tocan á degüello,
y empuña su blando cuello
zafia mano de criada.

Un cuchillo como sierra
le pasa y vuelve á pasar,
y al cabo á puro aserrar
viene la cabeza á tierra.

Ya la sangre salta hirviendo,
se estremece el inocente
y de la casa la gente
aplaude al verle muriendo.

Lo despluman á seis manos
tirando por todos lados,
y los miembros ya sobados
se mutilan inhumanos.

La cesárea operación
ensayan en él indinos,
le arrancan los intestinos
el hígado, el corazón.

Las piernas le hacen saltar
y de las alas las puntas,
y al cocido todas juntas
se acaban de destinar.

Ya sobre la mesa está
el pavo medio vacío,
sin cabos, desnudo y frío
que pena el mirarlo da.

Más que á la moda le duela
se sigue la añeja usanza
de henchirle al pavo la panza
y aquí viene la cazuela.

Tres libras entre orejones
y ciruelas, la manzana
que sea bien gruesa y sana,
y tres cuartos de piñones.

Con este lastre infernal
la bodega rellena,
se cose á punto de espada
el vientre del animal.

Se le pringa al punto mismo
de manteca por do quiera,
cual si el difunto tuviera
que curarse un sinapismo.

Cubierto con un papel
bien relleno, y bien untado,
y en cazuela colocado
al horno se da con él.

El cuitado sufre allá
diez horas de fuego lento
y se ablanda á tal tormento;
¿y quién no se ablandará?

En este instante en que vas,
lector, su historia mirando
se está el pobre achicharrando.
¡Y tú tan fresco que estás!

Á las tres de aquesta tarde
á tu mesa irá á parar,
y del arte de trinchar
en su cuerpo harás alarde.

Degollado y desplumado,
abierto, lleno y cocido,
bismado, y después cocido
hoy será descuartizado.

Cada comensal á escote
bocados le tirará,
y trinchado quedará
más que carne de jigote.

Tal es del pavo la vida
corta, mala, y con fin peor:
¿y por qué tanto dolor?
para honrar una comida.

¡Oh pavo! yo me estremezco
por quien nace en mala estrella,
y pues tú naciste en ella
de veras te compadezco;

Mas siendo sabio sistema
de la tierra el uso hacer,
también hoy te ha de comer
el moro *Abén-Abulema*.

25 de Diciembre de 1840.

¡VAYA UNA ASNADA!

¿Cómo creeréis, lectores de mi ánima, que hasta pocos días atrás estuve siempre en la idea de que los periódicos eran la expresión de las opiniones del país en que se publican? Pues quiero que sepáis que yo así me lo figuraba; y no sólo me lo figuraba, sino que lo decía y lo sostenía con fe sincera, y con una fuerza de convicción, que no la tiene mayor nadie en el mundo. Y esta asnada mía debió de consistir en que no leía más que un periódico, cuyas opiniones se parecen á las mías, y pensaba yo que poco más ó menos todos los periódicos opinaban de la misma manera. Figuraos qué tal me quedé cuando en la pasada semana, y con motivo de la intentona carlista, me dí á leer periódicos de acá y de allá, esto es, de provincias y de la corte. ¡Poderoso Criador! ¡qué barullo y qué baturrillo y qué desbarajuste y qué enredo! ¿En dónde está la opinión de los españoles? ¿Cómo deslindar cuál es el medio de esa diversidad de opiniones de los periódicos, que, según ellos aseguran, representan la opinión de España? No hay más remedio sino que la mayor parte de cuanto en ellos se dice es mentira, porque el país, considerado en conjunto, es como un individuo, que no puede tener más que una opinión, y en los periódicos veo mil opiniones diferentes, y muchas de ellas contradictorias.

Decía uno que los presos de Uldecona los ha de juzgar el Senado por esto y por lo de más allá; decía otro que han de

ir á parar á un juez de primera instancia por aquello y por lo otro; decía un tercero que eso es asunto de una comisión militar por tales y cuales razones. Uno, que es preciso que por sobre sus cabezas pase el mismo rasero que por encima de las cabezas de otro cualquiera; otro, que no señores, que esos presos tienen una categoría que no permite esa igualdad: y es lo bueno que unos y otros se fundaban en leyes. ¿Si estarán las leyes tan bien avenidas como los periódicos?

Aquí un periódico dice que el confesor de la reina hizo mal en no querer recibir á la esposa del desventurado Ortega: otro le carga más la mano, y no falta un tercero que diga que si la hubiese recibido habrían dicho que se metía en política y que abogaba por un carlista. ¿Y cuál es la opinión del país? Échele usted un galgo: acuda usted al sufragio universal y quedará usted enterado.

De pronto me encontré con un periódico que decía que los plenipotenciarios marroquíes no se presentarían en Tetuán; otro que aseguraba que ya se habían presentado, aunque sin poderes; otro que juraba que ya habían parecido y con poderes amplios, y otro que sostenía que ya habían convenido en no sé cuántos artículos de la paz. ¿Y el país, qué opina de todo eso? ¡El país! Sí, el país, ¿de qué opinión es el país? ¿Cuál de esas opiniones expresa la del país? ¡Pobre país! ¡Cuántas cosas te hacen opinar que no las has opinado nunca!

Á lo mejor otro periódico dice que saldrá del ministerio el señor Posada Herrera, otro que no saldrá, otro que hay crisis, otro que no la hay, otro que saldrán tres ministros, otro que saldrán cinco, otro que no saldrá ninguno, otro que no quedará ninguno. ¿Y el país qué opina? El demonio sabe lo que opina el país, y los periódicos lo saben lo mismísimo que yo que no sé nada. ¡El país! ¡pobre país! ¡Y cuántas cosas te hacen opinar que no has opinado nunca!

Abro un periódico grande, y dice que la intentona carlista tenía vastas ramificaciones, otro no tan mayúsculo dice que estaban metidos en ella personajes muy elevados, otro de regulares dimensiones asegura que no se había comprometido persona alguna de sustancia, otro que eso sería muy serio, otro que eso fué una calaverada muy tonta, otro que fué una verdadera locura. ¿Y el país, qué opina acerca de esto? Cada

periódico pretende que su opinión sea la del país, y por si aún no la ha formado, él se empeña en que la forme. Y el país, que no se ocupa de tantas averiguaciones, opina que es sencillamente una intentona que ha salido mal, y que si hubiese salido menos mal habría dado malos ratos, más ó menos largos; pero pasado el momento, el país no opina nada, y si no fueran los presos de Uldecona, ya no se acordaría de semejante cosa. El país tiene muchas otras cosas en qué ocuparse y de qué acordarse, y está muy lejos de acordarse y de ocuparse de mucho de lo que se ocupan y se acuerdan los periódicos.

Luego ví que los periódicos se ocupan mucho de decirse unos á otros las cuatro verdades del barquero, que se envían unos requiebros que sólo en periódicos se leen, que se tratan de un modo muy poco agradable, que se desmienten, que el uno se burla de lo que dice el otro, que se punzan, que se atizan, que se desuellan. ¿Y de eso, qué opina el país? El país tiene muchísimo juicio, y opina de eso lo que opinan los que tienen muchísimo juicio. Está claro, todos los que tienen muchísimo juicio han de opinar lo mismo.

El uno se descuelga con que acerca de tal cosa se resolvió tal otra en un largo consejo de ministros, y viene otro que dice que ni sucedió tal cosa, ni se resolvió tal otra, ni siquiera hubo ese consejo. El de más allá asegura que en otro consejo los ministros estuvieron en absoluto desacuerdo, y otro dice que estuvieron acordes en todos los asuntos que ocuparon. ¡Y el país! ¡Oh! ¡El país! El país no quiere saber sino los resultados; aguarda, y hoy califica de mentiroso á un periódico y mañana á otro. El país decía tal cosa, exclama un periódico, y al país ni siquiera le ha ocurrido la cosa esa: el país está alerta, y en todo el país nadie está alerta sino los centinelas: el país abomina de tales cosas, y el país ni siquiera las sabe, ni aun sabe que puedan suceder: el país está impaciente, y el país no tiene semejante impaciencia: el país apoya tal medida, y en todo el país nadie ha dicho una palabra de apoyo. ¡Pobre país! Tu nombre anda en boca de todos, es invocado por todos, sirve de pantalla á todos, es decir, esos todos son los que hablan en tu nombre sin tener poderes, ni comisión, ni encargo de hacerlo. El país calla mucho, discierne mucho, juzga mucho, sabe mucho, y sin

ninguna duda calla, discierne, juzga y sabe mucho más que los que se encargan de hablar, discernir, juzgar y saber por él. Dejad al país, hablad en nombre vuestro, y no toméis el nombre del país para hacerle desear, pedir, opinar tantas cosas diferentes y opuestas unas á otras.

¡Oh lector querido! Si alguna vez incurriste en la tontería de creer que los periódicos representan la opinión del país, lee durante una semana media docena de ellos, y caerás del burro, porque verás que pues tú eres un cacho del país, te hacen desear, tener, decir, esperar, creer y opinar cosas que ni siquiera te han pasado por las mientes. Si practicas lo que te digo y no te convences, hazte cuenta de que eres tan asno como ha sido

BENJAMÍN.

PARA LOS AMANTES DEL LATÍN

¿Os acordáis, lectores amabilísimos, de aquel mi maestro de latín, llamado *dómine* Lucas, que olvidando el hermoso precepto de «*parcite mortuis*», les tenía tanta ojeriza á los cartagineses, y decía de ellos mucho mal, logrando que todos sus discípulos participáramos de ese odio inextinguible que en su ánimo contra los tales fermentaba? Estoy seguro de que no le habéis olvidado, mucho menos cuando me consta que no pocos de vosotros hicisteis de aquel artículo mío una aplicación por todo extremo maliciosa, según lo verificáis con otros, sin comprender la mucha candidez con que los escribo todos. Pues ese buen señor, que santa gloria haya, usaba unas preces tan extrañas, y unos modos de decir tan estraños, que aún ahora los recuerdo y me causan la misma extrañeza que cuando los oí la vez primera. Y decía él que todos los maestros de latín hacían otro tanto: cosa que no

me atrevo á sostener que sea cierta; y que si lo era, no tiene aplicación á los maestros de latín de nuestros días, los cuales hablan como manda la ley de Dios, y como tiene señalado la Real Academia de la lengua, que es el verdadero «*jus et norma loquendi*.» Sería de ver que se usara hoy ese modo de hablar tan raro y tan ininteligible, que no parece sino que el *Dómine* Lucas lo hiciera á propósito para que no lo comprendiéramos sino sus discípulos. Vosotros, lectores, que habéis aprendido el latín en nuestros tiempos, no sabéis una palabra de esa jerga; y como aficionados á cuanto contribuya á probar lo mucho que en esta materia se ha adelantado, os voy á decir las frases de que me acuerdo, y por ellas veréis de cuán distinta manera hablaba nuestro *Dómine* de lo que ahora entre profesores de latín se estila. En vez de decir, cómo se traduce sombrero, decía, qué hay por sombrero. Al traducir del castellano al latín, le llamaba resolver: al traducir del latín al castellano, le llamaba repetir. ¿Habéis oído jamás tal tontería, y trastornos de significados semejantes? Y así quería que aprendiésemos á hablar con propiedad. En vez de usar el verbo colocar, decía siempre «tomar»: y partiendo de este principio, cuando había de indicarnos que colocásemos las palabras en construcción directa, nos decía que tomásemos las partes. Era mucho *Dómine* el *Dómine* Lucas. ¡Cuánta diferencia de aquel pedagogo rudimentario á los latinistas contemporáneos! En vez de decir de qué verbo es, por ejemplo, «*missit*» nos preguntaba. ¿De dónde viene «*missit*»? En lugar de preguntarnos cómo se debe traducir «haber de» quería que dijéramos cómo se traducen los verbos de obligación.

¿Habéis podido imaginar desatino semejante? Y no había remedio; la férula y los azotes andaban listos, y nuestras lenguas no se quedaban en zaga en eso de decir y repetir todos los apuntados disparates. Cualquiera preguntaría ¿cuál es el régimen de?... pero nuestro *Dómine* creía que no era una locución harto sencilla para un latino, y la sustituía con la de ¿qué caso pide? como si los verbos pidieran algo: pero ahí estaban los tirones de orejas para espavilar al muchacho que no hablara en gringo. El relativo «que», si era sujeto, se llamaba agente; si complemento, se llamaba paciente. El agente era siempre su merced, y los pacientes eran nuestras

manos, nuestros carrillos, nuestras orejas, y más de dos veces, «quis talia fando temperet à lacrymis?» eran nuestras posaderas. Hoy pregunta todo fiel cristiano, y aun todo judío: ¿Qué parte de la oración es, por ejemplo, caballo? pero eso era muy claro para nuestro Dómine, que preguntaba, ¿á qué parte se reduce caballo? ¿Habéis oído atrocidad semejante? «Iterum dico» que era mucho Dómine el Dómine Lucas. En materia de tratamientos, había procurado huir del engorroso «usted», sin caer en el familiar «tu» en lo cual creo que tenía al mismo tiempo por objeto enseñarnos buena crianza, y reuniendo todas esas ideas nos hablaba en impersonal, diga, repita, resuelva, tome parte, «et sic de cœteris. La lengua castellana no podía llamarse así, porque eso era muy vulgar, llano y fácil de ser comprendido. Parecía al maestro que todo lo del latín debía tener algún resabio de misterioso y de simbólico para que se mantuviera en cierta altura y no cayera en manos de los zopencos. Así, pues, al castellano se le daba el nombre de romance, y el menor pecado contra esto solía ser castigado con un acto solemne de solemnísima zurra, para cuya ejecución, que nunca fió á manos ajenas, tenía la costumbre de calzarse los anteojos, ni más ni menos que cuando en la esfera ó en el mapa mundi buscaba el campo de batalla de Cannas, ó el punto por donde pasó Aníbal los Alpes; diligencia que, sea dicho por vía de amplificación, era compañera inseparable de las traducciones de los textos latinos que relataban esos pasajes de las guerras púnicas. En tales actos la zurra constaba de tantos azotes cuantas eran las veces que el beneficiado había dicho castellano en vez de romance: y como desagravio del ofendido latín, á cada azote exclamaba á voz en grito: «romance.» De manera que nosotros en vez de decir le han soplado una zurra de doce azotes, decíamos una corrección de doce romances. Y reparad de paso cómo se nos iba pegando el púdico lenguaje de nuestro preceptor querido. Quería siempre que el vocativo anduviera al frente de la oración á guisa de tambor mayor, porque decía él que eso prevenía el auditorio, y le obligaba á fijar la atención en aquel ciudadano que siempre merecía llamarla.

Una frase en construcción inversa era á su modo de hablar una oración de elegancia; y en esta materia he de confesar

que era su fuerte, y que nunca Cicerón ni el mismo Mantuano, según él llamaba á Virgilio, habían dado en el ítem de las elegancias, como nuestro Dómine. Quejábase con este motivo de las construcciones directas de la Biblia, que había leído mucho, y se lamentaba que un libro tan magistral en el fondo, fuese tan sencillo en la forma. Y el muy audaz se arrevía á corregirla según sus principios y sus reglas. Así, por ejemplo, criticaba con palabras muy mordaces aquel versículo «Benedicite pueri Dominum, laudate nomen Domini», diciendo que en buen latín debía haberse escrito «Pueri Dominum benedicite, Domini domenque laudate.» Con esto logró que nosotros, cuando íbamos á misa, no atendiéramos poco ni mucho al sacrificio, sino que nos ocupáramos de poner por elegancia cuanto el sacerdote decía; y luego se lo repetíamos al Dómine, que solía premiarnos con los consabidos parcos, que hoy por desgracia no están en uso. Con estas y otras cosas nos iba llenando la cabeza, de manera que, si bien es verdad que salimos de su escuela con toda la gramática dentro del cráneo, y aforrados y saturados de latín, no acertábamos á redondear una frase castellana; y aun en lo del latín, éramos unos latinos pedantes, y tales que no creo que se hayan estilado nunca.

¡Cuán distintos son los preceptores del latín de nuestros días! ¡Y cuánta fortuna la de los jóvenes que hoy viven y pueden aprender esa lengua del Lacio, siguiendo las reglas de una gramática racional, y depurada de las extravagancias con que el Dómine Lucas nos claveteaba! Con horror recuerdo yo esos tiempos, y sobre todo esas bofetadas, esòs pellizcos y demás martirios con que empedraba sus explicaciones! Recibid mi enhorabuena, lectores que aprendéis el latín en nuestros tiempos, y dádsela á vuestras orejas, á vuestras manos y á vuestras posaderas, en cuyo cutis no os pintan cardenales. Dádsela á vuestra inteligencia, á la cual no agobian con ese fárrago de reglas y preceptos estrambóticos, en medio de los cuales queda nuestra inteligencia sumergida. ¡Cuán desdichados fuimos nosotros, y cuán grande es la chiripa que á vosotros os ha cabido! De veras os la envidia vuestro amigo

BENJAMÍN.

EL PAPEL RIDÍCULO

Tú ya sabes, mi querido Samuel, lo que es papel, porque en tus interminables cuentas lo gastas en abundancia, y sabes lo que es papel, porque recuerdo que tuviste intereses en una fábrica del mismo; mas por lo visto no comprendes lo que significa eso de hacer papel ridículo. Dícesme en tu carta que con mucha frecuencia oyes repetir esas palabras á los españoles que moran en Tetuán, y que no has podido entender su significación verdadera. Te lo explicaré, y creo que mejor que con explicaciones lo calarás por medio de ejemplos. El papel ridículo no quiere decir papel malo, ni siquiera el llamado continuo, que es muy bonito cuando nuevo, y que no servirá para nada dentro de pocos años; no es tampoco el papel sellado, que peca por malísimo, carísimo é inútil para el objeto á que se le destina, puesto que es inhábil para ser escrito; tampoco es el que aquí llaman de Bulas, papel delgadísimo, moreno, malo en la materia de que está fabricado, malo en el modo como está impreso, y algo carito también, según dicen los cristianos: tampoco es el de diarios que por lo general no rabia de bueno; tampoco es el conocido papel del Estado, el cual se parece á la mayor parte de los hombres, que no valen la mitad de lo que á primera vista parece, papel cuyo valor varía á cada variación que sufre el mundo físico, el moral, el intelectual, y el diplomático, papel tras el cual se alampañan muchos, se enriquecen pocos, y se hunden bastantes, y tras el cual no creo que tú, hombre positivo, anduvieras afanado; tampoco es el papel de multas, bonito, bastante bueno, carísimo, y que da ocasión á proferir muchas blasfemias y maldiciones; no es tampoco el de billetes de Banco y de sociedades anónimas, cuyo valor crece y decrece, sin embargo de que en realidad siempre tiene el

mismo; tampoco es el de calderilla, papel morenote y cuya vida interina se va prolongando de manera que según trazas la tendrá indefinida, á despecho de las muchas veces en que se ha augurado su próxima muerte; tampoco es el papel de letras de cambio, que ese lo conoces tú mejor que yo; nada de todo lo dicho. El papel ridículo ni es papel, ni cosa que se le parezca, ni aun es cosa, puesto que no es tangible, ni tiene cuerpo, ni olor, ni sabor, ni cantidad, ni figura, en una palabra, no existe, y sin embargo se hace, y al decir de las gentes lo hacen muchos, y lo hacen con gran frecuencia, y el hacerlo es cosa muy mal recibida, y daña el buen nombre, y la reputación de las personas entre las personas de ciertas clases y condiciones. Vayan algunos ejemplos y quedarás enterado.

Te presentas en un café ó teatro sin ir tan bien vestido como tus conocidos suponen que debieras, te echan una ojeada los vecinos, y uno de ellos exclama: ¡Jesús! y qué levita tan raída lleva ese hombre! y se presenta sin guantes! esto es hacer un papel ridículo. En aquel entonces ya has hecho ese papel, sin sentirlo, sin darte cata de ello, pero no dudes que ya lo has hecho, y todos los concurrentes convendrán al cabo de cinco minutos en que sin remedio has hecho y continuas haciendo un papel ridículo.

Viene y sucede que tu mujer ha salido á paseo con un traje ligero porque ni tiene frío ni lo hace á pesar de que estamos en Diciembre. Apenas se ha presentado, cuando las primeras hembras que la atisban dicen: ¿Has visto á Fulana? Mira qué vestido: no parece sino que estamos en Abril; esto es venir á hacer un papel ridículo. Con esto basta; tu mujer acaba de hacer un papel ridículo, y dentro de ocho minutos todas las hembras que van arriba y abajo por el paseo en donde se halla tu consorte, dirán al unísono que ésta ha hecho y prosigue haciendo un papel ridículo.

Otro día le da la humorada á tu oislo de regalarte un chiquillo. Hasta aquí no ha hecho papel ridículo, porque para estos menesteres no hay días, horas, locales ni maneras que puedan dar lugar á papeles ridículos. Pero he aquí que ese pimpollo debe ser bautizado al cabo de tres ó cuatro días, y como tu casa está á cuarenta y dos pasos de la iglesia, la señora madrina, el señor padrino, la comadrona, tú y los com-

parsas os dirigís á la iglesia á pie, porque tú y los demás habéis opinado que era una tontería ir en coche tratándose de tan cortísima distancia. Pues señor, esto se sabe, y á las cuatro horas tú, la parida, el padrino, la madrina y los comparas acabáis de hacer cada uno su papel ridículo, y serán de esta misma opinión cuantas personas de tu clase sepan este prosaico modo de ir á un bautizo. ¿Te vas enterando?

Llega el carnaval y un amigo de la familia tiene la amabilidad de convidar á la tuya para un baile de sociedad y te da las correspondientes tarjetas. Gastas algunas monedas sin más objeto que impedir que tú y los miembros de tu familia corráis el peligro de hacer un papel ridículo, os empernejáis todos, tomas un coche, vas al baile, te reciben perfectamente, se baila; pero tú no quieres bailar porque no te da la gana, aunque lo disimulas diciendo que ya no estás para estas cosas que son propias de los jóvenes. Adiós con todos los diablos, ya has hecho el papel ridículo. Tu mujer te ruega, así calladito, que hagas un esfuerzo, porque sino vas á hacer un papel ridículo, y que entre hacer esto y hacer un esfuerzo vale más hacer lo último; tú le contestas que no tienes humor de bailar, que bien sabe que nunca te ha gustado, que esto no pega bien con tus años; pero tu esposa insiste, y tú naturalmente insistes, y para todo esto es indispensable que habléis el uno con el otro; mas como eso de hablar marido y mujer no es corriente, ambos estáis haciendo un papel ridículo, de suerte que tú has hecho dos en media hora. Os ofrecen luego un refresco, y como tú has comido hace dos horas, y tu estómago no sufre ancas, no quieres tomar helados ni ponches, que de seguro te dañarían, y mientras te solicitan y estrujan para que metas algo en tu cuerpo, y tú te excusas y declaras que no tomarás, estás haciendo un tercer papel ridículo. Creerás sin duda que con no haber ido al baile te ahorrabas gastos, disgustos, trasnocheo y papeles ridículos, pero te equivocas; convidándote quien te convidó, yendo al baile los amigos y conocidos que fueron, hubiérais hecho un papel ridículo tú y la consorte si hubiérais faltado. Ya supongo que vas calando el intrínquilis.

Tu hijo va al colegio, y cuando llega la época de las procesiones de lujo, allá en Mayo ó Junio, la parroquia nombra pendenista á un colegial hijo de padres muy ricos, y el agra-

ciado nombra cordonista (que viene á ser un adlátere) á tu hijo. Esto te obliga á comprarle un traje completo y de lujo, con sus botinas de charol, etc., etc.; mas tú á quien no sobran medios y que calculas que es lástima hacerle ese traje que llevará cuatro ó seis veces, y que tendrá que dejar nuevo porque está tu hijo en la edad de crecer medio palmo cada seis meses, no quieres ni puedes hacer ese gasto extraordinario, y te excusas, y dices del mejor modo posible que tu hijo no irá á la procesión. Buenas noches, amigo mío, acabas de hacer un papel ridículo, y tu hijo ni más ni menos; y tu querida mitad, que hubiera tenido un gusto muy particular en ver procesionando á su hijo, pero que se hace cargo de que no debes apechugar con ese dispendio, también hace su papel ridículo, igualito al tuyo, si no es todavía de mayor calibre. ¿Quedas al corriente? ¿Comprendes ahora lo que es este negocio de papel ridículo?

Como el papel ridículo sirviese para escribir, siquiera como puede escribirse en el papel sellado, á pesar de lo muchísimo que en España se escribe ese papel daría el abasto y satisfaría todos los pedidos. Ahora mismo cuando tú leerás este artículo en esa famosa ciudad de Tetuán, puedes estar seguro de que más de cuatro amigos al leerlo aquí, habrán dicho que con escribirlo ha hecho un papel ridículo tu hermano

BENJAMÍN.

6 de Diciembre de 1860.

LA QUINTA Á SAMUEL LEVÍ

Á la verdad, hermano mío, no es muy á propósito el día de hoy para contestar á tu carta, porque si te dijera todo lo que acerca de tus preguntas me ocurre te habías de reir sin remedio, y este día no es para decir cosas de risa. Hoy celebran los cristianos la conmemoración de los difuntos; los

tenderos de toda clase de telas adornan sus tiendas con objetos negros, porque el color negro lo es aquí de luto. Las gentes un poco piadosas van á la iglesia y permanecen en ella más tiempo que en los demás días, y ruegan á Dios que sea servido recibir en la gloria á todos los difuntos, y particularmente á los parientes y amigos del que dirige las púercas al cielo. Por la tarde suelen ir al cementerio, cual si quisieran hacer una visita á los allegados que allí reposan, y llevan coronas de siemprevivas, las cuales simbolizan la perenne memoria que de los difuntos conservan. Algunos rezan ante las tumbas de sus parientes y amigos, y al cabo de un rato se vuelven á la ciudad por el mismo camino por donde fueron. La mayoría va porque es el ir antigua costumbre, se pasea un rato por el cementerio, lee algunos epitafios, los aplaude ó los censura, mira los sepulcros recientemente construídos, y regresa á la ciudad con el mismo buen humor que si viniera de una fiesta.

Los cementerios tienen aquí el mismo corte que una población moderna. Los forma un terreno más ó menos espacioso, circuido de altas paredes: está dividido en varias calles rectas y paralelas, ó bien perpendiculares las unas á las otras; y allá en el fondo hay una pequeña iglesia. En las calles á derecha é izquierda hay lo que aquí se llaman nichos, y son de unos cuatro palmos, de suerte que se parecen mucho al camarote de un buque: hay de ellos cuatro, cinco y hasta ocho pisos; los nichos están en contacto unos de otros, y forman hileras tan largas como las calles. Allí dentro es colocado el difunto, metido en un ataúd, y ponen la cabeza hacia el fondo del nicho, y los pies hacia la calle; de suerte que si los muertos resucitaran, tendrían que sacar primero los pies, é irse deslizando hasta sacar la cabeza. La abertura del nicho está cerrada con un tabique de ladrillo, y delante del tabique hay una lápida de marmol ó de hierro en donde escriben comunmente el nombre del difunto, la edad que tenía cuando murió y la fecha de su muerte. Esto se llama el epitafio. Los hay en verso y en prosa: en algunos se expresan ideas muy bonitas y oportunas, en otros no hay sino sencillez, en algunos tonturrías, y en no pocos, disparates de gramática y de lenguaje.

Las personas ricas ó de distinguida alcurnia no se contentan con reposar en esa artesa de piedra ó de ladrillo, sino que

por voluntad suya ó de la familia descansan en ricos sepulcros de mármol con estatuas y todo, circuidos de un jardincito, y éste resguardado por una verja de hierro. Años atrás no había nada de esto; pero desde que oigo lamentarse á las gentes de que los tiempos están malos, se ha introducido esta ostentosa moda; de donde he venido á deducir que si los tiempos están malos para los vivos, estarán muy buenos para los muertos.

Lo que para mí hay de particular en estos cementerios es el barajamiento de los difuntos; el cual, no obstante de ser una lección sublime y muy elocuente, nadie la aprovecha. No hay calles ni pisos de nichos para tal ó cual clase, ni para esta ó la otra edad; sino que, partiendo del principio de que la muerte todo lo iguala, andan mezcladas edades, sexos, clases, categorías, opiniones políticas, carreras, todo. Verás el nicho del abogado entre los nichos de los clientes cuyos intereses defendió ó no supo defender; el del médico rodeado de los nichos de las personas á quienes curó algunas veces y no supo curar la última enfermedad; el nicho del escribano circuido de los nichos de aquellos á quienes recibió el testamento, ó cuyo contrato matrimonial extendió, ó cuyas compras y ventas había autorizado; muchos de los cuales, si levantarán la cabeza, es muy posible que arrancaran los cabellos de la del escribano. Allí están el maestro en medio de los discípulos á quienes enseñó ó echó á perder; el boticario entre los parroquianos cuyos estómagos y cuyas tripas revolvió con los malditos brebajes de su laboratorio; la mujer carterera entre los tontos que por ella fueron desplumados; la cómica y la bailarina entre los badulaques que por ellas dejaron morir de hambre á sus familias; el progresista en santa paz con los moderados; el republicano rozándose con cuatro absolutistas; la beata mano á mano con los jóvenes del trueno; la melindrosa doncella en contacto con los atrevidos que la andaban pisando los zancajos; el empleado en compañía con los que estaban cansados de oír decir: vuelva usted mañana; el militar que figuró en cien pronunciamientos con los aferrados á la severidad de la disciplina; el ministro estrechado entre los diputados de la oposición que le acribillaron á punzadas; el deudor manirroto tranquilamente tendido en medio de sus infatigables acreedores; el sastre sin reñir con

sus parroquianos; los periodistas reposando entre el pueblo, cuyas ideas y deseos decían que representaban, no habiendo tales carneros; el juez casi dándose la mano con los pleiteantes que ganaron y con los que perdieron el pleito; la señorita pulcra y relamida formando pareja con la sucia y grasienta fregona; el licio y seboso fondista con el escuálido hambriento; el cura guardado por los muchos á cuyo favor cantó misas y responsos; el usurero sin arañarse con aquellos á quienes arrancó la camisa y el pellejo; en una palabra, hay allí una mezcla y confusión tal de personas, que en cinco minutos ves representadas todas las edades, clases y carreras. Y esta gente que va á ver ese espectáculo y se encuentra con que la muerte lo ha igualado todo; que ve que allí de nada sirven las distinciones, la cuna, los empleos, los honores, continúa sin enmendarse mucho ni poco, sin deponer el orgullo, sin hacerse accesible, dándose grande importancia, desplegando cuanto más lujo puede, creyéndose cada cual muy superior al otro, cual si las diferencias que la sociedad reclama debieran ser cosa eterna y que por ninguna circunstancia pudiese ser puesta en duda. Allí es donde debieran aprender que este mundo no es sino una grande mentira, que todos los que van por sus pies serán llevados dentro de poco, y algunos antes de quince días; allí mismo los verás tan entonados y encopetados y altaneros, que no parece sino que nunca han de ir á parar á aquel sitio y ser comidos por los hediondos gusanos que hoy se alimentan con la carne medio podrida del padre, mientras aguardan la del hijo; con las corrompidas entrañas de una joven que un mes atrás pasaba por hermosa, mientras viene á darles manjar más fresco la madre ó la hermana de una doncella que ya han devorado. Esta gente lo mira y no lo ve, verificándose en ellos lo que decía su Mesías: *«habent oculos et non vident.»*

Y mientras están en aquel sitio llega un coche que trae otro difunto, y es un amigo de muchos de los que allí se encuentran; los cuales le ven, saben que es él, le vieron vivo y muy sano ocho días atrás, y no les ocurre la sencillísima idea de que al cabo de ocho días, ó de algunos más, también ellos serán llevados al mismo recinto. Y ven cómo los albañiles están construyendo nichos para alojarlos á ellos, y se figuran que han de venir á ocuparlos las gentes del otro mundo, y

tal vez alguno se detiene á mirar aquel en donde le meterán antes de terminarse la semana.

Allí se está llevando á ejecución el verdadero ensanche de Barcelona. Los que habitaban en ella treinta años atrás están aquí casi todos, y pasan las generaciones, y parece que no caben dentro de la ciudad y que no hay otro remedio que engrandecerla; y aquí con ser el cementerio muy pequeño en comparación de aquella, caben todos tendidos muy á la larga, y la podredumbre cuida de vaciar locales á fin de proporcionar cabida á todos. ¡Cuántos de los que hoy van á ver el cementerio yacerán en él en igual día del año inmediato! Y ninguno se lo figura. Tal vez uno de ellos será tu hermano

BENJAMÍN.

12 de Diciembre de 1860.

QUE BUSQUEN, QUE BUSQUEN

Había una semana que los ingleses y franceses se habían marchado de Pekín, capital de la China, cuando dos batallones de chinos con su escuadrón de caballería por ribete cercaron el incendiado palacio de verano de que en otro artículo hablamos. Acudió luego una gran guardia de las mejores tropas chinas, que tomaron asiento en un altito á media hora escasa de dicho palacio. Algunos artesanos que con la guardia iban levantaron allí una tienda de ricas telas de seda y oro sostenidas por estacas de marfil y barras de plata, rematando la tienda en una cupulilla con su campanario encima, en el cual había más de quinientas campanillas de oro cuyas voces estaban arregladas de manera que, con sólo menear una varita, tocaban la marcha real que en la China se estila. Tendieron luego una grande y riquísima alfombra, y en los seis braseros de oro que estaban puestos sobre otros tantos trípodes de marfil echaron incienso y ben-

juí y otras cosas que nosotros no conocemos, todas las cuales ardiéron al punto, derramando un olor tan delicado que aquello parecía un cielo. Á poco rato apareció con su brillante estado mayor el señor hermano del emperador, que es el mismo que había negociado con los bárbaros, que así llaman ellos á los ingleses y franceses, la ventajosa paz que está destinada á llevar la felicidad al imperio chino. Descubrióse luego una inmensa nube de polvo que parecía irse acercando, y en efecto se acercaba al lugar dicho, y llegó al cabo de media hora; y esa nube la levantaban las pisadas de más de cien mil trabajadores que con picos, azadas, azadones y capazos al propio lugar se dirigían. Allí, acaudillados por mil capataces, fueron distribuidos de suerte que todos á un tiempo pudiesen trabajar en las ruinas que aún todavía estaban humeando, y de las cuales salía un calor que abrasaba los pies de aquellos desdichados peones.

Con los brazos levantados estaban ya todos y dispuestos á dar el primer golpe de pico ó azadón, y aguardaban la señal para echarse todos á trabajar simultáneamente, pero esa señal nadie la daba. ¿Y cómo habían de darla si los trabajos debía comenzarlos el emperador, y el emperador no había llegado? Dos horas se hizo esperar ese gobernante del celeste imperio, porque en la China es costumbre que todas las personas de importancia se hagan esperar siempre, y el emperador en calidad del más importante es el que hace que le aguarden más rato. Al cabo de dos horas vino la inmensa escolta del imperante, y en medio de ella y metido en una caja á manera de confesonario, que llevaban en hombros ocho varones de la más alta aristocracia, se presentó el emperador, cuyo traje era propiamente un ascua de oro y de diamantes. Abrióse aquel armario, prosternóse la inmensa muchedumbre allí congregada, salió el emperador, que llevaba una especie de mitra en la cabeza, y descalzándose los guantes amarillos que le regalaron un año atrás los embajadores rusos, tomó el azadón de oro que le presentó el presidente del Consejo de ministros, y con una gracia indecible, y puesto sobre un taburete de marfil para que los pies no se le chamuscaran, dió un azadonazo á las ruinas más inmediatas al trono que le habían levantado.

De la misma manera que en el instante en que un tambor

mayor alza el bastón delante de una banda de mil tambores, todos estos á una hieren el parche y atruenan los aires con ese ruido que es uno de los más agrios que conozco, así apenas se hubo hincado entre las ruinas el azadón que su majestad china había empuñado, cuando, ni más ni menos que si una sola máquina los moviera, bajaron los doscientos mil brazos de los cien mil peones, y cien mil instrumentos se clavaron en las tibias ruinas. El emperador fué llevado al trono en el mismo armario en que fué traído, y allí salió de nuevo y ocupó el asiento que le estaba destinado, teniendo á su lado derecho al hermano negociador con los bárbaros, y á la izquierda al presidente del Consejo de ministros. De las ruinas salió luego mucho humo, se levantó polvo, comenzó á salir gran calor, los trabajadores se abrasaban pies y piernas; pero los capataces, sacudiéndoles las espaldas con recias varas, llamaban el calor hacia ellas de suerte que apenas advertían el fuego que les tostaba los cabos. ¡Admirable teoría para cuando á uno se le caliente con exceso una parte cualquiera del cuerpo! Eso venía á ser una especie de sinapismo.

Los trabajadores sacaban de entre el rescoldo y la ceniza trozos de marfil, pedazos de jaspes y de maderas doradas, lustrosas, de mil colores, salían muebles casi enteros, salieron ricas alfombras medio quemadas, piernas de mesas, millones de jarros y tazas de porcelana más ó menos rotos, trozos de chales y de cortinajes de seda con franjas de plata y oro, y millones de objetos desconocidos para nosotros, pero todos ellos primorosos, y cuyos fragmentos valían más que todos los muebles de nuestras casas y palacios. Los trabajadores no hacían de todo esto ningún caso, sino que tirándolo á uno y otro lado, continuaban removiendo ruinas y cenizas. Indudablemente esas gentes buscaban alguna cosa.

El emperador miraba la operación atentamente, y su hermano iba y venía desde el trono al punto en que removían las ruinas, mirando con una escrupulosidad que no parecía sino que buscaban alfileres. Preguntaba á los capataces, mas estos manifestaban con palabras y con gestos que no hallaban lo que con tanto afán iban buscando. De pronto vino un capataz guiando dos trabajadores que en una bandeja llevaban alguna cosa envuelta en un pañuelo de seda hermosísimo. El hermano del emperador cogió con afán el envoltorio, alzó

con gran tiento el pañuelo y apareció un zapato de un soldado inglés. Lo miró el susodicho hermano, lo tocó, lo olió varias veces; pero no era eso: sin embargo, lo envolvió de nuevo y lo guardó en un grande canasto. Otra comisión con nuevo envoltorio; era un mendrugo de pan envuelto en un pañuelo de faltriquera en donde estaba pintada la batalla de Magenta. Era de un soldado francés. También el amigo lo miró, lo olió, y volvió á oler, pero al fin lo destinó á la canasta. Otra embajada. Era un librito de memoria de un oficial inglés, con una porción de dibujos y otras cosillas. El hermano del emperador se sonrió, miró, lo enseñó al presidente del consejo de ministros, pero al fin y al cabo dió con él en la canasta. Á poco rato otra comisión y otro envoltorio. Era una camisa sucia y remendada, llena de manchas de tinta en las mangas y en el pecho. Parece que la había perdido un corresponsal de algún periódico mientras anduvo por el palacio tomando notas para describir sus maravillas. En esa alhaja se detuvieron poco rato los magnates, la miraron y no la tocaron ni olieron, y á la canasta con ella.

Allá á lo lejos se vió que los trabajadores se arremolinaban, corrió el hermano del emperador, y con el auxilio de cuatro trabajadores y colocado en una grande bandeja, presentó otro envoltorio. Era un botiquín de médico homeopático. Los globulillos les hicieron mucha gracia á todos los presentes: mas como comprendieron que no era eso lo que buscaban, también fué á la canasta.

Á lo mejor se presentó el gran sacerdote de la secta de Confucio, que, sin embargo de haber sido invitado con tiempo, no pudo ir hasta entonces, y venía acompañado de un sacerdote católico, de los que debieron guardarse en Pekín para el culto de la iglesia católica. El francés se mostró admirado de todo aquel aparato, y no pudo menos de reirse al ver con cuanto esmero guardaban aquellas gentes todas esas cosas que habían encontrado. Ignorando absolutamente de qué se trataba, le preguntó al pontífice confuciano á qué venía todo su trabajo y esa gente y ese movimiento y la grande ansiedad que se notaba en todos los semblantes. Se busca, le dijo el chino, lo que los bárbaros nos han dejado en cambio de la grande cantidad de dinero que hemos de darles como indemnización de guerra, y de la libertad de comercio

que les ha concedido nuestro excelso emperador. ¿Y en dónde está eso? preguntó el sacerdote católico. Nos dijeron, contestó el otro, que lo habían traído y lo dejaban; y como no lo hemos encontrado en ninguna parte, juzgamos que debió quedarse entre las ruinas de este palacio que incendiaron. ¿Y qué cosa es esta? volvió á preguntar el sacerdote francés. Es, dijo el chino, la «tin thim min, tong tonvin, pin, min tinton». Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! exclamó el europeo riéndose como un loco. ¿Sabes, lector mío, lo que había dicho el chino? Había dicho: La civilización. El sacerdote se volvió á Pekín, en donde continúa riendo, y los otros continúan buscando. Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!

31 de Enero de 1861.

LA SEGUNDA DE ESTE AÑO Á SAMUEL LEVI

La pregunta que en tu última carta me diriges me ha dado un alegrón, porque según ella, si mi contestación es satisfactoria, tratas de dejar Tetuán cuando se retire el ejército español, y de venirte á vivir en España; y como es indudable que mi respuesta será muy de tu gusto, juzgo tu venida cierta y me alegro mucho. Voy pues á explicar lo que deseas.

Si tratas de trasladarte á Europa, el país mejor que puedes elegir es España: su clima, sobre todo en el litoral del Mediterráneo, es excelente, sus producciones buenas y abundantes, la gente honrada, y por ahora es uno de los países más tranquilos del mundo, no porque no haya peligros, sino porque son menos inminentes que en otros Estados. Luego hay la circunstancia de que los trastornos de acá casi siempre vienen de otras partes, por consiguiente si aquí los tenemos, antes los han tenido en otras naciones. Viniendo acá es menos probable que te alcancen.

La parte más interesante de tu epístola es la que se refiere

á la forma de gobierno de esta tierra; y esto es para ti un poco embrollado, porque habiendo nacido y vivido siempre en ese imperio de Marruecos bajo un gobierno despótico y puro, es muy difícil que mis explicaciones te hagan concebir una idea clara del gobierno de España. Este gobierno es una monarquía constitucional, lo cual significa que hay rey, pero que el rey no gobierna, sino que gobiernan los ministros, de modo que á todos juntos se les da el nombre de gobierno. El rey los nombra y los cambia cuando le parece oportuno, sin que ellos se den por ofendidos ni su reputación sufra por ello mengua alguna. Hasta aquí no te será difícil comprender la forma de gobierno, pero falta una parte muy importante del gobierno constitucional, que con mayor propiedad debe llamarse representativo. Esta parte son las Cortes, que voy á explicarte del mejor modo posible. Oye bien, y verás que es una forma de gobierno muy racional y que puede dar magníficos resultados.

En época y día de antemano señalados, las personas notables por su capacidad, su riqueza, su industria ó su comercio acuden á cierto lugar en donde depositan en una urna el nombre de la persona ó personas que según la población toca nombrar á aquel pueblo. Algunas personas notables presididas por una autoridad presencian la operación, y cierto que no es más que una fórmula, porque la cosa de suyo es tan sencilla que no há menester quien la dirija. Cada uno de los que depositan el papelito puede poner en él el nombre de la persona que guste, pero se deja entender que buscan los hombres más notables, más probos, que más servicios han prestado al país, en una palabra, los mejores. Cuando todos han dado ya su voto entonces se registra la urna, se toma nota y se ve quién es el que ha reunido más votos, y á este se le proclama diputado á Cortes, esto es, representante de aquel distrito en las Cortes.

Ahora el trabajo está en que ese hombre quiera ir á las Cortes, pues como eso no se paga y acarrea trabajo y gasto de tiempo en la Corte, y es un cargo que puede gravar mucho la conciencia, naturalmente todos los hombres huyen de cosa por tantos títulos enojosa. Mas al fin, los ruegos de los amigos, el empeño de los electores, la consideración de que pueden ser útiles al país los determina á verificar el sacrificio de

sí mismos, y abandonan sus intereses para ocuparse de los públicos. Reunidos en la Corte los varones representantes de todas las provincias, forman la Junta llamada Congreso, en donde se hacen las leyes y se acuerdan todas las cosas que atañen al bien público. El Gobierno presenta al Congreso las leyes que juzga convenientes, y entonces los diputados consideran su conveniencia ó su inoportunidad, discuten acerca de ella, cada uno manifiesta su opinión y las razones en que la funda, y al mismo tiempo rebate las opiniones contrarias. Todo eso presenta un espectáculo magnífico. Si vieras con qué decoro, con qué delicadeza, con qué miramiento hablan y cuestionan, guardándose los que opinan de diferente modo las más exquisitas consideraciones, te quedarías embobado. Ahí es en donde se ostentan toda la gravedad y la mesura de esos sesudos varones.

Si no oyeras que las opiniones son distintas, creerías que todos son del mismo dictamen, porque según se hablan unos á otros parece que están completamente de acuerdo. En ese lugar no se oye una palabra que pueda ofender á nadie, no se hace un gesto que desagrade, no se escapa una alusión que agravie: en una palabra, hablan y discuten cual corresponde á varones llenos de madurez y de prudencia, que comprenden la gravedad del cargo que desempeñan, la magnitud de los asuntos que ventilan, la obligación que tienen de dar á toda la nación continuos ejemplos de sensatez, de cordura, de templanza, que no olvidan nunca que la nación entera los escucha y toma por modelos, que su comportamiento influye de una manera muy grande en la suerte del país que los ha elegido sus representantes. No puedes figurarte con qué constancia observan esa conducta, sin desmentirla nunca; porque saben que si se deslizaran un poco perderían el prestigio y causarían lástima ó desprecio á los hombres pensadores. En medio de todo, siempre dicen la verdad, hablan según les dicta la conciencia, con abnegación absoluta de sí mismos, sin interés de ninguna clase, sin miras ulteriores, sin pasión alguna, pues todas las dejan en la parte exterior del edificio cuando por primera vez entran en el mismo. Allí no ves nunca al hombre acalorado, enfadado, iracundo: nada, esos ilustres varones jamás pierden la calma, ni la serenidad, ni se acuerdan nunca de sus personas, ni de las personas de los

otros: «el país, los intereses del país, el bien del país», he aquí todo su objeto, todos sus deseos, todo su empeño. ¿Qué se diría de ellos si obraran de otro modo? ¿Cómo osarían presentarse en su pueblo después de terminadas las reuniones, si hubiesen faltado en lo más mínimo á lo que de ellos se esperaba? Yo creo que se morirían de vergüenza si uno solo de los electores pudiese decirles que han infringido sus deberes.

Discutida la ley con esa templanza y esa delicadeza que enamoran, al fin la modifican, la aprueban ó la rechazan, y entonces pasa la misma ley á otra reunión llamada Senado, compuesta de altos personajes elegidos por el rey. Allí es nuevamente discutida con la misma templanza y sensatez que lo fué en el Congreso, y si también allí es admitida con estas ó las otras modificaciones, el rey la sanciona, y desde aquel momento es ley del Estado.

Bien comprendes que con este sistema es humanamente imposible que las leyes no sean buenas. ¡Cuánta diferencia de ésta á las leyes dictadas por el capricho de vuestro Sultán, que por más bueno que sea al fin es uno, y un hombre puede equivocarse, pero ¡tantos! ¿Es creíble que tantos y tales se equivoquen? Un estado que se gobierna por leyes hechas de esta manera ya comprendes que debe estar bien gobernado, y que sus moradores no están sujetos al capricho de nadie, sino sometidos á la ley que todos conocen y que es igual para todos. Ven pues, hermano mío, y te parecerá que te encuentras en la tierra de promisión. Te aguarda con ansia tu hermano

BENJAMÍN.

31 de Marzo de 1861.

EL NUEVO TERMÓMETRO

No creas, lector mío, que echándola de entendido en física, voy á darte una lección acerca de lo que es y del uso que tienen los termómetros. Por otra parte, el epígrafe que le sirve

de bonete al artículo actual ya da á entender que no voy á ocuparme de los termómetros conocidos; y así es la verdad. Pienso hablar de una clase de termómetros de los cuales nadie ha hablado, y como yo diga cosa que no ha dicho nadie no podrás poner en duda mi originalidad. Y con esta salva, que tiene algún ribete de apologética, entremos en materia.

He leído no sé dónde que para conocer á un hombre es preciso haber comido con él una fanega de sal; esto es, haber vivido en su compañía el tiempo necesario para gastar una fanega de sal en la común comida. En otra parte, que tampoco recuerdo, leí que basta ver el estilo en que un hombre escribe para conocerlo perfectamente; y por fin leí en una obra francesa, que con sólo la firma y la rúbrica de un hombre hay el dato suficiente para comprenderlo y calarlo. Por donde se echa de ver la discordancia de pareceres en la materia, y la imposibilidad de que tengan razón los tres que esas tres opiniones han emitido: y como la verdad no es más que una, resulta de aquí que á lo menos dos de esos tres opinantes tocaron el violón á toda orquesta. Y yo creo que le tocaron los tres, porque tengo para mí que el hombre es tan difícil de ser conocido, que nunca llega á serlo completamente.

Desmiento yo y critico á esos tres autores, sin por esto enmendarles la plana, exponiendo el modo verdadero de conocer á un hombre, en lo cual imito á las siete octavas partes de los que critican, los cuales parecen grandes hombres según maltratan á los demás, y si tuvieran que corregir lo que han criticado se verían y se desearían para soltar una jumentada mayor que la otra contra la cual dirigieron sus tiros.

No pretendo pues dar un termómetro para conocer el carácter, las inclinaciones, ni las ideas; en dos palabras, para conocer la cabeza y el corazón de los hombres: pero sí he encontrado uno para conocer la carrera y las aficiones particulares de muchos.

Y aquí es en donde comienza lo más conspicuo del artículo presente, del cual va escrita una tercera parte sin maldita la sustancia. Ese termómetro á que me refiero es un periódico de avisos y noticias, como por ejemplo, el *Telégrafo*. Viene un lector, coge el *Telégrafo* y lee el santo del día, la Corte de María y las cuarenta horas; y al momento vuelve hojas hasta dar con la crónica religiosa. Ese es un hombre ya en-

trado en años, que vive con decencia y sin necesidad de trabajar mucho y tal vez nada. Ese hombre dejó la carne en el mundo y ahora lleva los huesos á la iglesia. Gusta de rezar y murmurar un poco, no se ocupa mucho de noticias y aún no ha comprendido el teje maneje de la Bolsa.

Otro lector lee las efemérides. Este no sabe una palabra de historia y aprende esas noticias creyendo que la aprenderá con ellas, sin saber que todas las efemérides del mundo no le darán de ella la más sucinta idea. Es curioso y le gusta ver las cosas raras que han sucedido: mas á los dos días no se acuerda de ninguna, y al fin del año ha venido á perder una porción de horas para no aprender cosa alguna. El lector de esa sección es un mozo sin barbas que quiere lucirlo á poca costa, ó un hombre de edad proveccta que gusta de saber cosas inconexas y noticias curiosas.

El que lee por debajo de la línea, allá hacia el fin de la plana, es amigo de las diversiones públicas, sabe el nombre de los actores, actrices, operistas y bailarinas, es ó desea ser abonado, y pertenece á los distribuidores de coronas y ramilletes. Disputador eterno del mérito de los comediantes, falla pro cátedra, cual si entendiera la materia.

Aquel que se detiene en la crónica local puede ser todo lo que se quiera, porque en efecto á casi todos los lectores les da gusto saber lo que ha pasado al día anterior y tener indicios de lo que ha de suceder en el presente. Además esa sección es muy socorrida, porque las raterías dan ocasión á declamar contra los encargados de la seguridad pública; los asesinatos, cuanto más horrosos mejor, son lectura muy amena; la noticia de los perros rabiosos que han mordido á cuatro ó seis personas son un dato más para asegurar que los hombres somos muy asnos en mantener dentro de casa á un animal que puede ocasionarnos la muerte quizás más horrorosa que se conoce; la serenata que se dió á una actriz, el fiasco de un operista, el brillo con que se celebró una función de iglesia, la alegría y animación de una feria, el anuncio de una fiesta mayor, la multa impuesta al vendedor que sisa al que compra lo cual es castigar un robo haciendo soltar una parte de él, el coche que atropelló á un muchacho, y otras cien noticias tan incoherentes como estas, son una lectura entretenida y en que poco ó mucho hay algo para todos los paladares.

Si ves á uno que lea el artículo de Benjamín, puedes decir de seguro que ese hombre nada tiene que hacer, pues sólo quien se halla en tal caso puede gastar cinco minutos tan miserablemente.

El anuncio de que fulano falleció, puesto siempre con sus admirativos ¡¡ lo leen todos, porque todos pueden dar de narices con algún conocido, ó hallarse en el número de los que por olvido de la viuda ó de los hijos no han recibido esquelita, y que de juro deben asistir á las honras. Esa lectura nada revela de las circunstancias del lector.

El que pasa de rondón por todo eso y de golpe salta á la crónica comercial, podrá ser lo que se quiera, pero sin remedio juega en la Bolsa, ó Crédito Catalán, ó barcelonés, ó catalanas, ó aseguradoras; no hay excusa, no hay réplica, juega y tiene papel, ó aguarda la baja para comprarlo. Es el lector que lee más aprisa, 51'5, 44'15, 48, 48'25, 33'50, etc., etc., y volando baja hasta el Bolsín á ver si ha habido un octavo de variación y si se han hecho operaciones. Con esa lectura queda enterado de la situación de todo el mundo, porque sabe cómo quedaron los treses, y según en otro artículo os dije, si los treses han subido, aunque el mundo se hunda no puede suceder cosa alguna, y si han bajado puede suceder todo. Aquellas dos líneas del Bolsín derraman la tranquilidad ó la zozobra en su ánimo, y le hacen dirigir la vista hacia su caja que va á sufrir un ataque apoplético ó á contraer una consunción. Esa parte es la fulminante de un periódico, es el sumario y la quinta esencia de cuanto contiene; sin eso el diario no es nada, eso da á todas las noticias esta ó la otra significación. El Sultán está malo y los treses bajan. ¡Dios eterno! Amenaza una guerra europea. El Sultán ha muerto y los treses suben, bendito sea Dios, todo va bien, la paz está asegurada, el ministerio está firme, la alianza de Francia é Inglaterra es sincera, la Polonia, la Italia, la Prusia, Portugal, etc., etc., etc., todo el universo es una balsa de aceite.

Punto y gocemos, hasta otro día, de esta paz bendita por la cual todos nos alampamos.

CONTINUACIÓN DEL NUEVO TERMÓMETRO

Ves que el lector pasa adelante y se entretiene en las aberturas de registro; ese es naviero ó cargador. Si vuela hacia los barcos llegados el día anterior, es almacenista, quincajero, droguero, motista ó viajero.

Sección de anuncios. De eso puede ser lector todo el mundo. Sección magnífica, verdadera escuela de lenguaje, parte recreativa, delicia inagotable, y á su vez termómetro que nos dice los estupendos adelantos de la instrucción pública, debidos al millón de escuelas, colegios, Institutos, seminarios y universidades que saturan de ciencia á todos los españoles y hasta al mismo aire que respiramos. Sección es esa en que hay entretenimiento para toda clase de lectores. El literato puede admirar la diversidad de estilo, de lenguaje y hasta de idioma; el enfermo de cualquiera dolencia encuentra remedios á pote, y lo que hoy se llama especialidades, ya en medicamentos, ya en bienhechores de la humanidad que los proporcionan; los calvos ven la manera de remediar sus miserias, y las mujeres velludas hallan el específico para quedar tan mondas como el cráneo del envidioso calvo; quien no tiene dinero halla quien se lo preste; aquel á quien le sobra da de narices con quien se lo tomará á préstamo; el que desea bañarse da con baños dulces ó salados, en paraje fijo y á domicilio; el aprendiz halla maestro donde colocarse y el maestro encuentra aprendices; la nodriza criaturas, y las criaturas nodriza; el ama criadas, aunque malas, y las criadas amas de todo pergenio; el barbero mancebos para los sábados por la tarde y para el domingo entero, ó, si más le conviene, para todo estar, frasecilla que ellos se la entienden y basta, que nada importa que no la comprendamos los otros: el acaudalado halla casas para comprar, y el entrampado

quien le compre la finca: allí hay quien quiere hacerse con parroquianos y á toda costa; el mancebo enamorado encuentra quien hace retratos de semejanza fija y superior; el desnudo, sastrerías en donde le visten á precios fabulosos, que lo mismo pueden serlo por lo subidos que por lo ínfimos; el hombre cómodo halla tartanas de venta, que son el carruaje más á propósito para arrojar las asaduras; el inquilino mil pisos en que escoger, y todos baratos cual suelen proporcionarlos los propietarios; y el desdichado que ha perdido alguna cosa comete la inocentada de recorrer el diario esperando leer el anuncio de haber sido hallada: y por este tenor y por otros y por todos los tonos encuentra cada cual lo que le conviene; de suerte que como en esa sección anda todo revuelto y hay algo para cada clase social, no es dable adivinar qué casta de pájaro es el lector que en su lectura se detiene.

Quando veas un ciudadano que se pára en el servicio de la plaza, de seguro es un militar, pues los paisanos son indiferentes á ello, ya que nunca les llega su día de hacer servicio en estos menguados tiempos en que no hay milicia nacional.

Ves leer la alta y baja de la caja de ahorros y los avisos de los montes-píos, puedes estar seguro de que el lector es un hombre de pocos caudales y tal vez un desgraciado á quien nunca le cupo un buen lote en la rifa, ni hizo una afortunada jugada de Bolsa, ni ha estado en América, ni ha tenido contratas con el Gobierno: todo lo cual son medios muy socorridos para allegar dinero, no vayas á creer de un modo ilegal, sino muy legítimamente.

Si el lector recorre la Crónica judicial es un curial, ó un pillo que teme verse invitado por el Tribunal á presentarse. Si lo primero, el lector está con la risita en los labios; si lo segundo, por todos sus poros transpira el cerote.

Es muy posible ver un lector que volviendo las hojas que contiene todo lo dicho hasta ahora se detenga en la página del «Correo nacional». Este la echa de político, y sin embargo pierde misérrimamente el tiempo leyendo cada día una modificación ministerial, noticias muy tontas de don Juan y de su secretario Lazeu, dimisiones hechas y retiradas, ó no admitidas, ó no presentadas; críticas y ensalzamientos de actos del Gobierno que no merecen lo uno ni lo otro; el re-

lato de cuatro conversaciones que nunca ha tenido el Duque de Tetuán; la importante nueva de que éste ha pasado un día en la torre; dimes y diretes acerca de las cuestiones de Marruecos, Méjico y Santo Domingo; media docena de bravatas de Lisboa, y cuatro mentiras acerca de que los portugueses se cansan de ser de Portugal; disputas entre los periodistas; la noticia de algún asesinato horrendo, lo cual se explica ad longum para edificación de los lectores y honra del pueblo español; suposiciones de retirada del general O'Donnell y seguridades de que no se retira, con todas las generales de la ley, de la confianza de la Corona y de la mayoría de los cuerpos colegisladores y demás vulgaridades sabidas de todos; cuatro chismografías de la Inglaterra y de la Francia con respecto á España, y el anuncio del viaje de tres ó cuatro generales, senadores y diputados que se van á recoger la cosecha ó á tomar aguas ó baños al extranjero, porque las aguas y los baños de España está demostrado que de nada sirven, vista la muchedumbre de gentes que no va á buscar la salud en ellos. En suma, chismografía y una docena de noticias que durante un mes seguido son las únicas en el fondo, y diversas en la forma y manera de presentarlas. Por junto, muy poquita cosa ó puramente nada. La política de este lector es de pocos quilates, su diplomacia se anda por las ramas y se contenta con saber algo de personas, dejando el asunto de las cosas para otras que calan más y meten menos ruido.

Lector verás que, abandonando á los diplomáticos del «Correo Nacional» esas noticias repetidas millares de veces, de golpe y porrazo va á parar al «Correo extranjero». Este lector es político de más agallas, y sabe que cuando se ha visto cómo andan las cosas en París y Londres se sabe cómo andan en todo el mundo. Italia, Varsovia, Croacia, el Veneto, la Herzegovina, la Siria, Egipto, los Principados, etc., todo eso no son más que variaciones de un mismo tema, que ese lector busca en las noticias de París y de Londres. Ese lector sigue la pista á la propaganda revolucionaria y á los trabajos reaccionarios, estudia y pesa detenidamente las palabras del Emperador y las explicaciones de lord Russell y de lord Palmerston en las Cámaras, enumera los folletos que se publican en Francia acerca el imperio y del Papa, como por apéndice mira los desórdenes del reino de Nápoles, las bro-

mitas de Milán y los movimientos de los Abruzos. Ese hombre no deja de leer ante todo el alcance telegráfico; y aunque no contenga más que dos líneas se detiene en él, lo lee, relee y torna á leer, lo combina con las noticias anteriores que tienen dos días más de fecha, y acaba por formar su composición de lugar, y cree que por entonces está asegurada la paz ó es inminente la guerra. Esos lectores nunca son jóvenes, y pocas veces hombres de negocios; hacendados, gente de letras, abogados, médicos y otros de la misma estofa.

Ya ves, lector mío, que todo lo dicho es una verdad y que por tanto la lectura del Diario es un excelente termómetro para adivinar la clase social y columbrar la cabeza y el corazón de los lectores. No quiera Dios que yo te vea leyendo este artículo, porque si así fuese, te calificaría de uno de los hombres de menos sustancia que hay en gran parte de la tierra descubierta.

12 de Junio de 1861.

PRINCIPIAN MIS PROFECÍAS

Digo de verdad que los periodistas de provincias me causan positiva lástima y compasión muy grande. Después de un artículo de fondo, cuyo fondo son elogios del ministerio si el periódico es ministerial, y censuras más ó menos amargas de los ministros cuando el periódico forma en las filas de la oposición, ya han dado fin con todos sus recursos, esto es, con los recursos de que puedan salir artículos capaces de interesar á la nación entera. Cierto es que pueden escribir acerca de cosas útiles á su respectiva provincia; mas esto, hablando en plata, maldito el interés que tiene. Que el ferrocarril A, que la carretera B, que el canal M, que la empresa J, que el invento F, todo eso de nada sirve, no es eso lo que

debe ocupar las páginas de un periódico. En cuanto á noticias, tampoco pueden decir cosa alguna porque en provincias no hay noticias, y si no es un corto, cortísimo número de personas, los demás lectores no se entienden de noticias, y á lo más se contentan con las cuatro ó cinco líneas del parte telegráfico. Por esto los tales periódicos han de apelar al relato de las hazañas de perros rabiosos, al cuento de un asesinato con circunstancias horribles, á la correspondencia de Madrid y de algunos pueblos de la provincia; y por vía de narcótico á tal cual artículo de Benjamín ó de otro tal que escribe las mismas sandeces de éste.

Los periódicos de la corte son los bienaventurados que tienen siempre barro á mano, que llenan sus columnas con noticias interesantísimas, con artículos estupendos, en donde les dicen á los ministros cosas que parece imposible que haya quien las diga y quien las escuche, con lances sorprendentes y edificantes, con pronósticos asombrosos, con lecciones estupendas y que prueban cuán grande es el número de los hombres de Estado y de Gobierno que hay en la corte, con críticas literarias empedradas de erudición y rellenas de sabiduría profunda, con cálculos diplomáticos que nos dejan á nosotros los tontos con tanta boca abierta, y finalmente con tantas novedades y cosas inesperadas que verdaderamente se queda uno espantado al leerlas y no puede menos de confesar lo mucho que va de Pedro á Pedro. ¿Puede darse, por ejemplo, lectura más sabrosa que aquello de: según informes de personas muy allegadas al ministerio es cierta una crisis cuyas víctimas serán el señor marqués de Corbera y el señor Posada Herrera; no faltando tampoco quien asegure que igualmente saldrá, aunque con pretexto de la salud, el señor Calderón Collantes? ¿Y no es peregrino coger otro periódico el mismo día que dice: en altas regiones se tiene por segura la crisis ministerial, que por de pronto parece traerá la salida del señor Calderón Collantes, la cual será preludio de la del señor marqués de Corbera, cuya vacante ocupará el señor marqués de la Vega de Armijo? ¿Y la otra de: sentimos que nuestro colega se alimente de ilusiones: nunca ha sido menos probable la crisis, ni aun hay el menor indicio de ella, pues si bien es verdad que la salud del señor Calderón Collantes está muy delicada no es tanto que le obligue á dejar los ne-

gocios. Con respecto al señor Posada Herrera, no se separará del ministerio sino con el duque de Tetuán? ¿Y aquello de: es inútil que uno y otro día se diviertan los periódicos de la oposición echando á volar noticias de crisis y presentando combinaciones de nuevos ministerios: forzoso es que por ahora renuncien á sus esperanzas y que se resignen con ver en el ministerio á los hombres que tanto les estorban. Entraron juntos y en su día saldrán juntos, pero ese día nunca ha estado más lejano que ahora? ¿Pues qué diremos de aquello de: es muy singular el empeño de los periódicos ministeriales; apenas se echa á volar una suposición ó indicio de crisis cuando ponen el grito en el cielo asegurando, cual si la existencia del ministerio dependiera de ellos, que ni hay crisis, ni puede haberla, ni nunca el ministerio ha estado más firme, ni nunca ha contado tanto como ahora con la confianza de la Corona y con la mayoría de las Cortes? ¿Y qué os parece, lectores, de aquello de: mientras el ministerio cuente con la confianza de la Corona y con mayoría en las Cortes son inútiles todos los cargos y todos los ataques de los periódicos; el día en que le faltarán esas dos condiciones ó una de ellas, sabe muy bien cuál debe ser su conducta, porque conoce la índole y las condiciones del Gobierno representativo? ¿Y no es también muy gustoso lo otro de: hoy han estado en palacio el señor marqués del Duero y el marqués de los Castillejos y otros personajes importantes y de grande y conocida significación políticas. Al propio tiempo se han observado muchas idas y venidas de sujetos allegados á personajes muy altos; ayer hubo un largo Consejo de ministros, en el que apareció grande discordancia entre los miembros del Gabinete: y aun se dice que no es extraña á todo eso una persona elevadísima que en el día de ayer hizo jugar el telégrafo con alguna frecuencia? ¿Qué tal, lector mío, cuando el día siguiente aparece otro diario desmenuzando todo eso y haciéndonos saber que no hubo tal Consejo de ministros, que los marqueses del Duero y de los Castillejos fueron á despedirse de SS. MM. porque van á tomar aguas, que las idas y venidas de personas de palacio eran visitas de esas personas á otras que salen de Madrid para Vichy y Panticosa, y que las jugarretas del telégrafo eran un ensayo de un aparato nuevo que no se quiso poner en uso hasta tener seguridad de

sus buenos resultados? ¿No es cierto, lector de mi vida, que la lectura de este artículo mío te ha cansado, fastidiado y encororado? Pues quiero que sepas que desde el día en que terminó la guerra de África, y van transcurridos cerca de año y medio, todos los días indefectiblemente han hablado de si hay ó no crisis ministerial á lo menos dos periódicos de Madrid, muchos días lo han hecho cuatro y algunas lo han verificado todos. Y no creo que esta amena lectura se haya acabado: continuarán diciendo lo mismo, y yo desde ahora te aseguro, de una manera positiva, que hoy tienen razón los ministeriales, y que vendrá un día en que la tendrán los de la oposición. Si tú te empeñas todos los días en decir que yo me moriré mañana, y si dejas encargo á otro, que en caso de morir tú primero que yo diga lo mismo, vendrá un día en que tú tengas razón, porque más ó menos pronto yo me he de morir sin remedio. Yo te aseguro que si desde mañana me empeño yo en decir: parece que según informes de personas que suelen tenerlos muy buenos, el general Dulce, ó el Gobernador, ó el Obispo, ó el Regente, ó el Corregidor, dejarán el puesto que ocupan, y continúo diciendo lo mismo cada día, al fin y al cabo acertaré porque ninguno de esos señores ha de ocupar eternamente el puesto que hoy ocupa, y si tú te empeñas en decir lo contrario desde ahora te aseguro que vendrá un día en que quedarás desmentido. Felices los periodistas de Madrid que con eso sólo tienen materia para hablar diariamente durante año y medio por lo menos. El día en que me vea apurado llenaré mis artículos con esa clase de vaticinios y antes de un año me habréis de llamar profeta. Anunciaré en él cosas diferentes, y al cabo de un par de meses comenzaré á adivinar todos los días.

Parece seguro que dentro de una semana abandonarán su barraca del paseo de Gracia el león y la reina de las Girafas, que tienen en ella su vivienda.

Es casi seguro que muy luego comenzarán á venir los anuos turroneiros de Alicante.

No es ya dudoso que en la próxima semana se verificará la inauguración del nuevo Gran teatro del Liceo.

Querido lector: lee esos tres anuncios todos los días, y vendrá aquel en que calificarás de profeta á

BENJAMÍN.

¡POBRES DIPUTADOS!

No hay carrera ni oficio en el mundo que no tenga sus percances y sus angustias y sus peligros. Si recorriésemos toda la escala social desde el rey hasta el último hombre de la última clase, en todos los escalones encontraríamos esos percances y esos peligros, aunque no de la misma especie. No hablemos de los reyes, que en nuestros tiempos corren riesgos muy grandes, porque basta que á un quídam se le antoje que el rey no va por el camino que él reputa bueno para que sin encomendarse á Dios ni al diablo le dé la ocurrencia de matarlo ó de asustarlo, al menos como ha dicho que quería hacerlo el estudiante que le disparó un tiro al rey de Prusia. Si del rey bajamos á los ministros de un rey constitucional, los encontramos ametrallados cada día por los senadores y los diputados, una fracción de los cuales, en entusiasta competencia, se las apuestan á quien les dirigirá á los ministros más escopetazos y cañonazos tan á quema ropa como pueden, y si alguien lo duda, ahí están O' Donnell y Posada Herrera y Collantes que deben de tener el cuerpo como una criba y que dentro de dos meses van á quedar despellejados por la lluvia y la granizada que se les están preparando.

Pues no digo nada de esos mismos senadores y diputados, que, amén de otros percances, tienen que hacer rostro á los pedriscos que unos á otros se lanzan en el Senado y en el Congreso, que no parece sino que de propósito van allí para quebrarse todos los huesos de sus cuerpos. Y si quisiéramos seguir bajando, hallaríamos, según antes he dicho, percances, angustias y peligros en todas las carreras y en los oficios todos. Mas hoy, prescindiendo de otros, me quiero circunscribir á uno de los percances y peligros de muerte en que se encuentran con frecuencia los diputados cuando en las vaca-

ciones del Congreso se echan á volar por España, y en particular por el país al cual representan en las Cortes. Las vacaciones, que para todo el que las tiene son época de seguridad y de reposo, son para los diputados el tiempo de más inminente peligro. Sale el diputado de Madrid, y los periódicos, que todo lo husmean, se encargan de noticiar á toda España el punto á donde el diputado se dirige, revelando las aguas de que va á rellenarse ó los baños en donde piensa sumergirse, y de paso descubren la enfermedad que aqueja á su señoría, sin advertir que hay muchas enfermedades que deben ser secretas. Van los periódicos siguiendo el itinerario del diputado, quien no es dueño de menearse hasta un cuarto de hora de distancia, ni de ir á la quinta de un amigo, sin que todo el mundo se entere, no obstante de que tal noticia pueda comprometer gravemente al diputado según sea la fracción á que pertenece y el partido en que milita el amigo visitado.

Después de las aguas y de los baños va el diputado á otra parte, porque así conviene á sus intereses ó á los intereses del país que son los que más tiene en mira, y los periódicos lo anuncian con antelación, sin hacerse cargo de que con esto preparan los percances y los verdaderos peligros del pobre diputado. Entra éste en el territorio, vamos al decir, de su jurisdicción, y se encuentra con una comisión del Ayuntamiento ó con el Ayuntamiento en cuerpo, y el Cura párroco por añadidura, y allí le encajan la primera arenga á la cual ha de contestar con otra acomodada al gusto de aquella tierra y á los deseos de sus habitantes. Sale del paso como puede y trata de seguir el camino, pero no se lo permiten, sino que ha de aceptar un almuerzo, y ha de disparar media docena de brindis, que escribe con mucho cuidado el maestro de escuela, y al día siguiente aparecen en un periódico no sin poner en peligro la reputación literaria y política del diputado. Descansa en el pueblo una hora y sigue la marcha, cuando al cabo de media hora, si hay carril, ó de dos horas si es cosa de diligencia, da de hocicos con otro pueblo, con otro Ayuntamiento, con otro Cura, con otra arenga y con otro almuerzo, y ha de arrojar otra perorata y otros brindis, y ahí van la primera causa de una indigestión y el segundo peligro de un buen nombre literario. Se roba á las caricias

de aquellos buenos señores, y al cabo de una hora, tercera detención, tercer Ayuntamiento, tercera arenga, primera comida, terceros brindis y tercer peligro de la reputación política y literaria. Andando, morena; y al anochecer llega al pueblo cabeza de partido, Ayuntamiento, juez de primera instancia, arenga ya más repulida, y comida magna y brindis, y adiós estómago, y peligro grave y muy grave en lo de los brindis. Después de recibir á medio pueblo, de arengar cien veces, de contestar á mil preguntas, de hacer un millón de promesas, se queda solo con su secretario, y muertos de cansancio y pesados de estómago van á retirarse. ¡Que si quieres! serenata con hachas de viento y todo, y llamadas del público, y nueva arenga en el balcón, y viva, y viva, y otro, y que suban los músicos, y él improvisa un refresco y tiene que dar ejemplo y refrescar poco ó mucho.

Al fin se acuesta, y al amanecer sigue el rumbo interrumpido, no sin oír y arrojar otra arenga, y mientras lucha todavía con la digestión de esos almuerzos y comidas intempestivas y en que por fuerza ha tenido que comer algo para no dar un desaire, otro pueblo con su Ayuntamiento, su arenga y el primer almuerzo, y luego otro pueblo con Ayuntamiento, arenga y el segundo almuerzo, y á la media hora el tercer Ayuntamiento, la tercera arenga y el tercer almuerzo, y brindis en todas partes, y lluevan compromisos y peligros; y los periódicos hablan y glosan, y unos aplauden y otros silban, y el diputado en berlina.

Después de cuatro almuerzos llega á la capital; Ayuntamiento, amigos, cofrades políticos, arenga magna, compromiso mayor, contestación á la arenga magna, gran banquete, centenares de brindis, compromisos á pote, serenata, otra arenga, refresco á los músicos, nuevos brindis, nuevos compromisos y el estómago hinchado, y las improvisaciones impresas, y las arengas mutiladas, y los brindis equivocados y más comprometidos. Al día siguiente convite del pueblo A. para un almuerzo, del pueblo B. para un almuerzo, del pueblo C. para un almuerzo, del establecimiento D. para un almuerzo, de la corporación E. para un banquete, de la sociedad F. para un banquete, de la autoridad G. para un banquete, de la empresa H. para una corrida de toros, de la I. para una función de teatro y su refresco, de la empresa J. para

una función de teatro y su ambigú, de la corporación K. para una visita al establecimiento L., de la Dirección M. para una visita al establecimiento N. y su almuerzo, y serenata y castillo de fuegos, y partida de campo, y almuerzo, y comida, y refresco, y arenga y más arenga, y brindis, y brindis y más brindis, y vayan comprometiendo y hablen los diarios, y perorata arriba y arenga abajo, parlata aquí y sermón en otra parte, y almuerzos, y banquetes, y refrescos, y ambigús, serenatas, y arengas, y come, y brinda, y bebe, y baila, y haz el rey llamando á los músicos y recibiendoles con benevolencia, y almuerzo, y come, y banquetea, y refresca, y arenga, y brinda, y bebe sin sed, y come estando harto, y habla, y no duermas, y serenatas, y músicos, y arengas, y brindis, y vivas, y almuerzos, y refrescos, y ambigús, y banquetes, y serenatas, y revienta si puedes, que no parece sino que el diputado ha de ser un Heliogábalo y el primer borracho del mundo. ¡Qué de peligros! ¡Qué de reputaciones perdidas! ¡Cuántas arengas! ¡Cuántos brindis! ¡Compasión, pueblos agradecidos, compasión para el pobre diputado! Acordaos de que en el mundo hay silbas, y hay gástricas, y de que las unas y las otras pueden alcanzar á un diputado ¡Compasión, compasión!

16 de Octubre de 1861.

¡POBRE MATILDE!

¿No ha llegado á vuestra noticia, queridas lectoras mías, lo que le está sucediendo á la pobre Matilde? Pues voy á contároslo con toda la exactitud del caso, para que veáis hasta dónde llega la ridiculez de ciertos señores mayores, quienes en no estando las cosas á su gusto las censuran amargamente y no hay quien les arranque una transacción siquiera. Y

estad seguras de que os contaré la verdad sin añadir ni quitar un átomo de ella, tanto más cuanto yo ando en el fregado y no quiero por ningún término mentirme á mí mismo.

Matilde es una joven de diez y nueve años, de regular figura, pero muy elegante y simpática por extremo. Ha sido educada en un colegio de señoritas, dentro de España mismo, porque sus padres creyeron que para salir una niña bien educada no tiene necesidad de encerrarse durante cuatro años en un colegio de Francia, y la experiencia ha demostrado que tienen muchísima razón. Matilde, en la temprana edad en que se encuentra, lee bastante bien el francés, con pronunciación gascona, pero esto no es un grande defecto. Traduce más de la mitad del Telémaco y alguna vez se arriesga á escribir en francés cartas á sus amigas, las cuales cartas, si no son un modelo en punto á ortografía, podrían estar mucho peor de lo que están. En cuanto á la lengua castellana, no la conoce mucho, pero tampoco la ignora hasta el punto de no poder hablarla de modo que cualquiera castellano nuevo ó viejo la entienda, pues eso de decir ir por venir, por en vez de para y para eso en vez de por, usar el pretérito imperfecto de indicativo por el condicional y otras friolerillas por el mismo estilo son pecados veniales, y sobre veniales tan comunes como el pecado original. De esto deduciréis que no es ningún oráculo en gramática: cosa que no la necesita, pues para lo que ella ha de hablar, bien puede hacer caso omiso de la gramática, según lo hacen otras personas á quienes les pegaría muy bien saberla.

En geografía ha hecho tales progresos que nunca vacila en asegurar que París está en Francia, Londres en Inglaterra, Méjico en América, y si bien no sabe de positivo en dónde se hallan Berlín, Pekín, Viena, Lisboa y otras ciudades, tampoco lo há menester, porque en el día lo que no está en Londres, París, Méjico y la Habana no se halla en ninguna parte. Por lo que toca á religión, recuerda perfectamente la doctrina cristiana que le enseñó doce años atrás su buena mamá, que en paz descansa, y en historia sagrada sabe todo aquello del diluvio con el arca de Noé, y luego la historia del casto José, y cómo los hebreos pasaron el mar Rojo, lo cual si no es un exceso, no puede con justicia calificarse de poca cosa.

Tiene muchos conocimientos literarios, como que ha leído

todas las novelas de Walter Scott, las del vizconde de Arlincourt, las de Jorge Sand, el Judío Errante, el Conde de Montecristo, la Hermana del Carretero y más de cuatrocientas comedias, las cuales eran en el colegio la lectura predilecta de las educandas.

Tiene letra de mujer, como suele decirse, pero con cierto sabor de carácter inglés, y por supuesto escribe con pluma de acero. Por lo que toca á aritmética anda un poco atrasadilla, pero no tanto que no sepa sumar, restar y multiplicar, aunque con algún trabajo.

Dejando á un lado todo lo concerniente á letras, en cuanto á labores es un prodigio. Cose casi medianamente, sabe hacer calceta aunque no echar punteras, y borda al realce, á carril, á la inglesa, en cañamazo, aunque no todo un cojín ó un par de zapatos; sabe hacer flores, petacas, bolsas y otras chucherías, cuya inmensa utilidad es incuestionable. En artes de adorno baila como una sílfide, toca en el piano walses, schotis, rigodones y todos los bailes antiguos y modernos, y en ocasiones de compromiso canta una cachucha y otros aires andaluces con una gracia inimitable.

Para vestirse con elegancia tiene un dón especial; nadie sabe colocarse mejor una corona, una moña ó una flor, y sobre todo monta á caballo como una jineta di cartello. Es por extremo simpática, saluda como una parisiense exquisita, se presenta con despejo, habla con soltura, es despreocupada; y por fin y remate trata de tú á su padre y á sus tíos y tías, reservando el usted exclusivamente para un tío capellán con quien hace pocas migas.

Ya veis, amigas mías, que con tales circunstancias, con educación tan esmerada, con prendas tan singulares, es Matilde acreedora á la mano del más apuesto caballero. Avínole en el carnaval último el agradarse de un mozo de veintitrés años, excelente figura, bien educado, hijo de un rico propietario que además tiene una colocación productiva y de buen viso. El joven se enamoró también de Matilde, y como quien siguiendo la ley de Dios no pensó sino en casarse con ella, habló del negocio á su señor padre, hombre de antiguo cuño y que llevará al sepulcro las rancias máximas que le han gobernado desde mozo. No se opuso al matrimonio, le fué indiferente que Matilde trajese ó no trajese dote, lo cual ya

veis que es mucho desprendimiento, y únicamente exigió que fuese de familia honrada y que tuviese una educación regular por lo menos.

El hijo explicó cuáles y cuántos eran los conocimientos científicos, literarios y prácticos de su querida, noticia que le importó poquísimo al don Anselmo, porque todo eso para él no significaba nada. Tomó las noticias que juzgó necesarias, supo que la familia de Matilde es muy honrada, vió á la muchacha y no quedó muy prendado de ella por haberle parecido algo encopetada; mas habiéndose enterado minuciosamente de sus cualidades, ha negado redonda é inexorablemente su consentimiento; de suerte que el chico está á punto de volverse loco, y la muchacha, según opinión de doctores, tiene síntomas de una tisis.

¿Y por qué diablos os figuráis que no consiente el viejo en el consorcio? Oído y admiraos al considerar la ignorancia y absoluta necedad de ese vejestorio. Niega el consentimiento porque Matilde no sabe cortar y coser una camisa, no sabe echar un remiendo á unos calzoncillos, no sabe el valor de ninguna clase de comestible, no tiene el menor conocimiento de pesos ni medidas, ni por sistema métrico ni por el antiguo, no sabe aplanchar, no está acostumbrada á barrer, ignora de qué manera y con qué instrumentos se hace una colada, está en ayunas de lo relativo á la matanza del cerdo, y menos se ha enterado de los precios de la lencería, ni de las varas que se necesitan para sábanas, manteles, etc. Yo me he empeñado á favor de los chicos, ha intercedido el tío capellán, han mediado otros amigables componedores, los médicos han hecho del chico un pronóstico reservado; en una palabra, hemos acudido á todos los medios capaces de doblegar á un padre y á un viejo, pero no ha sido posible arrancarle una palabra, sino que cuando Matilde sepa muy bien sabidas todas estas cosas no tendrá inconveniente en ser su suegro, mas que hasta entonces todo empeño es inútil. ¿Habéis visto hombre más necio? ¿No basta que todo esto lo sepan respectivamente la cocinera, la camarera y el criado? ¿Ha de ir Matilde á sacar aceite de la tinaja, el vino de la cuba, la manteca de la olla, el arroz, los garbanzos, etc., etc., de la despensa? ¡Cuidado que es exigencia! Y no hay tío pásame el río, no se casará, ni que adquiriera Matilde todos

esos conocimientos. ¡Viejos, viejos! ¿Hasta cuándo querréis luchar contra las tendencias del siglo? ¡Pobre Matilde! Compadecedla, lectoras mías, como la compadece

16 de Agosto de 1862.

BENJAMÍN.

ESTOY EDIFICADO

¡Con que es usted empleado! ¡Se ha decidido usted por el turrón!—Sí señor: se debe uno al país, es preciso sacrificarse, dedicar sus esfuerzos al sostenimiento de la monarquía constitucional, al bien de esta pobre España que necesita de todos sus hijos para ser afortunada.—Pero, hombre de Dios, ¿no estaba usted á matar con la Unión liberal? ¿No me tiene usted dichas mil perrerías de O'Donnell, de Vega Armijo, de Serrano, de Salaverría, y sobre todo de Salaverría?—Diré á usted, señor don Benjamín, entonces hacía política de café, esto es, decía cuanto se me antojaba, hablaba siguiendo el tono de los periódicos de oposición, hablaba como hablan muchísimos otros, sin más noticias ni más opinión que las de los periódicos que leen, sin enterarse de la marcha del gobierno, ni comprender las dificultades que tiene regir una nación, conservar las buenas relaciones con las demás, no romperse la cabeza con ninguna, ni comprometerse con esta ni con aquella.—Pero ¿en dónde ha aprendido usted todo eso en tan pocos días, amigo don Eusebio? Todo eso que usted dice se lo había yo dicho á usted muchas veces, y no había forma de que usted me hiciera caso; y ahora me encuentro con que de uvas á peras se ha enterado usted de todas las dificultades que hay para gobernar medianamente.—¡Ay amigo! ¡cuán arrepentido estoy de todas las barbaridades que dije entonces! Desde que soy empleado he visto tanto, he comprendido tan bien lo que es el mecanismo del

gobierno, lo resbaladizo que es todo eso que llaman relaciones exteriores, lo arduo que se le presenta á un ministro de Hacienda hartar tantas bocas como le piden pan, y al mismo tiempo hacer caso de las reclamaciones de los contribuyentes, tener el ojo abierto hacia los demócratas, los absolutistas, los republicanos, los socialistas, los resellados, los puros, los adictos, los hábiles, y otros y otros, entre los cuales hay algunos que tienen solamente deseos de trastornar el orden, otros que quieren suplantar al ministerio, otros que desean la restauración de la restauración, otros que quieren cualquiera cosa con tal que les alcance alguna migaja de turrón! Hay tanto de todo eso, señor don Benjamín, que le aseguro á usted que cuantos formamos parte del gobierno no dormimos tranquilos ni una noche.—¡Cómo! ¿Usted se considera parte del gobierno?

—¿Quién lo duda? Cada uno en su esfera, cada uno en su círculo contribuye á gobernar la patria: así el aduanista que cobra derechos, como el que administra justicia, como el que con las armas está dispuesto á la defensa del territorio y del honor nacional, como el que despacha expedientes de ferrocarriles y de sociedades anónimas. Todos juntos formamos el cuerpo moral del gobierno, y la cabeza visible de este cuerpo es el ministerio; y he aquí porqué todos los empleados deben identificarse con el gobierno, porque son miembros de su cuerpo mismo.—Ya! De manera que usted está identificado con el ministerio que representa y predica la unión liberal! Vamos, que le aseguro á usted que á mí me parece un verdadero milagro. Oyéndolo estoy y casi no lo creo.

—Pues debe usted creerlo; es muy distinto mirar las cosas como las miran ustedes los gobernados, ó cual las miramos nosotros los gobernantes.—¡Oh! lo que es de esto no me queda la menor duda, y si alguna tuviera me la disiparía el oírle á usted, y el deducir de lo que usted dice que mira hoy de muy distinta manera las cosas que antes miraba usted como gobernado.

—Y debe ser así. ¡Si usted viera qué embrollo hay en el gobierno, qué complicación, qué de embolismo, qué confusión!—Pues hombre, entonces el gobierno va muy mal, porque eso que usted dice al fin es un desorden, un desbarajuste

completo.—Cuidado, don Benjamín, usted no me ha comprendido ó yo no me he explicado: quiero decir que hay tal complicación, tantas cosas heterogéneas, tantas pretensiones encontradas, tanta multitud de cosas que tener presentes, que en buena fe es un milagro un gobierno que gobierne.—¿Y usted se ha empeñado en auxiliar al gobierno para salir de todos esos ahogos? ¿Quiere usted sacrificarse por el bien del país?

—¿Y qué hará usted? ¿No es un deber de todo buen hijo acudir al amparo y al auxilio de su madre? ¿Y nuestra madre no es esta pobre España, que, como decía el otro, entre tirios y troyanos, pobre señora, la matan?—De manera que está usted identificado con la unión liberal?—Identificadísimo y adicto de corazón al ministerio O'Donnell en masa, y á todas sus partes en detall, y no pienso abandonarlo nunca, sino seguir adelante con él, trabajando á lomo caliente, aplicando el hombro á fin de sostener á nuestra nación y procurarle toda la ventura imaginable.

—Muy bueno es eso y muy laudable y edificante, y crea usted que, en mi concepto, la España no dejará de ser España mientras tenga hijos como usted que con tanto entusiasmo y abnegación tanta hagan el sacrificio de su reposo y de sus convicciones para servirla y engrandecerla. Y, dígame usted, si mañana ú otro día, cae el ministerio O'Donnell con éste y todo, entonces, ¿qué piensa usted hacer?—Se lo diré á usted francamente. Mientras el ministerio continúe al frente de los negocios, aquí me tiene usted firme como una roca; no se dirá de mí que yo desierto ni vuelvo la espalda á los peligros; aquí me encontrarán, en mi puesto, preparado á todo evento, quiero decir, á trabajar más todavía de lo que trabajo, á dedicar horas y más horas, aunque sea robarlas al sueño, para cumplir con mayor celo mis deberes; aquí, á pie firme, sin quejarme del trabajo, ni de los negocios, ni de la marcha del gobierno, aunque no me ascienda cuando lo merezca.—Ya comprendo; pero yo le pregunto á usted qué hará usted cuando caiga el ministerio y le substituya otro más liberal ó más reaccionario.—Entonces, amigo don Benjamín, el partido que debo abrazar es muy claro: puesto que el gobierno me abandonará á mí, dejándome á merced de sus adversarios políticos que me considerarán como amigo de ellos, yo le

abandonaré también, seguiré su ejemplo; me deja á discreción de los otros, yo le dejo también, me retiro expresa y completamente de su programa, dejo de pertenecer á la fracción á que me he afiliado, y así como ahora me he inscrito en la Unión liberal porque creo firmemente que puede y quiere hacer la ventura de mi patria, entonces no tendré reparo en afiliarme al partido que prometa lo mismo y se proponga dar á la España la ventura que quieren propinarle O'Donnell y compañeros.

—Bravo, amigo señor don Eusebio, bravo; es usted un hombre como los necesitamos; con usted y con otros iguales, la fortuna de España está asegurada. Quiera Dios concederle á usted muchos años de vida para la buena ventura española y para la edificación de todos sus compatriotas. A Dios, amigo mío, no dude usted que deja admirado, sorprendido, asombrado y estupefacto á su amigo

BENJAMÍN.

25 de Enero de 1863.

LADRONES

Al oír esta palabra cunde la alarma, todo el mundo se alborota, corren los vecinos armados de garrotes ó de lo que más les viene á mano, el ladrón se espanta, echa á correr, le persiguen, pasa por casualidad fatal un mozo de la escuadra que le echa la mano encima, y aquí dió fin la ropa blanca, porque esa mano que le aprieta como unas tenazas no lo suelta hasta que le ha dado en las muñecas una vuelta de cuerda, que, convertida en ramal, va guiando á mi hombre hacia el noroeste de la ciudad, en donde lo tienen á buen recaudo mientras le averiguan su vida y sus milagros, y por fin y remate, después de una temporada larga, forma parte del rosario de presidiarios que aprenden á barrer á costa de las

calles de Barcelona, ó le dedican á prolongar el muelle de Tarragona, ó va á Cartagena ó á otro de los presidios de España ó África, según sea la importancia de esos milagros que la justicia se ha encargado de averiguar con todos sus pelos y señales. Y todo ello, lectores míos, se reduce á que ahora ha robado una docena de napoleones descerrajando una cómoda, cuatro años atrás robó la ropa tendida en un terrado, y cuando niño había limpiado en la iglesia la faltriquera de tal cual beata ó cándido labriego que no tenía noticia de que en Barcelona hay muchos prójimos dedicados ex-profeso á esa lucrativa industria. De suerte que por cosas cuyo valor no pasa de un centenar de duros ese pobrete va á curarse de su ambición en un presidio por cuatro, seis ú ocho años, según sean fijamente la cantidad y las circunstancias con que fueron sus fechorías acompañadas.

Pues quiero que sepáis, amigos míos, que la sociedad está tan perdida y es tan rematadamente injusta, que con castigar esa clase de robo, deja impunes otros robos de mayor cuantía, y de aquellos que no pueden ser resarcidos y arrebatan lo que el hombre quiere más en el mundo, mucho más que el dinero, aunque os parezca imposible que en este tiempo del dinerismo haya cosa que se estime más que el dinero. Y los ladrones á quienes aludo andan barajados con la gente honrada, son admitidos en todas partes, y bien vistos en ellas, y esmeradamente obsequiados y festejados y en apariencia á lo menos muy bien quistos y distinguidos como personas de la más alta importancia. Y de esos ladrones conocéis muchos, tratáis con muchos y también vosotros los obsequiáis y mimáis y distinguís tal vez más que á los hombres honrados.

Estaréis cuatro amigos hablando de Juan, á quien reputáis por hombre sólidamente honrado, como que es buen cristiano, cumple con los preceptos del decálogo y con los de la Iglesia, es fiel á su mujer, ama á sus hijos, es exacto cumplidor de sus deberes, laborioso, económico, que vive sólo para la familia y al mismo tiempo es amable con todos, tiene un carácter excelente y á cuantos se los piden hace favores, aun á costa de gastar para ello el tiempo que há menester para sus negocios. Mientras estáis encomiando las excelentes dotes de ese hombre, otro ciudadano que se ha ingerido en el

corro conviene con vosotros en que Juan parece todo lo que decís, pero no falta quien asegura que en lo de cumplir con los deberes de buen cristiano, más que virtud, hay hipocresía; que en cuanto á la fidelidad á su esposa, se sospechó un año atrás de sus visitas á cierta persona muy vistosa y oji-alegre; que por lo que toca á su economía, dicen algunos que la tiene en la familia, pero que no es tan observante de ella fuera de casa, y aun no faltan maldicientes que aseguran haberle visto entrar más de una noche en un garito donde se reunen una docena de tahures á probar cuál dejará desollados á los otros.

¿Qué se ha hecho la excelente reputación de que Juan había disfrutado hasta entonces? Ya podéis echarle un galgo, ya está perdida; todos esos que le alababan, dudan de si es lo que parece, y entre ellos hay dos menos escrupulosos que dan por seguro lo que ha dicho el compadre, y lo comunican en confianza á cuatro amigos y en particular á uno que había pensado favorecer á Juan con una colocación muy productiva y honrosa. Y este hombre renuncia á verificarlo, lo dice á sus consocios y en una semana Juan es tenido cuando menos por hombre sospechoso, y no obstante, ni los vecinos gritan ladrón al que robó la reputación de Juan, ni le persiguen, ni mozo alguno de la escuadra le amarra, ni lo meten en la cárcel, ni va á presidio á purgar ese nefando robo que se ha hecho al pobre Juan, quien, no sólo nunca podrá recobrar lo perdido, sino que á consecuencia de esa pérdida pierde una colocación muy buena, continúa viviendo con mucha estrechez y muere dejando una viuda y cuatro hijos pobres, y llevando el anatema de proceder de un padre de reputación dudosa para unos y completamente perdida para otros.

¿Conocéis á alguno de esos ladrones? Pues yo aseguro á fe mía que abundan en grande, y como se les enviara á todos á presidio, bien pudieran llevarse á cabo casi de balde todas las obras públicas proyectadas en España.

De la misma parte son los ladrones de la honra de las mujeres, que son en tan crecido número ó más que los ladrones de reputaciones masculinas. Oíd por vuestra vida una conversación en que se trate de si Pepita es una mujer muy hacendosa y muy cristiana, que visita á los pobres y acude á dar consuelos á todas partes donde juzga que pueden nece-

sitarlos. Los circunstantes oyen edificados al que relata por menor las virtudes de esa señora, y si hay alguno que no se tenga por virtuoso, casi se corre comparando lo que él hace con lo que oye. Cuando á lo mejor de esa apología un ciudadano que callaba y oía con aire socarrón y con una risita burlona cual si se compadeciera de la candidez del narrador y de los oyentes, dice que no puede juzgarse por las apariencias, que muchas veces las cosas son muy al contrario de lo que uno cree, y que si bien es verdad que nada sabe contra la buena opinión de Pepita, aconseja, no obstante, que se vaya con pies de plomo en eso de hacer su elogio. Á las preguntas de los demás, cuya curiosidad ya ha despertado, protesta que nada sabe, que lo que ha dicho no es más que un principio general, que se guardará muy bien de decir que sea aplicable á Pepita, pero que como en el mundo nunca faltan detractores hay quien no la tiene en tan buen predicamento como quiso suponer el que acaba de presentar el cuadro de sus virtudes. Y con decir esto y con tomar un polvo, dispierta los recelos de los oyentes que insisten en hacer preguntas, y el ladrón, que hasta ahora no ha hecho sino preparar el robo, suplica que no le pregunten porque él no sabe mentir y tendrá que dejarles sin respuesta.

Como es natural, y como él espera esto, empeña más á los otros, y resueltamente uno de ellos quiere saber qué hay de verdad en las despertadas sospechas, y pregunta con insistencia, y entonces el ladrón, protestando de nuevo y rogando que no se tome por cosa cierta lo que va á decir, sino como el relato de lo que le contó persona que bien podrá equivocarse por más que no suele hacerlo y que es muy respetable y muy delicada cuando se trata de reputaciones, suelta la sin hueso y resulta que Pepita va á la iglesia á tomar hora y sitio, y que en vez de ir á visitar desgraciados va á dispensar favores á quien se considera muy feliz con merecerlos, que en lugar de ir á prodigar consuelos á quien pueden servir de lenitivo á dolores va á causar dolores á más de una esposa con cuyo marido tiene íntimas relaciones, que todo eso que la hace parecer hacendosa es movimiento y ruido en casa para que el marido crea que mira sus cosas con interés muy grande, que se fatiga, que há menester distraerse, y pues él no puede por sus negocios acompañarla, la invita y hasta la

obliga á que salga á visitar alguna amiga, con lo cual ella sale y lleva la maldad hasta poner al marido en el caso de impulsarla á ser mala.

¿No hay por ahí un par de mozos de la escuadra que agarran á ese pillo y le pasen la cuerda por la garganta, que no por las muñecas, y lo ahorquen del primer clavo? ¿Tampoco conocéis esa clase de ladrones, lectores míos? Pues tened por seguro que los hay por docenas, y que si Dios no lo remedia, ni uno de vosotros ha de quedar sin ser robado. El demonio cargue con semejante canalla, víboras de la honra ajena, devoradores de reputaciones, enemigos de todo viviente, envenenadores de la sociedad y pecadores sin perdón, porque de ese robo no hay restitución posible. Dios os confunda, amén.

27 de Marzo de 1863.

Á FALTA DE ARTICULO, UN CUENTO

En un pueblo de Galicia se habían sucedido, durante una larga serie de años, Ayuntamientos tan de chicha y nabo, que nada hacían para el bien de la población: de suerte que no obstante de que el país era naturalmente fértil y sus habitantes laboriosos, estaban el pueblo y el territorio lo más abandonado del mundo. Ese abandono formaba muy notable contraste con otros pueblos y comarcas limítrofes, los cuales, con ser menos fértiles, tenían un aspecto mucho más hermoso, eran más productivos y sus moradores lo pasaban mucho mejor que los del lugar susodicho. Cansáronse al fin los vecinos de los concejos que los habían tan malísimamente gobernado, y resueltos á salir de aquella situación vergonzosa, echaron la vista por los varones de pro que en el pueblo había, y determinaron formar de siete de ellos el Ayuntamiento en las primeras elecciones que hubiese. Y aunque no faltaban

algunos vecinos bien hallados con los Ayuntamientos descuidados é ineptos, la mayoría estaba por el cambio y este quedó resuelto.

Mientras unos estaban por Pedro y Diego, otros querían á Juan y Pablo, y esto dió lugar á que la elección no fuese unánime; pero todos los vecinos se dieron no obstante por satisfechos con los que salieron elegidos, porque todos esperaban de ellos que pondrían remedio á los males comunes. No había en el lugar agua potable, sin embargo de que á un cuarto de legua manaba una abundante y riquísima fuente; las calles del lugar no tenían empedrado, de manera que en lloviendo un poco se ponían cenagosas; por los caminos inmediatos no podía transitarse de puro descuidados; en la iglesia no había más que un trozo de campanario desde que un rayo arruinó su mayor parte; las mujeres no tenían lavadero público y habían de ir media hora lejos á blanquear la ropa; en una palabra, no había cosa alguna en orden ni ninguna necesidad pública satisfecha.

Los concejales elegidos prometieron remediarlo todo, los vecinos ofrecieron hacer todos los sacrificios posibles para costear las obras, y desde luego convinieron en imponerse una contribución que desde allí en adelante pagaron escrupulosamente. Pero aconteció que desde las primeras sesiones hubo algunos de los regidores que quisieron erigirse en árbitros de los demás y de los intereses del pueblo, y en vez de tratar de lo que á éste le hacía menester, se pasaban las horas de sesión disputando, vociferando, tratándose de cochinos, de ambiciosos, de intrigantes, de fautores de bandos y qué sé yo de cuantas otras cosas que no son para dichas. Los vecinos, escarmentados, al año siguiente nombraron siete personas distintas, y aunque estas habían declamado muchísimo contra las disputas y las personalidades de los siete antecesores suyos, cayeron en el mismo pecado y se trataron de la mismísima manera que lo habían hecho aquellos. Y mientras tanto los vecinos no tenían agua, ni las mujeres lavadero, ni la iglesia campanario, ni las calles empedrado, ni los caminos eran transitables. El pueblo estaba volado y todos juraban que para el año inmediato habían de buscar personas nuevas, y aunque parecía que todos estuviesen decididos á verificar una mudanza radical y absoluta, el

diablo que todo lo añazca se metió en el negocio y el resultado fué salir elegidos los siete individuos del año anterior.

Si mal se habían tratado la primera vez que estuvieron juntos, peor se trataron ahora, en términos que á puro buscar apodos enriquecieron notablemente el repertorio de los insultos y de las palabras injuriosas y ultrajantes. No podéis figuraros, lectores míos, las escenas que se representaban en la sala de sesiones. Muchas veces estuvo en un tris como no se tiraron los bancos por la cabeza, y un día de sesión muy acalorada las cosas llegaron á tal punto, que al salir de la casa del Concejo el alcalde y un regidor se dieron de mojicones y bocados, con uno de los cuales el alcalde se le llevó á su adversario más de media oreja; y á no acudir el cura que con el auxilio del boticario logró ponerlos en paz, allí era la hora del alcalde contra quien se arrojaron la mujer y un hermano del regidor como fuerzas auxiliares de éste.

Figuraos, amigos míos, qué escándalo y qué atrocidad tan grandes. ¿ Creeréis que todavía hubo en el pueblo quien en las próximas elecciones quería dar el voto á los mismos? Pues no os quepa de ello la menor duda, y el empeño fué tanto, que los del bando opuesto hubieron de transigir, y por vía de avenimiento fueron nombrados cuatro de los primeros y tres de los segundos. Allí fué Troya; antes había habido insultos, cachetes y mordiscos; ahora hubo bofetadas á pote, coces á granel, mordiscos á todo triqui traque y aun hay autores que con bastante fundamento aseguran que se atravesaron muchas pedradas y algún navajazo. Lo del navajazo no he podido averiguarlo bien, pero en lo de las pedradas es un dato que ya no admite duda, por muchos escrúpulos históricos que se tengan.

El pueblo se acostumbró á esas peleas, y no sólo eso, sino que se referían en todas partes, y los relatores y los oyentes se refán con el cuento y narraban el suceso por los pueblos inmediatos y estos aplaudían al abofeteador de hoy y aquellos al de mañana y al cabo del mes eran aplaudidos todos, y ellos al verse aplaudidos continuaban repitiendo los mismos escándalos y subiéndolos de color cada día. Y entretanto bien se deja comprender que las mujeres no tenían lavadero, ni los vecinos agua potable ni caminos, ni la iglesia campanario, ni empedrado las calles.

Bien había en el pueblo algunos vecinos sensatos, los cuales deploraban que su patria hubiese descendido á tanta miseria y que sus compatriotas tuviesen la poca vergüenza de volver á dar su voto á quien tan fatales ejemplos les daba y de tal modo tenía olvidados los intereses del lugar para ocuparse de las personas de sus corregidores; pero los tales callaban, que esta es siempre la desgracia de los hombres sesudos: todo lo que los otros hablan y gritan de sobra, ellos callan con exceso, y este silencio autoriza y sanciona el continuo gritar de los otros. Mas como todo en el mundo tiene un día de fin y remate, lo tuvieron también la paciencia y la apatía de esos varones, y un domingo, al salir de misa mayor, después de la cual se había de verificar la elección de Ayuntamiento para el año venidero, uno de dichos hombres sesudos á quien prometieron un apoyo algunos otros, se plantó en mitad de la plaza y subiéndose á una silla que allá se había llevado les espetó á sus convecinos una arenga que ha hecho muy mal en no transmitirnos la prensa, que tantas arengas tontas, necias, borricas y completamente disparatadas nos transmite. En esa arenga sé yo de positivo que «mutatis mutandis» comenzó como Cicerón en su famosa Catilinaria. «*¿Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*» Con la diferencia de que lo dijo en gallego, y de que en vez de decir «Catilina», vomitó uno por uno los catorce nombres de los catorce concejales que durante los últimos años habían oligarquizado el pueblo. ¿Quién pudiera relatar ahora el tumulto que se levantó en la plaza, la gritería, las maldiciones, las amenazas y las pedradas, y según tradición muy autorizada, las navajas que relumbraron? El pueblo entero cayó del burro al oír las palabras del arenguista, y pasando de la adoración al odio con la facilidad con que otros pueblos lo han hecho y lo harán otros más, hubo un «tolle tolle», un «*crucifige eos*» tan terribles, que á no intervenir el cura, el médico y el herrador, sin remedio eran los catorce otras tantas víctimas del furor popular.

Calmado aquel infierno, el varón sermoneador les encomendó que buscaran para los cargos concejales gente nueva, que no hubiese figurado nunca, gente que bebiese poco vino y mucha agua, con lo cual tendría interés en que esta no faltase en el pueblo, gente devota que querría construir el campana-

rio nuevo, algún arriero ó carretero que se empeñaría en arreglar los caminos, algún viejo para que hiciera componer el piso de las calles; y se lamentó de que no pudiese haber regidores para nombrar alguna lavandera, que sin duda lograría que se construyese el tan suspirado lavadero. Los vecinos se dejaron llevar de tan excelentes consejos, y buscando y rebuscando hallaron siete hombres que no había más que pedir.

¿Me preguntáis ahora si el nuevo ayuntamiento dió mejores frutos que los pasados? No puedo contestar categóricamente, pero según noticias bastante auténticas y más todavía según unos manuscritos que se conservan en la casa del mismo herrador que contribuyó á calmar la popular efervescencia, al cabo de cuatro años hubo campanario, hubo lavadero, hubo agua potable y sin ninguna duda se arreglaron los caminos, porque el autor del manuscrito, que debió de ser el herrador mismo, se lamenta de que esta mejora para machos, asnos y carreteros, ha sido fatal para él porque se rompen y consumen menos herraduras.

12 de Abril de 1863.

¡VAYA UNA CONVERSACIÓN!

Juntos estaban en el magnífico salón de un parador de ferro-carril aguardando que se remediara el percance acontecido en la vía, cinco señores magnos, que á tiro de arcabuz se conocía que eran diplomáticos, y cuyos rostros, colores y aposturas declaraban que el uno era ruso, el otro prusiano, el tercero austriaco, inglés el cuarto y francés el inmediato á la puerta. Otro personaje se veía algo apartado, vestido de luto, flaco, pero no obstante hombre de fibra y más que medianamente sombrío y amostazado. Un ojo experto habría adivinado al punto que era un polaco. Cuando penetró en la

sala, el diplomático ruso se levantó del asiento y parecía que iba á apostrofarle; mas el polaco no lo advirtió y el francés contuvo al otro.

La reunión de esos brujos dió lugar á una conversación que, fotografiada por un aficionado, ha venido á parar ante mis ojos, y yo la traslado ante los ojos de mis lectores. Se conoce que ya venían hablando, porque el exabrupto con que rompió el fuego el ruso dió á entender que todos, menos el polaco, estaban ya en autos.—Pero hablemos claro, decía el ruso, ¿qué pretendéis? ¿á qué meteros en la casa ajena cuando todos tenéis hartos de hacer en la propia y en las otras en donde estáis ya metidos?

Francés.—Yo me propongo que en todas partes, y entre ellas en Polonia, se respeten los fueros de la humanidad y el principio de las nacionalidades.

Ruso. dejando asomar una sonrisa fisgona.—Las nacionalidades, eh! Como por ejemplo, la nacionalidad de Niza, la de Saboya, la de Méjico. Y todo ello partiendo sin duda del principio de la no intervención.

Inglés.—Y cuidado con olvidar ese principio, porque yo en ninguna manera toleraría semejante abuso de la fuerza.

Austriaco.—Por sabido se calla: eso forma una de las bases de derecho público de Europa, y el desconocerlo sería un «casus belli.»

Ruso.—Sin duda, y por esto la Inglaterra aplica este principio en todas partes, y especialmente en la India, y el Austria lo pone en práctica en el Veneciano, y en...

Prusiano. interviniendo.—Poco á poco, no desenterremos cadáveres porque hieden. Si buscamos cosas pasadas, todos habremos de hacer restituciones. Tomemos las cosas en el punto en que están y «laus deo.»

Ruso.—Pues, ¿por qué queréis que se hagan novedades en Polonia? Sujeta está desde muchos años y no sé con qué derecho alentáis su rebelión.

Prusiano.—Yo no aliento semejante cosa.

Austriaco.—Yo me he limitado á conformarme hasta cierto punto con las notas diplomáticas de mis dos compañeros.

Inglés.—Y yo, en suma, he manifestado con mucha reserva que me intereso á favor de la Polonia; pero ni en diplomacia ni en hechos he pasado más adelante que la Francia

cuyas benévolas insinuaciones he secundado á remolque.

Francés.—Yo, cediendo al clamoreo de todos los periódicos, á la voz de todos los católicos, á la misión que me ha impuesto la Providencia de auxiliar á los opresos, á los deseos de mi pueblo, á las influencias interiores, y á otras mil concausas, poderosas todas ellas, he indicado la idea de escribir á la Rusia diciéndole que se ajuste á los tratados y que trate bien á los polacos; y en prueba de que no pienso hacer violencia á nadie, he dicho que lo más á propósito sería reunirnos en junta y hablar de todo esto pacíficamente á fin de no vernos precisados á llegar á las manos.

Ruso.—En cuanto á tratarlo pacíficamente y en junta, no tengo inconveniente; pero el hecho es que todas estas cosas dan aliento á los polacos y les hacen concebir esperanzas y empeñarse en la lucha. La única que lo ha entendido es España, la cual se ha limitado á darme un consejo verdaderamente cristiano, rogándome que me muestre compasivo y perdone á los polacos, de lo cual soy muy capaz siempre que ellos se conviertan y depongan las armas.

Polaco.—Ya no hay sufrimiento para tanto. Si la Rusia ha resuelto continuar tratándonos como hasta ahora, siga la guerra y perezcamos con gloria los polacos defendiendo las dos causas mejores del mundo, esto es, la religión y la independencia; mas cesen todos esos enjuagues diplomáticos, todas esas palabras ambiguas, que lo mismo pueden significar interés que indiferencia. Ó tomad las armas contra la Rusia, ó decidnos claramente que sancionáis su tiranía y que nos dejáis abandonados á nosotros mismos.

Inglés.—Amigo mío, vos no entendéis una palabra en materia de diplomacia; las naciones cuando hablan de oficio no pueden hablar claro, han de usar un lenguaje que pueda interpretarse de todas maneras que convenga, y que cuando llegue el caso ofrezca coyuntura de barajarse en los negocios ajenos ó de retraerse de ellos.

Francés.—Está claro; este es el lenguaje de la diplomacia, amigo mío, y aquel lenguaje lo es más que es menos comprensible. Batallad, seguid la guerra, sacrificaos por la religión y la independencia y veréis cómo al fin ó salís vencedores ó quedáis vencidos. Si lo primero, la Rusia reconocerá vuestros esfuerzos y os dejará libres y la Europa aplaudirá

vuestro triunfo. Si lo segundo, os quedaréis cual antes estabais, y la Europa que ha sancionado vuestra manera de existir hasta ahora, continuará sancionando vuestra situación futura.

Al oír tales resoluciones el Polaco se arrancó de un tirón la mitad de los bigotes, dió una recia patada en el suelo, miró con torvos ojos á los cinco interlocutores, y exclamando ¡embusteros! salió dando un porrazo que hizo estremecer al ruso, ciscarse al prusiano, soltar una sonrisa maligna al austriaco, bostezar al inglés y exclamar al francés «C'est drôle».

5 de Julio de 1863.

Ó YO ESTOY LOCO, Ó VOSOTROS BORRACHOS

Quisiera yo saber cuál es el afortunado mortal que se libra de ser tentado por el demonio. No creo que haya uno siquiera, y lo peor del caso es que no sólo el diablo le tienta á uno, sino que se deja uno tentar y cae en pecado, lo cual debe de consistir en que la carne es flaca, según suele decirse, y en que el diablo es tenaz como él solo. Con lo dicho no os admiraré, lectores muy queridos, que también conmigo se ocupe largos ratos el demonio, y que alguna vez, como que mi carne es tan flaca como cualquiera otra, consiga el grandísimo bellaco que yo le escuche y le haga caso y caiga de hocicos en su tentación maldita. De la misma manera que confieso mi flaqueza, he de decir también, en descargo mío, que muchas veces, aunque el demonio me estuviera ladrando al oído un día entero no conseguiría de mí cosa alguna si los malos ejemplos que tengo á la vista no me empujaban para que peque. De suerte que cuando logro resistir á la tentación, viene el mal ejemplo y da conmigo patas arriba.

Hace cosa de un mes me encontré en ese lance y caí en la

tentación de querer ser diputado. Y lo peor del caso fué que cuando ya estaba tentado y decidido á sucumbir á la tentación, se le antojó á un suscriptor de *El Telégrafo* decirme en una epístola que era una verdadera lástima que yo no fuera diputado. Al leerlo me hinché como una rana, me juzgué excelentísimo para el caso, y quedé rematadamente tentado y resuelto á caer en la tentación y á caer de lleno. Le hablé á un amigo, me indicó un distrito en que hay muchos tenderos, convinimos en que nadie se metería en hacerme justificar que no sea judío, porque hasta ahora no se sabe que á los diputados les exijan la presentación de la fe de bautismo; y con esto y con haberme dado el amigo todas las instrucciones convenientes decidí ser diputado y comencé las maniobras que debían conducirme á ganar la batalla que sin duda iba á trabar con algún otro caído también en la tentación misma.

Escribí mi profesión de fe política y mi programita, en donde no había más que ver, tanto, que en catorce líneas les prometía á los electores nada menos que rebaja en las contribuciones, entrada libre de derechos al vino y á todos sus hijos, desestanco del tabaco, protección omnimoda á la industria nacional, canales y carreteras sin pontazgo ni portazgo. En cuanto á la política, decía en una frasecita bien guisada que se hermanaría la libertad con el orden y la justicia, y que tocante á relaciones con las otras potencias mi norte sería no tener intimidad con ninguna y llevar por objeto predilecto la honra y la independencia nacional. Mi programa contentó á cuatro amigos, veteranos en materia de elecciones, de modo que en su concepto era imposible que yo no saliera diputado. Por si hacía al caso recorrí todas las fotografías de Barcelona y me hice retratar de cuerpo entero para que los electores que no se enamorasen de mi programa quedasen prendados de mi persona, y cayesen también en el garlito. Mis amigos y yo nos dimos á escribir cartas á las personas influyentes del país, sobre todo á los correvediles de tales negocios, y en dichas cartas significábamos con cierta delicadeza que sus trabajos y vigiliass se les tendrían en cuenta para cuando yo estuviese en el caso de hacer valer mi voto.

Decidido á ser diputado, quería echar la casa por la venta-

na, esto es, abrir mi caja y derramar cuanto dinero tuviese; pero mis amigos, más conocedores que yo del terreno, me dijeron que los votos no se compraban, y que lo más que había que hacer era pagar el carruaje, el almuerzo, la comida y la molestia á los electores que debiesen dejar sus domicilios para ir á meter mi nombre en la urna. Con pretexto de baños tenía resuelto pasar unos días en tres ó cuatro de los pueblos en donde debía contar con más votos, á fin de que me conocieran y oyeran de mi misma boca y más amplificadas las promesas resumidas en el programa que cual precursor mío enviaría anticipadamente.

Arreglados ya todos estos antecedentes, me parecía que mi diputación era una consecuencia lógica y forzosa, y me creía tan diputado como se creen ministros los que más trabajan para derribar un ministerio. Y ahora quiero decirlos, lectores míos, que pensaba ser diputado de buena fe y abogar muy fervorosamente á favor del desestanco del tabaco y de la industria nacional, lo uno porque soy fumador y lo otro porque me duele en buena fe ver cómo gastáis el dinero en las mil chucherías y objetos de lujo, de todo punto innecesarios, que los extranjeros os dan en cambio de vuestras onzas de oro y con notorio perjuicio de vuestros productos.

El negocio lo llevábamos muy secreto, como que no lo sabían sino los dos amigos de acá, las personas influyentes á quienes habíamos escrito, los electores á quienes éstos habían hablado, los parientes y amigos de esos electores, y algunos curiosos, de esos que gustan de saber quiénes y cuáles son los aspirantes á diputaciones. Por supuesto que lo sabían también veintinueve contrincantes, y sus amigos y sus influyentes, y todos los electores con quienes ellos contaban, y los parientes y amigos de esos: mas aunque, absolutamente hablando, se puede decir que era sabido por muchos, relativamente á la población de España, en cuyo Congreso había de figurar yo, era casi no saberlo nadie. Sobre todo no lo sabían sino los que era forzoso que lo supieran.

Ya en un café había yo oído hablar de ello á personas que no me conocían y que delante de mí mismo discutieron si yo era bueno ó malo para el caso, y aunque algunos no me contraban bastante claro fundándose en que mis artículos siempre dejan por adivinar mucho más de lo que dije, así y

todo estaban resueltos á no hacerme la contra, tanto más cuanto no querían hacer uso del derecho de votar que la ley les concedía.

Cuando he aquí que tres noches atrás me metí en uno de los cafés más aristocráticos de Barcelona, en donde en torno de una mesa estaban en amable compañía hasta ocho ciudadanos de buena posición y limpios de cogote, de todos los cuales soy conocido y casi amigo, y de quienes ninguno sabía mis ocultos manejos para ser diputado. Precisamente estaban hablando de política: me invitaron con una silla y un vaso de cerveza, acepté lo uno y lo otro, y se prosiguió la conversación que ya llevaban entablada.

Yo creo que no habrá novedad, esto es, ni caída ni modificación.

La modificación nada importa, la caída es lo que lo trastornaría todo.

Según las contradictorias noticias de los periódicos, es imposible sacar en limpio cosa alguna.

Esas contradicciones son las que me prueban que no sucederá cosa alguna.

Pero, señores, exclamé yo, ¿se puede saber de qué se trata?

¿Por qué no? Muy sencillo. Usted ya sabe que se van á disolver las actuales Cortes y á convocar otras.

Claro está que lo sé.

Pues se trata sencillamente de quién hará las elecciones de los nuevos diputados.

¿De quién hará las elecciones?

Sí, señor, de eso estábamos hablando.

¿De quién hará las elecciones? volví á preguntar.

Sí señor, sí señor, de quién hará las elecciones.

¿Eso dudan ustedes? interrogué. Pues las elecciones ¿quién las ha de hacer más que los electores?

Al oír estas palabras, estalló en la mesa una carcajada general, pero tan singularmente burlona que me quedé corrido y sofocado.

Pero, señores, ¿he dicho acaso algún desatino?

Otra carcajada más estrepitosa que la primera: nuevo corrimiento mío y nueva sofocación.

¡Los electores! exclamó uno.

¡Con que los electores! gritó otro.

¿Y usted cree que las elecciones las hacen los electores?
 Pero, señores, por el amor de Dios, no me vuelvan ustedes loco. ¿No hay electores de diputados? ¿Esos electores no son los que dan sus votos á Juan ó á Pedro para que sea diputado? ¿No es esto hacer las elecciones?

¡Virgen santa!

¡Dios eterno!

¡Jesús mil veces!

¡Y qué atrasado está el pobre Benjamín!

Amigo mío, usted no es de este siglo. ¿De dónde sale usted con estas vejedades? ¿Cuándo ha visto usted que los electores elijan?

¡Jesús mil veces y qué cándido es este hombre!

Tercer corrimiento mío y tercera sofocación y repentina huída del café y soponcio en mitad de la calle. ¿Qué es esto, Dios de Israel? ¿Pues quién demonio hace las elecciones, si no son los electores?

Hablad, suscritores al *Telégrafo*, hablad, queridos lectores míos, decidme quiénes son los que hacen las elecciones de diputados. Ó yo estoy loco, ó los españoles estáis borrachos. Elegid.

10 de Julio de 1863.

ESTA ES MI OPINIÓN

No me queda ya ninguna duda de que al fin me he vuelto viejo. Algunos indicios tenía de ello, como son las canas que con inaudita desvergüenza se van enseñoreando de mi barba y de mi cabeza, el poco deseo que tengo de divertirme, lo mucho que me gustan los chiquillos, y la absoluta indiferencia con que me miran las mujeres; mas con todos esos anuncios no quería convencerme de que estoy viejo. Hoy no lo

dudo, porque las gentes han dado en el chiste de pedirme consejos acerca de muy diversas cosas, y eso de pedir consejos tengo averiguado que se verifica con los viejos. No hay remedio, soy viejo, y por consiguiente estoy atacado de una enfermedad mortal, que cuando menos me lo cate dará con mi cuerpo en tierra.

Tres días atrás se me presentó una señora que frisaba con los cuarenta años y que es hembra de mucha reflexión y mucho juicio. Después de los saludos de ordenanza me anunció que venía á mi casa con el objeto de pedirme un consejo. Excuséme con aquellas palabras tontas que nada significan y cuya vaciedad conoció muy bien la señora pues á despecho de ellas insistió en que le diera el pedido consejo. No tengo memoria de que ni una vez en mi vida haya dejado de dar á una hembra lo que me haya pedido, y sería ridículo que ahora quisiera introducir en mí mismo usos nuevos. Accedí y entablamos el diálogo siguiente:

Señora.—Quisiera que me diese usted consejo acerca de á quien he de confiar la educación de mi hija á la cual ya usted conoce.

Benjamín.—¡Pues es una friolera el consejo! No crea usted que pienso hacerme de rogar; le diré á usted mi opinión y usted es dueña de seguirla ó no hacer caso de ella. Antes, sin embargo, me permitirá usted algunas preguntas. ¿Vive usted en buena paz y armonía con su marido?

Señora.—En armonía perfecta, sin que jamás haya habido entre nosotros la desazón más pequeña.

Benjamín.—¿Qué destino quiere usted dar á su hija?

Señora.—Yo quisiera disponerla para que á su tiempo sea una buena esposa, una buena ama de casa y una buena madre.

Benjamín.—Ya sé que usted lee y escribe correctamente y creo que en materia de labores es usted un prodigio.

Señora.—No tanto, pero sé todo lo necesario para mi casa.

Benjamín.—¿Y me pregunta usted quién ha de educar á su hija?

Señora.—Sí señor, ¿á quién encargará que la enseñe eso mismo?

Benjamín.—Á su madre.

Señora.—¡Yo! En mi vida he enseñado á nadie; y aun su-

poniendo que yo sepa, desde saber á saber enseñar hay mucha distancia.

Benjamín.—En general es así, pero tratándose de una madre no hay distancia ninguna. Para enseñar á ser esposa no sirve sino una esposa, para enseñar á ser señora de su casa sólo sirve quien lo sea ó lo haya sido, y para enseñar á ser madre no hay en el mundo quien pueda suplir á la que es madre.

Señora.—¿Le parece á usted...?

Benjamín.—¿Que si me parece? ¿Cuándo ha visto usted que un zapatero enseñe á nadie á ser sastre, cuándo que un cerrajero tenga aprendices albañiles?

Señora.—Pero en casa, señor mío, hay muchas dificultades y mil estorbos; visitas, compromisos, exigencias sociales que le roban á una el tiempo y sobre todo la privan de vivir con el método que la educación de una hija reclama.

Benjamín.—Para una madre la primera exigencia es la educación de su hija. Metodice usted la casa, señale usted horas para todo, sea usted inexorable en lo de variarlas, y á la vuelta de un mes verá usted como satisface esa imperiosa y sagrada exigencia sin desatender las que la sociedad nos impone á todos. Reparta usted el día y tendrá usted tiempo para todo, y con esto solo dará usted una grande lección de orden y método á su hija de usted.

Señora.—¿Pero cómo me compongo yo para lograr que mi hija no abuse del cariño y de las condescendencias de una madre?

Benjamín.—No teniendo ninguna. ¿Prefiere usted que otras personas castiguen á su hija de usted á castigarla usted misma? ¿No puede usted imponerle las mismas penitencias que le impondría otra persona? ¿No tiene usted el arma de la dulzura que nadie sabe ni puede manejar como una madre?

Señora.—Es muy fácil decir todo eso, señor Benjamín, pero del dicho al hecho hay gran trecho.

Benjamín.—No lo niego, pero es un trecho que puede andarse cuando hay voluntad y resolución para ello.

Señora.—Pero yo no sé todo lo que quisiera que mi hija aprendiese.

Benjamín.—¿Quiere usted hacer de ella una literata ó una sabia?

Señora.—No señor; pero deseo que tenga instrucción, que no sea una boba.

Benjamín.—Está bien: para todo hallará usted maestros de cuarenta á cincuenta años, muy dispuestos á dar lección á su hija de usted en los días y horas que usted escoja.

Señora.—¿Le parece á usted? ¿Y no hay en esto su peligro?

Benjamín.—El peligro es igual en todas partes. Por esto le he fijado á usted la edad de los maestros, y no porque esa edad les imposibilite de enamorarse de su hija de usted, sino porque su hija de usted no se enamorará de ninguno de ellos por poco que usted vigile y observe.

Señora.—Á mí me espanta eso de encargarme de la educación de mi hija.

Benjamín.—Pruébelo usted. ¿No le ha enseñado usted alguna cosa?

Señora.—Le he enseñado á rezar, le he enseñado la doctrina cristiana, le he enseñado á hacer calceta y algún dobladillo, y ahora por vía de diversión algunas veladas le enseño las letras del alfabeto. Ya usted ve que esto no vale la pena.

Benjamín.—¿Pues quiere usted comenzar por enseñarle alguna ciencia ó el bordado? Si me hubiese dicho que le había enseñado esas cosas hubiéramos ahorrado palabras. Como ha sido usted maestra de todo eso séalo usted de todo lo demás que pueda; y para lo otro á que usted no alcance pida usted auxilio á los que sepan. Ya ha dado usted el primer paso, no tiene usted más que salir adelante y llegará usted al cabo.

Señora.—No puedo remediar que me dé una especie de temor que yo misma no sé explicarme.

Benjamín.—Todo ello consiste en no haberlo hecho nunca. Señale usted á su hija horas de estudio, horas de lección, de costura, de calceta, de recreo, en una palabra, reparta usted el día, pero sea usted y hágala á ella esclava de ese reparto: no falte usted nunca á la observancia del método fijado, y será usted su maestra mejor que todas las maestras del mundo: pero si usted cree que antes que la educación de su hija son las visitas, el paseo, el teatro y otras diversiones, entonces no emprenda usted la tarea. Ó está usted dispuesta á sacrificar parte de todo eso á su hija, ó no; si lo está usted, pecho al agua; si no, vaya mi consejo por no dado.

Aquí nos interrumpieron, pero luego continuamos como se verá en el artículo siguiente.

13 de Enero de 1864.

SIGO EXPONANDO MI OPINIÓN

Benjamín.—Decía, señora, que si usted no está dispuesta á sacrificar algo al bien de su hija, vaya mi consejo por no dado.

Señora.—Al contrario; no sólo haría yo por mi hija el sacrificio que usted dice, sino otros mucho mayores y más costosos.

Benjamín.—Pues entonces á lo dicho: sea usted la maestra de su hija, con los auxiliares indispensables, y no dude usted que algún día me dará usted las gracias por mi consejo.

Señora.—Hablándole á usted francamente, y sentado el principio de que me impone encargarme de ser la preceptora de mi hija, le diré á usted que había pensado otra cosa.

Benjamín.—¿Y qué es ello?

Señora.—Juzgaba que podría ser más conveniente para mi hija tener en casa una señorita francesa, ya entrada en días, de mucha instrucción, y que después de estar muchos años como alumna en un colegio de Francia, ha continuado en él otros tantos en calidad de preceptora. Esa señorita enseñaría á mi hija cuanto yo deseo que sepa, y además con la sola práctica le enseñaría la lengua francesa.

Benjamín.—Vamos por partes, señora. En Francia, como en España, de cada veinte mil personas hay una que habla bien la lengua, y no sabemos si esa señorita es la exceptuada ó una de las veinte mil: mas suponiendo que sea aquella, no me queda duda de que enseñará muy bien la lengua francesa á su hija de usted, pero le echaría á perder la española que hoy sabe, y al cabo de cuatro ó seis años tendría usted que

hacerle enseñar la lengua española, con lo cual aún perdería usted en el cambio. En segundo lugar, y sin ánimo de rebajar el mérito de esa señorita, ¿qué datos tiene usted para asegurar que sabe todo lo que promete enseñar á su hija de usted? ¿La ha hecho usted examinar de cada materia por persona competente? ¿Está usted bien enterada de sus ideas, de su modo de pensar, de su religiosidad, de su carácter, de sus inclinaciones? Porque todo eso es indispensable, pues todo eso se infiltrará en el ánimo de su hija de usted. Además su hija de usted es española, se ha de casar y ha de vivir en España, y sería risible que quisiera usted convertirla en una francesa. Desengáñese usted: las francesas son buenas para Francia: para España las españolas. Y crea usted que hay mucha diferencia de las unas á las otras, sin que yo pretenda decir por esto que sean estas mejores que aquellas: basta que sean muy diferentes, y no dude usted que lo son. Á usted le conviene una hija española, pues de tenerla francesa á poco tiempo se encontraría en contradicción con usted, con su padre, con sus hermanos y más tarde con su marido. Cada oveja con su pareja, señora; no se separe usted bajo ningún concepto de este refrán, que es un grande axioma.

Señora.—Según eso no está usted por la educación francesa.

Benjamín.—Para una francesa, sí señora; para una española de ningún modo. Pero aquí hay más. Si mal no recuerdo me ha dicho usted que esa preceptora es una señorita, de donde deduzco que es soltera, y ha dicho usted que ha pasado su vida en un colegio, ya como discípula, ya como maestra.

Señora.—Exactamente.

Benjamín.—Pues ahora le digo á usted que aun prescindiendo de todas las razones que le he indicado á usted para aconsejarle que no la tome como preceptora de su hija, tengo otras mucho más poderosas y cuya fuerza conocerá al momento su buen juicio de usted. Sus deseos de usted son que su hija sepa gobernar su casa, y ser una buena esposa y una buena madre.

Señora.—Creo que es lo que le conviene y sin lo cual no puede ser dichosa.

Benjamín.—Tiene usted mil razones. Partiendo pues de

este principio, dígame usted ¿cómo enseñará á ser señora de gobierno la que no lo ha sido nunca, la que no ha tenido casa propia, ni ha estado en el caso de gobernar ninguna? ¿Cómo enseñará á ser esposa la que nunca se ha casado, ni cómo enseñará á ser madre la que no ha tenido hijos? Cosas hay que se aprenden muy bien con la teoría; mas otras muchas, y entre ellas las tres dichas, sólo la práctica las enseña, y una práctica muy larga y hecha con grande atención y esmero, como sin duda lo conocerá usted si volviendo la vista á algunos años atrás recuerda usted los tiempos en que comenzó usted á ser estas tres cosas. ¿Cree usted que se aprende sin que nadie lo enseñe eso de gobernar una casa, de tener en cuenta los recursos de que puede disponerse, la combinación del bienestar con la economía, el mandar á los criados y el millón de menudencias cuyo conjunto forma el orden y el arreglo de una familia?

Señora.—Tiene usted mucha razón; es todo eso una cosa algo difícil, y por ignorarlo muchas mujeres, se pierden no pocas casas. Siempre he creído que si la mujer no distribuye bien, es infructuoso todo el trabajo del marido para atender á las necesidades de la familia.

Benjamín.—¿Pues cómo quiere usted que dé reglas para ello quien no lo ha hecho nunca, ni quizás ha tenido tiempo de observar cómo otra mujer lo ejecuta? Esa señorita será tal vez muy buena y podrá usted utilizarla para dar á su hija lecciones de música, ó de otra cosa, si antes se cerciora usted de que es capaz de desempeñar bien ese cargo: pero en cuanto á enseñar el gobierno de una casa, es imposible que tenga la aptitud necesaria para sacar una buena discípula. No se deje usted cegar por la vanidad de tener en casa la preceptora de su hija, como tienen preceptores de sus hijos los príncipes y grandes señores. Esos no han menester los conocimientos de que hablamos, porque su estado reclama que tengan administradores y mayordomos, pero las familias de la clase media no se hallan en semejante caso y si quieren ponerse en él se pierden lastimosamente.

Señora.—No pienso yo de ninguna manera que mi hija se suba á mayores; ha nacido en la clase media y no quisiera que saliese de ella.

Benjamín.—Y hace usted muy bien: aquí encaja otra vez

aquello de cada oveja con su pareja. Suba cada uno por su propio mérito; adquiera por medios honrosos: pero de buenas á primeras saltar desde la clase á que pertenece á otra más encumbrada no se lo aconsejaré nunca á nadie. Pues ¿qué me dirá usted acerca de las lecciones que una soltera puede dar á su hija de usted para que sea buena esposa y buena madre?

Otra vez nos estorbaron, y no hay más recurso que aguardar á otro artículo para saber el final de mi consejo.

31 de Enero de 1860.

Y CONCLUYO DE EXPONER MI OPINIÓN

Benjamín.—¿Y qué me dirá usted de las lecciones que una soltera puede dar á su hija de usted para que sea buena esposa y buena madre? Dígame usted en puridad si es posible que sus instrucciones sean oportunas. Recuerde usted el tiempo en que era soltera y vea usted si alguna vez le había ocurrido lo que debería usted hacer cuando casada.

Señora.—Por fortuna tuve una madre que no pensaba en otra cosa que en su esposo y en sus tres hijas, y que pasó su vida dándonos las instrucciones que su maternal cariño le sugería, y crea usted que me han servido de mucho.

Benjamín.—Pues con ese hermoso ejemplo de su madre de usted, bien puede usted haber aprendido no sólo cuánto valen las advertencias y lecciones de una madre, sino que también sólo una madre es capaz de darlas. ¿Qué sabe una soltera de lo que es el estado del matrimonio, de los deberes y las exigencias que trae consigo, del tacto que se necesita para conllevar las extravagancias y el malhumor del marido, si ya no disimular y corregir sus faltas sin que lo apereba, calmar sus arrebatos, templar ó dar vigor á su carácter, mante-

nerlo siempre amante de su esposa, y tantas otras cosas que el estado reclama? ¿Cómo ha de enseñar cosa alguna de esas una soltera, que habiendo pasado su vida en un colegio ni siquiera ha podido ser testigo de la manera de vivir de una familia, de los lances que tienen lugar en la misma, de los disgustos y sinsabores que ocurren por más que reine la paz y la armonía entre los consortes? Ira me da oír ponderar la educación que á las jóvenes proporcionan ciertas gentes que no saben ni pueden saber una palabra de todo eso. Créame usted, señora, usted ha de ser la maestra de su hija; y si sería posible hallar otras que le enseñarían mejor que usted las labores propias del sexo y mejor que usted también le comunicarían conocimientos de otra clase, en cuanto á prepararla para ser una buena esposa no hallará mejor maestra que usted, ni otra que con tan buen deseo y tanto desinterés le muestre el camino que ha de seguir y los malos pasos que encontrará en el mismo. Además, teniendo usted la hija en casa le proporciona usted la enseñanza práctica, porque al fin más de dos veces llegará de malhumor á casa el señor don Francisco, y otras tantas se incomodará sin bastante motivo: y lo uno y lo otro le ofrece á usted coyuntura para que su hija de usted reciba una lección práctica que deberá aprovecharle mucho.

Señora.—Voy creyendo que tiene usted razón, pues no hay casa en donde no permita Dios que se crucen nublados que una esposa ha de saber conjurar con tino si quiere que la atmósfera de la familia esté siempre serena.

Benjamín.—¿Pues qué me dirá usted de las lecciones que una soltera puede dar para la educación de una joven destinada á ser madre? Ahí no basta de modo alguno la instrucción, por vasta y esmerada que sea; nadie puede comprender lo que significa ser madre hasta que Dios le ha concedido el beneficio de serlo. La Divina Providencia que ha puesto en nuestro interior el germen de todos los afectos, hace que ese germen se desenvuelva cuando las circunstancias lo exigen y no antes. Por esto siempre me ha parecido ridículo que en cualquiera parte y bajo cualquier concepto cuiden de criaturas personas que nunca las han tenido propias; y es en ellas el colmo del orgullo juzgarse aptas para el desempeño de semejante cargo. Cuando usted no era madre, ¿podía usted

imaginar lo que es el cariño de una madre? ¿Le había á usted ocurrido nunca la idea de esos afanes, de esa previsión, de esa asiduidad para el cuidado de los hijos, que le hacen conocer á la madre cuando su hijo no está bueno, aun antes que el hijo se queje, que le hacen adivinar sus deseos antes que los exprese, que le hacen presentir sus pasiones antes que el mismo hijo las sienta? ¿Qué quiere saber de todo eso la mujer que no es madre? Muchas son las personas que de buena fe creen y dicen que aman á un sobrino, ó á un primo, ó á un ahijado, tanto como puede amarles su madre. Basta oír esta blasfemia para asegurar que quien la profiere nunca ha tenido hijos, pues si los hubiese tenido sabría que á un hijo nadie le ama ni puede amarlo como su madre. En esta parte no transijo, y soy tan rebelde y aferrado á mi opinión, que ni aun quiero oír las razones que se me den para sostener lo contrario. Los afectos de la madre no los experimenta nadie sino la madre. Debiendo, pues, usted enseñar á su hija á ser señora de gobierno, esposa y madre, usted debe ser su maestra, y si usted no pudiese absolutamente serlo, debería usted buscar una madre que hubiese sido las tres cosas, pero nunca una soltera que no puede saber ninguna de las dos últimas, y que si se encuentra en el caso de la señorita francesa de quien usted me ha hablado, no puede entender una palabra ni de las dos últimas ni de la primera. No vacile usted más, decídase usted, constitúyase usted la preceptora de su hija, busque usted el auxilio de otras personas para los conocimientos que usted no posea con bastante perfección, mas resérvese usted exclusivamente para sí las tres enseñanzas que más necesitará su hija en el camino de la vida. De todas las demás puede prescindir, puede ser feliz sin ellas; mas si le falta una sola de las tres se expone y casi está segura de ser una desgraciada y de contribuir á la desgracia de su esposo y de sus hijos.

Esta es, señora, mi opinión. En buena hora que otros piensen de muy diferente modo; no los censuro, libres son de opinar y de obrar como gusten, libres de censurar mi manera de comprender este negocio, como yo soy libre de opinar según he dicho y de decir mi opinión, y aconsejar que la sigan, á las madres que me pidan consejo en materia tan trascendental y delicada.

La señora me dijo que mi consejo le parecía bueno y que lo seguiría fielmente. ¡Ojalá lo verifique, y no me queda duda de que ella y su hija bendecirán en algún tiempo este consejo de

BENJAMÍN.

12 de Febrero de 1864.

¡VAYA UNAS TERTULIAS!

Vosotros, lectores míos muy queridos, que hoy y desde que sois algo en el mundo os habéis acostumbrado á las espléndidas funciones de los teatros, á las brillantes de los casinos, á las pintorescas y líricas de los Campos Elíseos, á las variadas y atractivas del Prado Catalán, ó cuando menos al socorrido paseo de la calle de Fernando VII en las veladas del invierno, y á las tertulias semi-campestras de la Rambla en las noches del estío, vosotros, digo, no habéis alcanzado un ramo de tertulias que cuarenta años atrás todavía se estilaban en Barcelona: tertulias patriarcales, económicas, saludables y típicas, en las cuales estaban reflejadas las sencillas costumbres de la época, que en Dios y en mi conciencia os aseguro que era muy distinta de la presente, sin meterme por hoy á sostener que fuese aquella mejor ó peor de la que hemos alcanzado en los actuales tiempos.

Esas tertulias solían celebrarse en la tienda del cerero, del sombrerero, del estampero, del sastre, del platero y de algunos otros maestros de los mil y un oficios que en la ciudad había. Mas no creáis que se verificase aquí lo que dicen de las mujeres los que no las conocen mucho ni poco, á saber: que vista una vistas todas; al contrario, cada tertulia tenía un carácter y una fisonomía particulares y una clase diferente de concurrentes, no pareciéndose todos ellos sino en la asiduidad y en la constancia con que asistían diariamente á la

misma durante cincuenta años. La tertulia del cerero la hubiérais visto en una tienda cercana á la parroquia, porque los cereros siempre andan cerca de las iglesias en donde se hace el consumo de su artefacto. En esa tienda, por una singularidad notable y por aquello de en casa del herrero cuchillo de palo, no había más resplandor que el resultante de media luz de un antiguo velón con su pantalla para que no molestara la vista de los contertulios. Eran estos cuatro ó seis curas de la parroquia, y dos ó tres señores feligreses de la misma y adictos de corazón á los intereses eclesiásticos.

Allí se hablaba de las funciones sagradas, del paseo, de los funerales, del sermón de la última fiesta y del que se había de echar en el próximo domingo, amenizado todo con tal cual polvo de tabaco rojo, porque el rapé andaba por las nubes. El cerero oía la conversación con grande interés, tomando nota de las funciones que en la parroquia se preparaban y echando cálculos acerca de los probables lucros. La señora cerera asomaba las narices á las ocho, lo cual era un indicio de la próxima dispersión de los concurrentes, y por cierto que esto venía á trastornar la conversación que entonces era muy empeñada, como que versaba acerca de la guerra del turco, de la cual uno de los curas había leído alguna cosa en la *Gaceta* de quince días atrás. Saludábanse á las nueve con allá veremos, y quedaban citados para el día siguiente, en el cual habían de hablar de lo mismo.

En la del sombrerero se reunían media docena de empleados de pequeño calibre, cuya conversación giraba acerca de los ascensos, de la antigüedad y del nuevo jefe que llevaba ya veintinueve años de servicios, que eran exactamente los mismos que contaba el jefe actual, á quien trasladaban á otra parte mejorándolo un poco porque tenía mucha amistad con el intendente, que era hombre de grande valimiento. Allí se fumaba un poco, escondidos tras de la puerta, y el sombrerero se lamentaba del continuo cambio de modas que dejaba inútiles los sombreros almacenados en el año anterior. Porque entonces los sombreros se remendaban, echándoles un forro nuevo, quitándoles la grasa del sudor y aplanchándolos tres ó cuatro veces, con lo cual duraban por término medio sobre tres años; uno para los días de fiesta y dos más para los laborables.

En la tienda del estampero se congregaban algunos artistas y maestros de lenguas, hablando del arte y del mal gusto de las láminas francesas y del muy delicado de las de Italia, ponderando particularmente los retratos de los cuatro poetas italianos y las láminas de Moncada, del príncipe Carlos, original de Velázquez, y de las Vírgenes de Rafael, grabadas por Morghen. El estampero se quejaba de poca venta por la invasión de estamperos ambulantes que se venían acá y recorrían las calles y tenían la audacia de subir á los pisos invitando á los vecinos á que compraran, y como no pagaban alquiler de la tienda ni subsidio, podían dar el género más barato: lo cual era una picardía, y un ataque á los intereses nacionales.

En casa del sastre concurrían los parroquianos hablando de noticias del barrio, y atreviéndose á murmurar de algún vecino ó cofrade que vestía á los elegantes y se hacía pagar muy cara la mano de obra, no obstante de que en el subsidio no estaba colocado donde debiera. Ya entonces se lamentaban de que el reparto no se hacía con equidad, y de que andaban en ello los prohombres que hacían lo que les daba la gana; á lo cual se pondría el oportuno remedio cuando el maestro de la tienda fuese votado para prohombre, lo que seguramente no tardaría.

El señor platero reunía en su tienda personas más granadas: algún abogado, más de un notario, y algún comerciante de tercera fila. Allí no se hablaba del gremio, sino del colegio; ni de prohombres, sino de los cónsules, lo cual pronunciaba el dueño con una especie de énfasis, cuya significación comprendían los contertulios perfectamente. Esta tienda era la mejor alumbrada cuando no tenía en la acera de enfrente un farol del alumbrado público, en cuyo caso se suprimía por inútil el velón de la tienda. Allí concurrían los aficionados á la buena mesa, y se sabía el precio de los buenos pescados y la fruta primeriza, y se murmuraba un poquito de algunas casas de la clase media á cuyas modestas tertulias y modestísimos saraos concurrían algunos de los jóvenes plateros, que eran entre los artesanos los más lucidos y elegantes. También allí se hablaba alguna vez de la guerra del turco, y se había notado que los contertulios de aquellos tiempos eran particulares enemigos de la media luna y aplaudían sus derrotas.

¿Qué se han hecho aquellas tertulias tan inocentes como modestas y monótonas, en donde nadie se hubiera atrevido á murmurar del ministerio, ni echar cálculos acerca de la adquisición de grandes capitales, ni de satisfacer ambiciones desatentadas? Todo voló, llevólo consigo el torbellino de la revolución, y lo revolvió con los frailes, y con los mayorazgos, y con los diezmos, y con los regidores perpetuos, y con otras gollerías del mismo género. ¡Qué lástima!

13 de Marzo de 1864.

¿OTRA VEZ, AMIGO MÍO?

No há muchos días fuí al parador de uno de los ferrocarriles que desde esta capital llevan hombres y mercancías á varios puntos de España, y fuí con el objeto de acompañar hasta el postrer momento á un amigo con quien tengo antiguas y estrechas relaciones, que los años van apretando más todavía y que de por fuerza se romperán cuando ya hayan llegado á la mayor apretura posible. Acababa de pararse una larga hilera de coches que venían de luengas tierras y que vomitaron crecido número de viajeros, quienes cada cual con su negocio, y algunos con ninguno, á Barcelona venían disparados. Casi todos saltaban del coche alegres y riendo, con su cartera de camino ó su paquete debajo del brazo, y algunos de ellos riendo tan de gana, que parecía imposible que fuesen hombres de esta temporada del siglo. Mas como en el mundo, al lado de los alegres y los risueños andan los tristes y los llorosos, no faltaron viajeros que echaron pie á tierra con aire macilento y cariacontecido, cual si vinieran á encontrarse con el hijo ó con la madre enferma, ó con sus acreedores, ó con algún desengaño, que entendí ser lo más probable.

Uno de estos viajeros, que por cierto era viajera, se acercó

á uno de los empleados del carril y le dijo que hiciese el favor de llegarse al coche de donde ella había salido y ayudara á bajar á un pobre caballero cuya flaqueza era tanta, que no podía levantarse.

—¿Ha tenido algún contratiempo en el camino ese caballero? le pregunté.

—No señor; pero está el pobre tan acabado y para poco, que si el viaje dura un par de horas más, creo que se nos queda muerto en el coche.

—¿Pues qué le sucede?

—No sé; pero sí que si no se le remedia muy pronto y eficazmente, se muere sin remedio.

Ya en esto el caritativo empleado se había metido en el coche, ayudado á levantarse al viajero, y ahora le sostenía con ambos brazos para que bajara.

Era un señor de hasta cincuenta años; llevaba un traje tan raído, que podía tomarse por mosquitero; el sombrero estaba mugriento y rojo, el calzado eran los restos de unas antiguas botas de charol, y la camisa que fué blanca estaba gris y salpicada con algunas manchas. Su rostro no estaba flaco ni pálido, sino escuálido y blanco; la nariz era propiamente un cucurucho de pergamino, y lo único grande y saliente eran los dientes, que salían á media pulgada por pieza de los labios. Andaba cogido del brazo del empleado, quien lo acompañó al salón de descanso, y con gran tiento para que no se le quedara entre los dedos lo depositó cual bulto frágil en una de las ricas otomanas en que se sientan los venturosos que viajan en coches de primera.

Probó el pobre hombre á toser, pero no pudo, y me alegré, porque si llega á toser, creo que espicha. Desde el punto en que le ví en la portezuela del coche me pareció reconocer en él al esqueleto de un antiguo amigo, y se me figuró que era la espina de aquel ó de otro que debía serle muy semejante. Continué mirándole y me iba convenciendo de que en realidad era lo que me había figurado; y deseando salir de dudas y averiguar de qué manera había logrado despojarse de la corteza de carne que le cubrió en otro tiempo y quedarse como un bacalao, me llegué á él y le dije que si estaba en disposición de contestarme le rogaba que me descubriera cómo se llamó cuando estuvo en el mundo en carne humana. Alzó

la vista como pudo, descubriéndome un abismo dentro de su boca, miró tan despacio como podía, pues no podía hacer cosa alguna aprisa, y soltando una décima parte de lágrima, y alargándome la descarnada mano, cuyos huesos estaban á punto de servir para una lección de osteología, me dijo á un octavo de voz:

—Oh amigo Benjamín! Usted por acá!

—De parte de Dios te mando que me digas quién eres, le dije, y si puedo aliviar tu congoja, acá me tienes en cuanto yo valgo y puedo.

—¿No me conoce usted? me medio dijo.

—No os conozco; decidme quién fuisteis.

—Fuí su amigo de usted Macario Ortiz de Peñaranda; hoy soy un cesante.

Y al soltar esta palabra, quedó desmayado. Allí del vinagre, y del vino rancio, y de una taza de caldo, y de untarle las sienes y la palma de las manos con legítima agua de Colonia de Juan Bautista Farina; y gracias á la bondad, á la largueza y á los cuidados de todos los dependientes, con el administrador y jefe de estación y de explotación y tesorero y contador y mozos y no sé cuántos más, al cabo de media hora lograron verificar allí una resurrección verdadera.

Tomé un carruaje, llevélo á mi casa, lo bajamos del coche y subimos al piso entre cuatro; al ponerlo en pie la ropa se le escurrió, y se le hubiera escurrido la camisa á no tenerla sujeta el corbatín. En tal estado, creí que lo mejor era meterlo en cama, que no era hombre para morir en pie como aquel botarate emperador romano, y en efecto, quedó sepultado en ella, de manera que no hacía más bulto que un mango de escoba. Allí le dimos tres caldos en dos horas y ocho gotas de vino añejo que le subieron á la cabeza, pero que al fin le confortaron tanto, que con voz oíble me repitió «cesante». Y vuelta al desmayo y al vinagre y al agua de Colonia y por añadidura al éter, y si tarda un poco más le aplico el álcali volátil; pero volvió por segunda vez, y mirándome de hito en hito, iba á decir «cesante», cuando dirigiendo los ojos á la pared de enfrente de la cama, se le erizaron los cabellos, le dió una convulsión espantosa, y en medio de ella señalaba con el dedo la pared de enfrente, y con voz terrible repetía «cesante».

— ¡ Malditos nervios! exclamé yo : hacen removerse y gritar á este cadáver que no podía menearse ni abrir la boca no há cinco minutos. Y el pobre Macario repetía «cesante, cesante», y señalaba la pared de enfrente. Yo, borrico de mí, no atiné nunca en volver el rostro para ver qué demonios señalaba : me figuré que todo eso no pasaba de una travesura del sistema nervioso, que encontrando á mi hombre tan escaúldo hacía de las suyas; y él señalaba y repetía «cesante».

— ¿ Otra vez cesante, amigo mío? exclamé yo con voz condolida.

— Sí, por décima octava vez «cesante». Corrí la mitad de la vidriera de la alcoba por temor de que el aire no matara al amigo como una vela, y con esta sencilla operación los nervios de Macario se calmaron, y él con voz apagada decía: «cesante», por la décima octava vez «cesante».

— ¿ Y vienes á Barcelona á buscar ocupación?

— No, amigo Benjamín; vengo á Barcelona, porque como pienso morirme luego, he querido que antes de hacerlo no me faltara ninguna ciudad de España en donde yo haya estado, y quiero morirme en Barcelona porque es la sola que no me recuerda ninguna cesantía. Comienza por el cabo de Finisterre y toma hacia el Sur ó hacia el Este, y no hay ciudad en donde no haya recibido el nombramiento de cesante. Barcelona es la sola excepción que me queda, y quiero morir en ella, porque en cualquiera otra parte me moriría de hambre y de vergüenza: aquí no me moriré sino de hambre.

— Diez y ocho cesantías!

— Sí, Benjamín, diez y ocho, y setenta y nueve traslaciones: de manera que no hay en toda España ningún sueldo tan mal ganado como el mío, sin embargo de haber tantos. Yo soy el que más he robado á la nación, porque he cobrado como empleado, y he empleado toda mi vida viajando de destino en destino, y he cobrado como cesante, cuando nunca he cesado porque no he comenzado nunca, ni he hecho otra cosa que viajar. Todo lo que he cobrado lo he distribuido en diligencias, carriles, vapores y posadas, y en mi vida he llegado á gastar ochenta reales en ninguno de los puntos para los cuales me han destinado.

— ¿ Pero quiénes son los autores de tantas cesantías?

— Ahí los tienes á todos: esos malditos que estén ahí en la pared de enfrente.

— ¿ Pero qué dices?

— Corre esa vidriera y los verás todos.

Corrí la vidriera, y en la pared de enfrente ví con asombro una colección de retratos fotográficos de ministros pasados y presentes que son también futuros. El maldito criado que gasta en fotografías todo lo que le doy, había hecho esa compra.

— Tíralos por el balcón, me dijo Macario.

— Ni por asomo, le contesté; cada noche haremos arder delante de ellos un par de velas; encomiéndate á todos, y como logres hacértelos á todos propicios, nunca más serás cesante.

— No lo seré más, porque moriré muy pronto.

— Hombre de Dios! Aguarda al menos la caída del ministerio y morirás en activo servicio.

— Me resigno: ¡ tantas caídas he esperado!

— Una más y mueres activo.

Y Macario aguarda. ¡ Ay, Macario! Prepárate.

23 de Abril de 1864.

BUENO TE LO DÉ DIOS

Gracias á Dios que el ministerio se ha venido abajo. Estoy seguro de que no lo deseaban tanto como yo los ministros que ocuparán el lugar de los caídos, por más que esto parezca una exageración. Lo deseaba y me doy por ello la más completa enhorabuena. Mis lectores cándidos sin duda se figurarán que yo no soy de la cuerda de los ministros derribados y que pertenezco en cuerpo y alma á la de los ministros futuros, y sin embargo no hay tales carneros. Yo

no soy hombre de cuerda, y si por ministerios vamos, yo parto del principio de estar contra todos; esto es, que yo soy de la oposición y siempre de la oposición. En mi vida le he pedido cosa alguna á ningún ministro, y si no me hallo en un grande apuro, que todo podría ser, deseo morir sin haberles pedido cosa alguna; por tanto no pertenezco á los pasados, ni á los presentes, ni á los futuros, aunque lleguen á serlo los abstenidos. De manera que me alegro de la caída del ministerio, no por ser quienes son los caídos, ni por ser quienes sean los encumbrados, sino porque este cambio de ministerio me saca de un ahogo y trae consigo un cambio absoluto en la menguada suerte de un amigo.

Os dije no sé cuánto tiempo atrás que había llegado á Barcelona á punto de caerse muerto mi antiguo camarada Macario Ortiz y Peñaranda, trayéndose á cuestras la décima octava cesantía, y tan escuálido y acabado, que una señora que vino con él en el mismo coche temió que se le muriera antes de llegar acá. Y allí mismo os añadí que esa su décima octava cesantía era una gracia del ministerio que acaba de dar las últimas boqueadas. Con estos antecedentes que recordará alguno de vosotros, bien comprenderéis que pues me llevé á Macario á mi casa no podía dejarle morir de hambre: y así fué en efecto, y lo he tenido á pan y cuchillo, y como por añadidura necesitó médico y boticario, pues es adicto á la alopatía, y cuando pudo levantarse y sobre todo cuando estuvo en disposición de salir á la calle, nos encontramos con que no tenía ropa para cubrirse los huesos, me ví precisado á llamar al sastre y vestirle de nuevo. De todo esto ha resultado que el buen Macario ha echado toda la carga sobre mi cuerpo, que en materia de dinero no sufre ancas, y tengo para mí que si el ministerio dura un poco más, los dos nos íbamos de bracero al hospicio.

Mas como mi hombre, que todo lo ha perdido, ha conservado el olfato, ya le había dado en las narices mucho tiempo há no sólo que el ministerio se caería, que esto lo tengo yo anunciado desde el día en que fué tal ministerio, sino quiénes habían de ser sus sucesores, en lo cual yo podía haberme equivocado, aunque más no fuera que de un par de pulgadas. Y como Macario ha conocido y hablado á todos los ministros y todos le han declarado cesante cuando estaba en activo

servicio, y activo cuando estaba cesante; al momento que olió el cambio y le llegó el tufillo de los sucesores, se encontró con que el futuro ministro de su ramo, sea quien quiera, le ha de haber activado alguna vez en las diez y ocho consabidas, y creyó que no se llamaría andana para hacerle el mismo favor por la vez tercera. Y como es hombre muy curtido en la materia, y sabe que el cesante no debe aguardar á que vaque un destino, sino que debe pedirlo aunque esté servido, pues declarar cesante al que lo sirve corre de cuenta del ministro que da el destino á otro, escribió hace quince días á cuantos pueden ser ministros de su cuerda recordándoles las veces que se compadecieron de su miseria y jurándoles que ahora la sufre mucho mayor y que no dudaba que por tercera vez le destinaría al mismo destino á que ya lo destinó en los anteriores. Los futuros ministros, como ministros al fin, y muy caballeros y compasivos y consecuentes y considerados y amigos de los antiguos servidores, le contestaron que no tuviera cuidado, que lo dejaban inscrito en el primer lugar del catálogo de los empleandos, y que no dudara que lo colocarían según sus méritos reclamaban. Con lo cual Macario tuvo por seguro el destino: y como me hubiera creído á mí, desde luego se hubiera marchado á Madrid á esperar en la puerta misma del ministerio la salida del ministro que había de caer, á fin de que el ministro nuevo se le hubiera encontrado como un estafermo al ir á entrar en su ministerio. Macario en esta parte no quiso seguir mi consejo, sin duda juzgando que por de pronto era mejor pasar la cesantía al amor de mi sopa boba, lo cual para él era tan preferible como para mí dejaba de serlo.

Cada día me anunciaba la caída para la mañana siguiente, y yo me desojaba buscando en el alcance ó parte telegráfico de los periódicos el deseado anuncio: y á cada desengaño mío acudía Macario con una nueva seguridad para el día siguiente; y así yendo y viniendo días, yo buscando la anunciada noticia y él anunciando la que yo debía buscar, ha transcurrido todo el tiempo desde el día en que llegó hasta el de ayer, en que le acompañé hasta el carril y para fin de fiesta le tomé el billete y le dí ochenta reales para el viaje.

Allá va el protocesante, el rey de los cesantes y de los trasladados, el amigo de la mitad de los ministerios, y el enemi-

go de la otra mitad, el viajero universal de la península, el empleado que nunca llegó á desempeñar su empleo, el más grande protector de las empresas de diligencias, vapores y carriles, el asiduo parroquiano de las fondas y posadas de todos los caminos, el autor de una comedia que con el título de «El cesante» se ha de representar y hacer furor en todos los teatros del mundo, el Macario más plagado de macas que hay en todo el ámbito de la nación española, el baúl que se lleva más de la mitad de mi hacienda, el bien hartado, bien vestido y regularmente puesto en carnes por este pobrete que para dárselas á él ha perdido tres cuartos de las propias; allá va en alas de la promesa de un ministro, haciéndosele la boca agua con sólo pensar en el buen bocado que le aguarda, habiendo prometido protección decidida al amigo que le ha resucitado, y embebido y saturado de las ideas de industria nacional, economías en el presupuesto, caminos vecinales, puentes, carriles y casas de beneficencia y patronatos de pobres y cocinas económicas y ensanches de poblaciones y alumbrados de gas, para promoverlo todo y plantearlo aprisa y corriendo en la provincia y particularmente en la ciudad á donde le destinen.

El pobrecito, de puro agradecido, quería pedir para Barcelona, con el objeto de dar expansión á sus ideas proteccionistas y promover la construcción de la fachada de la catedral y del canal de circunvalación; pero yo se lo quité de la cabeza, porque como tengo por segura su futura cesantía, si esta le cogiera aquí se me colaba en casa á dar fin con lo poco que me ha dejado. Por supuesto que no le dije que ésta fuese la razón del consejo que le daba, sino que le convenía dejar á Barcelona virgen de sus cesantías, no fuera caso que si otra vez le dejaban cesante dentro de cuarenta ó cincuenta años, le pillara la desgracia en esta capital, quedándose así en un punto de España en donde pudiese morir de hambre y no de vergüenza, según él mismo me dijo á la llegada.

Allí va tan gordo y tan lucio y tan bien arropado, que parece un banquero; ahí va para dejar hecho equis al ministro que espera encontrarse con la efigie de un cesante y se hallará con un ciudadano español que respira riqueza por ambos costados. Ahí va aspirando á una plaza de veinticuatro mil, sin perjuicio del aumento que se hará en el presupuesto del

año próximo, porque como los víveres están cada día más caros, y los alquileres de casa cuestan un ojo de la cara, justo es y necesario ir aumentando los sueldos al compás de las habitaciones, y de la carne, y del pan, y del bacalao, y de los sombreros, y de los paletós, y de las capas madrileñas, y de los relojes, y de los tabacos, y de los teatros, y de los demás artículos de primera necesidad. Él le dará al negocio la última mano, que no se dormirá cuando esté en el destino. Ahí va, y á la hora de ésta, según mi cuenta, ya debe de haber entrado en la grande población, que, como dijo cierto poeta de mucha chispa, es en España la que da de sí el inmenso y único producto de la *Gaceta*. Dios te guíe y permita que te den un destino perpetuo para que nunca más tengas que venir á demandar los socorros de

BENJAMÍN.

3 de Mayo de 1864.

IPOBRE MUCHACHO!

Corrían las postreras horas del frío y borrascoso día de San Esteban proto-mártir, 26 de Diciembre, y estaba yo envuelto en dos, que no en una, batas, leyendo y recapacitando el discurso de la Corona, que por cierto no puedo calarlo de puro profundo, cuando un fuerte campanillazo dado en la puerta de la habitación nos puso á todos en alarma. ¿Qué será? decía mi parienta. ¡Qué sé yo! ¿Quién puede ser, papá? preguntaron los chiquillos. ¿Qué sé yo? Por fuerza es algo extraordinario, porque con esta noche.....

El criado había abierto y oímos que al momento entabló conversación con más de una persona. El menor de los chiquillos, que es muy curioso, ya venía con la noticia de que había entrado un mozo de cordel con un baúl á cuestas y tras él un caballero cubierto de barro y chorreando agua. De re-

rente el criado abrió la mampara del cuarto en que estábamos, y reventando en amor y en ternura y en expansión cariñosa, se arrojó á mis brazos... ¿quién dirías, lector de mi vida? Era Macario, mi amigo Macario Ortiz y Peñaranda, aquel cesante de marras, que me ahogaba á puro de apretarme, y al mismo tiempo daba las dos manos á mi mujer, y sofocaba á besos á mis hijos, y volvía á abrazarme á mí con una efusión que temí iba á quedarse muerto.

Al verle tan cariñoso y simultáneamente pálido y flaco, interrogué con espanto :

—¡ Cesante !

—Vuelvo cual me fuí. ¡ Maldito ministerio !

—Amén.

—Amén, contestó la familia al unísono.

—¿ Con que cesante ? ¿ Otra cesantía ?

—No, mi querido Benjamín, es la continuación de la misma ; y pues sigo cesante, vuelvo á tu casa, con tu permiso.

—¡ Ya ! Bien hecho, Macario, bien hecho. Acabaremos con lo que quedó, y después algún municipal se encargará de llevarnos á todos juntos al hospicio. ¡ Con que continuas cesante !

—Continúo cual me fuí, y por añadidura traigo un escarmiento más y una esperanza menos.

—¿ Pues y los amigos que habían de ser ministros ?

—No lo han sido ; ya ves que Narváez, gracias á Dios, había caído, gracias al demonio ha vuelto, y con él ha vuelto á colear mi espirante cesantía.

—¿ Con que si no hubiera vuelto tú cesabas de cesar ?

—¡ Tan fijo !

—¿ De cuál de los futuros eras amigo ?

—De todos, absolutamente de todos. O'Donnell y comparsa me tenían preparado un ascenso.

—¡ Qué lástima ! ¡ Ese Narváez ! ¡ Ese Narváez !

—No me hables de él ; quisiera verle cesante toda la vida.

—¿ Y con Novaliches, cómo estabas ?

—¡ Novaliches ! ¿ Qué más hubiera deseado ? Con ese me calzaba un destino en la Habana.

—Eso era lo mejor ; irse lejos de esta patria ingrata y que deja cesantes á sus más fieles y adictos, puros y limpios servidores. ¿ Y podías esperar algo de Lersundi ?

—¿ Qué llamas esperar ? Tenía seguridad de dos ascensos con una cruz por coletilla.

—¡ Gran ministro !

—¡ Y tanto ! Con él me entierren. Creo que es el único hombre de talla que no me ha declarado cesante.

—Acá se habló de Madoz. ¿ Cómo te hubiera ido con ése ?

—¿ Con don Pascual ? Sobre que somos condiscípulos y compañeros de emigración !

—Punto redondo : ése te convenía.

—No lo niego ; pero yo hubiera preferido al marqués de Miraflores.

—¿ Es posible ?

—Está claro. Iba á insacular á todos los cesantes y á darles todos los destinos de España. Ya tú ves que yo podía salir del saco muy mejorado. Figúrate que me toca un gobierno de provincia de primera clase, ó la intendencia de Filipinas. ¿ Quién me tosía entonces ?

—¿ Y si hubieran llamado á Espartero, según corrieron rumores ?

—Venga Espartero ; con los progresistas comencé la carrera, y como siempre he pertenecido á la benemérita, no creo que me hubiesen abandonado.

—Pero, hombre de Dios, si de todos esperabas, ¿ á qué cuerda perteneces ?

—Á ninguna ; soy cantidad negativa : sólo puedo decirte que no pertenezco á Narváez ni á los suyos, y que estoy dispuesto á pertenecer á cualesquiera otros.

—¿ Hasta á Bravo Murillo ?

—Mucho que sí, y le ayudaría á poner orden en la Hacienda, que según está, no nos había de costar gran trabajo.

—¿ Pues y ahora ?

—Cesante ; doy por nulo y de ningún valor el tiempo transcurrido desde que me metiste en el coche de primera, disparándome hacia Madrid, hasta hoy día de la fecha. Me he vuelto á las ollas de Egipto y so el hospitalario techo de mi amigo Benjamín.

—Gracias por no haber desesperado de mis fuerzas. Si me hubieras avisado con tiempo habría salido con mi familia á recibirte en cuerpo, siquiera hasta Manresa, como el Senado romano salió á recibir á Varrón cuando llegaba con la bada-

na bien zurrada por Aníbal en Cannas. Los antiguos nos dejaron grandes modelos. Y ahora, ¿cómo te parece que quedarán las cosas?

—Confío que entre los disparates del ministerio, los esfuerzos de los vicalvaristas, y algún mal consejo de los neos, la situación variará, y con esa variación tendrá fin mi cesantía.

—Dios te escuche, y permita que eso sea pronto. Vuelve á tomar posesión de tu cuarto, y prepárate para ayudarnos á dar fin con los restos del pavo. Estamos en época de aprovechar residuos.

—Que me place! Como que durante el camino venía yo pensando en esos residuos. ¡Cuán lejos estaba yo ocho días atrás de creer que debiese contentarme con residuos! Contaba de seguro con una docena de pavos.

—Déjalos que engorden; algún día llegarán.

—Es posible, y entonces habrá para todos.

—Allá me lo allegues. Duro al ministerio, y que el diablo se lo lleve pronto.

—Así sea. Con nosotros tendrán un alegrón más de ocho mil cuatrocientos veintitrés cesantes.

12 de Junio de 1864.

ESTO, ESTO

Es irresistible el poder de la moda. Y lo bueno es que cuando una moda ha conseguido hacerse lugar, ganar terreno y por fin enseñorearse, no sólo es imposible hacerle resistencia sino que todo el mundo ha de asegurar que es hermosa, que su invención es una maravilla, que es mejor que todas las modas anteriores, y que parece increíble que esa no se hubiera inventado y generalizado antes. Y aún hay más: todas las modas que precedieron á la última se convierten en una

cosa ridícula, en términos que no puede uno menos de reírse al ver un objeto cualquiera hecho según esas pasadas modas.

Recuerdo que hace ya muchos años entré en el cuarto donde se vestía un actor del teatro del Liceo, y casi la risa me ahogaba al ver la colección de sombreros que tenía colgados del techo. Y todos ellos los había usado en sus respectivas épocas y por las calles de Barcelona el mismo actor, no sólo sin incurrir en la nota de ridículo, sino pasando, como realmente lo era, por elegante. Fuélos probando en mi presencia, y no pudo concluir la operación porque temió que la risa iba á dar fin conmigo. Yo estaba convulso, se me caían las lágrimas y me dolía el vientre: de veras que nunca creo haberme reído otro tanto.

La moda en nuestros días, cual lo ha hecho en otros tiempos, se ha metido de rondón en la literatura, y prescindiendo del influjo que pueda ejercer en las obras clásicas, porque tales obras por acá no se estilan, ejerce un despotismo atroz en el ramo de novelas. Y no contenta con haber desterrado las que se llamaban románticas y proscrito todo aquello de caballeros, y castillos, y encuentros fortuitos que parecían muy preparados, y venganzas que se perpetuaban en las familias, y dueñas que vendían la confianza de los padres en daño de las hijas, y doncellas que rabiaban por no serlo, etc., etc., etc., esto es, no satisfecha con haber atacado lo que constituía el fondo de las novelas, se ha ingerido también en la forma, proscribiendo de cuajo aquellos períodos largos en que el escritor podía lucir sus conocimientos lingüísticos, y la belleza, el carácter y la armonía del lenguaje que formaban un estilo por el cual era cada autor conocido y avalorado. Perdióse la donosura, y el diablo se llevó la habilidad en ordenar la frase, y en darle el aire aquel que revelaba el genio y la manera de escribir, en cuya conservación cada escritor tenía empeño decidido á fin de que sus obras fuesen conocidas á la lectura de la media página primera.

La moda exige que una novela impresa tenga la apariencia de una obra escrita en verso, á saber, en líneas desiguales, pero de modo que en cada una de ellas quede terminada la oración á fin de no tener que acudir á la línea siguiente para que se vea completado el sentido.

Cuando los repartidores recorren las casas de los parro-

quianos á fin de enseñarles la primera entrega de la novela que va á publicarse, abre el suscriptor en ciernes el cuaderno, le echa una ojeada, y si ve por ejemplo:

«Acababan de dar las doce de la noche en el campanario de la única iglesia de la aldea, cuyos habitantes estaban todos sumidos en profundo sueño, cuando se abrió con gran cautela y sin el menor ruido la puerta de la casa más vistosa y salieron por ella, envueltas en holgado ropaje y con inseguro paso, dos mujeres, tan adelantada en años la primera como joven la segunda»... cierra el cuaderno, se lo entrega al repartidor, y le dice: amigo mío, esto es de gusto antiguo; yo quiero novelas de moda. Y tras ese parroquiano otro dice lo mismo, y opinan de igual manera el tercero, y el cuarto, y el quinto, y todos, de suerte que el editor no tiene más remedio que irse con el cuento al novelista, quien coge el manuscrito y con él á la vista escribe:

Suenan las doce de la noche.
El silencio en la aldea es absoluto.
Pudiera tomarse por el del cementerio.
De súbito rechina una puerta.
Se abre.
Es la de una casa de bella apariencia.
Asoma una mujer.
La cubre holgado ropaje.
Tras ella asoma otra.
La primera es vieja.
La segunda tiene diez y ocho años.
Se dan la mano y salen.
La puerta se cierra tras ellas.
La joven tiembla.
—¡Valor!—dice la otra.
—¡Ah!
—¡Silencio!
—Pero....!
—Psit.
Echa á andar.
La joven no puede.
¡Oh! Está convulsa.
Llora.
—¿Renunciáis?

—No sé; tiemblo.
—La felicidad exige sacrificios.
—Es muy grande.
—Mayor es la dicha que te aguarda.
—¿Lo creéis?
—¿Cómo?
—¡Qué sé yo!
—¿Dudas?
—Tiemblo.
—¡Etelvina!
—Ya sigo.
—Álvaro te aguarda.
—¿Vos me lo aseguráis?
—Y sus juramentos.
—¡Ah!
—¿Dudas de él?
—Me ahogo.
—Pasos suenan.
—¡Santo Dios!
—Pisadas de caballos.
—Y voces.
—Ellos son.
—¿Cómo ellos?
—Álvaro y Julián.
—¿Julián?
—Pues. ¿Quién regirá mi caballo?
—Es verdad.
—Dos mujeres, dos varones, dos caballos.
—Sí.
—¿Oyes?
—Sí.
—Parémonos.
—Sentémonos.
—Siéntate tú, yo no temo.
—¡Qué valor!
—¡Á mi edad!
—Al fin sois mujer.
—Pero vieja.
—¿Y qué?
—Una vieja no teme.

—¿No?
—No.

CAPÍTULO II

—¡Inés!
—Aquí estamos.
—¡Oh dicha!
—¡Etelvina!
—¡Álvaro!
—¡Amor mío!
—¡Ah!
—¡Ángel de mi vida!
—¡Ah!
—No temas.
—¡Ah!
—Soy tuyo.
—¡Ah!
—Para siempre.
—¡Oh!
—¡La mano!
—¡Oh!

Apenas el parroquiano ha leído estas líneas no puede resistir, se hace suscriptor, y vuelve á enseñar la primera entrega á la consorte, que se queda embobada, y á la señorita, que se queda extasiada y enamorada de Inés, de Etelvina, de Álvaro, de Julián, del autor, del editor, del impresor y del repartidor que ha traído la primera entrega de una Novela de moda.

Setiembre de 1867.

¡VAYA CON ESE HOMBRE!

¡Oh vos, desapiadado astrónomo; el antiguo y verdadero Zaragozano! ¿En dónde habéis aprendido á tratar con damas elegantes, y con jóvenes de buen tono, y tipos de la exquisita

moda y del selecto gusto en materia de trajes y de adornos? ¿No comprendéis, muy cuitado, que la ocasión es calva, que sólo se presenta en determinados días, y que si en ellos no se aprovecha está en un tris perder ó arriesgar cuando menos la reputación alcanzada á costa de innumerables sinsabores y á despecho de la negra envidia? ¡Infeliz! Más os valiera haber anunciado en vuestro almanaque cuatro meses seguidos de tempestades con truenos con granizo, que las lluvias y nieves con que habéis venido á estremecernos para los días de las ferias de Barcelona. ¡Y en todos los climas, nada menos! De suerte que ni el bonancible clima de Barcelona nos ha de librar de ese tremebundo anuncio en esos días celeberrimos, suspirados durante todo el año, señalados cual los de derecho imprescriptible para ostentar todos los arranques del buen tono y la exquisidad toda de la elegancia.

Desdichado vaticinador de aciagos martirios. Sin duda ignoráis vos cuántos y cuán crueles son los que con dos meses de anticipación atosigan los corazones de las elegantes para llegar cual corresponde á esos felices días que vuestros vaticinios convierten en aciagos. Se conoce que no estáis en los pormenores de ese negocio, que á comprenderlos, no os hubiérais descolgado con esas inicuas lluvias ó nieves en todos los climas. Sabed, hombre cruel, que la desventurada hembra, cuya reputación se forma, ó se sostiene, ó se pierde precisamente en esos días, y si me apuráis en uno solo de ellos, ha debido á fuerza de halagos y seducciones doblegar el tierno ánimo del marido para arrancarle el permiso de gastar la mayor cantidad posible en un traje para ese día; que ha habido todo aquello de que los tiempos están malos, de que los negocios no producen, de recordar las pérdidas en acciones de carriles y de sociedades anónimas, de no cobrarse los cupones de las obligaciones, del cinco por ciento que pagan los cupones del papel del Estado, de salir á corro la crisis que hace tres años sirve de excusa para eludir tales gastos; y que á fin de rebatir tantos y tan perentorios argumentos la desventurada hembra no tiene más recursos que cuatro arrumacos con que el marido ya contaba, y alguna lágrima fugitiva que el frío y seco varón no admite como arma de buena ley. Mas al fin la debilidad del Adán ha sucumbido á los ruegos y á los tiernos recuerdos evocados por la ingeniosa Eva, que

desde aquel momento ha de emprender otra lucha, más larga y más empeñada que la anterior.

Ahora entra la cuestión de la modista de vestidos, de la modista de sombreros, y del zapatero. En la tienda no han recibido todavía las ricas telas que aguardan de París: el color Bismark ya no es de alta novedad: el color Mentana es el último, y aun hay fabricantes que hablan de un color de Conferencia que aún no ha visto la luz pública ni puede fijarse el día en que aparecerá en los muestrarios. Y lo mismo digo de los adornos. Ya se sabe que los más flamantes son las cintas Chassepot, y los flecos á la merveille; pero no han llegado ni es posible determinar el día en que llegarán. Esto es atroz: pone en un gravísimo conflicto, porque si se prescinde de esto y se hace el traje con lo que ahora hay se corre el riesgo de que antes de Santo Tomás venga la última novedad, y entonces las que habrán aguardado aplastarán, hundirán y anonadarán á las que ya estarán vestidas: y si á impulsos de este temor se aguarda la llegada de estas preciosidades, puede ser que no lleguen y que aun llegando no pueda la modista contentar á todas las parroquianas, y entonces la que se queda sin vestido no puede hacer sino morir á manos de la desesperación y del intolerable desaire.

Un mes entero sufre la pobre elegante este martirio: diariamente va á casa de la modista y oye con estupor la terrible contestación de aún no ha llegado. Y los días pasan, y la modista declara que si tardan en decidirse el traje no podrá estar hecho en el día de Santo Tomás, y que tiene tantos compromisos que no sabe cómo salir del paso, que no se atreve á dar consejo, pero que como no se resuelvan pronto no podrá de ningún modo complacerlas.

Y la modista de sombreros dice lo mismo: de un día para otro anuncia la llegada de la colección de cintas, y los días pasan, y las cintas no llegan, y también esa modista tiene compromisos, y no puede responder de salir airosa de todos ellos. ¡Qué angustia, Dios mío! ¡Qué pesadumbres! ¡Cuántas maneras de sufrir hay en este mundo!

Y nada digo del zapatero, remolón por costumbre, y á cuya casa es menester enviar la muchacha ó el criado quinientas veces á cada nuevo calzado. Y aún ha sucedido no tenerlo corriente en la misma mañana del domingo, poniendo

á la elegante en el conflicto de ir á misa á San Jaime con el mismo calzado del domingo anterior. Es una verdadera atrocidad.

Y cuando la elegante al cabo de dos meses de tantos tormentos y de amarguras tantas, de idas y venidas sin cuento, de zozobras, temores, incertidumbres, de recados y más recados, de consultas y de penas de todos géneros, llega finalmente á la víspera de Santo Tomás teniendo en casa vestidos, sombrero y polacas, todo corriente y de altísima novedad, cuando se goza en su triunfo de mañana, justa recompensa de tanto afán y de martirios tantos, venís vos, desnaturalizado zaragozano, y os descolgáis con lluvias ó nieves en todos climas. ¿No veis que esto es echar toda la lluvia del mundo encima de la cabeza y del cuerpo de la elegante? ¡Hombre sin entrañas! ¿qué os costaba haber escrito, por ejemplo: tiempo primaveral, que después de las ferias de Barcelona se resuelve en lluvia menuda que no sirve de obstáculo para comer el pavo? ¡Hombre inicuo! Dios os perdona.

Diciembre 1867.

NO ES UNA APRENSIÓN

Estoy muy seguro, lectores míos, de que aquellos que sois jóvenes no me creeréis cuando os diga que Barcelona ha cambiado en pocos años de una manera asombrosa; y consiste en que los jóvenes parten del principio de que los viejos siempre ensalzamos el tiempo pasado y despreciamos el presente. En buena fe no sois justos: se han introducido cosas buenas y cosas malas, han caído en desuso algunas malas y algunas buenas; pero el cambio es tan grande, que si viniera un hombre muerto cincuenta años atrás se quedaría asombrado y puede decirse que no conocería á Barcelona y hasta

le sería punto menos que imposible encontrar la casa en que había vivido.

Indudablemente he visto yo edificar más de la mitad de la ciudad actual y por supuesto todo el ensanche, y sin embargo no es este el gran cambio que se ha verificado en Barcelona: yo la he conocido con cuatro cafés y media docena de indecentes cafetines, con cuatro pastelerías ó dulcerías, con un solo periódico, sin ningún casino ni ateneo, con un solo teatro, con dos salones de baile, á saber, la Lonja y un almacén que se llamaba la Patacada, con quince ó veinte carruajes particulares, sin otros de alquiler que media docena de tartanas en cada una de las puertas de la ciudad, y media docena de medias fortunas que venían á ser unas malas carreteras destinadas al servicio de dentro del casco.

Para ir á Gracia no había más camino que la riera de Malla, por consiguiente no existía el paseo de Gracia; nada de Criadero, de Tívoli, de Campos Eliseos, de Prado Catalán; todo eso eran ladrillerías.

No había sino una fonda buena, tres medianas y cuatro ó seis bodegones; la puerta de la Paz no le había ocurrido á nadie; las diligencias no eran conocidas; para ir á Mataró se gastaba un día, y dos para ir á Tarragona; el nombre de ferro-carril no se había oído pronunciar nunca; no existían Guardia civil ni municipales; los rateros eran en número cortísimo y casi conocidos de toda la ciudad; pasaban muchos años sin que se cometiera un asesinato; los suicidios eran cosa de otras naciones, y una bancarrota pasaba por suceso rarísimo, en términos de llamar la atención del público del cual una gran parte ni siquiera sabía lo que eso significa.

Las fábricas movidas por el vapor no habían penetrado en Barcelona, y las calles estaban alumbradas durante pocas horas por faroles mezquinamente alimentados con el peor aceite que se encontraba. Las familias ricas se alumbraban con aceite ó con cera; las menos acomodadas, con velas de sebo que apestaban.

Los cementerios estaban contiguos á las parroquias, y los vecinos veían desde los balcones y las ventanas la inhumación de los cadáveres.

En el trozo de la Rambla desde la bocacalle de la Boquería

hasta más allá de la de Fernando VII no había casas; sólo una antigua muralla, debajo de la cual, y dando frente á la acera del actual Liceo, que era un convento, había quince ó veinte barracas de lienzo en donde á vista del público se pelaban las barbas á cuatro cuartos por cabeza.

La primera tienda de limpia botas se tuvo por un portento de lujo. Lo que hoy son aceras en la Rambla eran dos carreteras intransitables cuando había llovido y con un palmo ó dos de polvo durante el verano. Donde hoy termina la Rambla en Canaletas había un cuartel de artillería, cuya música tocaba en la calle á la hora de la lista y era un punto de reunión de los aficionados á las bandas militares.

Al anochecer salía la retreta formada por una porción de tambores que recorrían varias calles precedidas de un redondo farol de lienzo de unos cuatro palmos de diámetro, el cual colocado en una alta vara llevaba también muy alto un soldado. La retreta señalaba la hora de retirarse los soldados á los cuarteles; iba seguida de treinta ó cuarenta muchachos callejeros y servía de indicador para cenar á las familias de menestrales.

Cada clase era conocida por su traje; los bautizos iban á pie ni más ni menos que las bodas; á pie se visitaban las gentes unas á otras; y un carruaje particular era señal positiva de un personaje importante.

En los jueves y viernes de Semana Santa el silencio de la ciudad era tan absoluto que se oía en la calle el rumor de las pisadas de las muchísimas personas que iban visitando iglesias, y mientras pasaba la procesión el silencio era sepulcral é interrumpido no más por el arrastre de las cadenas de los penitentes.

Nunca á una señora le había ocurrido ir por la calle llevando en brazos un perro; las madres, aun las de familias que vivían con holgura, preferían llevar en brazos á los hijos de sus entrañas.

Sólo muy contadas personas, y éstas de la más elevada clase, no hacían diferencia de traje en los días de la semana; pero todos los demás, incluso los elegantes, que no faltaban, tenían traje dominguero.

Las señoritas se guardaban muy bien de asistir á bodas y hacer visitas de paridas; éstas eran cosas exclusivas de las

mamás, únicas que hablaban de nodrizas y de leche y de otras cosas relativas á la lactancia de las criaturas.

Los sastres no eran tenderos, ni vendían trajes hechos á excepción de esos de la calle de Baix, los cuales, como ahora, vendían piezas del traje de marineros, porque como estos llegaban á veces con la ropa destrozada y á veces no se detenían en Barcelona sino pocos ó un día, era indispensable que se encontraran con vestidos ya á punto de endosárselos.

Las calles estaban siempre muy limpias, de suerte que esa limpieza y el buen empedrado eran citados como modelos.

No había más casa de locos que la parte del Hospital de Santa Cruz destinada á esos enfermos, y ni el nombre de manicomio había sonado nunca en los oídos de los barceloneses.

En todos los conventos había frailes que daban lecciones de latín á diez ó doce muchachos de la vecindad, y los jóvenes que deseaban más instrucción acudían al Seminario Conciliar ó á las Universidades, y como en Barcelona no la había, se derramaban los estudiantes catalanes por las Universidades de Cervera, Valencia, Huesca y Zaragoza. No se conocían los colegios para niños, y en cuanto á niñas iban á casa de la maestra para aprender á hacer calceta y coser, y después se educaban al lado de las madres.

En punto á órganos no conocíamos sino el positivo de las iglesias, pero no el diminutivo que en tanta abundancia recorre nuestras calles fastidiándonos no pocas veces, moliendo los oídos de los enfermos y de las personas ocupadas en trabajos intelectuales, manteniendo un holgazán por cabeza, y arrancando buenos cuartos de los vecinos que á veces se los dan para que se alejen.

En cuanto á fenómenos, ó la naturaleza no los producía, ó á sus dueños no les acomodaba venir á Barcelona: de suerte que muy de tarde en tarde se exponía al público algún muchacho gordo, ó niña con dos cabezas, en lugar de esa muchedumbre de vestiglos, grandes peces, tigres, gigantes, etc. que hoy día recogen diariamente de los vecinos de Barcelona y de los forasteros que á ella vienen algunos centenares ó miles de reales.

Á nadie le había ocurrido que en Barcelona hubiese plaza ni corridas de toros: consideraban ese espectáculo como pe-

culiar de Madrid y de algunas ciudades de Andalucía, cual muy ajeno al carácter de este país y hasta con cierta repugnancia y desprecio.

Y si me ocupara en discurrir un rato, sin duda recordaría muchas más cosas que las dichas, las cuales me han ido ocurriendo al paso que escribo, pero que me parece son más que bastantes para que los jóvenes vean que en realidad es asombroso el cambio que se ha verificado en Barcelona, y no crean que sea obra de un par de siglos; de todo lo dicho me acuerdo yo cual si lo estuviera mirando; y aunque estoy ya más que medianamente viejo, todo lo que os he relatado estaba cual digo cuarenta y tantos años atrás, de manera que en menos de medio siglo se ha hecho esta transformación tan radical y general que ha convertido á Barcelona en otra ciudad que aquella.

Sed, pues, imparciales y no achaquéis á chochez el que muchas veces os manifieste mi admiración hablando de lo que hoy es Barcelona. Mucha mayor sería la admiración vuestra si por una semana no más os encontrarais de repente con la Barcelona de los tiempos en que yo ensayaba mi destreza en manejar la navaja con que me pelaba el labio superior.

Marzo de 1868.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
D. JUAN CORTADA..	v
¿Qué tenemos en España?	1
Esto es un libro nuevo.	4
¡Habrá bribones como estos!	6
Que al pedir le llamen dar, no hay sufrimiento para tolerarlo.	10
Cosas de España.	13
Un punto histórico.	14
Suplemento interesante.	16
Un artículo de fondo.	18
Buen principio de semana, y lo ahorcaron el lunes.	21
¡Pobres maridos!	23
Segunda parte de ¡pobres maridos!.	25
Perdone usted.	28
¡Qué lástima de zurra!	30
Pues esto pasa, sí señor.	34
Mis artículos también.	36
Es un exordio.	39
Allá va lo demás.	42
Un itinerario.	45
Emprendo el viaje.	48
¡Bravo, señor Presidente!	51
Carta á un moro.	55
¿No lo conocen ustedes?.	59
La carrera de la procesión.	62
Una fonda.	66
Esto es un infierno.	69
Los sacristanes hembras.	72
Aparición de una ánima.	75
Es un grande adelanto.	78
¡Con estas cosas...!	83
Una Compañía de verso.	86
Una indirecta á los sastres.	89
La hija de Cádiz.	92
En la variedad consiste el gusto.	96
Es un hombre de bien.	99
Es una ganga.	103
¡Cómo me divertiría!.	106
La muy reservada señora Gertrudis.	110
El mare magnum.	114

	<u>Páginas</u>
Los aplausos.	119
Hominem quero.	122
El día de días.	126
Aún dura el día.	129
Un baile particular.	133
Sigue el baile particular.	136
Es un primo.	139
La grande escala.	142
Con otro ya llegaremos á la aldea.	146
El segundo drama de don Jaime Tió.	149
Mi mucha galantería.	153
¡Pobre poeta!	156
El diccionario en cristal.	160
Un consejo que no recomiendo.	163
El pic.	168
Las esperanzas á tiras.	171
La Virgen de Judea.	174
¡Cuán pocas Navidades contaron mis abuelos!.	178
¡Vaya una asnada!	183
Para los amantes del latín.	186
El papel ridículo.	190
La quinta á Samuel Leví.	193
Que busquen, que busquen.	197
La segunda de este año á Samuel Leví.	201
El nuevo termómetro.	204
Continuación del nuevo termómetro.	208
Principian mis profecías.	211
¡Pobres diputados!	215
¡Pobre Matilde!	218
Estoy edificado.	222
Ladrones.	225
Á falta de artículo, un cuento.	229
¡Vaya una conversación!.	233
Ó yo estoy loco, ó vosotros borrachos.	236
Esta es mi opinión.	240
Sigo exponiendo mi opinión.	244
Y concluyo de exponer mi opinión.	247
¡Vaya unas tertulias!.	250
¡Otra vez, amigo mío?	253
Bueno te lo dé Dios.	257
¡Pobre muchacho!	261
Esto, esto.	264
¡Vaya con ese hombre!	268
No es una aprensión.	271

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD